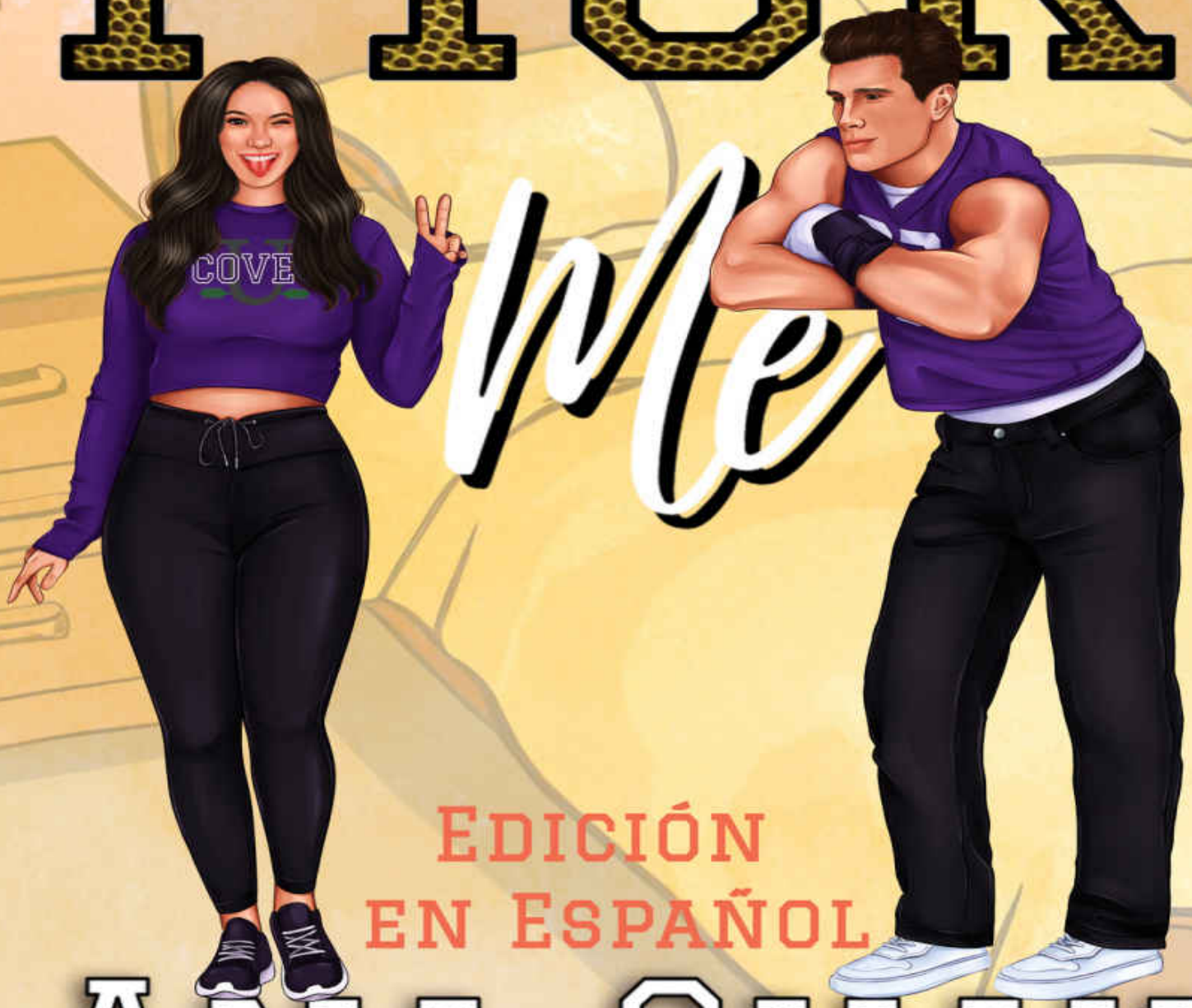
COVEY U

PICK Me



Edición en Español

ANA SHAY

PICK *Me*

ANA SHAY

prologo

Thea

—Justo ahí —susurré, mordiéndome el labio inferior, con la respiración entrecortada. Me temblaban las piernas y se me contrajo el estómago mientras luchaba por contener el orgasmo inminente.

Qué. Jodidamente. Bueno.

Su lengua recorrió mi centro, provocándome, esquivándome, haciéndome retorcer. Fruncí el ceño, molesta porque ignoraba una vez más mi petición. Así que arqueé las caderas, guiándolo hacia donde más lo necesitaba.

Por desgracia, no dio en el clavo. *Otra vez.*

—¿Qué haces ahí abajo? —mascullé, entreabriendo un ojo.

Su gorra de béisbol viejísima era lo único que veía entre mis muslos. Los muslos que en ese momento lo estaban estrujando hasta dejarlo sin aire.

Ups.

Quizá por eso me estaba ignorando. Dejé caer las piernas y él se apartó, boqueando en busca de aire, con la cara sonrojada. Húmedo de sudor y de mi esencia, se lamió los labios y negó con la cabeza.

—Eso ha sido increíble —dijo, con la mirada perdida mientras recorría mi cuerpo. Verlo así —salvaje, delirante, completamente mío — era embriagador, y una punzada de posesión se encendió en mi pecho.

Me pertenecía. Podía hacer con él lo que me diera la gana.

Me agarró el culo y sus dedos se clavaron en mi piel mientras sonreía con suficiencia. —¿Necesitabas algo? Estaba algo ocupado ahí abajo.

Solté una risa temblorosa y entonces algo tenso e inesperado me dio un tirón en el corazón al mirar a ese hombretón. No era solo la desesperación por un orgasmo. Era algo más. Algo mucho peor.

Amor.

Mierda. ¿Estaba enamorada de él?

Antes de que pudiera procesar el pensamiento, me metió un dedo dentro, haciéndome jadear, con la columna arqueada. Típico. Nunca esperaba respuestas —nunca escuchaba—, ni siquiera cuando no tenía las piernas enroscadas alrededor de su cabeza.
—Qué bien te siento —susurró, observándome atentamente y leyendo cada una de mis reacciones. Luego deslizó otro dedo, estirándome, y los curvó para dar con el punto perfecto.
Mis dedos se aferraron a las sábanas, luchando por conservar los últimos resquicios de cordura.
—¿Por qué se te da tan bien esto? —Eché la cabeza hacia atrás y gruñí. Iba a hacer que me corriera y, por mucho que alardeara de que era mío, él también lo era mío en la misma medida.
Con una sonrisa cada vez más amplia, me miró con sus ojos de un marrón profundo. —Porque me encanta tocarte las narices.
Otro movimiento. Preciso. Experto.
Lo ves. Sí que sabía seguir instrucciones.
—Uf. —Puse los ojos en blanco, solo para que añadiera otro dedo. *¡Joder!* Odiaba y amaba a la vez la forma en que me desarmaba.
Mis pies resbalaron en las sábanas mientras intentaba mantener el control de la situación. Mis piernas se abrieron más. ¿Para qué? ¿Más dedos?
—Los aceptas tan bien —gruñó él, con el aliento caliente contra mi muslo. Mi cuerpo se contrajo, desesperado y codicioso.
—No veo la hora de volver a follarte ese coñito tan bonito. —Su voz era puro pecado, profunda y cargada de hambre.
Sin aflojar, su mano se movía más rápido mientras yo me apretaba en torno a sus dedos. Luego añadió otro. Si había contado bien —lo que sería un milagro a estas alturas—, entonces tenía cuatro dedos dentro de mí.
Los de una mano.
Su pulgar encontró mi clítoris, rodeándolo al compás del ritmo incesante de sus dedos. Mi cuerpo se encendió, cada nervio ardiendo, y estuve a punto de perder el control.
—Estás jodidamente preciosa, llena de mis dedos.
—Uf. —Llevaba tanto tiempo poniéndome a punto, dejando mi orgasmo fuera de mi alcance y volviéndome loca…

Ya era suficiente.
Levantándome sobre los codos, le quité la gorra de béisbol de un manotazo, pasé las manos por su espeso pelo negro y apreté su cara entre mis muslos.
—Deja de echarte flores, Gorrita, y cómeme el coño como el buen chico que eres.
Su risa grave vibró contra mi piel, enviándome escalofríos. —Con mucho gusto.
La primera pasada de su lengua casi me hizo añicos.
—No pares —dije con voz ronca, al borde del éxtasis, desesperada por más. Mucho más.
—Justo ahí. —Me temblaban los muslos. Su lengua era una droga y yo era adicta—. Qué buen chico.
Gimió contra mí, y eso me hizo entrar en barrena.
Estrellas estallaron ante mis ojos y mi espalda se arqueó para separarse de la cama en un intento de acercarme lo más posible a su lengua. Mis dedos se enroscaron en su pelo, sujetándolo en su sitio, haciéndole sentir mi orgasmo, haciéndolo suyo.
Se quedó conmigo durante cada pulsación y cada réplica hasta que me derretí en las sábanas, sin aliento y completamente deshecha.
Cuando por fin abrí los ojos, él estaba subiendo por la cama, sonriendo como si acabara de ganar el puto Campeonato Nacional. Que, por cierto, no lo había ganado.
—Eso ha sido…
—Lo más excitante que he visto en mi vida. ¿Sabías que podías hacer eso? —Su cara aún brillaba.
—Ven aquí. —Tiré de su brazo, intentando que se pusiera encima de mí. Sin embargo, el tipo estaba hecho un armario empotrado, así que no fue fácil. Una vez que entendió lo que yo quería, se relajó sobre mí.
Piel con piel, estábamos pegajosos por el sudor, y yo quería devolvérsela.
Metí la mano entre los dos, le rodeé la polla con la mano y esta se crispó contra mi palma.
Su respiración se entrecortó. —¿Qué haces?
Le apreté un poco la polla y le dije: —Te quiero aquí arriba. Ahora.

Se le dilataron las pupilas y obedeció mi orden sin decir una palabra más.
Obediente. Justo como me gustaba.
Junté mis pechos y guié su polla entre ellos. Gruñó al verlo, pero se echó hacia atrás.
—¿Qué pasa?
—Nada.
Jadeé cuando su palma cubrió mi sexo antes de meter los dedos dentro de mí y luego usar mi esencia para lubricar su polla.
Se me abrieron los labios y, cuando le arqueé una ceja, se encogió de hombros. —Solo no quería rozaduras. —Le dio un par de tirones más a su miembro antes de apoyarlo en el valle entre mis pechos.
Respiré hondo mientras él se agarraba al cabecero y se balanceaba hacia delante.
Una embestida.
Dos.
Tres.
Saqué la lengua y le provoqué en la punta antes de metérmelo en la boca. Aspiró una bocanada de aire, con el rostro contraído por el placer.
¿Por qué sentaba tan bien tenerlo a mi merced?
Entonces, justo cuando ahuequé las mejillas y lo absorbí más profundamente, su cuerpo se puso rígido y su cabeza se levantó de golpe.
—¿Has oído eso? —preguntó como si pudiera responderle con la boca llena—. ¿Le has dado una llave a alguien más?
Negué con la cabeza y entonces oí cerrarse la puerta de entrada.
Jackson y yo nos miramos fijamente, paralizados.
—¿Thea? ¿Jackson? ¿Hay alguien en casa?
Mi hermano.
El pánico me golpeó como una bola de demolición.
—¿Chicos? —llamó Tanner.
—¡Mierda! —empujé a Jackson para quitármelo de encima, buscando a tientas mi albornoz. Mientras tanto, el idiota yacía en el suelo, completamente imperturbable—. ¡Métete en el armario! —

siseé, señalando el único lugar lo suficientemente grande como para esconder a ese zopenco.
—¿Thea? —La voz de Tanner se acercó.
—¡Muévete! —grité en un susurro. Entonces Jackson llegó al armario y lo cerró de un portazo. Con el albornoz ya atado, corrí hacia la puerta. Tenía el pelo revuelto y estaba casi segura de que era obvio que me estaba follando el mejor amigo de mi hermano, pero no tenía tiempo de disimularlo.
Toc. Toc.
Mientras abría la puerta, volví a mirar hacia el armario para asegurarme de que Jackson no estuviera a la vista, y luego esbocé una sonrisa.
—¡Hola, Tan Tan! Has vuelto pronto…

Capítulo 1

Thea

—No sé por qué te preocupas tanto. Estaré bien.

Silencio.

Tanner se me quedó mirando con cara de póquer antes de enarcar una ceja. ¿Nada? ¿De verdad no iba a decir nada?

Alucinante. Simplemente alucinante. Qué bien saber que mi hermano, mi *mellizo*, tenía tanta fe en mí. Tanner parpadeó un par de veces antes de pellizcarse el puente de la nariz y negar con la cabeza, haciendo que su moñito masculino se bamboleara.

¿Hay que ser tan teatrero?

—¿En serio? —dije, dando golpecitos con el pie en el suelo y cruzándome de brazos.

Bajó la mano y me miró con ojos cansados. Había sido un mes largo para mi hermano, pero su preocupación fuera de lugar no ayudaba en absoluto.

—No es que me preocupe por ti.

—Vale…

—Es que no confío en ti.

Me quedé con la boca abierta y lo fulminé con la mirada. Puede que tuviera un parecido asombroso con Hércules, pero a mis ojos no era ningún dios. Era mi hermano pequeño, y que actuara como si yo fuese una irresponsable me cabreaba. —¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor?

—No.

—¿Por qué no confías en mí? —Me llevé la mano al pecho para enfatizar lo doloroso que era el cuchillo metafórico que me había clavado en el corazón. Si quería drama, yo podía dárselo diez veces mejor.

Su sonrisa tensa se desvaneció, reemplazada por el más mínimo atisbo de diversión. —¿De verdad quieres que responda a eso?

Levanté las manos, eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el techo de gotelé, enviando una pequeña disculpa a la gente que vivía encima nuestro, ya que estaba a punto de montarle un pollo de mil demonios.
Preparada y lista para disparar, fulminé a Tanner—. Tan Tan, tengo veintiún años y te comportas como si necesitara supervisión constante.
—El último año de instituto. —Con esa breve declaración, toda la valentía abandonó mi cuerpo. ¿De verdad tenía que volver a sacar a relucir la peor noche de mi vida?
—¿Y qué pasa con eso? —bufé.
Los ojos azules de Tanner se abrieron de par en par y, sin decir palabra, supe lo que estaba pensando. Me irritaba sobremanera que mi propio hermano no pudiera ver más allá de lo que había sucedido y lo desesperadamente que yo quería seguir adelante. —¿Es una broma, verdad?
Ese era el problema entre nosotros. Estábamos demasiado unidos. Se había metido en mis asuntos desde que estábamos en el útero, y vivir juntos no mejoraba las cosas. Podría ser un piso de tres habitaciones, pero la falta de privacidad me hacía sentir como si estuviera de vuelta compartiendo útero con mi hermanito desagradecido.
—Pasas una noche en el calabozo por el error de otra persona y, de repente, tu propio hermano no confía en ti.
—Thea, por favor, no bromees sobre eso.
Sus labios se convirtieron en una fina línea, tenía la mandíbula tensa. Le cabreaba que estuviera bromeando sobre algo que me había pasado a mí. *A mí*. Rectifico. El problema entre nosotros no era que estuviéramos demasiado unidos. Era que, aunque habíamos vivido la misma vida, éramos mundos aparte. Él no lo entendía. Tanner era el mellizo perfecto.
El atlético…
El guapo…
El divertido…
Cuando entraba en una habitación, la gente se fijaba en él, y eso era incluso antes de que supieran que era un fenómeno del fútbol

americano. Simplemente tenía algo especial, y yo… Bueno, lo único que tenía era una actitud sarcástica y cara de vinagre.
—¿Preferirías que me regodeara en la miseria por un suceso de mi vida que no puedo cambiar?
—No. Preferiría que dejaras de meterte en líos.
—Vale, pues mientras no estés, me encerraré en mi cuarto y no saldré nunca. Jackson tendrá que pasarme la comida por debajo de la puerta y tendré que usar el balcón para hacer mis necesidades, pero supongo que ese es el precio que tendré que pagar para no meterme en problemas.
Tanner enarcó una ceja y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.
Di un paso adelante, señalándolo con el dedo—. Eso no era una oferta real. No voy a quedarme en mi habitación porque tengas un miedo irracional a que acabe donde no debo. He aprendido la lección. No me he metido en ningún lío en tres años. Y, sin embargo, aquí estás, recordándomelo todo.
Sacudió la cabeza, distrayéndome con ese moñito. La envidia burbujeó en mi estómago. No solo Tanner era el atlético, sino que también había heredado la sedosa melena rubia de nuestra madre. A mí, en cambio, me había tocado un pelo negro como el azabache. Si a eso le sumábamos mi habitual tez pálida, guardaba un parecido asombroso con Morticia de *La familia Addams*.
—¿Has olvidado el incendio?
—¿En serio? ¿No puedes culparme también de eso? —bufé y me crucé de brazos. Como siempre, era culpa mía. Daba igual lo que hiciera, a mi alrededor siempre pasaban cosas chungas y, a ojos de mi hermano, *yo* siempre era la razón.
—¿No llegaron a la conclusión de que el fuego empezó en tu habitación?
Entrecerré los ojos mientras levantaba un dedo—. Estás parafraseando. Nunca demostraron que fuera mi plancha de pelo la que lo provocó, y teniendo en cuenta toda la tecnología que tienen hoy en día, es algo que deberían poder averiguar.
Los ojos de Tanner se cruzaron al mirar mi dedo. Esperaba que estuviera admirando el estampado de leopardo morado y blanco que me había pintado en la punta en homenaje a su equipo.

—No has respondido a mi pregunta.
Bajé la mano, soltando un gruñido—. No fue concluyente porque había demasiados daños en la zona. Su mejor suposición fue que fue en las *inmediaciones* de mi cuarto. Podría haber sido fácilmente el de otra persona. Vaya, podría haber habido un problema con el cableado interno que no tuviera nada que ver conmigo. La casa tenía cien años, después de todo.
—Thea, tú eras la única que vivía en el ático donde empezó el fuego.
Quería cortarle ese moñito de la cabeza y ver qué le parecía que le interrogaran sobre sus dudosas elecciones. —Típico. ¿Para qué hacer preguntas si ya te has formado una opinión y no estás dispuesto a escuchar todas las partes del argumento?
Dejó caer los hombros ante mi constante interrogatorio. Era la única manera de ganar una discusión y había demostrado ser una estrategia eficaz. Aunque, tenía que admitir, que a veces, cuando su moño estaba justo en el sitio correcto, parecía uno de esos labradoodles demasiado repeinados, lo que me hacía sentir mal. Nadie quería hacer enfadar a un perrito.
—A veces es que no puedo contigo —susurró.
Me acerqué a él, dándole un golpecito en el pecho.
—Vamos, Tan Tan. Estaré bien. ¿No te acuerdas de que pasé un año entero en la universidad sin ti?
Asintió—. Me acuerdo, pero esa era nuestra universidad local, hermanita. Me aseguré de que todo el mundo supiera que no se metiera contigo después de…
La arruga de preocupación entre sus cejas se acentuó, lo que me sorprendió. Sí, esa noche fue horrible, y nunca quise repetirla, pero a veces me preguntaba si le había afectado a Tanner más que a mí. Se culpaba a sí mismo porque fue por un compañero de equipo, pero el incidente no tuvo nada que ver con mi hermano, y se lo dije. Sin embargo, podía verlo en sus ojos. Había sido diferente conmigo desde entonces, y daba igual cuánto le recordara que seguía siendo su hermana sarcástica a la que le encantaba divertirse, siempre me miraba como si estuviera a punto de romperme.
—Tan Tan —susurré antes de sacudirle los hombros y obligarle a prestarme atención. Cuando levantó la vista, le dediqué una

pequeña sonrisa—. Nadie me va a hacer daño aquí. Todos saben quién eres, y si eso no fuera suficiente para detenerlos, creen que incendié una residencia de chicas para vengar a tu novia. Créeme, todos piensan que soy una zorra loca. Estaré bien.
Mi hermano sonrió —la sonrisa más grande que le había visto en mucho tiempo— y sus ojos azules se suavizaron.
—Lo sé. Es solo que a veces me preocupo.
¿A veces? Pfff. Este tío tenía suficiente preocupación como para alimentar los jets de la gira mundial de Bailey Hill.
Le di una palmada en la espalda lo bastante fuerte como para que se enderezara un poco. Vale, puede que haya sido un poco más brusca de lo que pretendía, pero quería que espabilara.
—Oh, mirad eso, amor de hermanos —dijo Jackson, nuestro otro compañero de piso y mi archienemigo.
Mi labio se curvó mientras me apartaba del abrazo de mi hermano, y la pesadilla de mi existencia entró en la habitación contoneándose como si fuera el regalo de Dios a las mujeres.
Gruñí. La única reacción que mi cuerpo podía ofrecer al hombre más odioso que jamás había existido. Sin exagerar. Jackson se creía la hostia, y daba igual cuántas veces suspendiera, nada le haría cambiar de opinión al respecto.
En parte es porque era bastante guapo… *Mierda*. ¿Acababa de admitir eso? Jackson era un regalo para la vista, pero eso no cambiaba el hecho de que tenía los modales de un cachorro.
—Tengo que serte sincero, T. Sé que Thea es tu hermana, pero no tengo ni idea de cómo puedes quererla.
¿He mencionado que él me odiaba con la misma intensidad? Sentí un escalofrío en la espalda mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Sabía lo que estaba haciendo. Juzgándome.
Cada curva. Cada centímetro. No era delgada, y sabía que todo el mundo se preguntaba cómo podía tener un hermano digno de *Los vigilantes de la playa* y tener este aspecto… este.
Mis michelines, mi piel pálida. La sensación de ser juzgada solo se aliviaba con el dulce narcótico que era el azúcar, y comía bastante. No me avergonzaba de ello. Me gustaba cómo era, pero eso no

significaba que me pareciera bien que un musculitos me juzgara por ello.
—Jackson —se quejó mi hermano en tono de advertencia. Ah, el dulce Tanner, siempre intentando defender mi honor, o su derecho a ser el único que me ofendiera. A pesar de todas las virtudes de Tanner, también podía ser un capullo.
Jackson no se inmutó ante la amenaza de Tanner. Probablemente porque sus brazos eran del tamaño de los muslos de Tanner. Él, como mi hermano, estaba obsesionado con el gimnasio. Musculoso y ancho, levantaba una cantidad obscena de peso en su afán por convertirse en el mejor defensa de los Wildcats de la Universidad de Covey.
Jackson estiró los labios y se rascó la barbilla—. Pero, por otro lado, no pasé nueve meses en el útero con ella. ¿Estás seguro de que no sufres el síndrome de Estocolmo?
Mi labio se curvó y un gruñido bajo emanó de mi garganta mientras fulminaba a Jackson—. Me sorprende que sepas dónde está Estocolmo, Gorra de Béisbol.
Ni siquiera tenía que mirar en su dirección para saber que llevaba una gorra de béisbol azul de los Carolina Catfish. La misma gorra que había llevado durante los últimos dos años. No quería imaginar la cantidad de grasa que cubría el borde.
—Adelante, llámame idiota. Me da igual, porque me sacas de quicio —dijo él.
Tanner suspiró y dio un paso adelante, bloqueándome la visión de Jackson, pero como él era más ancho que Tanner, aún podía ver sus gruesos brazos a cada lado de mi hermano.
—¿Podemos no hacer esto hoy? Me voy de viaje y no quiero estar preocupado por lo que os vais a hacer el uno al otro mientras no esté.
Me estremecí al pensar en estar cerca de Jackson a solas. Cuando empecé aquí, me daban otro tipo de escalofríos cuando estaba cerca, pero como un elefante en una cacharrería, él se cargó esos sentimientos de un plumazo después de solo un mes.
Jackson soltó una risita y le dio una palmada en el hombro a Tanner, zarandeándolo un poco—. Estaremos bien, colega. Tú céntrate en

hacer que tu chica goce como nunca.
¿Era vómito lo que tenía en la boca? Apreté los labios y me agarré el estómago, sintiendo náuseas solo de pensarlo.
Levanté la mano y dije—: ¿Podéis *por favor* no hablar de ese tipo de cosas conmigo en la habitación?
—Sí, J. La verdad es que no quiero hablar de esa mierda con mi hermana delante.
—Deberías haberlo pensado antes de dejar que viviera con nosotros.
—Yo no…
Tanner no terminó esa frase, y yo sabía por qué. No me quería aquí. No le quedó más remedio. Después de dos intentos fallidos de vivir sola, ahora estaba condenada a vivir con mi hermano y su irritante compañero de equipo porque nadie confiaba en mí en ninguna otra circunstancia.
No me gustaba ser una carga para la gente; de verdad que no. Simplemente me había quedado sin opciones.
Jackson levantó las manos, con una sonrisa audaz cubriéndole la cara—. Vale, tío. No hablaré de la de polvos que vas a echar la próxima semana.
Los hombros de Tanner se tensaron y, aunque no podía verle la cara, sabía que estaba cabreado. Había otras cosas que pasaban entre Tanner y su novia, Aster, que claramente aún no había compartido con Jackson. No era de extrañar. Intentar tener una conversación sincera con ese bufón sería tan inútil como hablar con una jirafa.
—No todo va de sexo, ¿sabes? Voy a visitar a los Crossbills y me quedo con los padres de Aster.
Vale, se me estaba poniendo la piel de gallina. Oír a Tanner decir la palabra «sexo» era asqueroso y estaba mal.
—¿Y qué? —preguntó Jackson—. Todavía podéis divertiros un poco cuando los padres no miren.
Tanner empujó a Jackson, que se rio—. ¿Alguna vez has tenido una relación seria?
—No me ha hecho falta. Puedo follar sin tener una.
Y ahí estaba el cerdo con el que vivía.
—Encantador, como siempre —añadí, pasando a su lado para entrar en nuestra pequeña cocina. El piso no era enorme, pero el salón y la

cocina estaban juntos, dejando espacio para una isla de cocina con una encimera de imitación de mármol. Una sobre la que ahora me apoyaba mientras cogía unas uvas del frutero.
Jackson se llevó la mano al pecho y me miró con falsa sorpresa—. Ouch. Me hieres.
Quería borrarle esa sonrisita de la cara de un tortazo. De todas las personas del mundo con las que tenía que estar atrapada durante los próximos diez días, ¿por qué tenía que ser Jackson James? ¿Cómo iba a sobrevivir a la absoluta vacuidad de estar únicamente en *su* presencia cada noche? En serio, estaba casi segura de que los ciempiés tenían más cosas en la cabeza que ese tipo.
—Y tú me das ganas de vomitar —le solté.
—Jackson. Thea. ¿Podéis por favor fingir que os lleváis bien hasta que salga de la habitación?
Me crucé de brazos, sabiendo perfectamente que no podía acceder a eso, así que cambié de tema.
—¿Dónde está Aster? Quiero despedirme.
Jackson le dio una palmada en la espalda a Tanner—. Sí, ¿dónde está esa fiera?
Tanner nos miró a los dos—. No quería tener que aguantaros discutiendo, así que ha preferido esperar en el coche.
—No discutimos —dijo Jackson con un bufido.
—Y yo no soy el *quarterback* de la Universidad de Covey —dijo mi hermano.
Poniéndome de puntillas, señalé al tonto de la gorra de béisbol—. Es todo culpa suya. Si tuviera una pizca de encanto en ese cuerpo gigante suyo, entonces quizás podríamos llevarnos bien.
—¿Encanto? ¿En serio vas a hablar de encanto ahora mismo? Me parece recordar hasta dónde te llevó tu *encanto* con ese policía después de que intentaras quemar tu residencia de chicas, Pyro.
—¿Pyro?
—Sí, tu nuevo apodo. Creo que te pega, ¿no crees?
Apreté los puños y me contuve para no darle un puñetazo en toda la mandíbula. No por miedo a que se defendiera. No, él no era así. Era simplemente porque sabía que apenas lo sentiría, pero mi mano acabaría rota.

—Thea. Jackson. Tengo que irme en cinco minutos, si no vamos a perder el vuelo. Quizás debería quedarme aquí. Ya he visto las instalaciones de los Crossbill. No hace falta que vuelva.
A Tanner se le tensó la mandíbula, así que me acerqué a él y le di otro abrazo. Mi hermano había renunciado a mucho por mí, pero no dejaría que renunciara a esta oportunidad.
—Estaré bien, hermanito. Tú disfruta conociendo al dueño de tu nuevo equipo y pasando tiempo con tu novia. —Le guiñé un ojo en referencia a Aster. Llevaban saliendo poco más de un año, y decir que mi hermano estaba obsesionado sería quedarse corto. Estaba coladito por ella, y podía entender por qué. Era fuerte, decidida e inteligente. Todo lo que él necesitaba al entrar en una industria deportiva despiadada. Ella lo centraba, así que no me sorprendió cuando me enseñó el anillo de nuestra abuela y me preguntó si le dejaba dárselo a Aster, ya que técnicamente me lo habían legado a mí.
Por supuesto, le dije que sí, y puede que también hiciera un bailecito de aprobación. Tanner fue claro conmigo, sin embargo. No iba a pedirle que se casara con él hasta que llevara al menos un año en su nuevo equipo, lo que inmediatamente me chafó el humor.
Intenté convencerlo de que lo hiciera antes, señalando lo bien que les había ido a Matty y Britt, pero me despachó diciendo que todavía eran demasiado jóvenes y que Aster necesitaba terminar su máster primero.
—No es mi nuevo equipo —replicó Tanner. Hasta Jackson resopló ante el comentario.
—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Jackson.
—No lo sabemos con seguridad, y preferiría no gafarlo.
En serio, ¿podía ser mi hermano más humilde con sus habilidades? Durante todo el bachillerato, tuvo equipos de la NFL observándolo jugar. *Chally Sports* no se había callado sobre él desde que tenía diecisiete años, y aun así, todavía no creía que fuera a ser la primera elección del *draft*. Era ridículo.
—Por favor. El *draft* es en tres semanas. Todas las cadenas deportivas hablan de ti. Lo tienes chupado —dijo Jackson.

—Todavía podrían elegir a otro. Está ese *tight end* de St. Michael's que está dando mucho que hablar.
—Ese tío no tiene nada que hacer contra ti —afirmó Jackson—. Si no puedes confiar en ti mismo, ¿qué oportunidades tenemos los demás?
Oh, esa frase la sentí hasta la médula. Era difícil ser la hermana mayor —aunque solo por dos minutos— de un chico que era famoso antes de terminar el instituto. Las expectativas que la gente tenía no se detenían en él. Se esperaba que yo fuera igual de talentosa, y aunque mi *breakdance* podía rivalizar con la participación de Australia en los Juegos Olímpicos, no era eso lo que me haría famosa.
Nada lo haría.
Yo era extraordinariamente ordinaria. Mi vida era lo que era. No todos podíamos ser potenciales atletas multimillonarios, y después de una larga y agonizante etapa en el equipo de golf femenino, lo había aceptado.
El móvil de Tanner sonó—. Es Aster. Voy a llegar tarde. —Me miró con una última súplica mientras cogía su bolsa y se la echaba al hombro—. Por favor, no te metas en ningún lío mientras no estoy.
—Estaré bien. Te lo prometo.
—Si necesitas algo, solo llama. Estoy a solo unas horas de distancia.
—Claro que sí. —Le hice un saludo militar a mi hermano antes de empujarlo hacia la puerta—. Venga, lárgate de aquí antes de que Aster empiece a preocuparse de que la dejas.
Me dedicó una media sonrisa—. Sabe que no hay ninguna posibilidad de que eso ocurra.
Tanner levantó la mano y saludó a Jackson—. Nos vemos, J. Cuida de mi hermana, ¿vale?
—Agg —gruñí, empujando a mi hermano a través de la puerta del piso—. Lárgate ya.
Después de una última despedida, cerré la puerta dramáticamente y me quedé mirando la madera durante más tiempo del que algunos podrían considerar necesario.
No era como si me estuviera perdiendo algo detrás de mí. Solo a Jackson y su estúpida gorra.

Capítulo 2

Jackson

—Te trata como si tuvieras tres años —dije desde la cocina, mientras masticaba las últimas uvas.

Cuando se dio la vuelta, entrecerró sus ojos oscuros, clavándolos en la última uva que tenía en la mano. —Quería esas para picar algo mañana. —Su voz sonó grave y amenazante. Lástima que daba tanto miedo como el tatuaje de un ratón que tengo en el culo.

Sonriendo, me metí la última uva en la boca. —Ya deberías saber que la comida no dura mucho en este piso.

Apretó los puños, dio unos pasos, se detuvo y respiró hondo. *Puro teatro. Puro teatro. Puro teatro.* Thea era la mujer más teatrera que había conocido, y me encantaba encontrar nuevas formas de sacarla de sus casillas.

—Voy a comprar una mininevera para que no vuelvas a poner tus zarpas en mi fruta.

Casi me atraganto con la última uva. ¿Intentaba ponerse sexi con ese comentario? Me dio una colleja que me descolocó la gorra antes de que pudiera preguntárselo.

—No me puedo creer que esté atrapada contigo —masculló.

—Jo, siento haberme comido tus uvas. Te compraré más si me cuentas qué demonios hiciste en la universidad para que tu hermano piense que no se te puede dejar sola más de cinco minutos. —Ya sabía que no me iba a contestar. Nadie lo hacía cuando preguntaba. Lo que quería era ver su reacción.

—No es asunto tuyo —espetó, y entró en la habitación con paso decidido, como si quisiera demostrar algo.

Sonreí de oreja a oreja y me llevé una mano al pecho. —¿Estás segura? Porque si corro peligro, me puedo ir a dormir de sofá en sofá los próximos diez días si hace falta.

—¿Dormir de sofá en sofá? —Salió casi como un susurro, un breve destello de interés antes de que negara con la cabeza, molesta—.

No. No hace falta que llames a Grace. —Hizo un gesto con la mano en mi dirección.
¿Grace? ¿Por qué mencionaba a una chica con la que no había hablado en un año? Una chica a la que dejé de ver cuando llegó Thea.
—Deberíamos ser capaces de estar aquí sin arrancarnos la cabeza el uno al otro. —Nos miramos, sabiendo la respuesta a eso—. Vale. Pues pongamos algunas reglas.
—¿Reglas? —Enarqué una ceja, observando a la diminuta asesina en potencia que tenía delante. Se estremeció antes de tomar aire para detenerse. ¿De verdad creía esta chica que podía controlarme? No tenía ni idea de lo bien que me lo podía pasar saltándome cada regla que estableciera.
Levantó la barbilla. —Sí, reglas. Actúas como si fuera un concepto nuevo para ti.
Ladeé la cabeza, divertido. —Es que no veo cómo piensas hacer que se cumplan, Pyro. ¿Qué vas a hacer? ¿Atarme a la cama?
Me ignoró, levantando un solo dedo entre nosotros; bizqueé al mirarlo.
—Regla número uno: cuando yo esté en casa, tú no.
Resoplé, apartándome de la encimera. —Pff. Menuda mierda de regla. Nunca sales del piso.
—Sí que salgo.
—Para ir a clase. Aparte de eso, no tienes amigos.
Su brusca inhalación me dijo que había tocado un punto sensible. No me sentí bien por ello, pero tampoco iba a disculparme. Los rumores sobre el incidente de la hermandad se habían extendido como la pólvora, convirtiéndola en una marginada, y eso no era culpa mía. Lo que sí era culpa mía era su desafortunada necesidad de sentarse en el piso día y noche a gritarme por cada movimiento que hacía.
—Vale. —Pasó junto a mí en dirección al cajón de la cocina. Como no me moví, gruñó—. Uf. Eres como una pared de ladrillos. —Era verdad. Soy un tipo grande y me gusta serlo. Los *quarterbacks* eran cositas delicadas. Siempre se lesionaban con un simple toque. ¿Yo? A mí nadie me derribaba. Yo era el que arrasaba en el campo, y esa mentalidad era lo que me hacía un buen *defensive end*.

Cuando por fin retrocedí, abrió el cajón de un tirón y sacó un bolígrafo y un papel, presentándomelos como si fueran sus posesiones más preciadas.
Hubo un segundo de silencio mientras me observaba.
—¿Quieres una medalla o algo? —le pregunté, mirando por el piso como si me faltara algo.
—Uf. —Puso los ojos en blanco y colocó el trozo de papel en la encimera antes de empezar a escribir los días de la semana en mayúsculas y negrita.
—¿Qué haces? —pregunté, asomándome por encima de su hombro. Estaba lo bastante cerca como para ver las diminutas pecas de su nariz respingona y su ardiente irritación por mi presencia.
—Estoy haciendo un horario.
—¿Un horario?
—¿Cuántas veces te han golpeado en la cabeza para que no entiendas el concepto de un horario?
Joder, Thea estaba en modo odio total conmigo hoy. No siempre era así. Recuerdo una época en la que parecía disfrutar de mi compañía. Demonios, cuando llegó me pareció la leche de divertida e interesante. Ahora, todo lo que hace es gruñirme y llamarme Gorrita cada vez que la miro.
Escribió nuestros nombres en días alternos y luego se giró hacia mí con la misma mirada expectante en sus ojos. ¿Quería que dijera algo? Miré mi nombre, y luego a ella. —¿Te ha dicho alguien alguna vez que tu letra parece de burbujas?
—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres el hombre más irritante del planeta?
—Sí. Tú. Varias veces al día, para ser exactos.
Se dirigió a la nevera, quitó el imán de los Carolina Catfish y pegó el papel debajo.
—Perfecto. Así es imposible que hasta un zopenco como tú no lo vea. Este es el horario por el que nos regiremos los próximos diez días. Si funciona, puede que tengamos la suerte de no volver a vernos.
Me puse detrás de ella, tan cerca que casi esperaba que me diera un codazo. Como no lo hizo, me incliné un poco más, aspirando su

suave perfume floral. Era del frasco de lujo que dejaba en el baño, y tenía que admitir que olía bien. Probablemente era lo único bueno que tenía.
—Entonces, parece que esta noche me toca a mí —dije, releyendo la lista.
—Ves, ¿a que soy maja? Te dejo la primera noche.
¿Era una bruja? ¿Podía oír mis pensamientos? Sacudí la idea de mi cabeza, volviendo a mi respuesta habitual con ella: el cachondeo.
—«Maja» es una palabra muy fuerte.
—Pero aplicable en este caso. —Se giró para mirarme, levantando dos dedos—. Regla número dos: si es tu noche, tienes el piso para ti hasta las diez y media.
—¿Las diez y media? Un poco pronto, ¿no?
—No todos nos pasamos la noche jugando a *Monta el semental* como tú, Gorrita.
Solté una carcajada. —¿*Monta el semental*? ¿Te refieres a *Ride or Die*? ¿Uno de los mejores juegos de robar coches del planeta?
Me despachó con un gesto de la mano. —No sé. ¿De verdad crees que me importa lo que haces cuando te apalancas en el sofá? Sinceramente, te pasas tanto tiempo ahí tumbado que siempre me pregunto si te has cagado encima.
Sonreí con suficiencia. —Sabes, para alguien que dice odiarme, piensas mucho en mí. A lo mejor eres *tú* la que quiere montar al semental.
—Uf. ¿Has comprobado lo apretada que llevas la gorra? Me preocupa que te esté cortando la circulación de la cabeza.
—No. No lo está. —Enganché los pulgares bajo la cinturilla de mi pantalón de chándal gris, observando su reacción. El coqueteo falso y las insinuaciones eran la mejor manera de conseguir una reacción de ella—. Pero, sabes, estos pantalones sí que me están cortando la circulación en las piernas. Quizá debería quitármelos. ¿Tú qué crees, Pyro?
Su respiración se entrecortó y sus ojos hicieron exactamente lo que pensé que harían —ponerse en blanco— y tuve que morderme la mejilla para no reírme.
Demasiado fácil.

Hacía que fuera demasiado fácil sacarla de quicio, y me divertía demasiado como para querer parar.
Entonces, con la misma rapidez, frunció el ceño y se giró en redondo. —¿Espera, adónde vas, Pyro? —pregunté, siguiéndola por el pasillo.
—A mi habitación. Tengo que prepararme para salir.
Me cerró la puerta en la cara antes de que pudiera preguntarle más. Sí, había hecho este estúpido horario, pero ¿con quién demonios iba a salir esta noche? Supongo que no importaba. Tenía el piso para mí solo, y eso era lo importante.

Capítulo 3

Jackson

—¿Estás listo para esto? —pregunté por el micrófono que descansaba en mi mejilla mientras esperaba a que las palomitas terminaran de hacerse en el microondas. El olor a magnífica mantequilla quemada llenaba el aire y dejé escapar un suspiro. ¿Qué podría haber mejor que esto?

El piso para mí solo, todos mis aperitivos favoritos y una noche de *Ride or Die* con una audiencia de al menos tres mil jugadores esperando para verme.

—Huy, Jackson. Casi parece que no te van a matar en los primeros diez minutos de nuestra operación —dijo Liam, mi compañero de juego, sin inmutarse ni mostrarse impresionado, aunque podría ser cosa de su acento. Al fin y al cabo, era británico y tenían un sentido del humor un tanto peculiar.

—¿Tienes la cámara preparada para el directo?

—Sí, ¿y tú?

—No. Esta noche voy a jugar en el salón, así que los espectadores solo podrán ver tu cara bonita.

—Bien. Eso significa que conseguiremos al menos mil suscriptores más.

Puse los ojos en blanco, pero tenía razón. Aparte de mis excelentes habilidades como jugador, Liam era un cabrón guapísimo, y a menudo teníamos chicas que se unían a los directos solo porque habían visto su cara por todas las redes sociales y querían llamar su atención.

Cuando el microondas sonó, saqué las palomitas, las eché en un cuenco grande y me metí un puñado en la boca. Luego, cogí el mando de la isla de la cocina y me dirigí al sofá con un brío especial.

No. No había nada mejor en la vida que esto.

Justo cuando pasaba por delante, la puerta de Thea se abrió y toda mi esperanza de una velada en solitario se desvaneció.

—Aquí fuera apesta. —Se pasó una mano por la cara en un gesto de abanico y se pellizcó la nariz, haciendo una mueca—. ¿Qué has cocinado? ¿Una rata muerta?
Me mordí la lengua, haciendo todo lo posible por no ir en contra de los deseos de Tanner la primera noche que no estaba, pero, como de costumbre, Thea me lo estaba poniendo un tanto difícil.
—¿Por qué sigues aquí?
La mirada oscura de Thea siguió las palomitas que se me caían de la boca al cuenco que sostenía. Torció el gesto, lo que me sorprendió. Pensé que se alegraría de que no se me cayeran al suelo.
—Sabes, no creía que fuera posible que me atrajeras menos, pero enhorabuena, de alguna manera lo has conseguido.
—¿En serio? —La miré de arriba abajo—. ¿Vas a juzgar *mi* atractivo —hice un gesto con la barbilla en su dirección—, cuando vas vestida *así*?
Su mirada se posó en el mono morado de pelo con el logo de Covey impreso en el estómago. Eso ni siquiera era lo más ofensivo de su atuendo. No, ese galardón estaba reservado para la bata rosa transparente con puños de peluche que llevaba encima.
En serio, parecía que intentaba salir con la mascota del equipo de hockey. Aunque, supongo que Crushie tenía mejor gusto.
No se inmutó por mi insulto a su atuendo. En lugar de eso, se dio unas palmaditas en la pelusa morada y echó los hombros hacia atrás con orgullo. —¿Qué le pasa a esto? Me lo compró Tanner.
Al mencionar a su sobreprotector hermano, todo cobró sentido. El mismo que me soltó un pequeño sermón la segunda semana que su hermana se unió a la Universidad de Covey.
—Todo. No hay absolutamente nada bien en eso.
Puso un puchero y un pensamiento me vino a la mente. ¿Iba a salir así? Si era el caso, tenía que decir algo para salvar a todos los tíos de la universidad con alergia a los gatos.
—Mira, no me gusta dar consejos a menudo.
Respingó la nariz al estilo desafiante típico de Thea. Siempre juzgando. Siempre con la razón, incluso cuando estaba completamente equivocada. —Eso es porque para eso necesitarías algo de sabiduría.

Me acerqué más a ella y mi nariz se crispó por el cuello de peluche de su bata. —No te preocupes, no necesito mucha sabiduría para saber que tu hermano solo te compró esto para espantar a todos sus amigos.
Sus labios se curvaron en una sonrisa. —¿Está funcionando?
—¿Conmigo? No te preocupes, Pyro. A mí ya me espantaste hace mucho tiempo.
Puso los ojos en blanco.
—Ahora que lo pienso, esperemos que no vuelvas a quemar el piso. Ese atuendo parece inflamable.
Esa sonrisa en su cara se convirtió rápidamente en una mueca de desprecio. —Te odio.
—El sentimiento es mutuo, pero por el bien de querer el piso para mí solo, te sugeriría que no salgas así. No ayudará a tu situación de falta de amigos.
—No pasa nada, porque no voy a salir.
—Todavía —dije.
—Ni ahora ni nunca —respondió, deteniéndome en seco. La miré, pero ella simplemente siguió arrancando pelusas de su mono como si nada.
¿No iba a salir?
¿Me había perdido algo?
¿No acababa de decir *ella* que era mi noche de quedarme en casa?
¿Por qué actuaba con tanta naturalidad?
Miré hacia la nota que *ella* había escrito en el frigorífico, y confirmó todo lo que me pasaba por la cabeza. —Pero esta noche es mi noche.
Se cruzó de brazos y suspiró como si le estuviera haciendo perder el tiempo. —Lo sé.
—Entonces, ¿no deberías irte del piso?
—No. —Se ató la bata transparente y, francamente, era difícil tomarla en serio cuando iba vestida como un Furby del infierno.
Negué con la cabeza. —Me estás confundiendo.
—Oh, ¿es demasiada información para que tu diminuto cerebro la procese? Me quedo en casa, pero no te preocupes, no te fastidiaré el rollo. Estaré en mi habitación toda la noche. —Agitó la mano delante

de mi cara—. Así que siéntete libre de volver a lo que sea que estuvieras haciendo. Bueno, en realidad, si vas a ver porno en la pantalla grande, preferiría que dejaras la masturbación para tu cuarto. Tengo que sentarme en ese sofá de vez en cuando.
—Vaya —sonó una voz grave en mi oído, una que casi había olvidado que estaba ahí.
—¿Has oído eso, Liam?
—¿Quién es Liam?
—Lo he oído todo. ¿Quién es esa chica?
—Mi peor pesadilla —respondí antes de volver a prestarle atención a Thea—. Pyro. Tú creaste las reglas, y ahora no las estás cumpliendo.
—Sí que las cumplo. Estaré en mi habitación toda la noche. Será como si no estuviera aquí.
Mirando su puerta, sabía perfectamente que eso no evitaría que su abrumadora presencia se apoderara del lugar. No podía evitarlo. Simplemente tenía ese algo especial. Era casi como si pudiera acaparar la atención de todo el mundo en la habitación sin siquiera intentarlo. Al menos, así es como me sentía yo cada vez que estaba cerca.
—Pero *estarás* aquí.
—Ya te lo he explicado.
—Me prometieron el piso para mí solo esta noche.
—Oh, por favor. No es como si estuvieras haciendo algo importante. —Agitó la mano hacia el salón y me miró de arriba abajo con asco.
Miré a la tele con fingida sorpresa. —¿Nada importante? —Actúa como si no tuviera permitido entretenerme fuera de temporada. Yo no era un robot como Tanner, pero tampoco tenía ni de lejos tanto talento, y cualquier esperanza de que me seleccionaran en el *draft* había desaparecido para mí—. Estoy a punto de dar un golpe con un tipo que preferiría tener oreja de caracol a llevar casco mientras mil personas lo ven.
—Es oreja de coliflor —dijo Liam—. Y no me arriesgo, porque yo no estoy en la melé.
—Ah, sí. Tampoco puedes estropearte la cara bonita —dije con una sonrisa.
—¿Con quién no paras de hablar? —preguntó Thea.

—Con mi amigo Liam. Es un buen tipo, creo que podríais congeniar.
—¿Por qué crees eso? —preguntó, intentando ocultar la sonrisa que amenazaba con aparecer en su cara.
—Porque está en el Reino Unido. Por la diferencia horaria, hablarías con él lo mínimo.
—Me apunto. Parece que está buena —dijo Liam en mi oído, y decidí ignorarlo. Conociéndola, le robaría todo su tiempo y yo nunca volvería a tener un compañero de atracos.
—Te odio —dijo de forma tan clara y concisa que estaba seguro de que su profesora de lengua del instituto estaría orgullosa.
—¿No habíamos pasado ya por esto, Pyro?
Tenía los puños apretados, y el atuendo de peluche solo enfatizaba la vibración de ira de su cuerpo. ¿Por qué era tan satisfactorio verla así?
Mientras se daba la vuelta, la bata flotó dramáticamente en el aire antes de que cerrara la puerta de un portazo a su espalda. Apreté los labios, conteniendo la risa al ver el extremo de la bata atrapado en la puerta e imaginándola al otro lado intentando moverse, solo para verse detenida.
Esperé un par de minutos, listo para burlarme de ella, pero la puerta no se abrió. ¿Estaba de pie detrás esperando a que me fuera?
—¿Qué ha pasado? —Liam interrumpió el silencio—. ¿Has silenciado el micro? Si estás echando un polvo ahí, no me parece justo que me lo pierda. Por lo tanto, te pediría amablemente que lo encendieras todo para que pueda verlo.
Puse los ojos en blanco al pensarlo. ¿Thea y yo liándonos? Tendría más suerte con un gato salvaje que con esa reina de hielo. ¿Era duro llamarla así? Quizás, considerando que solo parecía ser una reina de hielo conmigo.
—Vale. Si no vas a responder, entonces tendré que enviarte una invitación. —Oí el timbre de mi ordenador desde aquí. Mi habitación estaba al lado de la de Thea, y cualquier ruido de cualquiera de nuestros cuartos podía ser oído por el otro.
Sonreí al oír un gruñido bajo de fastidio y ver que el extremo de la bata de peluche se movía. Estaba intentando sacarlo por la puerta, pero no había ninguna posibilidad de que eso sucediera.

Tras otro gruñido bajo, me acerqué y llamé a su puerta.
—¿Necesitas un poco de ayuda ahí dentro, Pyro?
Soltó un grito ahogado y la bata dejó de moverse, lo que supuse que era porque se había quedado helada.
—¿Con qué necesita ayuda? ¿Para limpiarle las tuberías? —añadió Liam, y lo ignoré.
—Lárgate, Jackson. —Disfruté de lo difícil que le resultaba pronunciar mi nombre. Era como si la ira goteara de su lengua con cada sílaba.
—De acuerdo, pero estoy aquí fuera si me necesitas, Pyro.
Entré pavoneándome en el salón, fingiendo no oír el crujido de la puerta al abrirse antes de cerrarse rápidamente de nuevo, y miré por encima del hombro para ver que la pelusa rosa había desaparecido.
—¿Estás listo, Liam?
—¿A dónde se ha ido tu amiga? Me lo estaba pasando muy bien.
—Se ha ido.
Me dejé caer en el sofá y puse las palomitas a mi lado.
—Oh, qué pena. ¿Hay alguna posibilidad de que vuelva en algún momento? Si está tan buena como parece, podríamos usarla en algunos de los vídeos y aumentar nuestras cifras.
Hice una mueca. Que Thea conociera a Liam era suficiente para darme arcadas. ¿Que formara parte de mi canal, o peor, que conociera a los suscriptores y que todos esos tíos babearan por ella? No. Simplemente no. No iba a ocurrir.
—Está ocupada.
—No lo parecía.
—¿Vamos a pasar del nivel treinta y seis esta noche o qué? —Cambié de tema, preparando el directo.
—Eso es ambicioso.
—Si quieres ganar en este mundo, tienes que ser decidido.
Una vez que todo estuvo listo, cogí uno de los cojines del sofá y me lo puse en la espalda como apoyo lumbar. Jugar en el salón siempre era un poco diferente, ya que no tenía mi silla de *gaming*, pero quería aprovechar el tiempo que tenía.

El juego se encendió y sacudí los hombros, intentando relajarme, lo que parecía imposible sabiendo que Thea podía salir de su habitación en cualquier momento.

¿Cómo se suponía que iba a pasármelo bien cuando ella estaba justo ahí?

Podía imaginarla en su habitación. Probablemente con las piernas cruzadas, los labios en un puchero mientras recolocaba la pelusa del extremo de su bata.

—Necesito un poco de ayuda aquí, colega. —Liam interrumpió mis pensamientos y miré la pantalla.

Mierda.

¿Cuándo había empezado? Liam ya estaba huyendo de una avalancha de policías mientras yo aceleraba el motor del coche de la huida.

—¿Cuántos te persiguen? —pregunté, molesto porque Liam no podía hacer una maldita cosa sin mí.

—Al menos veinte. —Podía oír el esfuerzo en su voz mientras yo daba la vuelta a la manzana para encontrarlo.

—Dame un segundo —refunfuñé. A veces, me preguntaba qué aportaba Liam aparte de su cara bonita. Ya habría completado el juego si no fuera para dos jugadores, pero entonces recordé el aumento de seguidores y la oferta de patrocinio que esperaba en mi bandeja de entrada. Todas cosas que no tendría si no fuera por él.

Supuse que debía estar agradecido aunque fuera propenso a que lo mataran en cada esquina.

Con eso, le salvé el culo y pasé al siguiente nivel.

Capítulo 4

Thea

Abrí la puerta de mi habitación de par en par, dejando que golpeara la pared con un ruido sordo. Como Jackson no se giró para mirarme, le lancé una mirada furiosa a su mugrienta gorra de béisbol y gruñí.
¿Cómo podía ser tan ruidosa una persona con auriculares?
—¿Puedes bajar la voz, por favor? —mascullé mientras me dirigía al salón.
Jackson estaba demasiado concentrado en el juego para darse cuenta de mi presencia. Sus gruesos pulgares se movían con furia por el mando, con los ojos pegados al televisor.
—Lo sé. Lo sé. Prometí que lo arreglaría antes de que nos encontrara el jefe de la mafia —dijo. Supuse que le hablaba a ese tío que no quería orejas de verdura, seguí su intensa mirada hacia la pantalla y rompí a reír.
—Un momento. ¿Se supone que ese eres *tú*? —Señalé al chico malo buenorro, tatuado y con piercings que trabajaba en el coche en el juego—. Estaba como un tren; si fuera real, sería mío. —Luego me giré hacia mi excesivamente musculoso compañero de piso y me reí un poco más—. Claro, Jackson era guapo y, sin camiseta, era un espectáculo digno de ver. Sin embargo, era un niño bueno que jugaba a ser malo.
Apenas me dedicó una mirada de un segundo antes de volver a la pantalla. Respondió con un gruñido, confirmando mi sospecha.
—Vaya. Te tienes en muy alta estima, ¿no crees?
Me ignoró y se puso a masticar las palomitas de una forma odiosamente ruidosa.
Negué con la cabeza, apretando los puños con rabia. —No me lo puedo creer.
Eso captó su atención. Sus ojos claros se oscurecieron al encontrarse con los míos y un escalofrío me recorrió la espalda. En

cualquier otra circunstancia, incluso podría decir que esa mirada resaltaba sus facciones cinceladas. —*Mi* noche. ¿Recuerdas? —Era una amenaza. Una que sabía que nunca cumpliría. Al igual que su personaje en la pantalla, por mucho que a Jackson le gustara fingir que era un chico malo, en realidad no lo era.

—Créeme, es difícil olvidarlo con tanto gruñido aquí fuera. En serio, si no te conociera, pensaría que te estás follando a un alce.

Ignoré los gritos que salían de los auriculares de Jackson y me planteé darle un sermón sobre lo alto que hablaba cuando me golpeó el olor rancio. Creía que las palomitas de queso quemadas y demasiado procesadas eran lo peor, pero justo al lado de Jackson había lonchas perfectas de mortadela.

—¿Pero qué demonios estás comiendo? —Iba a vomitar. En serio, ¿por qué llegué a pensar que este hombre era atractivo? No lo era. Todo en él era odioso, prepotente y repulsivo.

Nada. No dijo nada, así que rodeé el sofá y le arranqué de la cabeza ese estúpido microfonito.

—Eh, ¿a qué ha venido eso?

Lo lancé al otro lado de la habitación, sin importarme que golpeara algo. Ya se las apañaría Jackson con eso.

—Llevas los auriculares puestos, pero hablas tan alto que no puedo escuchar mi música en paz.

—Eso no importaría si fueras capaz de cumplir tus promesas y mantener una vida social sana.

Levanté las cejas. —Te dije que estaría callada en mi habitación. No acordamos el horario hasta que fue demasiado tarde para organizar nada.

Se rio con sarcasmo. —Voy a necesitar un segundo, L. ¿Crees que puedes encargarte tú solo del jefe de la mafia?

Me tapé los oídos. —¿Por qué hablas tan alto?

Señaló el suelo junto a uno de los armarios. —Porque has tirado mis auriculares al otro lado de la habitación, necesito asegurarme de que Liam me oiga.

Seguí su dedo y vi que los auriculares parecían estar bien e intactos. De ellos salían pequeños ruidos, que supuse que eran de Liam. —Agg. Qué patético.

Jackson se levantó, observándome de cerca todo el tiempo.
—Me dan igual tus problemas. Apáñatelas. —Sacudió la cabeza, se acercó a los auriculares y los cogió antes de volver hacia mí.
Con los brazos cruzados, lo fulminé con la mirada. —Eres un imbécil desconsiderado, ¿lo sabías?
—Y tú siempre estás buscando problemas. —Dio un paso adelante, obligándome a retroceder, y entonces Jackson sonrió. Le devolví la mirada, negándome a ser la primera en apartar la vista, echando la barbilla completamente hacia atrás.
¿Siempre había sido tan alto? Ancho sí, ¿pero también alto? Me dolía el cuello.
—Oh, ¿qué pasa, Pyro? ¿Me tienes miedo? —Su sonrisa se ensanchó cuando di otro paso atrás. No le tenía miedo. Como he dicho, Jackson era un osito de peluche bajo su exterior musculoso, pero ya estaba cansada de compartir el mismo espacio que él. Con cada paso que yo daba hacia atrás, él daba uno hacia delante. Repetimos este baile varias veces hasta que, de alguna manera, retrocedí hasta la puerta del apartamento.
¿Cómo diablos he llegado hasta aquí?
Con la espalda contra la madera, no tenía a dónde ir. Bajé la mirada en busca del pomo y, para cuando lo encontré, la manaza de Jackson estaba sobre mi cabeza, manteniendo la puerta cerrada.
Imbécil.
Me sorprendió lo cerca que estaba. Su aliento abanicaba mi cara mientras me observaba. Sin palabras. Solo el aire que llenaban nuestras respiraciones jadeantes por la discusión. Se agachó y yo me puse de puntillas, intentando poner algo de espacio entre nosotros.
No se movió. De hecho, mi contoneo solo lo animó más.
—Jackson... ¿Qué estás haciendo?
—Dímelo tú.
Su nariz rozó la mía y se acercó más. ¿Iba a besarme? ¿Por qué esa idea me provocó un pequeño escalofrío por la espalda?
—¿Es esto lo que quieres, Pyro? —Nuestros labios casi se rozaban, pero me negué a moverme o a darle ninguna reacción. Burlarse de mí era lo que le ponía, y esta era solo otra forma de hacerlo. Sabía

que me gustaba desde que empecé en la Covey U y no había hecho más que restregármelo por la cara desde entonces. Lo peor fue el día que estuve en su casa y llevó a Grace directamente a su habitación. Lo hizo para dejar claro que yo nunca conseguiría a alguien como él.

Bueno, si quería pelea, yo luchaba a muerte.

Con una mano en el pomo de la puerta, puse la otra en su pecho, apoyándome en su contacto, y mientras lo miraba a los ojos, le susurré: —No tienes ni idea de cuánto tiempo he estado esperando que me preguntaras eso —con la voz más sexi que pude fingir. Sus movimientos vacilaron mientras sus ojos seguían los míos. Me incliné hacia delante, presionando mis labios contra los suyos durante una milésima de segundo, lo que lo sorprendió lo suficiente como para que retirara la cabeza.

—Eh —dijo arrastrando las palabras, estudiándome con el ceño fruncido—. ¿Qué ha sido eso? —Su voz era ronca y estaba teñida de confusión, lo que me dio el tiempo justo para darle una patada en la espinilla y empujarlo al suelo. Al menos por fin había encontrado una utilidad a esas clases de defensa personal que Tanner me obligó a tomar después del *incidente*.

Entonces giré el pomo, me deslicé por la puerta con una carcajada y lo miré por última vez. —¡Que te den, Jackson!

Con las manos en el suelo, su pecho subía y bajaba mientras me observaba desde el otro lado del umbral, y una sonrisa siniestra reemplazó la confusión en su rostro.

—Demasiado fácil —dijo, haciéndome fruncir el ceño. ¿Por qué no estaba molesto? Entonces levantó el pie y golpeó el borde de la puerta, cerrándola en mis narices.

Retrocedí, mirando la puerta como si pudiera decirme algo.

Pero qué...

Corrí a abrirla, pero oí el sonido demasiado familiar del cerrojo antes de poder girar el pomo.

—No puedes estar hablando en serio —dije, esperando a que respondiera.

—¿Jackson?

Ninguna respuesta.

—¿Jackson?
Meneé el pomo, confirmando lo que ya sabía. Me había dejado fuera. Di una palmada en la puerta, golpeando tan fuerte que sabía que podía oírme.
—¡Jackson! Me has dejado fuera —le grité a la puerta, apenas capaz de oírme a mí misma de lo fuerte que mis palmas golpeaban la madera. Cuando empezaron a dolerme los brazos, paré, y entonces oí la risa grave y sonora de Jackson detrás de ella.
Le encantaba esto.
—Jackson. Estoy fuera —susurré.
—Lo sé, Pyro. —Aunque su voz sonaba ahogada, la oí alta y clara.
Con el ceño fruncido, fulminé la madera con la mirada, esperando que mi ira la atravesara.
—Entonces déjame entrar.
—No.
—¿Por qué no?
—Te dejaré entrar a las diez y media. Ese era el trato. Es mi noche, así que tendrás que aguantarte hasta que esté listo para abrir la puerta.
Se me escapó una risa sarcástica. —¿No puedes estar hablando en serio?
—Tan en serio como que practico sexo seguro.
Hice una mueca visible al pensar en Jackson teniendo sexo. ¿Por qué me daba la sensación de que habría muchos gruñidos y no mucho placer?
—¿Es por eso que practicas la forma más segura de sexo? El celibato.
—¿De verdad crees que burlarte de mi vida sexual te va a servir de algo en esta situación?
Apoyé la frente en la puerta. —Esto ya no tiene gracia. Déjame entrar.
—Como he dicho, Pyro. La puerta se abrirá en tres horas. Hasta entonces, busca a otro a quien molestar.
—¿Tres horas? —Jackson se alejó —era un patoso de mucho cuidado — y mi tensión arterial se disparó. De verdad iba a dejarme aquí fuera.

—Jackson. ¡No! ¡Estoy en pijama! ¡Ni siquiera tengo el móvil! —Golpeé la puerta con los puños, aporreándola sin cesar.
—Haberlo pensado antes de romper tus propias reglas. —Apenas podía oírlo, pero fue suficiente para que me hirviera la sangre. Me la pagaría.
—¡Jackson! —grité, golpeando la puerta con la mano más rápido. Solo seguí golpeando la madera con la palma durante unos minutos más antes de que el dolor comenzara a irradiar por mi brazo.
No iba a venir, y en el momento en que se pusiera los auriculares, estaba casi segura de que se olvidaría de mí.
Aquí fuera y sola.
Apoyé la espalda en la puerta antes de deslizarme por ella y aterrizar de culo. El bloque de apartamentos era seguro, así que no tenía que preocuparme de que entrara nadie que no conociera, pero no tenía nada que hacer.
Excepto quizás contar las manchas de humedad para poder decírselo al de mantenimiento más tarde.
Bueno, mierda.
Jackson me había jodido y había sido por mi culpa.



Han pasado ochenta y cuatro años... Vale, eso era una exageración. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba aquí fuera, pero tenía frío, lo cual era una hazaña increíble, considerando que llevaba un pijama de una pieza de peluche. Sentada con la espalda contra la puerta y la cabeza entre las manos, había desistido hacía mucho tiempo de que Jackson se diera cuenta de que estaba aquí fuera. Al parecer, esos estúpidos auriculares podían anular cualquier ruido.
Incluida mi hermosa interpretación del último éxito de Bailey Hill.

Tenía los ojos cerrados, me dolía la espalda y en lo único que podía pensar era en cuánto echaba de menos mi cama. No debería haber salido de ella. Debería haber dejado que Jackson siguiera con su noche y haber tolerado sus insufribles gruñidos.

Al inspirar hondo, olí algo nuevo. No el hedor de esa mortadela que Jackson tenía antes. No, esto era delicioso. Esto era queso caliente y derretido esperando a entregarse en mi boca.

Levanté la cabeza, mirando por el pasillo. Nadie salía de su habitación, así que dirigí la mirada a la escalera.

Oí sus pasos y sus voces ahogadas antes de poder verlos. —¿Por qué no le pediste salir? —preguntó un chico con voz profunda.

Mi ritmo cardíaco se aceleró... ¿Podrían estos chicos ayudarme?

—¿Para qué? —respondió otra voz. El olor se hizo más fuerte y yo salivaba como un perro hambriento. ¿Qué no daría por algo de comer o beber ahora mismo?—. Me rechazará como todo el mundo en esta universidad.

Me incorporé, me pasé los dedos por el pelo en un intento de parecer accesible y esbocé una sonrisa en mi cara mientras las voces se acercaban.

—Es porque tienes mala reputación después de...

Ambos chicos se detuvieron y me miraron como si fuera un extraterrestre, y queriendo romper la tensión, levanté la mano, moviendo los dedos —un intento de saludo mono— y sonreí.

Maldita sea, ¿por qué no podía llevar uno de mis tops cortos monos o algo así?

Cada uno era guapo a su manera, pero el chico con la camiseta de béisbol que sostenía la pizza entrecerró los ojos mientras me examinaba. Quería decir que me estaba echando un vistazo, pero temía que Jackson pudiera tener razón sobre el pijama de una pieza. Estaba dando una impresión equivocada. Me senté un poco más recta, esperando que el peluche no impidiera que me vieran como una chica normal.

—¿Tienen pizza? —pregunté, ignorando las miradas inquisitivas y el hecho de que mi estómago se revolvía de hambre. La pizza era de Covey Crusts, lo mejor de esta universidad.

—Parece que el equipo de fútbol americano tiene otra fan acosadora —dijo el de la camiseta de béisbol. Sin emoción. Sin interés. Monótono.
Me quedé con la boca abierta. —¿Perdón? —dije, con la voz encendida de ira mientras me agarraba el pecho—. No soy una fan.
—Entonces, ¿por qué lleva eso puesto? —El de la camiseta de béisbol inclinó la barbilla y levantó su gruesa ceja hacia mí.
Mis dedos se curvaron contra el peluche. *Tenía razón.*
—¿Está buscando a Jackson James? —preguntó el otro, con una sonrisa tranquilizadora que hacía resaltar sus hoyuelos.
La mención de su nombre hizo que la ira corriera por mis venas. Me había dejado aquí fuera sin comida, sin bebida, sin entretenimiento, arruinándome una noche perfectamente buena.
—No, no estoy buscando a ese neandertal.
Miré mal al chico que me dedicaba una sonrisa tontorrona. Un momento. ¿Pensaban que estaba aquí para *acostarme* con Jackson?
Un escalofrío me recorrió la espalda y me sentí obligada a aclarar el malentendido. —Vivo aquí —usé el pulgar para señalar la madera—. Me he quedado fuera y mi compañera de piso no vuelve hasta las diez y media.
—¿*Vive* ahí? —preguntó él de la camiseta de béisbol.
Asentí.
—Nunca la he visto, y vivimos un piso más arriba. —Le dio un codazo a su amigo de la sonrisa tontorrona—. Henry, ¿tú sí?
Henry negó con la cabeza. —No, creo que recordaría un atuendo como ese.
Vaya. ¿Estaban todos los hombres de la Covey U destinados a hacerme sentir como una mierda?
—Soy la hermana de Tanner. —Ni siquiera tuve que decir su apellido. Todo el mundo lo conocía por aquí.
—¿Lo es? —preguntó Henry mientras miraba a su amigo—. Brandon, ¿sabías que tenía una hermana?
Ah, el de la camiseta de béisbol tenía nombre. Brandon y Henry. Nunca había oído hablar de ninguno de los dos, pero eso era porque no me importaba ningún deporte excepto el fútbol americano. ¿Cómo podría? Me habían entrenado para amarlo.

—No lo sé. No se parece a Tanner —dijo Brandon. Me encogí, sintiéndome más cohibida de lo que me gustaría admitir, y luego saqué mi descaro, mi forma habitual de superar mis sentimientos de insuficiencia.
—No me haga empezar. Ese chico tiene los rasgos faciales de un ángel. —Me froté las manos por mis mejillas regordetas—. Y sus pómulos son para morirse.
—No sé, a mí me parece que está muy bien —dijo Henry antes de volverse hacia su amigo—. ¿Sabe qué? Cuanto más la miro, más creo que la reconozco.
—¿Ah, sí? —sonreí. Quizás no eran tan malos.
—Sí. —Me señaló con el dedo con una pequeña sonrisa en su rostro —. Salió en el periódico de la universidad, ¿verdad?
Fruncí el ceño, sabiendo exactamente a dónde iba a parar esto.
—Quemó la hermandad de mujeres, ¿no es así?
¿Iba a perseguirme ese incidente el resto de mi vida como el anterior?
—No la quemé. Hubo un problema con el cableado.
—Sabe qué —dijo Brandon—, creo que sí es la hermana de Tanner; tienen los mismos ojos.
—¿Ha estado mirando a los ojos a mi hermano? Siento decírselo, pero tiene pareja.
—Yo no he...
Levanté la mano. —Mire, no pasa nada. Como he dicho, mi hermano es guapísimo, así que lo entiendo. ¿Quién no querría estar con él? No me molesta. Lo que *sí* me molesta es que su pizza se está enfriando mientras hablamos.
Miraron la grasienta caja de delicias.
—Y solo quería saber si ustedes dos me dejarían pasar el rato con ustedes un par de horas mientras esperaba a que llegara mi compañera de piso.
Se miraron con inquietud. No podía culparlos, dado que estaba mirando su caja de pizza como si fuera un jugador de fútbol americano agachándose para atarse los cordones.
—Eh... —Henry asintió. Ignoré la inquietud porque una vez que me conocieran, se darían cuenta de que era inofensiva.

Brandon, el que sostenía la pizza —y mi destino—, no respondió.
¿Iba a dejarme aquí fuera?
—Vamos. ¿Qué quieren a cambio de un trozo de pizza? Haré cualquier cosa.
Justo cuando iban a responder, perdí el equilibrio al moverse la puerta detrás de mí. Cuando se abrió, caí al suelo, aterrizando entre un par de piernas gruesas. Caray, incluso con chándal, podía ver lo musculosos que eran los muslos de Jackson.
Jackson no me miró. Estaba demasiado ocupado sonriendo a mis nuevos amigos. —Hola, chicos. ¿Qué hacéis aquí fuera?
—Jackson —mascullé, conteniendo mis manos para no rodear sus tobillos y clavarle las uñas, ya que no quería que me dejara fuera otra vez—. ¿Qué haces? Pensaba que no ibas a abrir la puerta hasta las diez y media.
—¿No has mirado la hora? Ah, es verdad. No puedes. Son las diez y media, Pyro.
—¿En serio? —¿Tanto tiempo había estado aquí fuera regodeándome en mi propia miseria?
—Pensé que habías dicho que no había nadie en casa —dijo Henry, y yo rodé sobre mi costado, usando los pantalones de chándal de Jackson para ayudarme a levantar. Puede que tuviera razón en que eran demasiado ajustados para cortar la circulación, porque no se movieron.
—No pensaba que estuviera. Se suponía que tenía una chica en casa.
—No, no la tenía —dijo Jackson detrás de mí.
—No pasa nada. Todos sabemos que la verdadera razón por la que fingías que no estabas en casa es porque te la estabas cascando y te daba demasiada vergüenza admitirlo.
Los chicos se quedaron en silencio, así que continué, gesticulando de una manera que les facilitara la comprensión. —Le lleva un rato. Necesita silencio absoluto para que los aspersores funcionen, ¿me entiendes? —Guiñé un ojo.
—Pyro. —La advertencia no hizo nada para disuadirme. Jackson me había dejado sola fuera toda la tarde. Podía soportar algunos comentarios vergonzosos.

—Bueno, ha sido un placer hablar con ustedes, quizás nos veamos por ahí alguna vez.
Pasé junto a Jackson, rozándolo al pasar.
—Ha sido un placer conocerla... —dijo Henry antes de que la puerta se cerrara de golpe.
—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó Jackson, acechándome por detrás.
Agité la mano en su dirección. —Ah, ¿ahí fuera? Bueno, me dijiste que hiciera amigos, así que eso es exactamente lo que hice. Hice amigos.
—¿No puedes estar hablando en serio? —Se rio con amargura—. ¿Con Brandon y Henry?
Ah, así que los conocía. —Sí, ¿qué hay de malo en eso?
—Nada, si te parece bien que te falten al respeto.
Mi labio se curvó y la falsa bravuconería se apoderó de mí. —Quizás me guste un poco de degradación.
Respondió con el ceño fruncido, dándome tiempo para admirar sutilmente su pecho desnudo. ¿Cuándo se había quitado la camiseta? —¿Te has quitado la camiseta para que tus fans babearan por ti?
Se miró el pecho como si no se hubiera dado cuenta de que se paseaba por el apartamento con su tableta de chocolate al aire. ¿Cómo podía no darse cuenta? Sus pezones eran puntitas afiladas por el frío.
Apoyó las manos en sus pectorales antes de bajarlas lentamente por su pecho. No pude evitarlo, seguí su movimiento. Podría ser un imbécil, pero desde luego era un imbécil con un buen envoltorio.
—Qué va, mi cámara solo está instalada en mi habitación. Todo esto es solo para tus ojos.
Y ahí estaba esa sonrisa diabólica suya. Burlona. *Otra vez.* No le bastaba con dejarme fuera del apartamento toda la tarde, tenía que enseñarme lo que me estaba perdiendo.
—Eres un cerdo —gruñí antes de dar media vuelta y marcharme a mi habitación pisando fuerte.
—¿Ya me dejas? Eras tú la que estaba desesperada por quedarse conmigo.

Ni siquiera me molesté en responderle. Era un cretino, y mi reacción le daría demasiado poder.
Lo odiaba.
Después de cerrar de un portazo la puerta de mi habitación, me dirigí a mi cama, cogí el móvil y le envié un mensaje a mi hermano.

Thea: Ese idiota al que llamas mejor amigo es el mayor idiota que ha pisado la faz de este planeta.

Luego volví a tirar el móvil sobre la cama antes de dejarme caer sobre ella y consumirme en mi ira, pensando en todas las formas en que me vengaría de él.

Capítulo 5

Jackson

Al salir de mi habitación la noche siguiente, no pude evitar reírme. ¿*Esto* era lo que había planeado y aun así se burlaba de mí por haber jugado a videojuegos con mis amigos anoche?

Thea estaba sentada exactamente en el mismo sitio del sofá que yo, con solo su moño oscuro y despeinado a la vista. Estaba viendo en la tele a un tío cuya mandíbula parecía esculpida a cincel y que llevaba un traje que le hacía parecer rematadamente relamido. Típico de Thea. Siempre detrás de los tíos convencionalmente guapos.

—¿No puedes hablar en serio? —dije, negando con la cabeza mientras el tío de la pantalla le declaraba su amor a una mujer preciosa. Habría sido creíble si no hubiera otras diez chicas de pie detrás de ella, esperando ansiosas el mismo discurso. Si yo tuviera unos ojos azules que pudieran atravesar el alma, me lloverían las tías como a este fulano.

La cabeza de Thea asomó por encima del sofá, regalándome el lujo de ver sus ojos felinos y entornados.

—¿Qué quieres, Baseball Cap?

—Nada —dije, señalando la tele con la barbilla. Luego miré el montón de aperitivos que tenía en el regazo. Con uvas, bocaditos de plátano con mantequilla de cacahuete y kiwi, sus tentempiés eran mucho más sanos que los míos—. Esta estampa me resulta terriblemente familiar a la mía de anoche.

Arrugó el ceño y se incorporó para que pudiera ver que tenía toda la cara contraída por el asco. La arruguita de la nariz solo acentuaba las pecas que la salpicaban, haciendo que pareciera marginalmente menos amenazadora.

—La diferencia es que yo no estoy jugando a videojuegos estúpidos. Estoy viendo *The Baseball Bachelor*.

Estiré los labios, fingiendo pensar antes de decir:
—O sea, que es peor. Por lo menos anoche gané dos mil seguidores más y recibí un correo de una empresa sobre un acuerdo de patrocinio.
Gruñó y puso los ojos en blanco, realzando sus largas pestañas.
—Son todos bots, y el correo es una estafa. Créeme, Baseball Cap, a nadie le interesa verte jugar con nada. —Su desconfianza era de esperar, teniendo en cuenta que no sabía nada de la comunidad *gamer*, pero era un tanto insultante. Solo porque su hermano estuviera destinado a la NFL no la hacía mejor que yo. Jamás comprendería del todo cómo narices Tanner y Thea se habían gestado en el mismo útero al mismo tiempo. Eran tan... distintos. Tanner nunca juzgaría. Era humilde y celebraba los éxitos de sus amigos. Thea era jodidamente sarcástica y tenía un gruñido que podría competir con el de un pitbull.
—Y esas relaciones nunca duran —añadí para intentar amargarle el humor tanto como ella me había amargado el mío. Se quedó boquiabierta y negó con la cabeza, regañándome con un «tsk» como si hubiera cometido el mayor de los pecados.
—Díselo al soltero Shawn. Con tres hijos ya, está feliz y sigue muy enamorado de su mujer.
—¿Y cuántas veces lo sacan como la única historia de éxito de una franquicia que ha durado más que mi vida entera?
—En todas las temporadas, obviamente.
—Entonces... ¿sigue sacando dinero por ser el único soltero de éxito?
—Eres un cínico y punto. —Hizo un puchero con el labio inferior y yo desvié la mirada hacia la tele por un segundo.
Como era de esperar, el soltero había pasado a su siguiente novia. Uf, sonaba raro decir eso cuando tenía como doce.
—Además, no puedes juzgar un programa que no has visto nunca.
—Claro que puedo. Tú has juzgado mis juegos sin haberlos jugado nunca.
Se giró hacia la tele y se hundió de nuevo en el sofá, dando a entender que nuestra conversación había terminado. Pero no. Yo

tenía la última palabra en eso. Rodeé el sofá, encontré a Thea acurrucada en una manta morada y mullida, y me reí.
—De verdad espero que no lleves puesto otra vez ese pijama de una pieza tan feo. Con eso y la manta, te vas a morir de un golpe de calor, y yo no estaré aquí para salvarte.
Se movió bajo la manta, y yo esperaba que se la quitara de encima, revelando otro pijama horrible. Quizá esta vez sería de estampado de leopardo o algo igual de estridente. Pero no lo hizo. Se quedó ahí sentada, rumiando su enfado.
—Aunque me estuviera muriendo de un golpe de calor, eres la última persona de la que aceptaría algo.
—Vaya, Pyro. ¿Tanto me odias? Preferirías morir antes que aceptar mis fluidos.
Sonreí con suficiencia mientras ella fruncía el labio con una arcada.
—No me hagas potar, Jackson.
—Entonces no te ases en una manta, y paz. —Me di la vuelta, me dirigí a la encimera de la cocina y cogí las llaves del cuenco.
—¿Adónde vas?
—¿Por qué quieres saberlo? ¿Has quedado con gente?
—No. Solo quería saber cuánto tiempo tengo para mí sola.
—No te preocupes, Pyro. A diferencia de ti, yo cumplo las reglas encantado y soy más que capaz de no volver hasta las diez y media. Pasa una buena noche —dije con sarcasmo mientras caminaba por el pasillo. No respondió, aunque tampoco esperaba que lo hiciera.
Cuando fui a abrir la puerta, me volví hacia ella.
—Ah, por cierto, las mismas reglas que se aplicaban a mí se te aplican a ti.
—¿De qué hablas?
—No te masturbes en el sofá.
Se quedó boquiabierta, y la enfermiza satisfacción que sentía al molestarla volvió de golpe.
—Yo no me...
Sin quedarme a escucharla, salí por la puerta, feliz de que fuera a estar de mala leche y pensando en mí el resto de la noche. Mientras tanto, yo iba a disfrutar de una cena deliciosa con dos de mis mejores amigos.



—Esta comida está deliciosa, Britt —dije con la boca llena de patatas asadas, zanahorias, guisantes y ternera. Si hubiera sabido lo buena cocinera que era Britt, me habría casado con ella—. Eres increíble. —Sonriendo, la observé desde el otro lado de la mesa, y un rubor le subió por las mejillas. Vaya tesoro. No me extraña que Matty fuera tan protector con ella incluso cuando no podía tenerla. Debía de saber lo de su ternera.

Resoplé, pensando en la ternera de Britt... Sí, seguro que probó su género antes de que lo hicieran oficial.

—La he hecho yo. —Matty, el hombre sentado junto a la hermosa mujer que tenía enfrente, interrumpió mis pensamientos y atrajo mi atención. Sin mediar palabra, pasó el brazo por encima de la silla de ella, acercándola suavemente hacia él.

¡¿*Él* había hecho la ternera?!

Bueno, quizá tenía que casarme con él entonces.

Amontoné más patatas en el tenedor y dije:

—Oh, bueno, gracias, Matty, por crear una comida tan deliciosa. ¿Has hecho tú la salsa? Puede que necesite la receta. —No es que pudiera usarla, ya que yo era un cocinero terrible y corría el riesgo de quemar todo el bloque de pisos. Un incendio que solo sería superado por el de Thea, y me negaba a darle algo con lo que pudiera burlarse de mí. Parecía que ya tenía munición de sobra en ese frente.

—No la he hecho para ti —dijo entre dientes, con los nudillos sorprendentemente blancos para estar sujetando solo un tenedor.

—Matty —siseó Britt, dándole un codazo—. Sé amable. —Llevaba el pelo rizado, lo cual era inusual en ella, y un vestido negro ajustado

con escote en pico. Parecía haberse arreglado, lo que resultaba extraño ya que planeaban quedarse en casa esa noche.
Soltó un bufido mientras miraba a su mujer.
—Estoy siendo todo lo amable que puedo con un tío que se ha presentado en nuestra casa sin ser invitado cuando teníamos planes.
—¿Planes? —Los miré a los dos, confundido—. Me dijiste que os quedabais en casa cuando hablamos en el gimnasio esta mañana. No pensé que fuera a ser un problema.
A Matty se le tensó la mandíbula; sus nudillos seguían blancos. Mmm... interesante. ¿Por qué estaba tan enfadado por esto? Entonces todo empezó a encajar.
Matty preparando una cena elegante con filete...
Las velas por toda la habitación...
Ambos vestidos demasiado bien para una cena en casa...
La suave música de piano de fondo...
Matty estaba intentando mojar, y aquí estaba yo, metiéndome su ternera en la boca, cortándole el rollo como un cabrón que no se entera de nada.
Reduciendo el ritmo de mi masticación, dejé los cubiertos en la mesa y dije:
—Siento si he arruinado vuestros planes. Sinceramente, no pensaba que tuvieras que esforzarte tanto para mojar una vez casado. —Me limpié la boca con la servilleta y agité la mano entre ellos—. Simplemente pensaba que pasaba y ya.
Britt negó con la cabeza, una pequeña risa escapó de sus labios mientras sus mejillas se encendían.
—Jackson, por favor, no te disculpes. No pasa nada. No es eso lo que estábamos haciendo. Para nada.
Levanté una ceja antes de señalar por encima de mi hombro con el pulgar.
—¿Estás segura? Puedo irme si lo preferís.
—Sí.
—No. No. No hagas eso. —Britt le dio una palmada en el pecho a Matty, que apenas se inmutó contra mi amigo de pelo alborotado, pero que acentuó el pedrusco gigante que brillaba en su dedo. En

serio, ¿cuánto dinero tenía Matty para poder permitirse algo así?—. Matty solo estaba bromeando.
—No, no bromeaba —refunfuñó él.
Ella puso los ojos en blanco.
—Ignóralo. Está de mal humor porque le he dicho que mi hermano Bryce viene esta semana antes de su partido.
—Ah, Bryce. Es el grandote, ¿verdad? —Hinché los hombros para dejarlo claro. Bryce Brennon era un jugador de fútbol americano que no recibía mucha atención. Probablemente porque era el tercer *quarterback*, pero no todos podíamos tener el nivel de popularidad de Tanner. Britt asintió, y yo solté una risa—. Pues entonces no me extraña que no quieras verlo. ¿Qué le dices a un tío después de tirarte a su hermana y casarte con ella sin que nadie lo sepa?
—Jackson... —llegó otra advertencia refunfuñada de Matty.
¿Lo estaba mosqueando?
Vaya.
Britt le rodeó la mano a Matty con la palma, calmándolo.
—A Bryce en realidad le cae muy bien Matty. Con quien todavía estamos trabajando es con Sam, pero lo conseguiremos con él, ¿verdad?
Matty refunfuñó, y mientras observaba sus interacciones, no pude evitar admirarlos. Eran tan... monos. No se me ocurría una palabra mejor para describirlos, lo cual era raro, considerando que estaba acostumbrado a que fueran amigos que se deseaban en secreto. Ahora estaban casados y vivían juntos en cuestión de unos meses.
—¿Es raro estar casado a los veintiún años? —pregunté, sin pensar en lo que decía. Algo que hacía a menudo.
Me miraron boquiabiertos y me encogí de hombros.
—No sé. A ver, todavía estáis en la universidad. Sé que a los dos solo os queda un semestre, pero debe de ser raro, ¿no? Todos vuestros amigos salen, beben y se acuestan con gente al azar, y sin embargo, aquí estáis. Viviendo junto a la playa en plena felicidad doméstica.
Cuando digo viviendo en plena felicidad doméstica, me refiero a que estaban *disfrutando a tope* de su felicidad doméstica. La casa era más un castillo que la pequeña casa de playa que habían descrito al

principio. Solo las vistas ya eran impresionantes, y el toque moderno de una casa de playa californiana les sentaba bien. Matty la compró —otra razón por la que debería haber considerado casarme con mi mejor amigo—, pero llegué demasiado tarde... y no era Britt.
—Ninguno de nuestros amigos se acuesta con gente al azar. Excepto tú.
—No es verdad —resoplé con una risa, y miré por la ventana detrás de Britt y Matty. Estaba oscuro, pero aún podía distinguir las olas rompiendo contra las rocas. De verdad que aquí se estaba en paz. Mucho más en paz que en mi casa con Thea.
—Nombra a otra persona con la que salgamos que no esté en una relación seria —dijo Matty, devolviéndome a la conversación.
Arrugué la cara, pensando en lo ridículo que era ese comentario. A ver... Devin también estaba casado, pero llevaba tres años fuera de la universidad, así que no contaba. También estaban Adam y Hayden, que se liaron después de que Matty intentara emparejar a Britt con Adam. Eso fue un desastre en ciernes. Adam descartado, entonces. Aiden y Alyssa estaban haciendo lo que coño sea que estuvieran haciendo, y Tanner... *Bueno, mierda.* Yo era el único que andaba por ahí de flor en flor. Aunque hacía tiempo que no lo hacía. No había tenido el tiempo ni las ganas desde que Thea se mudó. Algo en su mirada juzgadora y saber que podía oírme siempre parecía quitarme las ganas.
—Espera, ¿cuándo ha pasado eso? ¿Cuándo me he convertido en el único *solo amigo* del grupo? —Fruncí el ceño, pero luego sonreí, porque era feliz estando solo y lejos de las presiones de las expectativas de otra persona. Era bueno ser yo.
—¿Eso es lo que eres? ¿Soltero? —preguntó Britt con más juicio en su voz de lo que me gustaba.
—Síííí...
—No estoy segura de que así es como te definiría.
Frunciendo el ceño, la estudié más tiempo del que seguramente le gustó a Matty.
—¿Estás intentando insinuar que mi mano y yo tenemos una relación? Porque si es así, eso es muy cruel, Britt. Muy cruel.

Matty sonrió, la primera vez en toda la noche, pero se la iba a perdonar. Estaba claro que estaba molesto por su falta de sexo esta noche.
—No, pero gracias por la imagen gráfica de la que podría haber prescindido. —Britt arrugó la nariz mientras me hacía un gesto con la mano para que parara, y yo me enderecé, mirándolos.
Sonreí.
—¿Qué? ¿No te gusta esa idea? ¿Qué tal esto? ¿Qué tal si la próxima vez que tú y Matty estéis teniendo relaciones, mi mano y yo también podríamos tener relaciones en el rin...
—No. —El puño de Matty golpeó la mesa, sus nudillos todavía blancos. Si no lo conociera, pensaría que el tío necesitaba echar un polvo. Entornó los ojos y yo sonreí. ¿Por qué disfrutaba tanto sacándolo de quicio? Ah, ya me acuerdo. Durante tres años, intentó fingir que no estaba obsesionado con Britt, y una vez que por fin la consiguió, no podía parar de presumir, regodeándose como si fuera especial.
—Oh, Matty. Lo pillo. No quieres compartir. Sinceramente, creo que es más decisión de Britt que tuya, teniendo en cuenta que tuvo que compartirte durante tanto tiempo.
Silencio.
Vaya. Ahí voy de nuevo, diciendo cosas que sabía que no debía. A veces, simplemente no puedo contenerme. Las palabras siempre me salen a borbotones como una diarrea verbal.
Los ojos de Britt estaban más abiertos que nuestros platos mientras miraba de reojo a su marido, esperando su reacción. Oh, joder, ahora sí que sentía la tensión... Era culpa mía. Aunque la afirmación fuera un hecho. Había dejado a Britt de lado durante años mientras resolvía sus propias mierdas, aunque no sabía cuáles eran esas mierdas. Matty era un tipo reservado.
—Yo no compartí a Matty. Él estaba pasando por algunos asuntos personales y yo simplemente esperé a que se resolvieran. —Britt rodeó la mano de Matty con la suya y apretó.
Levanté las manos.
—Tenéis razón. Lo siento. —Puede que solo me estuviera disculpando porque no tenía nada que hacer el resto de la noche y

no quería que me echaran. Pero seguía creyendo cada palabra. Qué curioso, siempre había visto a Matty como el más apacible de nosotros, y sin embargo, ahí estaba, mirándome como si estuviera pensando en la forma más dolorosa de arrancarme las extremidades.
—Entonces, ¿por qué te odia Sam? —Cambié de tema porque todavía me quedaba al menos una hora antes de que me permitieran volver a mi apartamento, algo de lo que no podía culpar a Thea después de que la dejara encerrada fuera anoche. El recuerdo todavía me arranca una sonrisa fácilmente.
Britt y Matty se miraron.
—No odia a Matty. Solo quería que tuviéramos una boda de verdad para poder estar en ella.
—¿Boda de verdad? —dije con las cejas levantadas, y fruncí el ceño —. ¿Va a haber otra?
—Considerando que la única invitada a la boda de verdad fue una imitadora de Britney Spears, diría que es importante hacerlo de nuevo de la manera correcta —afirmó Matty.
Vaya, en qué cascarrabias se había convertido.
—Ostras. ¿Así que te vas a casar dos veces antes de que yo me haya casado siquiera una?
—¿Por qué te sorprende tanto?
—No sé, solo me hace sentir viejo.
—¿Acaso quieres casarte? —preguntó Matty.
—No lo descarto, pero debo admitir que de verdad estoy empezando a sentirme rezagado.
—El primer obstáculo es encontrar a alguien que pueda soportar estar en tu presencia durante toda una velada.
—Eso ya lo tiene —dijo Britt, con una sonrisa formándose en sus labios, y eso despertó mi interés.
Un momento, ¿el trío todavía estaba sobre la mesa?
—Britt es mía. —Matty acercó aún más la silla de Britt, fulminándome con la mirada. Los perros que mean para marcar su territorio eran menos obvios que él.
—Bueno, pues supongo que esta noche solo seremos mi mano y yo —dije, secándome las comisuras de los labios con la servilleta antes

de dejarla sobre la mesa. Luego le di un trago a mi cerveza y miré a la feliz pareja—. Entonces, ¿qué toca ahora? ¿*Netflix 'n' chill*?
Fue la primera vez en toda la noche que la sonrisa de Britt vaciló, y miró a Matty con recelo. Vale, quizá ese comentario de antes no era una invitación y quizá, solo quizá, me había quedado más de la cuenta, pero ¿qué se suponía que debía hacer? Tenía una hora hasta poder volver a casa, ya que no tenía dudas de que Thea no me dejaría entrar hasta las diez y media para dejar clara su postura. Y no quería sentarme fuera solo para que ella pudiera regodearse al abrir la puerta.
—¿*Netflix 'n' chill*? Nosotros, eh, pensábamos que te ibas a casa después de cenar —dijo Britt con una voz aguda. Bueno, ahí se iba mi sueño de un trío. Joder, Britt estaría tan buena entre nosotros. Matty volvió a refunfuñar, y supe que era mi señal para irme.
—¿A casa? —Solté un bufido y le quité importancia con un gesto—. Pfff. Yo no llamaría hogar a vivir con Thea. Con Tanner, quizá.
Cuando mi mirada se cruzó con la de Britt, vi la sonrisita burlona que se escondía tras sus ojos. ¿Qué coño había hecho yo para merecerme una mirada así?
—¿Y qué es tan gracioso, señora Mathieson?
—Nada. —Frunció los labios de una manera que sugería que, desde luego, no era nada—. Es solo... la forma en que pronuncias su nombre.
—¿El nombre de quién? ¿El tuyo? ¿Hemos vuelto a lo de verte en el dormitorio, porque a mí me apetece más que de sobra? Tú solo dime dónde quieres que me siente. Ahora que lo pienso, ¿podemos asegurarnos de que el ángulo no sea uno en el que tenga que quedarme mirando el culo de Matty todo el rato? Quiero un primer plano en hora punta de tu entrep...
—Jackson —gruñó Matty. ¿Siempre estaba de tan mal humor? ¿Me habría protegido Olana de esto?
Levanté las manos en señal de inocencia.
—Me refería a Thea —dijo Britt.
Fruncí el ceño. —¿Thea? ¿Qué pasa con ella?
—¿Lo ves? Justo ahí. —Señaló desde el otro lado de la mesa, casi saltando de la silla—. Lo has dicho con ese tono bajo y áspero.

—¿Ah, sí? —Me aclaré la garganta y di un sorbo a mi cerveza, sintiéndome de repente un poco acalorado.
—Oh. Oh, mira. —Le dio un golpecito en la mano a Matty y señaló en mi dirección con la barbilla—. Tú también te das cuenta, ¿verdad? Se está sonrojando.
—Yo no me sonrojo. —Sí que me sentía un poco acalorado; sin embargo, era por la cerveza que había estado bebiendo.
—Ah, es verdad —sonrió Matty.
—No me estoy sonrojando.
—¿Estás seguro? —Britt arqueó las cejas hacia mí.
Miré a ambos lados de la habitación y me pregunté si me estaba imaginando cosas. No sentía nada por Thea. Me fulminaba con la mirada con el ardor de mil fuegos continuamente, y eso no me interesaba.
—Estoy seguro. ¿Por qué ha salido su nombre, siquiera? —pregunté.
—La has mencionado y, no sé, supongo que siempre he pensado que sentías algo por ella.
—Y así era —interrumpió Matty, haciendo que Britt contuviera el aliento.
—¿Qué?
—Sí, Matty, ¿qué? —pregunté, perplejo.
—Vamos, J. No puedes ocultarlo. Todos lo vimos cuando empezó a trabajar en Covey. Estabas todo el día encima de ella. La llamabas Reina T y dejabas que se comiera mis patatas. No puedo ni contar las veces que os encontré en casa juntos, riéndoos como si tuvierais vuestras propias bromas internas.
—Podría decir lo mismo de ti y de Britt —repliqué.
Levantó la mano de Britt, haciendo alarde de nuevo de aquel pedrusco. Como si necesitara que me recordara que estaba forrado.
—Y mira cómo acabó eso.
Britt apartó su mano de un manotazo.
—Ohhh —arrulló Britt.
Descarté todo el tema con un gesto.
—No es lo mismo. Parecía simpática al principio, pero todo eso cambió cuando...
—¿Cuando qué? —preguntó Britt con una sonrisa impaciente.

—Eh... —Lo pensé, pero me quedé en blanco.
—Sí, ¿cuándo? —añadió Matty.
Algo que había estado relegando al fondo de mi mente volvió a mí.
—Yo, eh, supongo que cuando Tanner me dijo que me alejara.
—i¿Hizo qué?! ¿Lo sabe Thea? —Britt se me quedó mirando, esperando una respuesta.
—¿Por qué iba a importarle? —preguntó Matty.
No esperé la respuesta de Britt. —No es tan grave como suena. Al parecer, Tanner pensó que estaba interesado en Thea. Hay que admitir que, cuando la conocí, pensé que era bastante guay. Sin embargo, en el momento en que empezó a insultarme, todo cambió.
—Espera, ¿te rompió el corazón?
—No. —Recordé el primer insulto que me lanzó justo después de que rompiera con Grace, al darme cuenta de que no estaba interesado en ella. Fue justo después de eso cuando Thea empezó a llamarme Gorra de Béisbol y a gruñirme todo el tiempo. Fue una semana más tarde cuando Tanner me dijo que me alejara de su hermana, como si algo fuera a pasar—. No estaba interesado en ella románticamente.
—Pff. —Britt soltó un bufido.
—Es verdad. Nunca me ha interesado tener novia, y desde luego no quiero cabrear a nuestro QB1, así que cuando vino a mí, preocupado por que fuera a romperle el corazón a su hermana, fue una señal de alarma suficiente para que me alejara de esa amistad.
—Claro, por eso lo hiciste —añadió Matty poniendo los ojos en blanco.
—Lo hice. Mira, sé que mi carácter tranquilo y mi actitud de buenazo pueden parecer coquetos, así que me alejé para no dar una impresión equivocada.
—Oh, qué tierno.
—¿Tierno? ¿Qué tiene de tierno?
Britt no pudo contener su sonrisa. —Renunciaste a la chica de la que estás realmente enamorado para mantener feliz a tu mejor amigo.
—Eso no es lo que pasó. —Se me curvó el labio. A Britt le encantaban estas historias de amor, pero parecía un poco ansiosa por que esto se convirtiera en algo que no era.

Britt se mordió el labio inferior y miró a Matty antes de volverse hacia mí. —Sé que no debería decir esto, pero creo que Tanner tenía razón al preocuparse. Creo que Thea siempre ha sentido algo por ti.
Abrí la boca para decir algo, pero no me salió nada. ¿Thea sentía algo por mí? Era más probable que me convirtiera en ingeniero aeroespacial y, teniendo en cuenta mis notas, eso nunca pasaría.
—¿Tú crees? —le preguntó Matty a Britt, que asintió enérgicamente.
—Oh, sí.
—¿Has estado bebiendo, B?
Levantó su botella de agua, le dio una pequeña sacudida e hizo que el agua se agitara dentro del plástico, hipnotizándome por un segundo. —No, he estado a base de agua toda la noche.
—Bueno, pues entonces debes de estar colocada con algo. Thea no me soporta. Cuando me mira, se me encogen las pelotas hasta convertirse en uvas pasas por el puro miedo a que las pulverice.
—Tus pelotas encogidas como pasas eran otra imagen que no necesitaba en mi cabeza —dijo Matty.
—Puedes darle las gracias a tu mujer por esa.
—No sé. Creo que todavía le gustas. La forma en que te lanza los insultos es impresionante.
Fruncí los labios, dándole vueltas. —Mmm, a lo mejor tienes razón. Quizá no me soporta porque sabe que no puede *tenerme*.
—¡Sí! Es como una de esas historias de enemigos a amantes —rio Britt.
—No. No. Nunca seremos amantes. ¿Has visto su mono morado de peluche?
—¿No?
—Confía en mí. No quiere que la vea como un ser sexual. De ninguna manera se pondría un atuendo así delante de mí si quisiera.
Aunque, cuanto más lo pensaba, más divagaba mi mente hacia la idea de bajarle la cremallera delantera y revelar... ¿qué?
¿Un picardías morado de encaje debajo?
Jooooooder.
¿Por qué se me había ido la mente a eso?
¿Por qué estaba pensando ahora en ella saliendo de ese estúpido pijama y contoneándose hacia mí con sus curvas expertamente

abrazadas por encaje morado? ¿Por qué estaba pensando en ella hincando las rodillas delante de mí?
Sacudí la cabeza, fingiendo que la imagen no me resultaba tentadora.
Pero, joder. Thea entre mis muslos, arrastrándose más cerca de mi entrepierna. Sería un espectáculo digno de ver. No solo porque sería la leche de sexi, sino porque sin duda se estaría quejando de que le dolían las rodillas o de que hacía demasiado frío para llevar tan poca ropa. Sonreí, pensando en todas las formas en que podría hacerla callar con mi polla. Sí, hundirle la polla entre sus labios desafiantes sería agradable. Sería como matar dos pájaros de un tiro.
¿A qué coño venía eso?
¿Por qué cojones me estaba poniendo duro ante esa perspectiva?
Me ajusté discretamente los pantalones, agradecido de que la mesa de madera ocultara mi madera debajo de ella.
—¿Cuánto tiempo más os queda juntos antes de que vuelva Tanner?
—Solo para aclarar, no hay nada de *juntos* entre Thea y yo. Vivimos vidas muy separadas. Lo único remotamente junto es el hecho de que nuestras camas descansan contra la misma pared.
La sonrisa de Britt se ensanchó y dijo, mirando a Matty: —Les doy cuatro días.
—Nah. Jackson no tiene autocontrol. Yo les doy dos.
Me llevé una mano al pecho y me los quedé mirando con falsa sorpresa. —¿Ah, sí? ¿Eso es lo que soy para vosotros ahora? ¿Una apuesta?
—Tío. Tú apostaste a cuándo nos liaríamos Britt y yo. Solo te estoy devolviendo el favor.
—Ya, pero vuestra situación era diferente. De todas formas, todos estábamos bastante seguros de que ya os estabais tirando en secreto todo el tiempo.
—Bajo esa lógica, ¿cómo podemos estar tan seguros de que tú no te estás acostando en secreto con Thea? —preguntó Matty con una ceja levantada.
—No lo estamos. Créeme. Si tuviera sexo secreto con mi compañera de piso, estaría de mucho mejor humor. Tampoco estaría aquí mismo

con vosotros. Estaría en casa tirándomela hasta reventarle el cerebro.
—Ese es un buen argumento. —Britt levantó la mano y asintió.
—En fin, como ya hemos terminado de cenar y mi sugerencia de Netflix y peli porno ha caído como un jarro de agua fría, ¿supongo que queréis que me vaya?
—Estarías en lo cierto —dijo Matty antes de que Britt pudiera decir nada más.
—Matty. Sé amable. Es nuestro invitado.
—Uno no invitado, además.
—Vale, bueno, antes de que empiece una disputa matrimonial, me voy a ir por donde he venido. —Mirando mi reloj, pensé que estaría a salvo. Para cuando llegara a casa serían sobre las diez, así que seguro que me dejaría entrar treinta minutos antes. Tampoco es que estuviera haciendo mucho en casa. Tampoco debería pillarla en ninguna situación comprometida, teniendo en cuenta que le dije que no podía masturbarse en el sofá.
Pero...
Me vinieron a la mente visiones de la mano de Thea metida en su mono, con el ceño fruncido mientras se mordía el labio inferior, conteniendo el orgasmo inminente.
Sacudí ese pensamiento de mi cabeza.
¿Qué me pasaba?
Esta chica me molestaba hasta el infinito y, de repente, no podía dejar de pensar en ella.
Eché la silla hacia atrás, raspando el suelo, y cogí mi móvil de la encimera de la cocina.
—¿Le dirás a Thea que le enviaré un mensaje para quedar a comer la semana que viene?
Volví mi mirada hacia Britt, curvando el labio. —¿Me echas y ahora crees que soy la secretaria de Thea?
—Cuidadito —gruñó Matty—. Estás hablando con mi mujer.
—Tienes razón. Lo siento, Britt. Tienes suerte de tener un hombre que te defiende. Si queréis ese trío, solo tenéis que avisarme.
Salí de allí más rápido de lo que Matty pudo alcanzarme, riéndome por lo bajo. ¿Por qué nadie más apreciaba mi humor?

Mientras conducía a casa, no podía dejar de pensar en las palabras de Britt.

¿Enamorado de Thea?

Era ridículo. Era la hermana de mi mejor amigo. Nada más que una chica con la que me veía obligado a vivir. No importaba lo buena que estuviera. No estaba interesado en ella. Ni ahora. Ni nunca. También estaba el minúsculo detalle de que me odiaba. No había ardor latente tras sus ojos. A no ser que estuviera pensando en todas las formas en que podría quemarme vivo.

Llegué al apartamento veinte minutos antes, y sus luces seguían encendidas, así que soplé un suspiro. Ella seguía levantada, sin duda viendo esa serie insoportable. ¿No duraba como tres horas o alguna estupidez así?

Hacía demasiado frío para quedarme aquí fuera, así que mi única opción era subir y lidiar con su actitud sarcástica hasta que llegara a mi habitación.

Subí las escaleras arrastrando los pies, subiendo cada escalón lentamente en un intento de hacerlo más largo. Probablemente estaba allí arriba gritándole a la tele, solo para desquitarse conmigo cuando abriera la puerta.

Cuando llegué a nuestro piso, apoyé la cabeza en la puerta, con la esperanza de calibrar su estado de ánimo. Fruncí el ceño cuando no oí nada. ¿Quizá ya se había ido a la cama y me había dejado la luz encendida? Pff. Como si ella fuera a hacer eso alguna vez.

Abrí la puerta y asomé la cabeza lentamente, sin sorprenderme al ver *Esposas de Béisbol* en la tele. Había una rubia en la pantalla despotricando sobre otra mujer.

—¿Thea? —murmuré, con un tono de sospecha. ¿Por qué tenía la sensación de que iba a salir de golpe de nuestro armario de los abrigos y hacer que me cagara en los pantalones?

Pasé corriendo junto al armario y entré en el salón, para detenerme en seco al ver un desordenado amasijo de pelo negro asomando por la mullida manta morada en la que Thea estaba envuelta antes de que me fuera.

Sentí un hormigueo en los dedos por encender la aplicación de la bocina de niebla y despertarla de un susto. Sin embargo, no lo hice.

Después de toda esa charla sobre el flechazo con Matty, no debía. No quería que pensaran que me importaba ver sus ojos anchos y sorprendidos mientras se agarraba el pecho agitado, diciendo mi nombre con rabia.
Acercándome un poco más, sonreí al ver un rotulador permanente sobre la mesa. No estaba seguro de por qué estaba ahí, pero me gustaría atribuirlo al destino. Claramente, mi destino era dibujarle un pequeño bigote a Thea en un homenaje a *Friends*.
Cogí el rotulador y me arrodillé silenciosamente frente a ella. Luego me arrastré hacia ella antes de levantar con sumo cuidado la manta con el pulgar y el índice, apartándola de su cuerpo.
Apenas se movió, y hubo un instante en el que pensé que podría haber predicho correctamente su muerte y que se había asfixiado.
Cuando gimió y dejó caer el brazo fuera de la manta, me sorprendió ver su piel lechosa a la vista.
¿Sin mono?
Mi mente volvió a cuando la vi antes, y me di cuenta de que en realidad no había visto lo que llevaba puesto antes de irme. No es que importara.
Con asombro, recorrí con la mirada las pecas de su brazo. Tantas. ¿Cómo no me había dado cuenta de todas las pecas que salpicaban su pálida piel?
Se removió contra los cojines y me quedé helado, conteniendo la respiración por miedo a que la brisa la despertara.
Estaba jugando a un juego peligroso.
Todavía con el rotulador en la mano, la estudié, ideando un plan sobre cómo dibujar el bigote sin molestarla.
Mientras la luz del techo se reflejaba en su cara, no pude evitar fijarme en sus rasgos.
Vale, hasta yo podía admitir que parecía mona mientras dormía. El pliegue de enfado entre sus ojos estaba relajado, y sus labios, bueno, guau. Nunca me había dado cuenta de lo carnosos y sensuales que eran, pero probablemente era porque no me estaba reprendiendo por primera vez en un año.
Quité el capuchón del rotulador con los dientes y, justo cuando iba a pintarle la cara, respiró hondo.

Mi mano vaciló. ¿Podría hacerlo? Si se despertaba, estaba muerto. Sin duda me cortaría las pelotas y se las comería delante de mí.
Un pensamiento insidioso se coló en mi mente. ¿Y si en vez de comérselas las lamiera? Su lengua rosada asomando por la boca para saborear mi gusto antes de que esas delicadas manitas suyas masajearan mis pelotas.
Sí, eso estaría bien.
Los ojos verdes de Thea se abrieron de golpe y captó la situación. No tenía adónde ir y la estaba acechando con un rotulador en la mano.
Gritó lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el edificio, y yo me sobresalté hacia atrás, dejando caer el rotulador para poder apoyarme en la mesa de centro.
—¿Qué coño haces? —gritó, incorporándose. Ah, ahí estaba otra vez. Tan luchadora. Tan enfadada.
Sus ojos estaban entornados, su pecho subía y bajaba, y yo no podía dejar de mirar.
—No llevas sujetador. —Era lo único en lo que podía concentrarme, los dos pequeños puntos erguidos justo debajo de su sedosa camiseta de tirantes. Una que nunca le había visto antes. *Mierda*. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo grandes que eran los pechos de Thea? Se me hizo la boca agua.
Su respiración se ralentizó mientras se cubría el pecho con la mullida manta y me miraba con asco. No podía negar que estaba decepcionado. —¿¡Por qué cojones miras, pervertido?!
Levanté la mano, agitándola delante de ella. —No he podido evitarlo. Estabas ahí mismo, y ellas estaban ahí mismo. Era casi como si estuvieran intentando saludarme.
—Deja de hablar de mis tetas.
Por primera vez en mi vida, contuve la pregunta que tenía en la punta de la lengua, que, irónicamente, era donde quería que estuvieran sus pezones. ¿Por qué no podíamos hablar de sus tetas? Eran preciosas. O al menos lo que había visto de ellas. Idealmente, necesitaría una inspección más cercana antes de dar mi evaluación completa.

—Eres un gilipollas —se quejó antes de recoger la manta y correr a su habitación.
Ese movimiento podría haberle cubierto el frente, pero no se dio cuenta de lo expuesta que estaba su espalda. A saber, su culo.
¿De dónde demonios había sacado esos bóxers? Porque, joder, quería comprarle un par de cada color. Otra cosa que nunca había notado de Thea. Tenía un culo potente. Se meneaba en todos los lugares correctos, y yo quería agarrarlo, apretarlo y verlo temblar mientras me hundía en...
Cuando la puerta se cerró de golpe, un pequeño escalofrío me recorrió la espina dorsal y, no voy a mentir, me empalmé un poco. Solo un poquito.
Refunfuñó desde detrás de la puerta, y bajé la mirada a mi regazo.
Mi erección a media asta estaba a la vista. ¿Quería admitir que era por culpa de Thea? No. No tenía nada que ver con ella y todo que ver con mi falta de sexo desde que se había mudado.
Eso era.
No estaba colado por Thea. Eso no era posible.

Capítulo 6

Jackson

—¿Esto está pasando de verdad? —pregunté, sujetándome la erección con una sonrisa de oreja a oreja. Como la única respuesta que obtuve fue un rumor sordo, dije—: No puedo creerme que hayáis aceptado esto.

Estaban de pie delante de mí y me había quedado sin habla. Completamente sin habla. Pensé que al menos se lo pensarían unos días antes de invitarme.

Así que, cuando recibí el mensaje anoche, ¿cómo iba a decir que no?

Britt avanzó, besando a Matty con más fuerza de la que le había visto nunca, desesperada y salvaje, lo que me sorprendió, ya que estaban casados. Matty intentó bajar el ritmo, acariciándole la cadera por el borde de la camiseta.

—Joder —susurré, apretándome la erección. Ponía cachondísimo verlos besarse, pero yo quería el plato fuerte. Britt se apartó de Matty, con los labios húmedos, mientras se quitaba la camiseta por la cabeza, dejando al descubierto su vientre tonificado y un sujetador de encaje morado que sostenía sus pechos turgentes justo fuera de mi alcance. Su mirada estaba centrada únicamente en la reacción de Matty.

Como era de esperar, el pecho de Matty subía y bajaba con fuerza; su mujer le ponía a mil, así que no era ninguna sorpresa. Britt era impresionante y, como atleta, tenía esa figura esbelta que podría haber rivalizado con la de Britney Spears en su apogeo. Estaba disfrutando del espectáculo, pero no podía negar que me gustaban las chicas con más curvas. Una con un poco más a lo que agarrarse y que hacer tuya. Una cuya carne temblara mientras se la metía hasta el fondo.

Repito, no me quejaba de Britt, era perfecta. Perfecta para Matty y perfecta por dejarme mirar, pero había algo que me rondaba por la

cabeza y no conseguía averiguar qué era.
Britt empujó a Matty hacia la cama, sentándose a horcajadas sobre él mientras lo besaba con desenfreno. Su pelo rubio le hacía cosquillas en la parte de atrás de los vaqueros mientras se retorcía encima de él, poniéndolo sin duda duro como el acero bajo ella.
Sus gemidos llenaban la habitación, ahogando el sonido del océano a mi espalda mientras me apoyaba en la ventana. Era una pena, la verdad. Nunca había visto una vista del océano más bonita que la de su dormitorio, pero no tenía tiempo para admirarla porque la oferta de un trío —vale, eso era exagerar, esto era más bien una experiencia de voyeur— era demasiado difícil de rechazar.
Moví lentamente la mano a lo largo de mi miembro, queriendo saborear la experiencia, ya que ella ni siquiera se había quitado los vaqueros todavía.
Matty tiró del pelo de Britt, obligándola a levantar la barbilla para poder besarle el cuello. Ella maulló, con los dedos aferrados a la camisa de él mientras se contoneaba.
Qué cabrón con suerte.
Su otra mano trazó suavemente la línea de su espalda antes de llegar a sus vaqueros.
Quítaselos. Quítaselos.
La expectación me ardía en el estómago. Nunca me había sentido así con el porno, lo que podría deberse a que nunca era en vivo y en directo. Nunca pude oler el deseo entre dos personas ni sentir la tensión en la habitación.
Mientras Matty bajaba por su pecho, solo podía imaginar lo que le estaba haciendo por los ruidos que hacía Britt. Probablemente le habría bajado las copas del sujetador para poder mordisquearle las tetas, sin duda rosadas y respingonas.
Cuanto más besaba Matty su piel, más natural parecía todo. Se estaban metiendo en el papel, como si yo no estuviera allí mirándolos.
Britt gritó antes de que Matty la guiara para apartarla de su cuerpo y la pusiera de pie frente a él. Le bajó los vaqueros con facilidad, dejándola en un tanga morado a juego. Su culo era magnífico. Lo había visto antes con un bañador que había llevado en Las Vegas, y

se veía casi idéntico a ese día. Me preguntaba cómo lo había soportado Matty, sabiendo que no podía tocarla.
Bueno, la estaba tocando ahora. Sus manos se extendieron por la ancha superficie de su culo, sus dedos hundiéndose en las musculosas nalgas mientras gruñía. ¿Ves? Esto era lo que yo pensaba que haría que mi amigo estuviera un poco menos malhumorado. Más sexo salvaje con la mujer que amaba.
Britt soltó un gritito cuando Matty la arrojó sobre la cama y le abrió las piernas. Ella gritó cuando Matty acercó su centro a su boca. Deseé poder ver qué le estaba haciendo para correrla, pero su cabeza odiosamente grande solo permitía ver su pelo alborotado rozando los muslos de Britt.
Sus caderas se movieron más rápido y observé su expresión facial, imaginando con cada jadeo que Matty le estaba rodeando el clítoris o metiéndole la lengua dentro. Eso era mejor. Esto sí que ponía.
Sus caderas se movían más deprisa, haciendo que sus pechos botaran. Fruncí el ceño, decepcionado porque Matty no le hubiera quitado el sujetador cuando había estado jugando con ellos. ¿Qué sentido tenía invitarme si no quería que viera el género?
La respiración de Britt se aceleró, y moví mis manos al ritmo de sus caderas mientras perseguía un orgasmo. El sudor me perlaba la nuca. Puede que no estuviera involucrado en su placer, pero desde luego lo estaba sintiendo.
—Estoy, estoy...
No llegó a terminar la frase antes de que Matty apartara la cabeza y, al parecer, le volviera a colocar la ropa interior, bloqueándome la vista.
—¿Por qué has parado? —se quejó Britt. Su pecho subía y bajaba con fuerza, y el enrojecimiento de su clavícula hacía juego con el rubor de sus mejillas—. Estaba tan cerca.
—Lo sé —dijo Matty, apretándole la rodilla. Luego me miró por encima del hombro—. ¿Por qué no hacemos de esto un espectáculo mayor?
—Sí, por favor. —Puede que sonara demasiado ansioso, pero joder, nunca antes había formado parte de algo así, y estaba realmente interesado en sus ideas para la participación del público.

Matty colocó a Britt de modo que volviera a estar a horcajadas sobre él, pero esta vez, estaba de cara a mí con las piernas bien abiertas y el sujetador y las bragas todavía puestos; era excitante. La mano de Matty se extendió sobre su vientre, metiéndose en su ropa interior para juguetear con su clítoris. Ojalá pudiera ver lo que pasaba, pero con su mano y la tela restringiendo mi visión, una vez más tuve que imaginarlo todo.

Mientras su mano trabajaba más rápido, ella dejó caer la cabeza sobre el hombro de él, restregándose contra su mano como si estuviera teniendo sexo con él.

Joder. Esto era excitante. Mucho más de lo que esperaba.

También era demasiado. Estaba a punto de correrme mientras me aferraba la polla, pero esperando poder aguantar para no arruinar el ambiente. Matty ni siquiera se había quitado la ropa todavía.

Britt rebotaba en el regazo de Matty; él tenía una mano en su clítoris y la otra pellizcándole los pezones. Joder. Sabía que esos dos eran perfectos el uno para el otro, pero no me había dado cuenta de que serían capaces de hacer un porno tan bueno.

Pequeños jadeos de placer se escapaban de la boca de Britt, y mis huevos se tensaron a medida que me acercaba a la corrida.

Britt levantó la cabeza y me miró con sus ojos llenos de lujuria, luego arrastró una de sus manos hasta su centro y la colocó justo encima de la de Matty.

—Te necesito —dijo, mirándome directamente.

Miré a mi alrededor y luego me señalé. —¿A mí? ¿Me necesitas a mí?

Se mordió el labio inferior y dijo: —Quiero sentir tu lengua en mí.

¿Britt quería que me uniera?

Matty parecía inexpresivo detrás de ella, lo que supuse que era bueno.

Mierda. Nunca había hecho un trío, pero estaba más que dispuesto a seguirles el rollo.

—Bueno, ¡¿quién soy yo para decir que no a eso?! —Me dejé caer al suelo y me arrastré hasta ellos, sentándome entre los muslos cubiertos por los vaqueros de Matty mientras él me abría a su mujer. Su coño estaba justo ahí, listo para ser tomado. Britt todavía estaba cubierta de encaje morado, así que extendí la mano, listo para

mover la fina tela y revelar lo que había debajo. Solo que, a medida que mi mano se acercaba, las cosas empezaron a cambiar.
La piel de Britt se volvió más pálida. Sus caderas y muslos se volvieron un poco más gruesos con cada parpadeo hasta que supe que ya no era ella.
Alcé la vista, sorprendido de ver a Thea frente a mí con las piernas abiertas de par en par y su cuerpo suplicando que la tocara.
—Thea —dije con voz ahogada, y mientras recorría su cuerpo con la mirada, me di cuenta de que no estaba sentada encima de Matty.
No.
Estaba apoyada sobre los codos, mirándome con su habitual desdén.
—¿Vas a darte prisa, Gorrita? —suspiró, su mano haciendo todo el trabajo que aparentemente esperaba que yo hiciera.
Joder.
Su cuerpo se retorcía con los movimientos de su mano, y era hipnótico. Sus caderas... tan curvilíneas. Estaba deliciosa.
—Jackson —gimió.
Se apartó el tanga para que pudiera ver su mano moverse furiosamente por su centro, rodeando su clítoris.
—Joder. —Estaba reluciente, tan mojada después de pensar en que yo la tocaba.
Incapaz de contenerme, me incliné hacia adelante. Todavía quería esto. Todavía la quería a ella. Estaba salivando, y gimió cuando mi lengua tocó su clítoris. Tan bonito. Tan perfecto. Y delicioso.
Apartando sus manos, lamí suavemente su clítoris, saboreando el momento, y froté mi nariz contra él, deseando ahogarme en su aroma. Ella entrelazó sus manos en mi pelo, dirigiéndome exactamente a donde me quería. ¿Quién era yo para decir que no? Sus piernas temblaron, sus dedos se hundieron en mi cuero cabelludo, y supe que estaba cerca. No quería que se corriera así. No. No ahora que la tenía. Quería que se corriera *conmigo*.
Gimoteó cuando la agarré por las caderas y la llevé a la cabecera de la cama, tumbándola sobre las almohadas.
Sus ojos abiertos me observaron mientras me quitaba los pantalones lo más rápido posible. —¿Y el condón? —preguntó.
Negué con la cabeza y me reí. —Quiero sentirte entera.

Me dedicó la más leve de las sonrisas, y me metí dentro de ella sin pensarlo dos veces.
Gloria líquida. Mi cuerpo ardía con la sensación de ella rodeándome. Estar dentro de Thea era diferente a todo lo que había sentido antes. Ni siquiera me había movido todavía y sabía que no me faltaría mucho.
Lentamente, se la metí hasta el fondo y observé cómo su barbilla se inclinaba hacia arriba mientras soltaba un gemido de placer. Era lo más excitante que había visto nunca. Ella gritando de placer por mi culpa.
Sus manos se aferraron al cabecero mientras me movía. Maldita sea. Esto era duro. Era tan perfecta. Su cuerpo se movía bajo el mío, sus pechos se balanceaban con el movimiento, así que me agaché, tomé uno de sus pezones en mi boca antes de prodigarle al otro la misma atención.
¿Siempre había sido tan perfecta?
—Jackson, qué bien sientas. —Sus palabras solo sirvieron como un estímulo para moverme más rápido, y estaba tan cerca de correrme.
—¿Estás a punto, Pirománita? —pregunté, lamiéndole el cuello y luego besándola. Su piel estaba caliente, y sabía a canela. Definitivamente, esta no sería la última vez que lo haría con ella. No podía serlo.
Cuando su espalda se arqueó, su cuerpo se contrajo a mi alrededor, llevándome a mi propio orgasmo.
El líquido se estaba saliendo, lo que solo me hizo sacarla y reemplazar mi polla con mis dedos. —¿Qué estás haciendo? —jadeó.
—No quiero que pierdas ni una gota —dije, volviéndose a poner dura.
¿Cómo era eso posible? Me había hecho muchas pajas de adolescente, e incluso entonces, nunca había podido recuperarme tan rápido. Como estaba con Thea.
Constantemente duro y necesitando estar dentro de ella.
—Jackson.
De repente, las cosas eran diferentes. No estaba desnuda y retorciéndose debajo de mí. Estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama, mirándome con desdén. —¿Qué estás haciendo?

Levanté las sábanas, mirando mi polla flácida. ¿Adónde se había ido mi erección gigante?
—¡Jackson!
Su voz chillona finalmente me despertó, y me incorporé de golpe en la cama, oteando la habitación. Todo estaba en su sitio, nada se había movido, excepto que Thea estaba de pie al final de la cama, con el ceño fruncido y el pie golpeando el suelo rítmicamente, de nuevo con ese estúpido albornoz de felpa.
—¿Qué haces aquí? —pregunté, tratando de recuperar el aliento mientras el sudor me perlaba la frente.
Thea observó mi pecho agitado, con un gesto de desprecio en los labios. —¿Por favor, no me digas que duermes desnudo?
Miré hacia abajo, agradecido de que las sábanas estuvieran ahí y fueran lo suficientemente gruesas como para que no pudiera ver la creciente erección que tenía debajo.
—¿Qué haces en mi habitación?
Suspiró, caminando directamente hacia la puerta sin dedicarme una segunda mirada. —Solo he entrado porque estabas gritando tan fuerte que he pensado que tenías una pesadilla.
—Y que lo digas —dije con sorna.
Ella enarcó una ceja. —Ah. ¿Con qué soñabas, Gorrita?
Su voz me provocaba, haciendo que mi erección fuera aún peor. O mejor, según se mire.
—Contigo —dije con un toque sarcástico.
Se detuvo en seco y me miró por encima del hombro con una sonrisa. Era una de sus sonrisas falsas y ligeramente odiosas. —¿De verdad?
—Ajá.
Se quedó allí un momento, asimilándolo todo, y como si fuera un ovillo tenso, explotó. —Eres un gilipollas. ¿Lo sabías? Puedes burlarte de mí todo lo que quieras, pero esta es la última vez que te burlas de mi físico.
Fruncí el ceño. —Espera, ¿de qué estás hablan...?
Se abalanzó hacia la cama y, por instinto, abracé las sábanas, retrocediendo por la cama y acercándome al cabecero. El que ella

había estado agarrando con fuerza mientras me corría dentro de ella en mi sueño.
No es momento de pensar en eso, cerebro.
—Estoy harta y cansada de que señales que crees que no soy atractiva porque no soy tan delgada o atlética como otras personas. Lo pillo, no te gusto. Pues, ¿sabes qué? Me importa una mierda lo que pienses. Estoy feliz con quien soy, y hay un montón de gente ahí fuera a la que le encantaría estar conmigo.
—Yo no he...
Levantó las manos, luego cerró los ojos, y estaba casi seguro de que no quería que viera la pequeña lágrima que se deslizaba por su mejilla. Se me encogió el estómago. Me sentí como un gilipollas aunque técnicamente no había hecho nada malo. —Solo déjame en paz —murmuró antes de darse la vuelta y salir de la habitación pavoneándose. Un pavoneo que no pude evitar mirar.
Joder. ¿Cuándo se le había puesto el culo tan... prieto? Lo quería. Quería morderlo y deleitarme con su gemido mientras decía mi nombre. Luego quería volver a saborearla... Bueno, por primera vez. Realmente no la había probado antes. Eso fue solo en mis sueños.
Me lamí los labios, persiguiendo un sabor que nunca había estado allí para empezar.
Pasándome una mano por la cara, negué con la cabeza, tratando de quitarme el recuerdo de ella de la mente.
Necesitaba salir de aquí.
Revisé mi móvil y no vi mensajes ni de Matty ni de Britt. Probablemente estaban demasiado ocupados follando después de que la idea de que yo los mirara los pusiera calientes. Bueno, un momento, ¿eso pasó o fue solo un sueño?
Necesitaba enviarles un mensaje de todos modos, ya que eran los únicos responsables de este lío.
Jackson: ¿Eres una bruja, Britt? Estoy empezando a pensar que me has lanzado un hechizo después de que me ofreciera tan amablemente para un trío.
Jackson: Uno para el que todavía estoy dispuesto, por cierto.

Capítulo 7

Thea

Alargué el brazo por encima de la fría encimera de mármol y cogí una de mis naranjas. Por suerte, la única fruta que a Jackson le gustaba robarme eran las uvas, lo que yo achacaba a un complejo de inferioridad.

Mientras me recostaba en el taburete, sopesé la naranja en la mano, observándola con una sonrisa. Sí, seguro que a Jackson le gustaría tener unos huevos tan grandes como esta.

Bzz. Bzz. Bzz.

Di un respingo y entorné los ojos hacia el móvil. ¿Quién me escribía tan temprano?

Acerqué el móvil, pulsé la pantalla para que se iluminara y empecé a pelar la naranja.

Covey Connections: Nuevo mensaje

Me sonrojé y no pude negar que sentía un poco de emoción al pensar que alguien me había escrito. Solo me había conectado a la aplicación de citas de la universidad un par de veces desde que me apunté, y siempre acababa terriblemente decepcionada porque nadie parecía interesado en hablar conmigo.

¿Había cambiado mi suerte?

Tras quitar un trozo de la cáscara de la naranja, desbloqueé el móvil y abrí la aplicación.

1 mensaje no leído: Brandon Gold

El nombre me sonaba, pero no sabía de qué. No fue hasta que entorné los ojos para ver la diminuta foto de perfil que reconocí su sonrisa odiosamente blanca y amplia. Era el chico de la pizza de la otra noche. ¿Me estaba pidiendo salir *él* a mí? Por la forma en que me miró mientras estaba sentada en el suelo, pensé que me odiaba.

En lugar de preguntarme qué decía, abrí el mensaje.

Brandon Gold: *Hola, Thea. No sé si te acuerdas de mí, pero soy el chico que vive en el piso de arriba. Mi colega Henry y yo nos*

cruzamos contigo cuando volvías de tu fiesta «furry».
Puede que te suene a petición rara, pero esperaba que pudieras echarle un cable a Henry. Probablemente nos oíste hablar de sus problemas para conseguir una cita, y me preguntaba si te interesaría ser una buena vecina y ayudarlo.
Antes de que digas nada, NO te estoy pidiendo que tengas una cita de verdad con él. Simplemente te pregunto si podrías escribirle. A lo mejor decirle que te pareció mono y que te gustaría volver a verlo. No hace falta que lo cumplas, solo, ya sabes, para subirle un poco la autoestima.
Fruncí el ceño antes de releer el mensaje varias veces. Había tantas cosas que estaban mal que no sabía por dónde empezar. Para empezar, ¿se creía que era una *furry* y eso no le echaba para atrás a Henry?
Me erguí, sonriendo mientras echaba un vistazo a la cocina vacía. Como no había nadie cerca para chocar los cinco, cogí un gajo de la naranja y me lo metí en la boca a modo de celebración. Entonces no debía de tener tan mala pinta con mi atuendo.
Pulsé en el perfil de Brandon y encontré el de Henry, topándome de inmediato con su pelo oscuro y sus ojos de un azul intenso. Tan intensos que habría pensado que eran marrones si no los hubiera visto en persona. ¿Me había concentrado tanto en la pizza que no me había dado cuenta de lo guapo que era? Pasé a las siguientes fotos y encontré una en la que estaba jugando con un perro monísimo sobre el hielo.
Fruncí el ceño al examinar cada foto. ¿Por qué me resultaba tan familiar?
La puerta de Jackson se abrió con un chirrido y me quejé para mis adentros por cómo habíamos dejado las cosas. No solo me había estado mirando las tetas anoche, sino que tuve que despertarlo porque estaba gritando en sueños. El horario no estaba sirviendo de mucho para evitar verlo, lo cual era frustrante.
Cuando salió de su habitación, tenía el pelo hecho un desastre y la mirada perdida. Parecía que no había dormido en días. Con los labios entreabiertos, sacudió la cabeza como si fuera un perro mojado, y yo me encogí.

—Ah, Gorrita. Siento que me honres con tu presencia esta mañana.
Después de mirar la hora, puse el móvil boca abajo para que no viera lo que estaba mirando. Era casi mediodía y no había oído ni un ruido de su habitación desde que lo había despertado a las siete.
Gruñó mientras entraba en la cocina dando pisotones, sin apenas reparar en mi existencia. Qué raro. Normalmente, estaría listo con una réplica inmediata. Rodeó la isla y se rascó la barriga, y no pude evitar echarle un vistazo a sus abdominales. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estaban muy definidos y musculosos, y si no quisiera que lo hiciera, al menos llevaría camiseta.
—¿Ya te has recuperado de tu pesadilla? —le pregunté con demasiada alegría. Encontrar a Jackson sudando e incómodo en la cama me había provocado una inmensa dicha, porque demostraba que no era tan perfecto como le gustaba aparentar.
Abrió la puerta de la nevera y resopló.
—Yo no lo llamaría pesadilla —refunfuñó.
—Me permito disentir. Dabas vueltas en la cama y llamabas a alguien. —Arrugué el ceño, recordando la escena, sabiendo que sería uno de los mejores recuerdos que tendría de la universidad—. ¿Leah? ¿Mia? ¿De quién huías exactamente?
Sacudió la cabeza, agachándose más en la nevera. Quién sabía qué estaría haciendo ahí dentro; yo me limité a admirarle el culo mientras lo hacía. Como he dicho antes, era un gusto para la vista, solo que era terrible para el oído.
Después de lo que pareció una eternidad, Jackson salió de la nevera con un cartón de leche y mirándolo de forma precaria. Sabía lo que estaba pensando.
—Espero que cojas un vaso para eso, Gorrita. No quiero que esparzas ninguno de tus gérmenes.
Su sonrisa se convirtió en una sonrisita de superioridad mientras yo me metía un gajo de naranja en la boca. El sabor cítrico explotó en mi lengua. Cerré los ojos ante el sabor ácido y, cuando los abrí, la cara de Jackson había cambiado drásticamente.
Me miraba con el ceño fruncido mientras masticaba, y de repente me sentí un poco cohibida bajo su mirada. Después de tragar, dije:
—¿Vas a coger un vaso?

Sin dejar de mirarme, se le dilataron las pupilas. Espera, ¿Jackson se drogaba? Eso explicaría cómo era capaz de quedarse despierto hasta tan tarde para jugar a sus videojuegos, pero no parecía muy propio de él.
—¿Estás bien, Jackson? —ladeé la cabeza y él dio un respingo. Solo le había visto esa cara una vez, y había sido esa mañana después de despertarlo de su pesadilla.
Se aclaró la garganta antes de acercarse a coger un vaso.
—Estoy bien.
Mientras sacaba otro gajo de la naranja, podía sentir la mirada fulminante de Jackson sobre mí.
—No me mires así.
—¿Así cómo?
Con el gajo de naranja en la mano, lo señalé.
—Como si no debiera comerme esto. Es fruta. No puedes juzgarme.
—No lo hacía.
Poniendo los ojos en blanco, volví a centrar mi atención en mi móvil, le di la vuelta y me encontré de inmediato con la cara de Henry. Todavía no había decidido si le escribiría.
—¿Con quién te escribes? —preguntó Jackson, con la voz un poco más ronca de lo habitual, mientras se asomaba por encima de la encimera, tratando de ver mejor a Henry.
Cogí el móvil de la encimera y me lo metí en el bolsillo de la sudadera.
—Por si te interesa, tengo una cita —solté, enmascarando mi ansiedad por mentir con aire de suficiencia.
—¿U-una cita? —separó los labios y abrió los ojos de par en par. Menudo gilipollas.
—Sí. —Puede que aún no hubiera una cita de verdad, pero Jackson no tenía por qué saberlo.
—¿Con quién?
—No es asunto tuyo, y no te molestes en escribirle a mi hermano sobre esto. Ya lo sabe, así que no tienes que preocuparte por mí esta noche… ni siquiera mañana por la mañana. —¿Me estaba pasando de la raya? Sí. ¿Me importaba? No.

Jackson frunció el ceño antes de que todo encajara en ese cerebrito de mosquito que tenía.
—¿Quieres decir que puede que no vengas a casa esta noche?
—Si las cosas van bien, quién sabe —dije, yendo de farol en esta conversación como si fuera mi trabajo. Estaba cien por cien segura de que volvería a casa esta noche. Aún no sabía adónde iba a ir, pero era divertido mantenerlo en vilo.
Jackson se aclaró la garganta, obligándome a prestarle atención mientras me metía otro gajo de naranja en la boca.
—Ejem, ¿Thea? —sonó ahogado y eché la silla hacia atrás.
—Jackson, ¿estás bien? Estás un poco pálido. —Puede que no me cayera bien el chico, pero eso no significaba que quisiera verlo muerto en el suelo. Aunque, si la idea de que yo tuviera una cita lo provocaba, entonces quizá se lo merecía.
Soltó un largo suspiro antes de volver a negar con la cabeza y reírse de forma torpe y ruidosa.
—¿Qué te pasa?
—¿A mí? —se le quebró la voz y sonó notablemente más aguda de lo habitual.
—Sí. A ti.
—Nada. Estoy perfectamente bien. —Pasó rozándome, dejando su vaso de leche casi lleno, y corrió de vuelta a su habitación—. Es que llego tarde a una sesión de gimnasio con Matty.
Bueno, vale.
Eso había sido raro.
***
—*Creo que estoy enamorada de ti* —dijo la mujer con la camiseta muy poco apropiada para un tiempo tan desapacible. Su coprotagonista, increíblemente musculado e igualmente guapo, suspiró y entornó los ojos al inclinarse. Estaba a punto de besarla, y los dedos de mis pies se enroscaron de emoción, pero entonces se apartó, mirando al cielo con un suspiro.
—No estoy seguro de poder amar a nadie tanto como amo perseguir tornados.
Fruncí el ceño, resoplando mientras golpeaba el cubo de palomitas extragrande que tenía al lado y casi lo tiraba al suelo. Por suerte, el

chico del otro lado lo cogió.
Estaba oscuro, pero con la luz de la pantalla pude distinguir sus rasgos clásicamente atractivos, así que solté una risita.
—Siento mucho lo de ahora —susurré de la forma más seductora que pude.
—Tienes potencial para liar una más gorda que ese tornado.
Vaya. ¿Eso era una indirecta?
Abrí la boca, dispuesta a decir algo, pero me quedé corta. No sabía qué hacer cuando alguien hablaba tan abiertamente así. No fue hasta que vi la mano femenina deslizarse por su rodilla que me di cuenta de que solo estaba siendo educado.
—Gracias —murmuré, cogiendo las palomitas y poniéndomelas en el regazo. ¿Las había puesto en el asiento de al lado para fingir que estaba reservado para mi cita? Quizá. Ya estábamos casi al final de la película, así que todo el mundo sabía que me estaba portando como una imbécil guardando el asiento para nadie en un cine lleno.
La guapa actriz lloró mientras el héroe se subía a su camioneta, dejándola atrás y persiguiendo su sueño de cazar ese tornado. Me metí un puñado de palomitas en la boca hasta que se me llenaron las mejillas y vi los créditos finales. El héroe sonreía, con el rostro lleno de asombro, y no pude evitar sentir un poco de envidia. Ojalá alguien me mirara así. ¿A quién quería engañar? Me conformaría con que alguien me mirara como a mi propia persona en lugar de como a la gemela de Tanner.
Menos mal que Jackson no podía verme en este momento.
Estar aquí sentada en el cine sola después de haberme paseado por el piso fingiendo que tenía una cita era el colmo de la desesperación, y cuanto más tiempo pasaba sentada esperando a que el cine se vaciara para poder irme, más me enfadaba conmigo misma.
Quizá debería haber subido y haberle pedido salir a Henry. Por lo que parecía, estaría lo bastante desesperado como para decir que sí. Así, al menos, no me habría estado mintiendo a mí misma sobre esta cita. Habría hecho que la cara de perplejidad de Jackson también valiera la pena.
Me reí para mis adentros, recordando lo cabreado que estaba de que yo tuviera una cita, demostrando que su teoría de que yo era

imposible de querer era errónea, y entonces recordé que pronto solo quedaríamos él y yo en Covey U.
Tanner se habría ido y, aunque Aster estaría terminando su máster, se iría la mayoría de los fines de semana a ver a mi hermano. Incluso Britt y Matty se habrían graduado. Puede que tuvieran una preciosa casa en la playa, pero Britt no sabía en qué equipo haría las prácticas con Chally Sports, así que podrían acabar en cualquier parte del país.
Eso significaba que solo quedaríamos Jackson y yo.
¿Era esta mi vida de verdad?
Viviendo juntos. Odiándonos mutuamente.
No estaba segura de cómo íbamos a sobrevivir.
Como las parejas de al lado tardaban una eternidad en moverse, decidí abrir la aplicación Covey Connections y volver a mirar el mensaje de Brandon.
¿Estaba lo bastante desesperada como para escribirle a Henry? Parecía que Brandon solo quería que le ayudara a ganar algo de confianza, pero ¿sería tan malo tener una cita con él? Quizá también me ayudaría a mí a ganar confianza.
Mientras la cara de Henry me sonreía desde la pantalla, pensé: «A la mierda». ¿Qué tenía que perder, aparte de mi amor propio y mi dignidad?
Pulsé el pequeño mensaje azul junto a la cara de Henry y empecé a escribir.
Thea: Hola, Henry, soy yo. Hola. Soy la chica que llevaba la cosa esa morada y peluda la otra noche y que se quedó mirando tu pizza demasiado tiempo. Esto es probablemente un poco atrevido, pero me pareciste un buen tío y me preguntaba si quizá te apetecería que quedáramos alguna vez.
Lo envié y empecé a ponerme la chaqueta. Ni un minuto después, mi móvil sonó con un mensaje suyo.
Henry: Thea. ¡Hola! Claro que me acuerdo de ti. Tengo que admitir que no esperaba que me escribieras.
Henry: Pero me alegro de que lo hayas hecho.
Sonreí, sintiéndome bien por el mensaje, aunque parecía un poquito desesperado.

Henry: Me encantaría salir. Estoy libre mañana, pasado mañana y el sábado.
Mis labios se torcieron en una mueca. ¿Era por esto por lo que Brandon quería que le subiera la autoestima? ¿Para que dejara de parecer tan ansioso? Brandon dijo que no tenía por qué hacerlo, y yo no esperaba que Henry respondiera tan rápido. Tan desesperadamente…
Me guardé el móvil en el bolsillo, sin estar segura de si quería seguir adelante con una cita. Tendría que pensármelo.
—Esto… disculpe, señorita, pero tenemos que limpiar las palomitas de debajo de su asiento.
Sorprendida de estar rodeada de empleados del cine con escobas y mirándome los pies con desaprobación, seguí sus miradas. Sí, había un montón de palomitas a mi alrededor.
—Uy. —Sonreí, recogí todas mis cosas y me escabullí entre uno de los empleados mientras murmuraba una pequeña disculpa. Al cruzar el vestíbulo, sentí una cierta ansiedad al ver la oscuridad del exterior. Nunca me había gustado salir de noche, pero la sensación de pavor cada vez que volvía sola a casa solo apareció después de *el incidente*.
Respiré hondo, recordándome que el cine estaba a solo cinco minutos a pie de mi piso. Había mucha gente caminando en la misma dirección, así que alguien me oiría si gritaba esta vez.
Siguiendo a una pareja que reconocí de la película, observé mi entorno. No pude describir la sensación de alivio cuando mi bloque de pisos apareció a la vista.
Tras colarme en el edificio, subí las escaleras a saltos y abrí la puerta.
Jackson dio un brinco desde el sofá, dejando caer el mando mientras se acercaba a grandes zancadas hacia mí, mirándome como si le hubiera quemado todas sus gorras de béisbol.
—Thea —dijo con los dientes apretados, y se me disparó el pulso, así que hice lo único que pude. Retrocedí y le cerré la puerta en la cara.
—¿Pero qué…? —dijo Jackson desde el otro lado de la puerta antes de volver a abrirla y mirarme con el ceño fruncido.
Sonreí.

—¿Por qué has cerrado la puerta?
—Porque estabas actuando como si te acabara de pillar desnudo.
Bajé la vista, contenta de ver que llevaba los pantalones puestos y que no había ninguna mancha sospechosa en ellos, así que eso era una victoria. Luego, lo aparté de un empujón, buscando cualquier droga que pudiera haber dejado a la vista.
—Has vuelto. —La afirmación sonó forzada, y me di cuenta de que era porque le había dado falsas esperanzas con la posibilidad de tener el piso para él solo esta noche.
Agité la mano por encima del hombro para que la viera y dejé caer el bolso en la encimera de la cocina.
—Sí, bueno, llegar hasta el final en una primera cita sería bastante atrevido por mi parte. He pensado en hacerlo sudar hasta al menos nuestra segunda cita. —La mentira se estaba volviendo cada vez más complicada. Ni siquiera había tenido una primera cita con este misterioso hombre al azar y ya estaba planeando acostarme con él en la segunda. Solo esperaba que su polla no fuera tan imaginaria como el resto de él.
—Me alegro de oírlo. —La voz de Jackson sonaba tan melancólica que no pude evitar preguntarme por qué sonaba como un amante que había esperado cien años mi regreso. Además, ¿por qué su rostro estaba igual de tenso? Confundida, revisé cada rincón de la habitación para ver si había una cámara oculta. Ninguna de sus reacciones tenía sentido.
—¿Por qué te importa?
—Porque…
Dio un paso adelante, pero levanté la mano, sin dejar que terminara la frase.
—Ya sé. Ya sé. Tanner probablemente te está escribiendo constantemente, controlándome. —Puse los ojos en blanco al pensarlo. Esta mentira se estaba volviendo demasiado grande como para no hacerla realidad—. Quizá debería enviarle mi itinerario minuto a minuto. Eso lo calmará.
—No es eso —dijo Jackson con un pequeño graznido en la voz. Tenía los ojos inyectados en sangre y parecía un poco cansado. Definitivamente le pasaba algo, y no estaba segura de que me

importara lo suficiente como para investigarlo—. Es que… no sé. Es un poco rápido. ¿No crees?
La sorpresa en su cara solo me enfureció más. ¿En serio? ¿Iba a actuar como si hubiera algo sospechoso en que me pidieran una segunda cita? Quería retorcerle el cuello por tener siempre la capacidad de hacerme sentir tan fea sin siquiera intentarlo.
—Bueno, Jackson, sé que piensas que nadie puede soportar mi presencia, pero a algunas personas les gusta. Algunas personas incluso quieren salir conmigo. Y lo que es más sorprendente, quieren tener sexo conmigo.
Se encogió ante mi tono y lo aparté de un empujón, dirigiéndome a mi habitación y cerrando la puerta con llave una vez que la hube cerrado de un portazo.
—Thea, espera…
Me acerqué a grandes zancadas a mi cama, me puse los auriculares y puse a todo volumen mi álbum favorito de Bailey Hill para no tener que escuchar más a un idiota como él.

Capítulo 8

Jackson

Con las manos temblorosas y el estómago revuelto, me quedé de pie junto a la isla de la cocina, mirando la puerta de Thea. ¿Para qué? Esperando a que se abriera de nuevo para que me desnudara y me besara contra la encimera. No. Era una idea ridícula. Aunque, a juzgar por su pelo todavía perfecto y la ausencia de pintalabios corrido, me atrevería a decir que solo le había dejado a su cita que le diera un pico.

Gruñí, pensando en todo lo que quería hacerle a su *cita*.

No. Para ya.

Di un paso atrás, curvando los dedos contra la encimera mientras intentaba pensar en cualquier cosa que no fuera Thea. Cuando la fría sensación del mármol me recorrió las yemas, mis pensamientos se desviaron hacia ella, sentada en la encimera y atrayéndome para darme un beso. Con gusto dejaría que me lo quitara, ya que quería dárselo todo.

Negué con la cabeza y solté el aire.

¿Qué coño me pasaba?

No podía comer sin pensar en ella. Mis sueños siempre se transformaban en desnudarla, y todo en este puto apartamento me recordaba a Thea. El sofá donde veía *The Baseball Bachelor*. La encimera donde comía las uvas. El baño donde se echaba su perfume floral.

Estaba en todas putas partes.

No podía quitármela de la cabeza desde esa estúpida cena con Matty y Britt, pero estaba casi seguro de que si hablaba con Thea sobre ello, se reiría en mi cara. Sin duda, echaría la cabeza tan hacia atrás que dejaría al descubierto su largo cuello, y yo solo podría pensar en a qué sabría la piel de su clavícula.

¿Podría sentir cómo se aceleraba su pulso mientras mis labios se deslizaban por su piel?

¿Se agarraría sin pudor a mis hombros, suplicándome más?
Y ese era el problema.
Todavía apoyado en la encimera, bajé la cabeza y miré con rabia el empalme que se marcaba en mi pantalón de chándal. ¿Qué tenía? ¿Quince años?
Joder.
Necesitaba agarrarme a algo que no fuera mi polla antes de estar completamente acabado.
Mi polla se animó cuando oí a Thea moverse por su habitación. Me acerqué, pegué la oreja a la puerta y me pregunté si podría oír algo que me ayudara a descifrar con quién había salido para poder estamparle un balón de fútbol americano en la cabeza.
Vaya. Solo ese pensamiento me hizo darme cuenta de que era demasiado tarde. *Ya* estaba obsesionado con ella. La deseaba tanto que estaba colado por ella. Algo que nunca antes había hecho porque, francamente, tenía mejores maneras de aumentar mi serotonina que ir detrás de las tías cuando no lo necesitaba.
Pero ahora estaba Thea. La chica que había apartado de mi mente para que su hermano se sintiera mejor cuando empezó la universidad. ¿Había visto él lo que yo acababa de descubrir? ¿Que solo tenía este tipo de relación explosiva con ella? ¿Que cada vez que hablaba, encendía algo en lo más profundo de mí?
No podía dejar de imaginar a Thea en todas las posturas posibles haciéndome cosas impensables, todo gracias a que Britt me había metido una idea en la cabeza de la que estaba desesperado por deshacerme.
La puerta estaba cerrada y yo seguía en el lado equivocado. Después de haber suspendido ya un año, no podía seguir así. No quería sufrir otro semestre de clases de verano para asegurarme de poder graduarme el año que viene, así que necesitaba concentrarme, lo que solo significaba una cosa.
Tenía que saber que estaba teniendo pensamientos inapropiados sobre ella; quizás entonces podríamos discutir formas de detenerlo.
Con la frente apoyada en su puerta, solté el aire antes de rozar suavemente los nudillos contra ella.

—¿Thea? —dije, y luego me aclaré la garganta. Pegué la oreja, escuchando cualquier sonido que viniera de ella. No se oía nada. Era imposible que ya estuviera dormida. Habría tenido que quitarse ese vestido.
Quizás yo podría ayudarla.
Gruñí ante mis propios pensamientos. ¿Por qué sentía que ya no me pertenecían? ¿Por qué sentía como si Thea hubiera clavado sus uñas en mi cerebro y estuviera aferrándose a cada nervio, controlando mis pensamientos?
¿Y por qué coño me ponía esa idea?
—Thea, necesito decirte algo. —Me humedecí los labios y proseguí —: No puedo dejar de pensar en ti. *Joder*, eso es quedarse corto. Has invadido todos y cada uno de mis pensamientos. No quiero que salgas con otro tío porque no creo que él pueda satisfacerte como yo podría, como *yo* quiero hacerlo. —Cerré los ojos, mordiéndome el labio inferior. ¿Estaba yendo demasiado lejos? Probablemente, pero no era conocido por mi sutileza—. Déjame invitarte a salir. No te prometo que sea tan encantador o apuesto como el tío con el que has salido esta noche, pero dame una oportunidad para demostrarte que soy algo más que tu molesto compañero de piso. —Hice una pausa, pensándolo todo por un segundo—. O al menos déjame acostarme contigo, puede que así recupere parte de mi cerebro.
Mis oídos se aguzaron cuando ella se movió por su habitación, lo que tomé como una confirmación de que había oído mi petición. ¿Iba a venir a la puerta? ¿Por qué tenía visiones de ella abriéndola y empujándome contra la encimera para besarme? Ah, sí, porque estaba obsesionado.
Pasaron cinco minutos y la puerta no se abrió.
Llamé una vez más y, aunque no hubo respuesta, eso fue suficiente. No estaba interesada. Estaba intentando ayudarme a salvar las apariencias dejándome aquí fuera, consumiéndome en mi propia confesión.
Maldita sea.
Me di la vuelta, apoyando la espalda en la puerta, y me pasé una mano por el pelo.
Nada. Ni siquiera una réplica de mierda para mantenerme a raya.

¿Qué me esperaba? Acababa de llegar a casa de una cita, una que había ido tan bien que estaba planeando una segunda. No era idiota. Sabía lo que los tíos intentaban después de la segunda cita, y parecía que a ella le parecía estupendo. Me dijo que lo había hecho esperar esta noche como un juego. No tenía dudas de que la próxima vez probablemente lo invitaría a entrar para regodearse. Se meterían en su habitación y yo tendría que oírles tener un sexo escandalosamente ruidoso.

Resoplé y fui a mi habitación a grandes zancadas. Este no era yo. Se suponía que no debía estar pilladísimo por una tía que no tenía ningún interés en mí. Ni una pizca.

Cerré la puerta de un portazo y me puse a dar vueltas por la habitación, pensando en lo estúpido que había sido al confesárselo todo a Thea de esa manera. Ahora sabía que estaba obsesionado con ella y probablemente me lo restregaría por la cara por la mañana.

Las luces de los bordes de mi silla de *gaming* se encendían a medida que aparecían mensajes en mi ordenador. Liam, sin duda, querría hacer un directo esta noche y sacar provecho de que su cara se había vuelto a hacer viral. ¿Cómo se suponía que iba a superar el nivel sesenta si no podía concentrarme?

Mis oídos se aguzaron cuando oí a Thea moverse en su habitación. Así que estaba despierta. Seguro que le estaba escribiendo a su nuevo hombre, contándole lo obsesionado que estaba su compañero de piso con ella. De todas formas, ¿quién era ese idiota? Necesitaba hablar con él. Murmurando para mí, cogí el móvil y decidí escribirle a la única persona directamente responsable de esto.

Jackson: Britt, ¿Thea ha tenido una cita esta noche?

Britt: ¿Por qué quieres saberlo?

Jackson: Porque sí. Ahora dime con quién antes de que me vuelva loco.

Matty: No le hables así a mi mujer.

Jackson: ¿Qué haces tú aquí? Creía que le estaba escribiendo a Britt por privado.

Matty: Presta atención, estás escribiendo en el chat de grupo.

Matty: Pero tampoco le escribas a mi mujer por privado.

Matty: Nunca.
Jackson: ¿Un poco posesivo? ¿Así es como te la ganaste, Britt? Imagino que te va ese rollo. Pues, ¿sabes qué? A mí también me gusta que me manden en la cama, así que si quieres llevar tú las riendas por una vez, aquí estoy.
Matty: Voy a bloquearte.
Jackson: No, no lo harás. Te lo pasas demasiado bien conmigo para hacer eso.
Britt: ¿Necesitas algo, J?
Jackson: Sí, tu ayuda. Tienes que escribirle a Thea y averiguar con quién ha salido esta noche.
Britt: Eso no va a pasar.
Jackson: ¿Por qué no? Es un mensajito a tu amiga para preguntarle qué ha estado haciendo. Incluso puedo escribírtelo yo. Solo tienes que copiar el texto, pegarlo en el chat y darle a enviar. Y ya está. Así de simple.
Jackson: Oye, Thea, ¿qué has hecho esta noche? ¿Con quién estás saliendo?
Jackson: *Emoji del dedo apuntando hacia arriba* Ahí lo tienes. Ahora escríbele.
Britt: No.
Jackson: ¿En serio?
Britt: En serio.
Jackson: Empiezo a entender por qué tardasteis tanto en liaros tú y Matty.
Matty: Cuidado.
Britt: No lo voy a hacer porque si de verdad ha tenido una cita y no te lo ha contado, es que no quiere que lo sepas. Además, se merece algo de privacidad. Vivir contigo y con su hermano tiene que ser asfixiante.
Jackson: ¿Así que así van a ir las cosas? ¿Me lanzas un hechizo para que no pueda quitarme a Thea de la cabeza y luego simplemente me dejas tirado? ¿Intentando averiguar desesperadamente con quién quiere salir?
Britt: ¿Cuándo nos has dicho que no podías quitarte a Thea de la cabeza?

Jackson: Ahora mismo. También lo he mencionado cuando te he llamado bruja, pero no has respondido a eso, así que voy a fingir que no lo has visto.
Matty: ¿Has llamado bruja a mi mujer?
Jackson: Era una forma de cariño. Francamente, si yo tuviera una mujer con tales poderes cósmicos, no haría que los usara para maldecir a mi compañero de equipo medio lelo para que se pillara por su compañera de piso.
Britt: No eres medio lelo.
Matty: Espera un momento. ¿Tenía razón Britt? ¿Estás colado por Thea?
Jackson: ¡No lo estaba hasta que Britt me metió esa semillita en la cabeza! Cuando llegué a casa después de cenar con vosotros, Thea estaba acurrucada en el sofá y, bueno, creo que literalmente me pillé en ese mismo instante. Unos sentimientos de los que es muy difícil deshacerse. Ni siquiera imaginarme un trío entre nosotros sirvió de nada. De repente, Thea pasó a primer plano… Literalmente.
Matty: ¿Un trío entre quién?
Britt: Esos sentimientos ya estaban ahí mucho antes de nuestra cena, para tu información.
Matty: Ahora que lo pienso, estaba bastante seguro de que estabas colado por ella cuando entró con su maleta rosa de dinosaurios en el vestíbulo de la casa de Aiden. Luego empezasteis a gritaros el uno al otro.
Tenía razón. Recuerdo haber pensado que era un pivón, sin darme cuenta al principio de que era la hermana de Tanner. Nos lo estábamos pasando bien y bromeando cuando llegó. Fue solo después de un mes que las cosas empezaron a torcerse.
Britt: ¿Thea ha conocido a alguien nuevo últimamente? Quizás es con quien ha tenido la cita.
¿Alguien nuevo?
Mmm. Que yo sepa, no… Un momento. Los tíos de béisbol y hockey. ¿Cómo se llamaban? Henry y Bra-Brandon. Joder. Los conoció hace dos días. ¿Y si estaba saliendo con uno de ellos? ¿Y si estaba saliendo con los *dos*? ¿Cómo coño se suponía que iba a competir con dos pollas? Ambas acostumbradas a jugar con sus palos.

Gruñí y un impulso animal de reclamarla se apoderó de mí. Joder, esto tenía que parar. Esto no estaba bien. Era mi compañera de piso y la hermana de mi mejor amigo.

Matty: Creo que deberías grabarte diciéndoselo. Quiero ver cómo sale eso.

Me mordí el labio inferior, pensándolo. Ya se lo había dicho y me había rechazado en silencio. No servía de nada. Thea no me quería, aunque mi polla solo la quisiera a ella.

¿Qué diablos se suponía que debía hacer?

Después de estar sentado unos minutos, se me ocurrió una idea. Necesitaba romper la maldición, y la única forma de hacerlo era *hacérmelo* con otra.

Sí. Ese era el único camino a seguir. Acostarme con otra me la quitaría de la cabeza, pero ¿a quién podía llamar con tan poco preaviso? Se me ocurrió una chica y pensé que al menos podría intentarlo. Aunque no me acostara con ella, al menos salir con alguien que no viviera en este apartamento podría ayudar a quitarme a Thea de la cabeza.

Salí del chat con Britt y Matty y busqué en mis contactos, llegando a uno al que no le había escrito en más de un año.

Jackson: ¿Estás libre mañana por la noche?

Lancé el móvil a la cama antes de tumbarme a su lado y quedarme mirando al techo. No era así como esperaba que fuera mi noche. Rechazado por Thea y todavía pensando en ella. Joder, era un masoquista.

Capítulo 9

Thea

Henry: Estoy deseando que llegue nuestra cita de mañana por la noche.

La música de mi móvil sonaba a todo volumen mientras yo cantaba el último álbum de Bailey Hill. Pura perfección. Eso es lo que era aquella diminuta princesa rubia del pop y, después del enfrentamiento de anoche con Jackson en la cocina, no había parado de escucharla. Tanto que me quedé dormida con los auriculares con cancelación de ruido puestos y su música en los oídos.

Agitando los brazos delante de mí, copiaba su coreografía lo mejor que podía mientras se me secaba el autobronceador. En bikini, era todo un espectáculo. Un espectáculo que no quería que nadie viera, pero me daba igual porque no había nadie en casa y tenía una cita mañana por la noche.

Chúpate esa, Jackson.

Brillaba de emoción al pensar en la cita. Hacía tanto tiempo que no podía decir eso sin sentir ni una pizca de aprensión en el estómago. Vale, puede que eso fuera una exageración. Estaba un poco nerviosa, pero saber que Henry vivía en mi mismo bloque de pisos y que Brandon se enteraría si me pasara algo, hacía que me sintiera un poco mejor con todo el asunto. Quizá esta cita sería tan sanadora para mí como lo había sido para Henry.

Me hormigueaba el labio superior; el decolorante me quemaba un poco la piel mientras aclaraba el vello de esa zona. Estaba decidida a cubrir todos los frentes esa noche, por si acaso decidíamos ir más allá. No buscaba un rollo de una noche, pero había pasado tanto tiempo que no me quejaría si surgía algo.

La música bajó de volumen cuando mi móvil sonó con otro mensaje. Me acerqué de puntillas como una momia, dando por hecho que era

Henry escribiéndome otra vez, pero fruncí el ceño al ver la previsualización del mensaje.
Tanner: Jackson me ha dicho...
Uf, Jackson. Es un chivato de mierda. Sabía de qué iba este mensaje: de mi cita. Sin duda, se lo había contado a Tanner para meterme en un lío, pero le iba a salir el tiro por la culata. Tanner estaba a kilómetros de distancia y, para cuando volviera, podría demostrarle que me iría bien.
Abrí el mensaje de mi hermano y empecé a leerlo.
Tanner: Jackson me ha dicho que te pasas las noches viendo *The Baseball Bachelor*. Sé que te dije que deberías pasar tiempo en casa, pero creo que también deberías salir y divertirte un poco. Solo se va a la universidad una vez.
Fruncí el ceño. Era una respuesta completamente racional por parte de mi hermano, lo que me pareció un poco raro. Entonces, ¿Jackson no le había hablado de mi cita inexistente de anoche? ¿Por qué estaba tan empeñado en descubrir con quién era, entonces?
Justo cuando iba a responder a Tanner, la puerta del piso se abrió y se me cayó el móvil.
—No. No. No —chillé, agachándome para que la encimera de la cocina me protegiera y maldiciéndome por las marcas del bronceado que me dejaría ese movimiento—. Se suponía que no llegabais hasta dentro de una hora —grité al vacío mientras unos pies se arrastraban por el pasillo. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que todavía tenía crema blanca en el labio superior.
—Mierda.
Cogí un paño de cocina y me froté la cara, esperando que cualquier rastro del decolorante se hubiera ido, aunque sabía perfectamente que la última vez me dejó una marca roja.
—¿Qué está pasando aquí?
Su voz. Me agaché aún más. Podría haber soportado a Jackson y sus respuestas odiosas a mis intentos de ponerme guapa, pero a ella no podía soportarla.
—Nada —murmuró Jackson. Cerré los ojos, esperando que el miedo a la vergüenza fuera peor que la vergüenza en sí.
—Oh. Dios. Mío. ¿Qué hace *ella* aquí?

Ahí estaba. La voz de mi compañera de hermandad pesaba en el aire. Grace. De entre toda la gente de esta universidad, ¿por qué tenía que traerla a ella a casa? Tenía que elegir a la chica que me odiaba y a la que, además, le gustaba hacer alarde de su poder sobre Jackson James.

Las lágrimas amenazaron con brotar, pero me aguanté, negándome a sentirme inferior. Eso era lo que ella querría y no podía soportar ver su sonrisa de satisfacción.

—Hola, Grace —intenté sonar lo menos afectada posible por esta mujer mientras me erguía por completo. Grace estaba de pie en medio del salón y Jackson al otro lado, con cara de estar absolutamente cabreado de que yo estuviera allí, estorbando.

Sentía el calor subirme a las mejillas, lo que supuse que probablemente era bueno. Podría disimular el rojo de mi labio superior.

—¿Te has perdido y buscas a Tanner?

Su voz tenía la capacidad de ponerme la piel de gallina. Malvada con un toque de descaro, me hacía sentir como una idiota, o más de lo que ya era.

—Vivo aquí —repliqué, recogiendo mis cosas y sosteniéndolas lejos de mi cuerpo mientras intentaba escapar rápidamente, que le den al autobronceador. Necesitaba meterme en mi habitación y alejarme de ella lo antes posible—. Tengo todo el derecho a estar aquí fuera haciendo mis cosas.

—Ah, vale. Entonces tiene sentido que lleves eso puesto.

Podía sentirlo. Sus ojos recorriendo las partes de mi cuerpo que no estaban cubiertas por el bikini, observando cada bamboleo mientras me movía. Sabía lo que pensaban de mí. Me vino a la mente la sugerencia de que me sentara en una lavadora en marcha para poder marcar cada parte de mí que se moviera. Algo que intentaba olvidar porque sabía que Tanner se pondría hecho una furia si se enteraba. Odiaba cómo me hacía sentir, pero me negaba a que me dominara.

—No se puede aplicar autobronceador sin enseñar un poco de carne —dije, esperando sonar segura de mí misma mientras caminaba hacia mi puerta.

—Entonces, ¿por qué te decoloras el bigote al mismo tiempo? Parece un poco contraproducente, ¿no crees? Quizá deberías plantearte el *dermaplaning*. Sería más eficaz y tiene el beneficio añadido de quitarte la pelusilla de toda la barbilla.

Jackson, el idiota con gorra de béisbol, estaba demasiado ocupado mirando al suelo para decirle a su ligue de la noche que se contuviera, y mi bravuconería se marchitó. No me quedaba ni una pizca de dignidad, así que más valía que respondiera a la pregunta.

—No me bronceo la cara porque para eso uso base de maquillaje y el *dermaplaning* siempre me saca granos.

¿Por qué le estaba dando explicaciones a esta mujer? Sacudí la cabeza y me fui a mi habitación dando pisotones. Era culpa mía estar aquí, compartiendo piso con mi hermano gemelo y su compañero de equipo, pero creía que lo habíamos planeado todo. Se suponía que esta noche era mi noche en casa. No necesitaba que nadie entrara y me pillara así.

—Eso explica las marcas del cuello y la pelusilla, entonces —dijo Grace justo cuando cerré la puerta de un portazo y dejé caer todas mis cosas al suelo.

Exhalé lentamente y luego apoyé la cabeza en la madera mientras cerraba los ojos.

«Jodidamente avergonzada» no se acercaba ni por asomo a cómo me sentía en ese momento. Grace era la abeja reina de la hermandad. Todo el mundo la escuchaba y siempre tenía los mejores cotilleos. Yo ya era una marginada, y no tenía ninguna duda de que por la mañana todo el mundo se habría enterado de este encuentro.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Grace a Jackson, y el corazón me dio un vuelco. Debería alejarme de la puerta y ponerme los auriculares, pero no lo hice. Una parte retorcida de mí quería oírlo. *Necesitaba* oírlo. Y eso era lo que me pasaba. Siempre buscaba razones para que la gente me odiara porque me servía de confirmación de por qué me odiaba tanto a mí misma.

—Vamos, Grace. Vámonos.

Jackson no respondió, pero eso me lo dijo todo. Estaba de acuerdo y no creía que valiera la pena discutirlo.

—¿Qué? ¿Vas a ignorar mi pregunta como si no vivieras con la mayor buscona del campus? Vamos, es una pringada total. Intentó quemar toda la casa de la hermandad porque estaba enfadada de que todas fuéramos más guapas que ella.

Ya está. Eso era todo lo que necesitaba oír para justificar todo el odio que sentía por mí misma. Tenía razón. Yo era terrible, pero no era una buscona. ¿Cómo podría serlo si nadie me quería?

Asqueada por mi bronceado ahora a rayas y demasiado naranja, me arrastré hasta la cama sin importarme que se me estropearan las sábanas. Total, ningún chico querría acercarse a mí de todas formas. Solo conseguí una cita con Henry porque estaba desesperado. No había nada especial en mí. No tenía ninguna duda de que, si cualquier otra chica le dirigiera una mirada, me dejaría tirada en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando oí cerrarse la puerta de Jackson, supe que me esperaba una noche muy larga. Esto era lo que intentaba evitar con el horario, pero, como de costumbre, Jackson actuaba como si las reglas no fueran con él.

Quizá no lo fueran.

Me puse rápidamente los auriculares y subí la música, negándome a escuchar a Jackson pasándoselo bien con una chica que me la tenía jurada. No debería esperar ninguna lealtad por su parte. Era el compañero de equipo de mi hermano y mi compañero de piso, pero hasta ahí llegaba nuestra camaradería, así que no era de extrañar que se acostara con alguien que me despreciaba tanto.

Me tapé con las sábanas y llevé las rodillas al pecho, abrazándome para evitar dormirme llorando. Ella no valía la pena. Él tampoco. Yo era mejor que ellos y que lo que me pasó, aunque a veces no lo sintiera.

Capítulo 10

Jackson

Cuando me di la vuelta para irme, Grace estaba allí de pie, mirándome mientras repiqueteaba con el pie en el suelo. Me maldije por dentro. Escribirle había sido el mayor error de mi vida. ¿De verdad creía que iba a conseguir que me olvidara de la chica destrozada de su dormitorio?

—¿Adónde vas? —preguntó Grace. Su voz era cortante, y podía notar que tenía la nariz respingada sin ni siquiera mirarla.

—Pensaba que nos iríamos y le daríamos a Thea un poco de intimidad.

He entrado aquí tan campante con una tía, con la esperanza de dejar de pensar en la que de verdad me gustaba. Sabía que estaría en casa, pero no esperaba encontrarla pavoneándose por el piso con su cuerpo perfecto. Joder. Me tenía sorbido el seso. Ese bikini le hacía unas tetas increíbles y casi parecía que lo había hecho a propósito.

¿Le habría dicho Britt que este era mi plan y ahora estaba empeñada en impedirlo?

Solté un bufido de fastidio antes de dirigirme a mi cama, sentarme y apoyar la espalda en el cabecero. Por desgracia, Grace no pilló la indirecta y me siguió.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó, dejándose caer en mi regazo sin preguntar si me parecía bien. Levanté las manos cuando tiró su jersey gris al otro lado de la habitación, quedándose en unos leggings morados y un bralette a juego.

Era mona, pero no era Thea. Las curvas de Thea eran letales, y yo quería una dosis mortal.

Cuando Grace se inclinó para besarme, aparté la cara.

—¿Qué pasa?

—Nada —mascullé, aunque era mentira.

Gimió antes de reclinarse un poco. —¿Thea ha arruinado el momento, a que sí? Lo sabía. —Sacudió la cabeza antes de dejar caer la mano sobre mi entrepierna, donde estaba seguro de que se sorprendería al encontrar una polla flácida—. Es la típica mosquita muerta, te lo juro. Siempre intentando llamar tu atención pero fracasando estrepitosamente.
—No está intentando llamar mi atención, créeme.
—¿Estás seguro? ¿Has visto cómo te ha mirado hace un momento? Con ese puchero en los labios. Tan desesperada. Tan ansiosa. Tan patética. —Le aparté las manos de un manotazo antes de mover la cadera para que cayera en la cama a mi lado.
—Sí, ¿sabes qué, Grace? No estoy de humor. Creo que debería llevarte a casa.
—Buena idea. Tengo un cajoncito lleno de cosas que harán que te olvides del desastre que acabamos de sufrir.
—No. No me estás entendiendo. No me apetece esta noche. —*Ni nunca*—. Iba a acompañarte a casa por educación.
Su rostro se descompuso y suspiró. —No hace falta que me acompañes. Seguramente vuelva a la Cantina de Covey a pasar el rato con unos amigos. Si a ti no te intereso, hay un montón de tíos que sí.
Enarcó una ceja, y supe lo que estaba haciendo. Me estaba amenazando sutilmente por dejarla. Sinceramente, me sorprendió que pensara que me importaba.
—Pues genial. Me ahorras el paseo. ¿Supongo que sabes cómo salir? —dije antes de coger su jersey y lanzárselo. Le cayó en la cara, pero no estaba de humor para disculparme.
Mientras se ponía la prenda por la cabeza, empecé a empujarla fuera de la habitación, queriendo que se largara cuanto antes. Una vez que metió los brazos por las mangas, cogí su bolso y se lo puse delante.
—Bueno, vale, si cambias de opinión, ya tienes mi número.
—Desde luego —dije con una enorme sonrisa falsa—. Nos vemos por ahí, Grace.
Y con eso, le cerré la puerta en las narices y me dejé caer de espaldas en mi cama.

Mirando al techo, me di cuenta de que la pintura se parecía un poco a la piel de Thea antes del autobronceador.

Joder, qué putada.

Thea me había jodido la vida sexual, y empezaba a preguntarme si lo hacía a propósito porque quería ver cómo un tío como yo aguantaba la vida sin sexo. Algo que sabía que ella tenía que soportar, pero no me había dado cuenta de que también iba a castigarme a mí con ese destino.

Puse los ojos en blanco, recordando que su cabecero estaba junto al mío, con una pared de por medio.

Seguro que estaba sentada en su cama, sonriendo con aire de suficiencia por esto. Se habría quitado todo ese bronceador, menos mal, porque está mucho más guapa al natural. Se habría quitado lo que fuera que llevara en los labios, y probablemente estaría tumbada en la cama ahora, llevando alguna prenda de seda mientras sonreía para sus adentros.

No tenía ninguna duda de que le ponía el hecho de que yo no me estuviera poniendo.

Probablemente tenía los dedos metidos en las bragas, y estaba...

Espera.

Abrí los ojos, miré alrededor de la habitación para confirmar que estaba solo y que nadie podía oír lo que estaba pensando.

¿Qué coño ha sido eso?

Había rechazado sexo seguro, y, sin embargo, tenía la polla a media asta pensando en la hermana de mi mejor amigo y compañero de equipo.

Otra vez.

Deseaba a Thea, y ese pequeño hecho era imposible de ignorar, así que no iba a hacerlo. Levantándome de la cama, salí al pasillo tenuemente iluminado y me dirigí a su puerta. El pulso se me aceleró mientras me inclinaba, esforzándome por captar cualquier sonido del interior.

Al no oír nada, llamé.

—Thea —susurré, con la oreja pegada a la madera.

Seguía sin responder.

A la mierda. Exhalé y empecé a hablar de mis sentimientos otra vez. Algún día me abriría esta puerta, estaba seguro.
—Thea, yo solo..., lo siento por lo de antes. Grace fue... —Hice una pausa, pellizcándome el puente de la nariz. Joder, qué idiota me sentía. Era la única vez que había creído poder identificarme con Matty. Suspirar por una chica que no tenía ningún interés en ti. Solo que Britt le estaba esperando. Thea. Bueno, dudaba que Thea abriera siquiera esta puerta, y mucho menos que me esperara durante mucho tiempo—. Un error. —Las palabras salieron con facilidad porque era la verdad.
—Necesito que me creas cuando te digo que nunca haría nada para hacerte daño a propósito. Al menos, no ahora. Sé que en el pasado he sido un gilipollas, pero ahora voy a dejar todo eso atrás. Nunca más haré nada para disgustarte intencionadamente.
Mis hombros se relajaron, y sentí que me había quitado un peso de encima al soltarlo todo.
—¿Thea?
Silencio.
Me pasé una mano por el pelo. —Vale. Lo pillo. No quieres hablar. Solo... por si sirve de algo, Grace se ha ido. La he echado por hablar mal de ti. Eso significa que puedes volver a pasearte desnuda por el salón si es lo que te apetece. Me quedaré en mi cuarto toda la noche para que tengas el piso para ti, como dice el horario. —Por mucho que odiara admitirlo, el cuerpo de Thea embutido en un bikini naranja era en lo único que iba a pensar esta noche.
Seguía sin decir nada.
—Vale. Lo pillo. No quieres hablar. Buenas noches, Pyro. Lo siento de nuevo.
Con un profundo suspiro, me di la vuelta hacia mi habitación, con los hombros caídos. Bueno, era la segunda vez que le confesaba mis sentimientos a Thea y no recibía nada a cambio. ¿Era un masoquista o es que ella sabía exactamente cómo mantenerme enganchado? Supongo que nunca lo sabré.

Capítulo 11

Thea

Thea: ¿Qué tal va todo por ahí, Tan Tan?
Tanner: Todo bien. ¿Qué haces esta noche?
Mis dedos danzaban sobre la pantalla mientras pensaba en qué decir a continuación. ¿Debía decirle que había quedado para una cita o me ganaría otra reprimenda? No estaba aquí, así que podía no decírselo. Total, no era como si esto fuera a llegar a ninguna parte con Henry.
Mi pie golpeaba la pata del taburete y la cabeza me daba vueltas, llena de ansiedad, mientras pensaba en lo que había pasado la noche anterior y en mi reacción. Estaba avergonzada y había dejado ver demasiado. Era obvio que estaba molesta y, aunque no debería sentirme mal por estar en mi propio salón, me sentía mal.
Todo porque Jackson había invitado a Grace.
Cuando su puerta se abrió con un crujido, me dio un vuelco el estómago. No quería verlo ni hablar con él, ni tampoco verla a ella. No después de todo lo que había pasado.
—Hola —masculló. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal y la cara cubierta por la gorra de béisbol. Con la cabeza gacha, casi parecía tímido.
—Hola —musité, sin apartar la vista del móvil. No podía mirarlo a los ojos. No después de lo de ayer. El bronceado. Los michelines. El bigote. Lo había visto todo y se había burlado de mí acostándose con la única chica que me rompió el corazón cuando llegué aquí. Vale, *ella* no me rompió el corazón entonces, pero el hecho de que entrara pavoneándose en la habitación de Jackson como lo hizo el año pasado me destrozó. Yo no le gustaba a Jackson entonces y no le gusto ahora. Cuanto antes recordara que solo era la torpe y estúpida hermana de Tanner, mejor. Pasé el pulgar por la pantalla

del móvil, intentando ignorar la vergüenza que sentía en la boca del estómago.
—¿Dónde está *Grace*? —enfaticé su nombre con insolencia.
—No está aquí. —Su tono denotaba un atisbo de incertidumbre, pero no pensaba mirarlo para comprobarlo.
Jackson rodeó la barra, acercándose. Era mi señal para irme. Giré sobre el taburete y empecé a bajar.
—¿Has dormido bien?
—Perfectamente, gracias. Me dormí justo después de que tu *novia* terminara de insultarme.
—Justo después, ¿eh?
—Sí. Como un tronco. Me puse música y dejé que Bailey Hill me cantara una nana hasta quedarme dormida.
—¿Ah, sí? —Enarcó una ceja, con aire casi suspicaz—. ¿Siempre escuchas música para dormir?
—No es que sea asunto tuyo, pero sí. Necesito el ruido para ahogar los pensamientos que me rondan por la cabeza.
—Interesante. —Su voz retumbó con intensidad—. Eso explica las dos últimas noches, entonces.
—¿Qué?
—Mira, Thea…
Levanté una mano. No quería oír ninguna de sus pullas sarcásticas esa mañana. No podía soportarlo. —No quiero oírlo, Gorrita. Ya sé que mi autobronceador está a ronchas, no hace falta que te burles de mí por ello. Has arruinado con éxito cualquier posibilidad de que eche un polvo esta noche, así que espero que estés contento.
—¿Que eches… un polvo? —¿De verdad le sorprendía tanto que alguien pudiera desearme?
—Sí.
—¿Con quién tienes una cita?
—Con nadie importante. —Le resté importancia con un gesto, pasando a su lado e ignorando la descarga eléctrica que sentí al rozarlo.
—Lo siento. —Fue apenas un susurro, pero lo oí y me detuve—. Lo siento —repitió, un poco más alto esta vez.

Solté una risa sarcástica. —¿Te he oído bien? ¿Acabas de pedirme perdón, Gorrita?
Como no respondió, me di la vuelta. Seguía de pie en la cocina, con un racimo de uvas frescas en el cuenco que tenía al lado. ¿Cuándo habían aparecido?
—Sí. Siento lo de anoche. Fue una estupidez. Algo que solo hice porque intentaba no pensar en otras cosas.
Me dedicó una sonrisa torpe, algo dubitativa. Extraño, nunca lo había visto tan… humano. Sabía que era humano, obviamente, pero siempre había habido algo tan intocable en Jackson… Como si no fuera real o como si las cosas nunca le afectaran.
—Nunca quise molestarte. De hecho, es todo lo contrario de lo que quería hacer. Thea, yo…
Me dio un vuelco el estómago, sabiendo que o bien se iba a disculpar o bien iba a hacer algún comentario sobre Grace para intentar hacerme sentir mejor. ¿No se daba cuenta de que esa no era la forma de salvar mi dignidad?
—No pasa nada. Puedes acostarte con quien quieras.
Asintió, acercándose.
—Esa es la cosa. No me acosté con ella.
—Huy, vale. —Cuando se hizo el silencio entre nosotros, dije—: ¿Quieres una medalla por eso?
—No. Solo quería que lo supieras.
Se me cayeron los hombros. —Nada de acostarse, pero seguro que hicisteis otras cosas antes de que se fuera. —¿Por qué demonios había mencionado eso?
—No —dijo con los dientes apretados—. No hice nada con ella, no después de las cosas que te dijo. Sobre ti.
¿Por qué me contaba esto? ¿Por qué sus ojos me suplicaban que entendiera algo que claramente no entendía?
—Vale, genial. —Le levanté el pulgar, avergonzándome por dentro de ser tan penosa—. Pues bueno es saberlo.
Asintió. —¿Y sigues adelante con esa cita de esta noche?
Miré a mi compañero de piso, esperando que fulminarlo con la mirada me diera alguna pista de por qué actuaba de forma tan extraña. No fue así.

—Sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?
Él negó con la cabeza y se rio con cierta incomodidad. Esto se estaba volviendo raro.
—Por nada —dijo, rodeándome y dejándose caer en el sofá—. Que te lo pases bien en la cita.
¿Por qué sentía que lo había ofendido?
Me guardé el móvil en el bolsillo y corrí de vuelta a mi habitación para prepararme para el día, haciendo todo lo posible por ignorar el extraño comportamiento de Jackson.



—¿Has notado algo raro en Jackson últimamente? —pregunté, apartando la lechuga de mi ensalada antes de levantar la vista hacia mi amiga rubia. Britt tenía un burrito a centímetros de la boca antes de dejarlo caer sobre la mesa y entrecerrar los ojos.
—Eh, ¿Jackson? —Su voz se agudizó mientras se echaba la coleta a un lado.
—Sí, ya sabes, Jackson. Es ese tío enorme que lleva gorra de béisbol tan a menudo que si no viviera con él pensaría que es calvo.
Una sonrisa se dibujó en su rostro con un sutil atisbo de diversión mientras se limpiaba las manos en la servilleta. —Sé quién es Jackson.
—Guay. Entonces, ¿por qué actúas como si fuera una pregunta rara?
Negó con la cabeza, todavía algo divertida por algo. —Por nada. No he notado que esté más raro de lo normal, pero no vivo con él.
—Mmm. —No era la respuesta que esperaba.
—¿Qué hace?
—No sé. —Arrugué la nariz, intentando encontrar la manera de poner en palabras mis pensamientos—. Es que… Huy, supongo que…

Britt enarcó las cejas, esperando pacientemente a que me explicara, pero me costaba sacar algo en claro.
—Está actuando raro.
—Eso ya lo has dicho. ¿Qué hace?
—Apenas me habla.
—Vale, ¿pero no se suponía que eso te gustaría? Me dices todo el tiempo que no os soportáis.
—No, no es eso. El silencio es oro. Son las cosas asociadas a ese silencio lo que me está afectando.
—¿Cómo cuáles?
—Cuando me habla, me mira con esos ojos esquivos y es muy críptico con sus palabras.
—¿Ah, sí?
—Sí, y el sudor. Suda más de lo normal. No es que conozca sus hábitos de sudoración, pero nunca he visto a nadie con el sudor corriéndole por la cara en un piso con la temperatura controlada.
—Vale.
—Y no es solo eso. No para de hablar solo, mascullando cosas entre dientes.
—¿En serio? —La voz de Britt rebosaba ahora de un interés innegable. Apartó su burrito para poder inclinarse sobre la mesa y susurró—: Creo que sé por qué.
—Yo también —afirmé. Después de estudiarlo durante los últimos días y pensar en la situación, solo había una conclusión posible.
—¡¿En serio?! —Sus labios se separaron y parpadeó rápidamente.
La tranquilicé con un gesto, usando mi tenedor para pinchar un tomate de mi ensalada antes de metérmelo en la boca. Me observó todo el tiempo. Cuando tragué, dije: —Claro. Es obvio si te fijas bien.
Su sonrisa se ensanchó. —Me alivia mucho que hayas dicho eso. Es algo que me ha estado rondando por la cabeza durante mucho tiempo, pero no quería agitar las aguas y mencionártelo.
—Sí. Mirando atrás ahora, está clarísimo. Supongo que no había pasado suficiente tiempo con Jackson antes para verlo de verdad.
—Sí. —Britt asintió enérgicamente—. Tiene todo el sentido que lo estuviera ocultando. No quiere que Tanner se entere.

Asentí. Totalmente de acuerdo con ella.
—Jackson se droga —declaré.
Dejó de asentir y se quedó boquiabierta, mirándome en silencio durante unos segundos.
—Espera, ¿se droga? Pero se meterá en un lío tremendo si alguien se entera. —Tenía las manos nerviosas, como si no supiera qué hacer con ellas—. ¿Cómo se supone que le voy a ocultar un secreto así a Matty?
Enarqué una ceja. —¿Por qué te sorprendes? ¿No decías que lo sabías?
Rio nerviosa. —Eh, tengo que ser sincera. Eso no es lo que pensaba que ibas a decir. —Me la quedé mirando sin expresión, y ella hizo un gesto de desdén con la mano—. Pensé que ibas a decir… ya sabes… —Lo alargó, dedicándome una sonrisa divertida.
Negué con la cabeza. —No, no lo sé.
—¿Seguro? Porque todo el mundo lo sabe.
—Britt, si no se droga, ¿cuál es su problema?
Se le cayeron los hombros y suspiró. —Vas a hacer que lo diga, ¿verdad?
—¿Decir qué?
En lugar de responderme, acercó el plato con su burrito y se quedó mirándolo. El queso de encima se había enfriado, y parecía casi tan triste como el día que vio a Matty por primera vez después del verano.
—Creo que Jackson está enamorado de ti.
Gracias a Dios no me había llevado el tomate a la boca, porque me habría atragantado.
—¿Jackson? ¿Enamorado? ¿De mí? —Intentaba dar sentido a esas palabras. Tenía que estar tomándome el pelo por el lío en el que me había metido y solo quería provocarme. Eso era todo.
Britt puso los ojos en blanco. —No pongas esa cara de sorpresa. Todo el mundo piensa lo mismo.
—¿Y qué es?
—Que os ponéis cachondos el uno con el otro.
Me quedé boquiabierta y fulminé a mi amiga con la mirada, asqueada. —Jackson nunca me ha puesto cachonda.

—¿En serio? Recuerdo vagamente que me dijiste que te parecía mono cuando empezaste aquí.
—Sí, eso fue antes de que empezara a hablar. Su arrogancia cambió rápidamente todo eso.
—¿Ah, sí?
Ignoré la pregunta. —Pensar que alguien es mono cuando lo acabas de conocer no es prueba de que me ponga cachonda Jackson ahora.
—No, pero es un buen indicio de que la atracción sexual está ahí.
¿Atracción sexual?
Me quedé boquiabierta y la miré fijamente. —¡No hay atracción sexual! Apenas nos soportamos.
Britt puso los ojos en blanco, quitándole importancia. —Niégalo todo lo que quieras. Parece que se te olvida que yo ya he estado en esta situación. Estuve enamorada de mi mejor amigo durante años antes de poder decir nada. ¿Sabes lo difícil que fue admitir mis sentimientos por Matty después de que me interrogaran sobre ello durante años?
—Yo no diría que admitiste que estabas enamorada de él. Más bien te casaste con él.
Asintió, sonriendo. —Sí, cuando tú y Jackson hagáis pública vuestra relación, te recomendaría un enfoque más convencional. A menos que quieras que a Tanner le dé un infarto.
Exhalé bruscamente, con las aletas de la nariz dilatadas. —El corazón de Tanner estará perfectamente, ya que no hay nada que Jackson y yo tengamos que hacer público.
—Todavía no —dijo, levantando el dedo en el aire.
La fulminé con la mirada. —¿Qué se supone que significa eso?
—Venga ya. Vosotros dos solos en vuestro piso el resto de la semana. Una tensión latente. Las líneas del odio desdibujándose en algo más. Algo va a pasar, y yo voy a estar en primera fila diciéndote que te lo dije cuando ocurra.
—Vaya, Britt. No sabía que eras tan fantasiosa. Quizá deberías probar a escribir, ya que te gusta inventarte cosas.
Negó con la cabeza, riendo. —No me estoy inventando una mierda. Va a pasar. Jackson va a admitir que está enamorado de ti, y entonces eso va a desencadenar algo.

Resoplé, segura de que Britt había perdido la cabeza. —Jackson no está enamorado de mí. —Sus cejas se curvaron, sus labios se fruncieron—. No lo está. Créeme, lo sé.
—¿Cómo?
—Si vas a hablar de la vez que trajo a una chica a casa hace dos años, creo que todos podemos estar de acuerdo en que hemos hecho estupideces para fingir que no estamos enamorados de nuestros amigos. Demonios, yo fingí que me gustaba el hockey solo para que Matty dejara de darme la lata.
—Oh, eso me recuerda. ¿Conoces a Henry Newman?
Arrugó el ceño y repitió el nombre un par de veces antes de mirarme con sorpresa. —¿Te refieres al jugador de hockey?
—Sí.
—Lo recuerdo vagamente. Creo que engañó a su novia en el instituto y el equipo le dio la tabarra por ello.
—Oh, qué cosa más rara para guardar rencor.
—No cuando se trata de la hermana de un compañero de equipo. ¿Por qué preguntas por él?
—Porque voy a tener una cita con él esta noche.
—¿Una c-cita? —¿Por qué todo el mundo reaccionaba con un tartamudeo a esta noticia?—. Vaya.
—¿Por qué te sorprende tanto?
—No me sorprende. Eres increíble, así que no es de extrañar que la gente se dé cuenta. Es que… Jackson debe de estar destrozado.
Gruñí. —¿Hemos vuelto a hablar de Jackson?
—Es que…
Levantando una mano, le impedí terminar la frase. —Trajo a Grace a casa anoche.
—¡¿Qué?!
—Sí, y no tuvo ningún problema en dejar que me insultara mientras yo estaba en el salón sin provocación y medio vestida.
—¿Por qué estabas medio vestida?
Levanté el brazo y sus ojos siguieron las líneas naranjas que lo recorrían. —No todas tenemos la suerte de tener la piel bronceada todo el año.
—Tu piel es preciosa. No necesitas cambiarla.

Agité la mano mientras la dejaba caer sobre la mesa. —Eso no viene al caso. La cuestión es, ¿esas acciones suenan realmente como las de alguien que está interesado en mí?
Se le cayeron los hombros, y su mirada decayó tan rápido como la sonrisa de su cara. El fuego de sus ojos se apagó, y me sentí reivindicada durante el más breve de los segundos, solo para recordar lo de la noche anterior. Michelines, autobronceador y un bigote. ¿Cómo superaría eso?
—No sé qué decir.
—No pasa nada. Todas podemos equivocarnos a veces.
Y vaya si se equivocaba.
—Mira, no quiero meterme en tus asuntos ni nada.
—Pero vas a hacerlo de todas formas —dije con sorna, removiéndome en mi asiento.
—Soy tu amiga. Es mi deber decirte la verdad.
—No hay nada que puedas decirme que cambie mi opinión sobre esto.
—No estoy tan segura. Vino el otro día…
Cerré los ojos. —Por favor, no intentes justificar a Jackson para sacarlo de este hoyo. No se lo merece y no quiero oírlo.
Me rodeé la cintura con un brazo, cubriéndome de la mirada fulminante de Britt. Puede que ella no me juzgara, pero siendo alta, guapa y delgada, a menudo sentía que no estaba a su altura.
—No voy a justificar a ese idiota de nada, pero voy a contarte algo interesante que dijo.
—¿Quieres decir que tenía algo interesante que decir?
—Yo creo que sí, y creo que a ti también te lo parecerá. —Sonrió mientras esperaba que continuara—. Puede que mencionara que pensaba que teníais un pequeño rollo entre vosotros.
—¡Britt!
—Déjame terminar. Por favor. —Respiró hondo, lo que solo podía suponer que era para darle un efecto dramático, y luego continuó—. Lo negó vehementemente.
—Ves. Te lo dije. —Algo en ese comentario hizo que se me revolviera el estómago. No solo lo negó, sino que tuvo que montar un

numerito. Lo pillaba. No me consideraba atractiva, pero estaba empeñado en que todo el mundo lo supiera.
—Lo negó durante treinta segundos. Luego empezó a funcionar mal como un robot.
—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?
—Porque lo hizo justo después de mencionar tu pijama morado. Fue como si se hubiera ido a partes inexploradas de su mente y no pudiéramos traerlo de vuelta.
—Eso es fácil para él. Seguro que la mayor parte de su cerebro funcional está inexplorado.
—Había algo ahí, te lo digo yo. Se le puso la cara toda melosa y blandita. La misma cara que me puso Matty cuando bailábamos en Las Vegas. —Ahí estaba otra vez, con su rabieta de princesa de dibujos animados. La miré fijamente, sin impresionarme y sin que su afirmación me afectara lo más mínimo.
Cuando se dio cuenta, se le cayeron los hombros y frunció el ceño. Realmente era una princesa de dibujos animados. —¿No me crees, verdad?
—No.
—¿Por qué no?
—Porque si le gustara, no habría tenido ningún problema en llevarme a la boda de Reign y Devin.
—Ah, lo estás viendo todo mal. Eso fue antes de que *supiera* que le gustabas. Solo se dio cuenta de que le gustabas después de la cena que tuvimos con él.
—Te refieres a la cena *antes* de que trajera a Grace a casa y me restregara por la cara que iba a tener sexo.
Britt se quedó callada un segundo, y esperé que pudiéramos pasar de esta extraña discusión. —¿Estás segura de que se acostaron?
—Sí. —Mi voz temblaba porque estaba mintiendo. No estaba segura. Me había puesto los auriculares para no oír nada. La única prueba real que tenía de lo que pasó anoche era que Jackson me había dicho esa mañana que no se había acostado con ella. Algo que todavía no creía, así que me guardaría ese dato para mí porque Britt lo tomaría y no pararía de darle vueltas—. Por eso creo que le estás

dando demasiadas vueltas. Probablemente miró a lo lejos con nostalgia porque tenía gases.
Resopló, negando con la cabeza irritada. —No quería tener que hacer esto —dijo mientras sacaba su móvil y pasaba el dedo por algo. No podía ver desde aquí, pero podía decir que iba en serio por el vigor de sus movimientos.
—¿Qué haces? —Me puso el móvil en la cara, y me puse bizca intentando asimilar lo que fuera que quería que viera.
Mensajes. Me estaba enseñando sus mensajes. Un chat de grupo, por lo que podía ver. —¿De quién es el nombre «Ignorar»?
—De Jackson. Matty lo cambió después de esta conversación.
—¿Por qué?
Hizo bailar el móvil delante de mi cara. —Léelo y lo verás.
Escaneé los mensajes, captando la esencia de la conversación sin leer todo el intercambio. —Ya veo por qué Matty quiere que lo ignores. Te está llamando bruja cada cinco segundos.
—Y, al igual que Matty, no estás pillando el sentido de los mensajes.
Negué con la cabeza, leyéndolos de nuevo.
Me has lanzado un hechizo.
No puedo quitarme a Thea de la cabeza.
¿Con quién quiere tener una cita?
Los releí, pero seguían sin tener sentido.
—¡¿No lo ves?! —dijo.
—¿No?
—Uf. Le gustas. Solo me manda mensajes para saber qué haces. Sé que trajo a Grace a casa, pero supongo que fue algún estúpido intento de quitártela de la cabeza.
—Esa es la cosa más estúpida que he oído nunca.
—Sí, pero esta es la lógica de Jackson. Es impulsivo y nunca piensa las cosas.
—Exactamente mi punto. Solo piensa que está interesado en mí porque le lanzaste un hechizo. Lo que es peor es que, si me creo tu versión, entonces está haciendo todo lo posible para limpiarme de su cerebro. ¿Por qué me sentiría halagada por eso?
—Sé que no suena genial, pero ponte en su lugar. Lo odias. Lo has dejado claro, así que quizá piense que esta es la única manera.

—Y quizá tú vivas en el país de la piruleta. Él no está interesado en mí, y yo tampoco estoy interesada en él.
Puso los ojos en blanco, soltando un gruñido. —Sois igual de cabezotas los dos.
—Y en esa misma línea, tengo que cambiarme para mi cita. ¿Quieres que te mantenga informada de cómo va?
—Siempre. Si no te importa grabar la reacción de Jackson cuando te vayas, no me importaría verla.
—No tiene sentido. Será aburrido y un desperdicio de espacio en mi móvil.
Me despedí con la mano y me reí. No tenía ni idea de lo que estaba hablando. A Jackson no le gustaba. Estaba segura.

Capitulo 12

Jackson

—Thea —refunfuñé al entrar en el piso—. Podía olerla. Ese elegante aroma floral suyo flotaba en el aire, una cruel tentación que me arrastraba de nuevo a pensar en ella. Aunque, en realidad, nunca dejaba de hacerlo.

Me quité la chaqueta de un tirón y la tiré sobre el sofá, solo para encontrarme de bruces con su enorme coletero sobre la mesa de centro, justo al lado de mi mando de la consola. Qué mono. Casi parecía que fueran los objetos de dos personas que no soportaban estar separadas.

Apretando los dientes, hice crujir mi cuello, esperando que eso activara los vasos sanguíneos y pusiera mi cerebro en marcha otra vez. Bueno, no era que mi cerebro no funcionara. Era que no podía dejar de pensar en Thea.

Pensé que una buena noche de descanso me sentaría bien y me olvidaría de ella o de que Britt había insinuado que estaba enamorado. No sucedió. Me desperté con una enorme sonrisa en la cara y una erección con la que se podría izar una bandera con orgullo. En serio, ¿habéis visto alguna vez una tienda de campañ literal bajo las sábanas? Pues eso es lo que yo tenía montado. Había tanto espacio ahí debajo que al menos dos personas podrían haber acampado, y el hecho de que no se me haya bajado desde entonces demostraba que podrían haberse quedado a pasar la noche.

Me había sentido orgulloso de mí mismo esta mañana por haber evitado hacerme una paja pensando en la hermana de mi amigo, pero la tarea se estaba volviendo más difícil a medida que avanzaba el día. Ni siquiera estaba a salvo en el gimnasio, donde descargo toda mi agresividad. Pues no. La erección no me daba tregua, y estuve a punto de considerar donar mi polla a la ciencia para que la investigaran.

Fui al frutero a por una manzana, pero solo quedaban un plátano y dos de las naranjas de Thea colocadas de forma precaria. Me quedé mirando la fálica fruta, gimoteando al pensar en cómo se comió Thea su naranja el otro día. Pelando la piel, separándola gajo a gajo y sorbiendo el zumo antes de metérselo en la boca.
El zumo goteando por las comisuras de sus labios.
Un suave gemido cuando el dulce líquido tocó su lengua.
¿Siquiera había pasado eso o me lo había imaginado?
No lo sabía. Daba igual lo que Thea dijera o hiciera. Al parecer, mi cerebro estaba listo para convertirlo todo en una declaración de amor.
Estaba jodido. Todo gracias a Britt y la maldición que me había echado. La acusación de bruja nunca me había parecido más cierta que ahora. Tenía que estar haciendo algo muy poderoso para que me diera vueltas la cabeza de esta manera por una chica que odiaba. Y la odiaba..., ¿verdad?
Negué con la cabeza. Claro que la odiaba. Puedes imaginarte a tu enemiga montando tu polla a horcajadas inversas mientras le tiras del pelo y no *gustarte*. Mucha gente folla con odio, y eso era todo en lo que pensaba. En hacerle cosas que le dificultaran muchísimo hablar.
—Claro —me dije, irguiéndome y dirigiéndome al baño—. Voy a arreglar esto de una vez por todas.
Atravesé rápidamente la puerta del baño y la cerré de un portazo. Apoyándome en ella, cerré los ojos y solté varias respiraciones cortas.
—Puedes hacerlo —susurré con el pecho agitado—. Puedes dejar de pensar en Thea.
Cuando estuve lo suficientemente preparado para moverme, me quité la ropa y me planté frente al espejo, mirando mi triste erección. No era triste por su tamaño ni nada de eso. Era triste porque pensaba en alguien a quien nunca conseguiría.
Entonces mis ojos captaron el frasquito de perfume rosa que había justo detrás del grifo. Floral con un toque cítrico, y cerré los ojos, recordando bien ese olor. Un escalofrío me recorrió la espalda, lo que podría deberse a pensar en mi compañera de piso desnuda, o

podría deberse al hecho de que llevaba casi cinco minutos de pie en el baño sin ropa.
Refunfuñé entre dientes antes de girarme sobre mis talones y abrir la ducha. El ruido del agua al golpear los azulejos me calmó.
Estaba en una selva tropical en un día caluroso, no en un baño compartido.
Estaba tranquilo.
Estaba feliz.
Mis hombros se relajaron cuando entré en la ducha, solo para gritar de dolor en el segundo en que el agua tocó mi piel. La había puesto en la posición más fría, y mi mente no estaba preparada. Con la mano en el mando, subí la temperatura, dejando que el agua se calentara.
A medida que mi cuerpo se calentaba, me obligué a relajarme.
Ah, qué bien se estaba.
Me miré la polla y fruncí el ceño. Seguía dura, y me pregunté cómo había podido andar todo el día con eso colgando. Era incómodo, como poco.
Resignado al hecho de que no tenía a nadie que me arreglara esto más que a mí mismo, me rodeé la polla con la mano y usé la otra para apoyarme en el azulejo. Luego intenté imaginar a alguna famosa entre la pared de la ducha y yo. No sabía ni me importaba quién.
Solo quería correrme sin pensar en Thea.
Oh, joder. Ya estaba otra vez. Su cara y ese extraño pijama de Covey U me pasaron por la mente, y seguro que esa cosa tan mullida por sí sola debería ser suficiente para domar mi erección.
Entonces, ¿por qué seguía haciéndome una paja?
Probablemente tenía que ver con el hecho de que estaba pensando en bajarle la cremallera con los dientes para revelar las fenomenales tetas de Thea, unas que no había podido admirar hasta anoche.
Redondas y perfectamente firmes. Apuesto a que si me las metiera en la boca, se le pondrían duras y ella pasaría sus manos por mi pelo, manteniéndome en mi sitio. Suaves lametones de mi lengua contra su pezón era todo lo que le daría hasta que me suplicara por mi polla.

Apuesto a que la encajaría muy bien, además.
Mi mano se movió más rápido, y la vena del lado de mi cuello se hinchó tanto que pensé que podría reventar. Perseveré. Había llegado hasta aquí, y podía sentir que estaba a punto de correrme.
Si estuviera entre la pared y yo, podría deslizar mi polla dentro y ver la sorpresa reflejada en su cara. «*Jackson*», gemiría como si fuera la mejor puta cosa que hubiera dicho en su vida.
—Joder, sí —susurré, moviendo mi mano más rápido—. Se me estaban contrayendo los huevos, así que reduje la velocidad, sin dejar de pensar en Thea.
Su espalda se arquearía, empujando esos pezones firmes hacia mí de nuevo, y no tendría más remedio que metérmelos en la boca mientras la angulaba justo para darle en el punto G. Con sus manos todavía en mi pelo, gritaría mi nombre y me pediría que me corriera con ella. No había nada que deseara más.
Ya está.
La imagen del cuerpo tenso de Thea apretándose a mi alrededor fue suficiente para ponerme a mil. Chorros de semen se derramaron de mí, y me estuve meneando la polla hasta que me quedé seco.
Apoyé la cabeza contra la pared de la ducha y me reí. Por fin, podía tener un respiro de los pensamientos intrusivos sobre Thea. De acuerdo, habría preferido no tener que imaginar que me la follaba para conseguirlo, pero después del día que había tenido, me conformaba.
Me lavé el cuerpo y cerré la ducha antes de enrollarme una toalla en la cintura y dirigirme a mi habitación con un humor sorprendentemente bueno. Estaba algo agotado y un poco avergonzado, pero al menos ya no había más pensamientos sobre Thea.
—Podrías avisar la próxima vez —dijo Thea mientras yo caminaba por el pasillo—. Estaba de pie en el umbral entre los dormitorios y la cocina con las manos cubriéndose los ojos mientras soltaba gemidos de asco.
Sonreí, sabiendo de sobra que mi cuerpo no era algo que diera asco. Pasaba horas en el gimnasio todos los días, especialmente fuera de temporada, y mis músculos estaban a reventar. Aunque, después de

una ducha caliente y una paja, podrían haber estado un poco demasiado relajados. Quizás por eso le daba asco.
—Sabes que hay gente que pagaría por ver esto —flexioné los bíceps, y ella arrugó la nariz mientras me fulminaba con la mirada—. ¿Se parecerá en algo su cara de orgasmo a esa?
—No te preocupes, no me interesa. —Pasó a mi lado como una exhalación, obligándome a oler su perfume una vez más y, bueno, mierda, mi polla se estaba poniendo morcillona otra vez. Fue entonces cuando me fijé en su atuendo. Unas mallas negras y un vestido negro floreado con una... chaqueta de cuero negra. Espera un momento. Me fijé en su pelo oscuro y brillante. Siempre lo llevaba liso, pero esa noche parecía más sedoso. Parecía que le había dedicado tiempo.
—¿Thea? —dije con un grito ahogado. Miró por encima del hombro y mis pulmones perdieron toda capacidad para respirar. ¿Cómo no me había dado cuenta cuando me paró? Thea llevaba los labios pintados de rojo.
Joder.
Quiero decir, ojalá me jodiera. Quizás entonces podría pensar en algo que no fueran sus labios rojos alrededor de mi p...
¡Para, cerebro! Deja de pensar esas cosas. Te odia.
Mi cerebro y mis pies trabajaron en tándem, y la seguí hasta el salón.
—¿Adónde vas? —pregunté, invadiendo su espacio.
—¿Y a ti qué te importa? —resopló, encontrando uno de sus bolsos y abriéndolo para meter el móvil dentro.
Buena pregunta.
—Porque a tu hermano le importará.
Ella resopló antes de poner los ojos en blanco. —¿Ah, sí? ¿Ahora vas a hacerte el amigo comprensivo? Después de echarme del piso hace cuatro días en pijama y poco más.
—No te preocupes. Te hice un favor con eso. Nadie iba a atacarte con esa pinta.
Levantó la mano y luego la dejó caer. —Y ahí está el verdadero Jackson —dijo, negando con la cabeza—. No le he importado desde que me mudé aquí. Eso quedó bastante claro la primera semana.

Fruncí el ceño mientras ella rebuscaba en su bolso, sacando cosas que nunca esperaría que cupieran. Monedero, chicles, bálsamo labial, pintalabios, otro de sus coleteros gigantes...
—¿Eso es un silbato? —dije mientras colocaba el objeto rosa chillón en la encimera.
—Sí.
—¿Por qué tienes eso?
—Porque no todos estamos hechos un armario. Lo necesito para protegerme.
—¿Para protegerte?
—Sí.
—Lo siento, pero un silbato no va a servir de mucho para protegerte.
—No, pero llamará la atención y, con suerte, asustará al atacante.
—Espera un momento. ¿Lo dices en serio? ¿De verdad crees que alguien va a atacarte?
Apretó los labios y, en lugar de responderme, revolvió en su bolso, murmurando cosas que no pude oír.
—No importa.
Eso fue todo lo que oí, pero había un tono duro en su voz. Sí *importaba*. Debería poder sentirse segura al caminar por la calle.
—¿Adónde vas? ¿Quieres que te acompañe?
—Ja. Como si esa fuera una oferta de verdad.
—Lo es. No quiero que te sientas insegura en el campus. Estaré encantado de acompañarte adonde quieras ir. —Me estaba convirtiendo en un perrito faldero para esta chica, y no tenía ni idea del poder que tenía sobre mí.
Su mano se detuvo y me miró, luego miró alrededor de la habitación. —¿Es algún tipo de broma? ¿Me estás grabando?
—No.
—Pero te ofreces a salir conmigo. Normalmente, discutes por llevarme a cualquier sitio.
—¿Eso es lo que piensas?
—Es lo que sé. Lo he visto. —Mantuve la boca cerrada. Tenía razón. Solo que, esta vez, no me gustaba. No me gustaba el fatto de no haberla hecho sentir segura y protegida—. No te he gustado desde el segundo mes que estuve aquí.

¿No te he gustado?
¿Qué quería decir? La única razón por la que nos peleábamos era porque era muy arisca conmigo.
—No estoy seguro de a qué te refieres, Thea.
—Claro que no. Apuesto a que ni siquiera te acordarás de esta conversación en veinte segundos. Tienes el cerebro del tamaño de un guisante, después de todo. Necesitas concentrarte en mantener toda la información vital en primer plano. Como nombre, edad...
—Tamaño de la polla —añadí con una sonrisa, y eso me valió una mueca de desprecio y un gruñido de mi compañera de piso.
—Créeme, a nadie le interesa saber eso.
—Son dieciocho centímetros en reposo con una ligera curva a la derecha.
Levantó las manos; la había dejado sin palabras.
—¿Qué coño te pasa hoy? ¿Podemos fingir que ya me había ido del piso antes de que llegaras?
Solté una risa sarcástica mientras la miraba de arriba abajo. El zumbido de la electricidad era fuerte entre nosotros. Antes pensaba que era odio, pero ahora me daba cuenta de que era algo diferente. ¿Habíamos estado tonteando todo este tiempo?
—¿Adónde vas? —pregunté.
—Deja de preguntarme. No importa.
Me hirvió la sangre. Sí *importaba*.
—¿Tienes una cita?
—¿No te gustaría saberlo? —Su sonrisa era traviesa, y quise estrangularla y besarla al mismo tiempo.
—Para ya, Thea.
—¿Parar qué? —Miró alrededor de la habitación y se echó el pelo por encima del hombro—. Bueno, será mejor que me vaya. Ya pasarás una buena noche sin mí. —Arrugó la nariz al mirar la mesa de centro.
—Supongo que volverás a jugar a los videojuegos.
—¿Y qué hay de malo en eso?
—Nada. Solo parece que es algo que haces cuando no tienes nada mejor que hacer.

—Lo hago para relajarme. El fútbol. Los estudios. Este piso. Todo en este sitio me estresa. Jugar a videojuegos me ayuda a reducirlo un poco.
—¿Qué es tan estresante del piso? —inclinó la cabeza, observándome.
—Que tú estés en él.
Esbozó una sonrisa astuta y traviesa antes de darme una palmadita en la parte superior de mi gorra de béisbol. —Bueno, no te preocupes por eso esta noche. No me quedo por aquí.
—Ah, ¿crees que soy guapo? —Enmarqué mis mejillas con las palmas de mis manos en esa pose de pastelito que hacen las chicas mientras agitaba las pestañas. Al hacerlo, sentí que se me caía la toalla, así que paré bruscamente y la sujeté. Que Thea viera mi erección no ayudaría en nada.
—¿Y quién no? —Esa pequeña admisión por sí sola fue suficiente para hacerme pensar que quizás sí tenía una oportunidad de hacerla cambiar de opinión—. Eso no quita que seas un gilipollas, sin embargo. Hasta luego, Gorrita.
Con eso, salió del piso, y no tuve más remedio que dejarla ir. Observé cada movimiento que hizo, sin embargo, grabándolo en mi memoria. Cuando la puerta se cerró, busqué a tientas la ropa que tenía en la mano y saqué el móvil de mis vaqueros.
Jackson: Por favor, dime que Thea va a vuestra casa esta noche.
Matty: ¿Sabes lo pesado que eres? Constantemente enviándole mensajes a mi mujer con preguntas inútiles.
Britt: Eres un idiota.
Jackson: Estás hablando de Matty, ¿verdad?
Britt: No. Estoy hablando de ti. ¿Por qué cojones trajiste a Grace anoche? Sinceramente, incluso cuando intento darte el beneficio de la duda, no puedes evitar ser un gilipollas.
Bueno, mierda. ¿Cómo sabía ella eso? A menos que Britt y Grace se hubieran vuelto mejores amigas de repente, entonces tenía que haber sido Thea. Interesante.
Jackson: ¿Has visto a Thea hoy? ¿Es ella quien te lo ha dicho?
Matty: Aquí tienes una idea novedosa, ¿por qué no hablas con Thea sobre esto y nos dejas fuera? No nos interesa.

Britt: Bueno, eso no es del todo cierto. Me interesaba hasta que me di cuenta del idiota que eres.
Jackson: ¿Podemos por favor dejar de llamarme idiota? Me estáis hiriendo los sentimientos.
Britt: Bien. Espero que sientas diez veces el dolor que sintió Thea.
Eso lo confirmaba. Apreté la mandíbula y miré la puerta, sopesando si podría alcanzar a Thea. Mi intención no era hacerla sentir mal, y eso, combinado con saber que no había oído mi confesión en el umbral de la puerta ninguna de las dos noches, me hizo querer arreglarlo.
Jackson: No estaba intentando hacerle daño. Es que no podía dejar de pensar en ella, y pensé que acostarme con Grace cambiaría eso.
Matty: De verdad que eres un idiota.
Jackson: Ya te puedes callar. Solo estoy hablando contigo por aquí porque bloqueaste mi chat individual con Britt.
Matty: Yo no he hecho nada**.**
Britt: Fui yo. Lo hice después de que Thea me contara lo gilipollas que eres.
Matty: Me alegro de que hayas visto la luz.
Jackson: Guau. Pensaba que aquí éramos todos amigos. Mira, reconozco que fui un gilipollas anoche. Intenté disculparme, pero no me oyó. Todo lo que necesito saber es si va a vuestra casa ahora mismo.
Britt: Tiene una cita, así que te jodes.
Gruñí. Ahí estaba, confirmado por escrito. *Tenía* una cita, y no era conmigo.
Matty: Guau. Has cabreado de verdad a Britt, J. Ella no dice mierdas como esa.
Jackson: Lo siento.
Britt: No te disculpes conmigo. Discúlpate con Thea.
Jackson: Por eso te estoy escribiendo. Necesito saber dónde está para poder hablar con ella.
Britt: Bueno, tendrás que esperar a después de su cita.
Jackson: ¿Con quién tiene una cita?
Esperaba que Britt no pudiera detectar la irritación en mi voz, pero estaba irritado. Jodidamente irritado.

Britt: ¿A que te gustaría saberlo?
Jackson: Pues sí. Por eso he preguntado.
Britt: Lo siento, J. Se merece pasar un buen rato.
Britt ha abandonado la conversación
Matty: Ostras. Ni siquiera sabía que podía hacer eso.
Jackson: ¿Sabes con quién tiene una cita Thea?
Matty: Pues no. Lo siento.
Jackson: ¿Te importaría averiguarlo?
Matty: Lo siento, J. Estoy con Britt en esto. Te trajiste a una chica a casa anoche. Te mereces cocerte en tu propio jugo un ratito.
Apreté la mandíbula y tiré el móvil al sofá. ¿De qué serviría ahora? Nadie me decía nada. Lo único que sabía con certeza era que Thea sin duda traería a su cita a casa solo para fastidiarme, y tenía que asegurarme de frustrar cualquier posibilidad de que él entrara en su dormitorio.

Capítulo 13

Thea

—Entonces, me pasa la galleta…
—Espera un momento —lo interrumpí, y los hombros de Henry se desplomaron. Dejé caer la cabeza y me pellizqué el puente de la nariz. Puede que le molestaran las preguntas, pero me dolía la cabeza y todo porque estaba diciendo sandeces—. ¿El perro? ¿Cómo os podéis pasar un perro adulto entre los dos?
El rostro de Henry se descompuso antes de enmascararlo con una sonrisa forzada. Estaba haciendo todo lo posible por interesarme por lo que decía. No era culpa mía que fuera un aburrido. Quizá eso era demasiado duro. Era un buen chico, pero casi demasiado bueno. Como si estuviera a la defensiva por miedo a que algo de lo que dijera pudiera ofenderme.
¿Era raro que quisiera ofenderme? ¿Que quisiera encender tanto fuego en él que solo pudiera responderme con un comentario sarcástico?
—No, no. El señor Biz o Stanley Biscuit es el perro de Cade. —Asentí, fingiendo que sabía la diferencia entre Cade, Dash, Alex, Erik y Brooks. No la sabía. De hecho, me impresionaba haber recordado todos sus nombres, pero podría deberse a que me sonaban a estrellas del porno. Si a eso le sumábamos sus palos de hockey, me venían a la mente un montón de imágenes. Ninguna era inocente, y a mí me parecía bien—. Me refería al disco de hockey sobre hielo. A veces, lo llamamos «galleta».
A veces, me gusta llamar a mi coño «Vajayna» para sentirme más exótica, pero no voy por ahí contándoselo a la gente. Puse los ojos en blanco para mis adentros porque era peor que Tanner hablando de terminología. Al menos, el fútbol americano lo entendía porque lo había visto un montón. Henry podría hablar en danés y probablemente entendería más que esto.

—Ah, vale, así que le pasaste la galleta a tu amigo… —sonreí, esperando que siguiera hablando para no tener que hacerlo yo.
—Mi compañero de equipo —masculló entre dientes. Había hecho un buen trabajo disimulando su molestia antes, pero esa fachada se estaba desmoronando por momentos. Su afilada mandíbula mostraba cada tic. Nuestras miradas se encontraron.
Ojos cansados. Palabras contenidas. Respiraciones profundas.
Él estaba molesto, pero yo tampoco estaba precisamente contenta con él. Jamás en mi vida pensé que desearía oír hablar de fútbol americano. Pero bueno, este despropósito de cena solo demostraba que había un deporte más aburrido, y consistía en meter duendes de hielo en el equivalente a un invernadero, o al menos eso era lo que imaginaba cuando Henry describía el juego. Pensándolo bien, eso sonaba demasiado divertido.
—Le pasé el disco a Erik, pero no estaba preparado y, de alguna manera, le dio un *slapshot* directo en la cara a Brooks.
Me quedé con la boca abierta. —¿Qué? —fingí estar sorprendida, ya que sonaba como algo que podría doler.
Henry asintió. —Me sentí fatal. No he sido capaz de mirar a Brooks y su mejilla hinchada como la de una ardilla desde entonces.
—¿Cómo sabes que parece una ardilla si no lo has mirado desde que le dieron?
—¿Qué?
—Bueno, acabas de decir que no has podido mirarlo después de darle el golpe. Saber que parecía una ardilla sugeriría que, de hecho, sí lo miraste.
Parpadeó un par de veces, observándome. ¿Estaba siendo irónica? Sí. Intentaba sacarle algo más que una confusión con los ojos como platos.
—Buena observación. Yo, eh, supongo que es porque me lo han dicho los demás. —Fruncí el ceño, molesta de que esa fuera su respuesta. ¿Por qué no podía lanzarme una pulla sarcástica? Era tan soso.
Mis dedos tamborilearon sobre la mesa mientras consultaba disimuladamente la hora en el móvil. Llevábamos una hora y media

en esta cita, y yo le suplicaba en silencio a mi hermano que me llamara para tener una excusa para irme.
Después del numerito que Jackson montó ayer, dudaba que le importara que apareciera antes. Si había que creer a Britt, probablemente le gustaría. Resoplé al pensarlo. Britt tenía que estar tomándome el pelo. Era imposible que a Jackson le interesara algo más que fastidiarme.
Bostecé, haciendo un espectáculo de mi estiramiento. —¿Sabes qué? Se está haciendo tarde. Puede que tenga que irme a casa pronto.
—Eh, sí, claro. —Se frotó las manos y su mirada recorrió la sala—. ¿Te acompaño a casa?
—Vivimos en el mismo bloque de apartamentos, así que sería raro que no lo hicieras.
Soltó una risita. —Sí, buena observación. —Entonces empecé a preguntarme si pensaría que había dicho eso para que se viniera a casa conmigo.
Esto era terrible, y aunque quisiera estar en cualquier otro sitio, mantuve la sonrisa. Me lo encontraría después de esto, y no quería que las cosas se volvieran incómodas. No era culpa suya que fuera tan soso como la galleta de la que no paraba de hablar. Yo estaba acostumbrada a alguien con un poco más de chispa.
Se rio entre dientes y me pregunté si él pensaba que esto iba tan terriblemente mal como yo. A juzgar por el hecho de que intentó cogerme la mano, diría que no. Debía de pensar que la cosa iba bien, lo que en cierto modo me hacía sentir mal por él. Pobre chico.



—Gracias por lo de esta noche —dije, de pie frente a la puerta del apartamento. Henry sonrió y, aunque sentía una pizca de culpabilidad en el estómago, me sentí aliviada de que la noche por fin hubiera terminado. Mis dedos rozaron el pomo, ansiosos por

girarlo y acabar con todo esto, pero era demasiado educada para hacerlo. Al fin y al cabo, éramos vecinos.
Henry se balanceó sobre las puntas de los pies, con las manos metidas en los bolsillos, pareciendo casi… ¿tímido? Extraño. Ese gesto me recordó a Jackson esta mañana. A medida que me fijaba más en los rasgos de Henry, empecé a darme cuenta de que Jackson y Henry *sí* que se parecían un poco. Pelo oscuro, hoyuelos, sonrisa tímida. Jackson era como tres veces más grande que Henry, pero el parecido estaba ahí.
—Me lo he pasado muy bien esta noche —dijo él, con una sonrisa un poco demasiado amplia. Un poco demasiado entusiasta. ¿Sería cruel invitarlo a tomar un café solo para fastidiar a Jackson? Puse los ojos en blanco. Siempre pensando en Jackson.
Antes de que pudiera decidirme por una cosa u otra, la puerta se abrió de golpe y tropecé hacia atrás… directamente contra el pecho desnudo de Jackson.
Sin camiseta. Otra vez. Empezaba a preguntarme si Jackson había quemado todas sus camisetas solo para provocarme.
Su aliento cálido me hizo cosquillas en el cuello y dije: —Jackson — con un tono demasiado anhelante.
Me miró a mí, luego a Henry, evaluándolo.
Podía sentir la tensión en el pasillo y, sin embargo… no me movía. Seguía *acurrucada* contra Jackson, empapándome del calor de su piel y de la sólida sensación de sus músculos bajo mi palma. ¿Por qué tenía este anhelo de recorrer las crestas de sus músculos con mi…?
No. No. No. No.
No vamos a pensar en Jackson de esa manera. Es un gilipollas, después de todo.
—¡Eh, chicos! —dijo Jackson con demasiada alegría—. ¿Qué tal la cita?
—¿Tienes que estar de broma? —resoplé, apartándome de él y sacudiéndome el polvo imaginario de los brazos—. ¿Estabas detrás de la puerta, esperando?
Lo examiné, ignorando la punzada en mi estómago. Solo era hambre por la falta de sustento de esta cita. No me gustaba comer cuando

salía con gente nueva por si comentaban lo grandes que eran mis platos en comparación con mi tamaño.
—Pyro, tienes una voz tan alta que te he oído subir por las escaleras.
Mentiroso. Tramaba algo, estaba segura.
No había estado hablando cuando subimos las escaleras. Lo que significaba que *había* estado escuchando, y si estaba dispuesto a mentir sobre algo tan pequeño, ¿sobre qué más estaría dispuesto a mentir?
Los mensajes de Britt aparecieron en mi mente. La persistente idea de que tal vez los había enviado él para tomarme el pelo.
Mi estómago dio un vuelco cuando Jackson abrió más la puerta. —Pasad —le dijo a Henry—. Seguro que Thea quiere que te tomes un café antes de que emprendas tu largo y traicionero viaje escaleras arriba. —Sus labios se curvaron. ¿Estaba intentando arruinarme la noche?
—¿Estás seguro? —preguntó Henry desde atrás. Aunque yo le lanzaba dagas con la mirada a Jackson, él me ignoraba. Así que decidí adoptar un enfoque diferente. Si Jackson quería ser un pesado, yo también podía serlo.
—Por supuesto —arrullé, enganchando mi brazo en el de Henry. Él se tensó, probablemente sorprendido, ya que antes yo había rechazado el contacto. Le apreté el bíceps, fingiendo estar impresionada—. Vaya, esta chaqueta realmente oculta lo musculoso que estás, Henry.
Soltó una risa incómoda. —Supongo que debería haberte ofrecido mi chaqueta.
—Pasad —dijo Jackson, interrumpiéndonos de nuevo, sujetando la puerta como un maldito portero.
Quería jugar. De acuerdo.
Levanté la barbilla y conduje a Henry adentro, fingiendo que no me irritaba cuando chocaron los puños. *Hombres.*
—Te echamos de menos en el *Draft* esta semana —dijo Henry mientras yo lo arrastraba hacia la cocina.
—Eso es porque el *draft* es la semana que viene. Y Jackson no estará ni cerca.

Jackson resopló, siguiéndonos de cerca. —Se refería al evento de citas del campus. Me sorprende que no fueras.
—Ah, ese *draft*. —Le quité importancia con un gesto, riendo—. No me interesaba.
—Sí, recuerdo vagamente que dijiste que todos los atletas, excepto tu hermano, eran unos descerebrados y no merecían tu tiempo.
Jackson se estaba empleando a fondo para arruinarme la noche. *Capullo.*
Henry me lanzó una mirada curiosa, pero no le di importancia. —No hablaba de los jugadores de *hockey*. Solo de los de fútbol americano. El hecho de que Jackson no lo entendiera solo demuestra lo descerebrado que es.
—Huy.
—Ay, Pyro. Eso ha dolido —dijo Jackson mientras cogía su cerveza de la mesa de centro y se relajaba en el sofá—. ¡*Grand Slam*! —le gritó a la tele. Unos fuegos artificiales explotaron en la pantalla mientras un rubio cachas recorría las bases. Sí, definitivamente solo me interesaban los cabezas de chorlito del fútbol americano. ¿Acabo de decir cabeza de chorlito? ¿Se me estaba fundiendo el cerebro por lo bueno que estaba ese jugador de béisbol?
—Vaya. Ese tío es increíble —dijo Henry, soltándose de mí y caminando hasta la parte de atrás del sofá, justo detrás de Jackson.
—Y da gusto verlo. Tate es uno de los mejores jugadores de béisbol que la MLB ha visto jamás.
—A mí me lo vas a contar —murmuré mientras iba a la cocina y sacaba un refresco de la nevera—. ¿Quieres algo de beber? —pregunté con deliberada molestia mientras mantenía la cara en el aire fresco.
—Me encantaría otra cerveza, preciosa.
Me golpeé la cabeza contra el estante en puro shock. ¿A… acaba Jackson de llamarme preciosa? Dirigí mi mirada al salón y encontré a Henry sentado junto a Jackson, ignorándome.
Para eso había servido mi intento de darle celos.
Suspiré y me dejé caer en el sillón reclinable, mirando mal a la tele, pero lanzándole miradas fugaces a Henry cada pocos segundos.
¿Por qué fingía que había química ahí?

Henry estaba sentado más cerca de Jackson de lo que había estado de mí en toda la noche. Si me iba, quizá podrían tener el tiempo a solas que tanto anhelaban.

Espera… ¿estaba celosa?

—¿Dónde está mi cerveza? —Jackson me lanzó una sonrisita.

—Puedes cogerla tú mismo. Te vendrá bien el cardio.

Henry inspiró bruscamente y Jackson se rio. Como de costumbre, sabía cómo sacarme de quicio sin tener que esforzarse.

—Ay. ¿Cardio? Si querías otro asalto, deberías haber aceptado mi oferta antes de irte.

¿Otro asalto?

—Espera. ¿Hay algo entre vosotros dos? —Henry nos miró alternativamente y yo me incorporé en mi asiento.

—No.

—Sí.

Hablamos a la vez. Casi salté a través de la habitación para darle un golpe de kárate a Jackson y reducirlo a la nada. *¿Pero qué demonios intentaba hacer?*

—Niégalo todo lo que quieras, Pyro, pero no puedo quitarme esa noche de la cabeza.

—Entonces estás delirando, porque no pasó nada.

—Yo no lo llamaría «nada». —Esa sonrisa de superioridad. Quería matarlo—. ¿Y cómo crees que va a reaccionar Tanner cuando se entere de que le pusiste los cuernos a su mejor amigo con un jugador de hockey?

¿Ponerle los cuernos?

—¿Has estado bebiendo, Jackson?

—Nop. —Sus ojos se clavaron en los míos, oscuros e indescifrables, enviando un calor que me erizó la piel. Había visto a Jackson enfadado antes, pero ¿esto? Esto era otra cosa.

—¿Sabéis qué? Creo que debería irme —dijo Henry, señalando por encima de su hombro con el pulgar. La inquietud llenó su mirada mientras nos miraba.

—No es lo que piensas —dije, acercándome a él—. No hay nada entre Jackson y yo.

—Habla por ti —murmuró Jackson en voz baja.

Henry retrocedió hacia la puerta, negando con la cabeza. —No pasa nada. Ya me he visto en una situación parecida y he aprendido la lección. Ha sido un placer conocerte, Thea.
Jackson le gruñó a Henry. ¡¿Qué le pasaba?!
—Bueno, eh, nos vemos luego. —No pudo salir de nuestro apartamento lo suficientemente rápido y se escabulló como un perro asustado, dejándome con Jackson y su estúpida gorra de béisbol.
—Siento que no te haya salido bien, Pyro.
Cerré los ojos y soplé antes de apretar y relajar los puños. ¡¿Por qué, por qué demonios estaba tan empeñado en hacerme la vida imposible?!
—¿Qué te pasa? —mascullé antes de darme la vuelta y caminar con paso decidido hacia Jackson, agitando el dedo en su cara—. No eres mi hermano, e incluso si lo fueras, no tienes derecho a dictar con quién salgo o a quién quiero traer a casa.
A Jackson no le afectó mi reacción. —¿Creías que lo hacía por Tanner?
—¿Por qué otra razón lo harías?
Me fulminó con la mirada, su ardiente mirada me erizaba la piel en cada punto donde sus ojos se posaban.
—¡¿Por qué otra razón querrías destruir mi apenas existente vida sexual?! —La mirada de Jackson no vaciló, presionándome para que hablara más—. Quiero decir, ¿cómo puedo ser una buscona si hasta los tíos que intento llevarme a casa prefieren ver a un jugador cachas batear que mirarme a mí?
—Tú no eres el problema, Thea. —El profundo tenor de su voz me sorprendió. Fue inesperado y ronco, y por mucho que nunca lo admitiría en voz alta, envió un escalofrío directo a mi interior.
Tragué saliva mientras él se levantaba y se acercaba a mí. —¿Quieres saber cuál es tu problema?
Asentí, pero solté mi propia respuesta. —Tú. Tú eres mi problema. Mientras estés aquí, vas a cumplir las órdenes de mi hermano.
Jackson se rascó la barbilla y soltó una risa baja y sexi. Mierda, realmente estaba necesitada si pensaba en lo sexi que era Jackson.
—No, T. Ese no es tu problema. Tu problema es que estás perdiendo el tiempo con el tipo de tíos equivocado.

—¡¿Y qué tipo de tíos debería buscar, entonces?!
Me miró directamente a los ojos mientras caminaba hacia mí. Instintivamente, retrocedí, pensando que era lo suficientemente discreta como para que no se diera cuenta. Cuando choqué contra la pared detrás de mí, me di cuenta de que no era el caso.
—Necesitas a alguien con más fuego y pasión.
Fruncí el ceño. —Henry tenía mucha pasión. Está obsesionado con el hockey.
—No, T. Pasión es verte con ese vestido y darme cuenta de que no hay mejor vista en este mundo… Excepto, quizá, verlo tirado en el suelo.
—¿Por qué querrías mirar un vestido en el suelo?
—No debería tener que explicarlo.
¿Si estuviera en el suelo, entonces no estaría sobre mí? Abrí mucho los ojos ante la implicación, que se me había pasado por alto porque sonaba un poco a flirteo, y eso no era algo que Jackson y yo hiciéramos.
Tragué saliva mientras Jackson se acercaba más.
—¿Está todo bien, Gorra de Béisbol?
Intentaba aligerar el ambiente, pero no sabía dónde mirar.
—Todo va genial ahora que has vuelto. Estaba preocupado por ti. ¿Cómo estás?
—Estoy bien —chillé. Se cernía sobre mí y me sentí claustrofóbica bajo su mirada—. ¿Sabes qué? Creo que me voy a la cama. Estoy agotada. —Bostecé, sobreactuando.
—¿Necesitas compañía?
¿Compañía? ¿Estaba sugiriendo que *él* podría ser mi compañía? Eché la cabeza hacia atrás con una risa exageradamente escandalosa porque no sabía qué más hacer. Jackson había hecho un montón de cosas raras esta noche y durante los últimos días, pero pedirme ser su compañero de cama tenía que ser lo más raro, incluyendo esos mensajes de Britt.
¿Iba a aceptar su oferta?
Ni en esta vida.

Capítulo 14

Jackson

Sentado en el sofá, vi cómo a Liam le daban una paliza por lo que debía de ser la centésima vez en el día de hoy. A estas alturas, ya ni siquiera era entretenido. Jugaba tan mal que había lanzado mi micrófono por la habitación hacía una hora para no oír sus excusas. Tenía suerte de ser guapo; si no, habría abandonado nuestro canal hace años.

Cuando oí que la puerta de Thea se abría, sonreí.

Quince horas.

Thea llevaba quince horas seguidas atrincherada en su cuarto, y sabía que en algún momento tendría que salir. Nadie tenía una vejiga tan resistente, y dudaba que tuviera la habilidad o la fuerza en los brazos para trepar por su balcón.

Dejé el mando a un lado y me hundí más en los cojines, intentando parecer relajado mientras miraba por encima del hombro. En cuanto la vi, tuve que morderme la mejilla para no reírme.

Thea tenía la espalda pegada a la pared, con las manos extendidas como si la hubieran pillado en mitad de un atraco, y se quedó sin aliento cuando sus ojos desorbitados se clavaron en los míos. —¿Qué estás...? ¿Qué haces aquí todavía?

No se movió, lo que lo hizo aún más divertido. Como si de verdad pensara que estaba a punto de abalanzarme sobre ella.

Para ser justos, la idea se me había pasado por la cabeza.

Sonreí con suficiencia y me volví hacia la tele, estirándome de forma ostentosa. La había afectado. Puede que anoche no se creyera lo que le dije, pero ahora estaba pensando en ello.

Muy pronto no tendría más remedio que creérselo, y yo no pensaba moverme de este piso hasta que nos lo hubiéramos sacado de encima.

—También es mi piso. He pensado que por una vez podría disfrutarlo. —Volví a coger el mando, quité la pausa del juego y fingí indiferencia ante la presencia de Thea; no es que fuera posible ignorarla.
Las sirenas sonaron desde el televisor, un recordatorio de que se suponía que estaba robando un coche, pero ya había aceptado la derrota. Con Liam jugando tan mal y mi falta de interés, el nivel sesenta era un sueño lejano.
No me importaba. Esta noche me interesaba más la chica pegada a la pared detrás de mí.
—¿Pero y la rotación? Es mi noche en casa.
Solté una risita, tamborileando con los dedos en los botones. —Eh, siempre he pensado que lo de la rotación era una chorrada. Somos adultos. Deberíamos ser capaces de sentarnos en la misma habitación una noche sin un maldito horario, ¿no crees?
—¿Pero y Grace?
Puse los ojos en blanco aunque no pudiera verme. Había caído de lleno, y ahora me preguntaba si había algo que pudiera hacer para convencerla de que estaba obsesionado con *ella*, no con Grace.
—No me interesa Grace. Nunca me ha interesado.
—¿Estás seguro? —Su voz se acercaba, lo que significaba que se dirigía hacia mí. *Por fin*—. Parecías muy interesado en ella hace dos noches.
Negué con la cabeza. —No hay nadie ahí fuera que me interese. —Dejé que la frase flotara en el aire un segundo antes de añadir—: *Aquí dentro*, la historia es diferente.
—¿Y-y qué se supone que significa eso?
—Creo que lo de anoche debería ser explicación suficiente para ti.
—Capullo —masculló entre dientes.
—Pero soy *tu* capullo.
—¿Cómo has oído eso?
Eché un vistazo hacia atrás y vi la cabeza de Thea en el frigorífico, con su precioso culo en pompa. Joder. Redondito y perfecto. Me daban ganas de morderlo.
—¿Qué preparas? ¿Quieres hacerme algo a mí ya que estás? —la piqué como si fuera un niño desesperado por su atención, que

obviamente lo era.
—No, no quiero. De hecho, no se me ocurre nada peor que estar atrapada contigo esta noche. —Se alejó del frigorífico, con las manos vacías, mientras picoteaba las distintas frutas del mostrador de la cocina. Puede que me hubiera pasado un poco comprándole fruta para reponer la suya. No pude evitarlo. Quería impresionarla, y esta era una de las pocas formas que conocía.
—Oh, cómo me hieres, veleta.
Pasó los dedos por la piel firme de la manzana y resopló en voz baja. Me di la vuelta y me miré la entrepierna con el ceño fruncido. Qué patético. Estaba palpitando porque ella había hecho ese ruido en el sueño que había tenido con ella.
—¿No tienes que ir a alguna cosa de fútbol americano? —preguntó, entrando en la zona del salón con un plátano gigante. Jesús, ¿estaba intentando seducirme? Acababa de darme cuenta de que llevaba el pelo en un moño despeinado y una camiseta de fútbol americano de la Universidad de Covey —la de Tanner, sin duda—, pero ¿qué aspecto tendría con la mía puesta?
—La temporada de fútbol americano ha terminado, lo que significa que soy todo tuyo esta noche. —Apagué el juego y le lancé el mando de la tele. Se le cayó, dándome la oportunidad de echarle un vistazo al culo y a sus muslos gruesos. ¿Llevaba algo debajo?—. Tú eliges lo que vemos. Después de todo, es tu noche en casa.
Joder. ¿Por qué coño estaba siendo tan bueno?
Se dejó caer en el sillón reclinable e hizo zapping, deteniéndose en *El soltero del béisbol*. Hice una mueca cuando oí a una mujer quejarse de que el jugador de béisbol la había besado la misma noche que a otra chica.
—Ya he visto esto —dijo, cambiando de canal.
—Menos mal.
—No hay nada. —Estaba cambiando de canal sin pensar, buscando cualquier cosa.
—La única tele buena en directo que vas a encontrar son deportes. —Arrugó la nariz ante la sugerencia, haciéndome sonreír.
—Seguro que te gustaría el rugby.
—¿Por qué demonios piensas eso?

Me encogí de hombros. —No sé, pero no paro de oír a las chicas decir que van a ser la próxima moda. Liam me dice que sus mensajes directos están llenos de mujeres que buscan a un británico cachas que les dé de comer *salchichas con puré de patatas*.
Peló el plátano, con el labio curvado mientras decía: —No creo que eso tenga nada que ver con el rugby. Es por las *fotos provocativas* que publica constantemente.
—¿*Thirst traps*? ¿Cómo lo sa...? —Me dedicó una sonrisa de satisfecha suficiencia antes de dar un gran bocado a su plátano—. Espera, ¡¿lo has buscado?!
—No ha hecho falta. Él me encontró a mí.
Iba a matarlo. Sabía que Thea estaba prohibida... *¿no?*
—No me lo puedo creer.
—¿Por qué? —Abrió la boca en una fingida sorpresa—. Dijiste que nos llevaríamos bien, y tenías razón. Ahora me envía mensajes directos todo el tiempo.
Rompía oficialmente mis lazos con Liam. Sería eliminado de mi canal inmediatamente. No lo necesitaba para tener éxito. Podría ponerme un poco de delineador de ojos y parecer igual de guapo.
—Tiene novia. —Mentí, porque podía. Ella no iba a comprobarlo.
—¿Ah, sí? Bueno. Supongo que tendré que admirar sus abdominales desde lejos.
—Buena idea. Va muy en serio con ella. Es una baronesa o alguna chica rica británica. Así que tiene acento.
—En realidad, para ella no es un acento, ¿verdad?
—Para mí sí lo es. Ni de coña vendría a Estados Unidos teniendo en cuenta que la tiene a ella y un contrato con el equipo de rugby de Richmond.
—Me alegro por él. ¿Hay alguna razón por la que me estés contando toda la vida de Liam?
Buena pregunta.
—No. Solo era por charlar.
—Bueno, si esta es tu forma de charlar, no me extraña que ninguna chica te dure más de una segunda cita.
Ahí estaba mi polla otra vez. Palpitando porque me encantaba que me lanzara pullas. Era muchísimo mejor que flirtear.

—Oh, créeme, Pyro. No es mi charla lo que buscan.
Dio otro bocado a su plátano, metiéndoselo tanto en la boca que mi mente se llenó de pensamientos guarros.
—Si vienes aquí, te lo puedo enseñar.
Dejó de masticar y su pecho subió y bajó. Joder, sí que quería enseñárselo todo. Colmarla de atenciones y demostrarle que nadie sería tan bueno con ella como yo.
Tragó saliva, tomándose su tiempo para recuperar la compostura. Nunca había visto este lado de mí, pero ahora era la única persona a la que quería mostrárselo.
—Creo que paso. —Hizo todo lo posible por parecer impasible, pero llevaba el tiempo suficiente viviendo con Thea como para saber cuándo se había puesto nerviosa. Ese era mi plan. Seguir pinchándola hasta que devolviera el golpe. Podía sentir la tensión tanto como yo, solo que no quería admitirlo. Al menos, no todavía. Yo ya estaba ahí, así que necesitaba arrastrarla en la dirección correcta.
—Vale, bueno, si no hay nada en la tele y no quieres ver lo que tengo que ofrecerte, ¿qué quieres hacer?
—Nada contigo.
—Entonces, ¿quieres que nos sentemos y nos miremos a los ojos? Por mí, perfecto.
—No. Encontraremos otra cosa que ver.
—O podríamos jugar a un juego —sugerí, observando cada músculo de su cara para calibrar su reacción.
Su mandíbula se tensó ligeramente y entrecerró los ojos. Con los labios apretados, me fulminó con una mirada tan ardiente que me sorprendió no haber entrado en combustión espontánea bajo su escrutinio. Pero no me importaba. Iba a insistir hasta que Thea finalmente admitiera lo que ambos sabíamos.
Que nos poníamos a cien el uno con el otro.
—¿Un juego? —Thea se cruzó de brazos y se hundió más en el sillón, mirándome con recelo—. No me gustan los juegos.
—Entonces, ¿prefieres que nos sentemos aquí y te enumere todas las cosas que me gustan de ti? Tu pelo. Tus ojos profundos. Tu boca descarada. Podría seguir, pero no estoy seguro de que me creyeras.

Arrugó el ceño y su cara se contrajo de una forma adorable. —¿Esas son mis únicas dos opciones para esta noche? ¿Ver un programa de televisión terrible o escucharte soltar mentiras? Si es así, tengo que replantearme seriamente las decisiones de mi vida.
—¿Quién te hizo daño, Pyro?
—¿Qué quieres decir?
—¿Quién hizo que tuvieras una opinión tan pobre de ti misma?
—Nadie.
—Entonces, ¿qué pasó en el instituto? —La pregunta estaba siempre en la punta de mi lengua, aunque antes no tuviera intención de hacerla. Ahora, sin embargo, las cosas habían cambiado entre nosotros, y necesitaba que Thea lo supiera.
—Nada. —Soltó un bufido, se levantó del sillón y se dirigió a la cocina. Descorchó una botella de vino y se sirvió una generosa copa —. ¿Qué? —dijo al notar mi mirada—. Si hablar contigo es la única opción que tengo para esta noche, voy a necesitar por lo menos dos más de estas. —Levantó su copa, volviendo al sillón.
—Se me ocurren otras cosas que podríamos hacer.
Se dejó caer en el sillón y suspiró. Mi mirada recorrió su rostro, deteniéndose en sus mejillas redondeadas y el ligero rastro de pecas que las cubría. Tan hermosa sin pretensiones.
—Para ya —dijo.
—Parar ¿el qué?
Agitó la mano delante de su cara. —Todos estos juegos mentales. No sé qué he hecho para que quieras joderme así, pero estoy cansada y solo quiero relajarme esta noche. No te quiero ahí conspirando para mi caída.
¿Juegos mentales? ¿De verdad pensaba que eso era lo que estaba haciendo?
—No soy lo bastante listo para juegos mentales. —No me costaba admitirlo, ya que era la verdad. Todos teníamos nuestros límites en la vida. Yo conocía los míos.
—Vaya. La primera afirmación honesta que sale de tus labios.
Mi mirada bajó, recorriendo sus piernas expuestas. Esos pantalones cortos... Esa camiseta... Me estaban haciendo cosas que no deberían. Thea cogió la manta de la Universidad de Covey que tenía

detrás y se la echó por encima de las piernas como si pudiera oír mis pensamientos.
—Venga, Pyro. ¿No estás aburrida de estos programas?
—No lo bastante aburrida como para jugar a algo contigo. —Ladeé la cabeza, incapaz de apartar los ojos de ella—. ¿Puedes dejar de mirarme así, por favor?
Puse los ojos en blanco. —¿Qué te parece esto? Si ganas, me iré del piso hasta que vuelva Tanner.
Eso la animó. Lo que no sabía era que yo no tenía ninguna intención de perder.
—¿Todo el tiempo? —Asentí—. ¿Por qué harías eso?
—Bueno, está claro que te molesta mi presencia. No has meado en casi un día para evitarme.
—¿Adónde irías?
Me encogí de hombros. —A casa de Britt y Matty.
—¿Estás seguro de que te quieren allí?
—Da igual. Me la deben.
—¿Por?
—Por meterme algo en la cabeza que no puedo quitarme.
—¿Qué es lo que no puedes quitarte de la cabeza?
—Creo que ambos sabemos la respuesta, pero si la digo, volverás a decir que miento.
Apretó los labios y sus ojos se salieron de las órbitas. Parecía que estaba a veinte segundos de explotar.
Como no soy de los que se rinden, lo intenté de nuevo.
—Venga. ¿No quieres ganarme y tener todo este sitio para ti sola? Imagina lo bien que te sentirías.
—¿Y si ganas tú? ¿También me echarás? Dudo que Matty y Britt fueran tan complacientes conmigo, teniendo en cuenta que soy una carga.
Solté una risita. —¿De verdad crees que querría deshacerme de ti? —Me rasqué la barbilla antes de observarla—. No, te mantendría aquí mismo, sirviéndome.
Tragó saliva al asimilar mis palabras. —¿Y qué implicaría *servirte*?
—Gáname y nunca tendrás que averiguarlo.

Capítulo 15

Thea

Mientras miraba a mi odioso compañero de piso, un fuerte sentimiento de competitividad se gestó en mi interior. Si decía que no, luciría esa sonrisita de satisfacción en su cara durante el resto de la noche, y no quería eso. Debería jugar. Solo era un juego, y era más que capaz de hacer trampas si era necesario.

—Vale. Juguemos para que pueda patearte el culo y me dejes en paz de una vez.

Se irguió en el asiento. —¿Vale. ¿Qué tal un «Yo nunca»?

—¿Un «Yo nunca»? ¿Qué tenemos, doce años? Pensaba que querías jugar al *beer pong* o algo así.

—No tenemos suficientes vasos para eso.

—Y no hay un ganador —. ¿Acaso me tomaba por tonta? Nunca había pensado irse del piso. Solo me había provocado con esa opción para que aceptara.

Jackson se encogió de hombros. —Solo he pensado que podría ser una buena forma de que nos conozcamos un poco mejor.

—Vivimos juntos. ¿Qué más podrías querer saber?

Me dedicó una sonrisa despreocupada. —Vivir juntos no significa que te *conozca* de verdad. ¿Sabes a qué me refiero?

Enarqué una ceja. —¿Y quieres?

—Bueno, piénsalo. Si eligen a tu hermano en el *draft* en un par de semanas, cosa que, te adelanto, está prácticamente asegurada aunque él no quiera creerlo, entonces vamos a vivir juntos el año que viene.

—¿Vamos?

—¿Adónde más vas a ir, Pyro?

—Preferiría enterrarme en un agujero profundo y esperar a que la lenta asfixia del barro me colapsara los pulmones antes que vivir contigo un año más —. Lo pensé un segundo y, joder. Tenía razón. En las residencias no me aceptarían con mi historial, y solo era

amiga de Aster y Britt. Y ambas ya tenían su alojamiento solucionado.
—Joder.
Eso fue todo lo que dijo durante unos minutos; todo un logro para él, que nunca se callaba.
Como si acabara de asimilar lo que le había dicho, se quedó boquiabierto y me fulminó con la mirada. —¿Tan malo no puedo ser, o sí?
Asentí, acurrucándome más en la manta, deseando llevar puesto mi pijama de cuerpo entero en ese momento. —Pues sí.
Me vinieron a la mente los recuerdos de él trayendo a Grace a casa, no una, sino dos veces —aunque con un año de diferencia— y dejando que me llamara creída. Aunque él no lo dijera, era el responsable de haberla traído.
—Vale, bueno, ¿qué tal esto? Ya que soy tan horrible, si juegas a esto conmigo y al final sigues queriendo que me vaya, me iré.
Es una oferta tentadora, porque podría sin más...
—Vamos, Pyro. ¿No quieres enterarte de alguna mierda embarazosa sobre mí?
—Vale. Jugaremos, pero solo porque circulan un montón de rumores sobre ti y quiero saber la verdad.
—Lo mismo digo, P. Empiezo yo. Yo nunca he comido un taco.
—¿Es un eufemismo?
—¿De qué? —. Enarqué una ceja, sin querer decirlo en voz alta. —Ah, ¿crees que estoy hablando de comer un coño? No, no te preocupes, P. Eso me encanta. Hablo de tacos de verdad. Ya sabes, con la tortilla dura, o blanda, según la preferencia. Normalmente tiene algo de carne dentro..., un poco de queso.
Describió la escena con entusiasmo. Gesticulaba con las manos por todas partes y una sonrisa se dibujaba en su rostro. Lo miré estupefacta antes de soltar una carcajada.
—¿Qué es tan gracioso?
—Si quieres jugar a este juego, tienes que ser un poco más sincero. Has comido un taco.
—¿Cómo lo sabes?

Me mordí el labio inferior, conteniendo una risa. —He oído hablar de tu tatuaje de un taco en el culo y, sinceramente, teniendo en cuenta tu historial de ser tan abierto y extravagante, me sorprende no haberlo visto.
—El tatuaje del taco fue un homenaje al hecho de no haber comido ninguno.
—Eso no tiene ningún sentido.
—¿Cuándo lo he tenido yo?
—Buen punto. Vale, sígueme la corriente. ¿Por qué te lo hiciste?
Se encogió de hombros, dando un sorbo a su cerveza aunque no le tocaba. —Eh, me lo pidieron mis amigos del instituto. Fui el primero en cumplir los dieciocho y todos dijeron que debía hacerlo.
—¿Y lo hiciste?
Asintió, haciendo que yo negara con la cabeza, incrédula.
—Luego me hice un par más. No quería que el taco se sintiera solo.
—Vaya. Eres la definición misma de mente colmena, ¿no?
—¿Qué se supone que significa eso?
—Significa que haces lo que cualquiera te dice que hagas. Eres como una ovejita, siguiendo al rebaño.
Echó la barbilla hacia atrás, con el ceño fruncido. —Vaya. Sabía que me odiabas, pero no me había dado cuenta de cuánto.
—No puedo evitarlo. No me gusta que me llamen creída.
Jackson puso los ojos en blanco, soltando un gruñido de disgusto. —¿Otra vez con ese estúpido comentario que ni siquiera hice yo? ¿Cuántas veces voy a tener que decirte que no creo que seas una chica que va de especial? De hecho, creo que eres todo lo contrario.
—Lo que tú digas —. Negué con la cabeza y agité la mano con indiferencia.
Agarró el cuello de la botella de cerveza, apretándolo con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. —Eres espontánea. Eres divertida sin intentarlo, y la gente se siente atraída por ti.
—Los cumplidos no te llevarán a ninguna parte conmigo.
—Lo sé. Solo estoy constatando hechos. Por eso nunca serás una de esas que van de especiales. La gente quiere conocerte a ti, no al revés.

Dijo las palabras como si las sintiera, y me dio demasiada vergüenza volver a mirarlo. —Mi turno. Yo nunca he llevado una gorra de béisbol.
Mirando su cerveza, Jackson soltó un bufido divertido y luego bebió otro trago. —Un poco aburrido, Pyro. Aunque no me sorprende que no lo hayas hecho. Quieres que la gente te vea, pero no te gusta que te miren.
—Otra vez no tienes sentido.
—¿Qué se siente al ser la hermana de un atleta ya famoso? —. Hice una pausa, con el estómago encogido, sin saber qué decir. —Me imagino que hay mucha presión, ¿verdad? La gente piensa que serás tan buena como él, y aunque lo eres, apuesto a que nunca te sientes lo suficientemente buena, ¿a que no?
Puse los ojos en blanco, suspirando en un intento de fingir que no me importaba. Aunque tenía razón. —¿No sabía que te habías pasado a psicología?
—No necesito ser un estudiante de psicología para verte, Thea. Puede que no quieras oírlo o creértelo viniendo de mí, pero eres suficiente. De hecho, creo que eres perfecta.
¿Perfecta? Nadie me había dicho eso antes, y por la mirada en los ojos de Jackson, podía decir que no estaba bromeando. Sus ojos se oscurecieron mientras me observaba, y sentí algo entre nosotros que no me gustó. Tensión, pero no del tipo al que estaba acostumbrada. En lugar de estar llena de ira y frustración, había algo más entre nosotros. ¿Lujuria, quizá? Un escalofrío me recorrió la espalda porque no quería pensar en eso.
—Te toca, Gorrita. Si no, nunca acabaremos este juego.
—Tienes razón. Hay formas mucho más interesantes de mantenerte despierta toda la noche que jugando a esto —. Sus palabras fueron directas e intensas, y quería que captara la insinuación. —¿Qué tal, yo nunca le he mentido a un compañero de piso?
—Y pensabas que mi pregunta sobre la gorra era rara —. Me eché hacia atrás, pensándolo un segundo. ¿Le había mentido alguna vez a un compañero de piso? Aunque había chicas en la hermandad, no le mentí a ninguna de ellas ni consideré realmente a ninguna compañera de piso, ya que yo estaba en una planta completamente

diferente al resto. Las únicas dos personas a las que consideraría compañeros de piso eran Tanner y el capullo este... o sea, les había mentido a los dos, así que supongo que me tocaba beber.
Jackson soltó un suspiro, relajándose contra el sofá mientras me observaba. Chasqueando la lengua, dijo: —¿Sobre qué mentiste?
—A ti, sobre nada. Créeme, no eres lo suficientemente importante como para mentirte. Tanner, sin embargo, es mi hermano, al fin y al cabo, y si no le mintiera de vez en cuando, nunca saldría del piso.
—¿Por qué? ¿Por qué es tan sobreprotector contigo?
Me encogí de hombros. —Es mi hermano. Siempre son sobreprotectores.
—Mira, eso no me lo trago. Hay algo en Tanner cuando estás cerca. Es como si se pusiera ansioso y asumiera que todo el mundo es una amenaza potencial. Ni siquiera trata a Aster con la misma protección que a ti. Yo diría que ella lo necesita más, ya que se buscó problemas con el equipo de hockey. Contigo, sin embargo, actúa como si fueras una flor delicada que intenta evitar que se marchite.
Me tensé ante el análisis, sabiendo que la verdad abriría una caja de Pandora completamente nueva. Una de la que no estaba segura de estar lista para hablar. Ya era conocida por provocar incendios en este sitio; si alguien más supiera lo que pasó en el instituto, entonces podrían pensar que yo misma me buscaba estas cosas.
—No es importante. Tienes razón, sin embargo, no debería preocuparse por mi seguridad. Soy una chica mayor. Puedo cuidarme sola. Me toca —dije para desviar la atención de mí—. Yo nunca me he acostado con una chica sabiendo que había hecho llorar a la hermana de mi compañero de equipo.
Ahí estaba. La declaración más hija de puta que podía decirle a Jackson.
Se quedó en silencio, y mi corazón latía salvajemente, la vulnerabilidad golpeándome de formas que no creía posibles. Sin embargo, ver su sonrisa de suficiencia borrarse de su cara me hizo sentir mejor.
En el fondo, sabía que Jackson no era un mal tipo. Quería que todos pensaran que era despreocupado y un bromista, pero era obvio si te fijabas bien. Las bromas de deportista tonto le dolían tanto como a

mí los comentarios de creída, y aunque apestaba ser la hermana del mejor *quarterback* del fútbol universitario, debía de apestar ser su compañero de equipo, viéndolo ser elegido en el *draft* mientras tú estabas atascado repitiendo el tercer año.
Reprendiendo mis propios pensamientos por sonar como si sintiera pena por ese idiota, le dediqué una sonrisa sarcástica.
—¿De qué estás hablando? ¿Cuándo estuviste llorando? —. Juntó sus dos neuronas y lo pensó—. Espera un momento, ¿estás hablando de Grace? —. Negó con la cabeza, soltando un suspiro incrédulo—. ¿Cuántas veces voy a tener que decirte que no me acosté con Grace? La eché después de ver lo disgustada que te puso.
Levanté la cabeza, escudriñando su rostro en busca de cualquier indicio de engaño, pero todo lo que encontré fue una sinceridad pura.
—Si hubiera sabido que estabas llorando, habría bañado tus preciadas uvas en chocolate y te las habría traído de rodillas —. Frunció los labios, mirando al techo antes de volver a mí—. Joder, si te compré todas las frutas del planeta para intentar demostrarte que lo sentía.
—¿Vas a beber? —dije mientras miraba fijamente sus dedos que agarraban la botella de cerveza, y mi estómago se llenó de una ansiosa anticipación. Daría un sorbo a ese líquido y mi corazón se rompería por ello.
—No. No lo hice, y no voy a dejar que pienses lo contrario.
—Entonces ya has perdido el juego.
—Eres frustrante de cojones, ¿sabes?
—Solo estoy jugando con honor. Tú estás haciendo trampas.
—No, no lo estoy —. Le temblaban los brazos, apretaba la mandíbula. Le había llegado al alma y, aunque se negara a beber, y Britt sugiriera lo contrario, yo sabía que se había acostado con Grace. —¿Qué te parece esto?, yo nunca he sido el tema del sueño húmedo del mejor amigo de mi hermano.
Jackson miró fijamente mi bebida, haciendo que mis dedos se crisparan. Arrugué la nariz. —Jackson, tú no tienes... —. Hice una pausa. Sus palabras finalmente calaron, y sentí que iba a vomitar.

—Si bebes, será mentira.
—No puedo creer que hayas dicho eso —. Estaba volviendo a hacer una broma sobre mí. Estaba jodidamente harta.
—¿Por qué no? Si tú juegas con honor, yo también.
Negué con la cabeza y lo llamé capullo en voz baja.
Jackson se llevó una mano a la oreja. —¿Qué dices? No te oigo desde ahí. ¿Por qué no te acercas para que podamos hablar de verdad?
—¿Ya te estás quedando sordo, viejo? —. Decidí picarle un poco. Apartando la manta de encima, me acerqué pavoneándome y me dejé caer en el otro extremo del sofá de cuero. Frunció el ceño, pareciendo casi ofendido. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Sentarme en su regazo?
—Yo nunca he dicho tantas gilipolleces que he llegado a dudar de por dónde tenía el culo.
Jackson ignoró mi comentario y se frotó el muslo. —Sigo sin oírte, Pyro. ¿Por qué no vienes aquí? —. Miré alternativamente su cara y su muslo, esperando que soltara una carcajada, pero no lo hizo. —Estoy esperando.
—i¿Lo dices en serio?!
—¿Eres una gallina?
—No. Claro que no —. Levanté la barbilla, cerrando los ojos.
—¿Seguro? Creo que te estoy calando de verdad.
—Y yo creo que deberías comprobar lo apretada que llevas esa gorra, porque te estás comportando de forma ridícula.
—Y tú no estás actuando en absoluto. Bueno, excepto asustada, por supuesto.
—Ah, ¿crees que estoy asustada? —. Asintió. Me estaba provocando, lo sabía, pero necesitaba demostrarle que estaba equivocado.
—Lo sé.
Con los dientes apretados, la única emoción que sentía era ira.
Que le den.
Impulsándome para levantarme del sofá, me dirigí hacia él con paso decidido. Su mano se apartó de su muslo a medida que me acercaba y, en lugar de sentarme en su rodilla como había pedido, decidí demostrarle lo segura que estaba. Pasé una pierna por encima de su

cuerpo y me senté a horcajadas sobre él antes de que pudiera protestar.
Unos muslos anchos y gruesos sostenían los míos abiertos, y en ese momento, deseé llevar mi pijama de cuerpo entero. Así no sentiría cómo los pantalones cortos se me clavaban en la entrepierna. Sonreí a través del dolor, negándome a mostrarle a Jackson lo incómoda que me sentía.
Apoyando mis manos en su duro pecho, me incliné para que mis labios estuvieran a solo unos centímetros de su cabeza. —¿Me oyes ahora, viejo?
—Perfectamente —ronroneó. Si fuera cualquiera que no fuera Jackson, diría que esto iría a más. Sentada en su regazo, frotando su duro pecho... Era agradable, y Jackson estaba bueno. Lástima que su personalidad fuera una mierda.
—¿Quieres intentarlo de nuevo? —preguntó, obligándome a mirarlo. Unos ojos profundos y oscuros me contemplaban con avidez. Espera. ¿Por qué actuaba así?
Desvié la mirada hacia su gorra para no tener que mirarle a la cara. —Yo nunca he llevado una gorra de béisbol hacia atrás.
Se rio. —¿Alguien te ha dicho alguna vez lo buena que eres en esto? —. Sonrió de lado, dando un sorbo largo y lento a su cerveza, y observé cómo se movía su garganta al tragar.
¿Cuándo se había vuelto el cuello de Jackson tan... musculoso? No sabía que se pudiera desarrollar músculo ahí.
—Sabes que ponértela al revés te hará infinitamente más atractivo, ¿no?
—Demuéstramelo.
—¿Que te lo demuestre?
—Sí, dales la vuelta a mi gorra y dime qué piensas.
Dudé un segundo antes de quitarle la gorra de la cabeza, sorprendida al oler su champú. Luego le di la vuelta y se la volví a colocar sobre su espeso pelo negro.
Echándome un poco hacia atrás, dije: —Bueno, joder. ¿Una gorra de béisbol al revés era todo lo que necesitabas para estar bueno? —. Se suponía que iba a ser una broma, pero sonó demasiado serio.

Se rio entre dientes, se inclinó para dejar su cerveza y luego apoyó la mano en mi muslo, apretándolo. —Me alegro de que lo pienses.
¿Por qué no le apartaba la mano? ¿Por qué me gustaba su calor?
—No lo dije con la intención con la que sonó.
—Claro que no —. Su palma todavía me quemaba la pierna. —Supongo que ahora me toca a mí —. Su rostro estaba serio cuando dijo: —Yo nunca he besado a la hermana de mi amigo.
Su mirada se desvió hacia mis labios, y lo sentí. Lo sentí hasta lo más profundo de mi ser, como si hubiera accionado un interruptor, y por fin estuviera lista para ver a Jackson como algo más. Mi cerebro estaba confuso, y él no dejaba de mirarme. Intenté pensar en mis amigos y si tenían hermanas a las que yo hubiera besado. Cuando pude confirmar que no, me incliné hacia atrás, cogí el vino de la mesita y le di un trago largo.
Mientras dejaba el vino, Jackson observaba, y volvió. La sensación a la que me costaba poner palabras. Era un impulso. Una necesidad de tocarlo. Quizá era el vino. Solo había tomado una copa, pero no era muy bebedora, así que a lo mejor me estaba afectando. O quizá era el hecho de que estaba sentada tan tranquilamente en su regazo cuando teníamos todo este piso de tres habitaciones para nosotros solos.
Algo había cambiado entre nosotros. No sabía cuándo había sucedido, pero todavía no estaba dispuesta a hablar de ello.
Al parecer, Jackson estaba cansado de esperar. Ahuecó mi mejilla, dándome un momento para retirarme si quería. Como una tonta, no lo hice. En lugar de eso, me incliné hacia delante y cerré los ojos mientras nuestras bocas se unían. Unos labios suaves y carnosos acariciaron los míos antes de que su lengua pidiera permiso para entrar. Cada fibra de mi cuerpo se relajó, sintiéndome perdida en su tacto. Profundicé el beso mientras las yemas de sus dedos se hundían en mis muslos, y él gimió en lo que sonó como un suspiro de alivio. No pude evitar sentir lo mismo. Había algo en dejar ir toda esa tensión e ira con este momento.
Jugueteé con mi lengua a lo largo de la comisura de su boca, y él se abrió para mí mientras yo movía mi mano hacia la nuca de su cuello,

manteniéndolo cerca y dirigiéndolo en la forma que me gustaba que me tocara.
A medida que las cosas se calentaban, le quité la gorra de la cabeza, dándome la oportunidad de pasar mis manos por su pelo. Tiré de los mechones, mostrándole exactamente cómo me gustaba.
Apretó mis muslos. —Eres perfecta —dijo en medio de nuestro beso.
Presté poca atención a las palabras o al sentimiento, ya que estaba demasiado perdida en el sabor y la sensación de Jackson por todo mi cuerpo. El compañero de equipo de mi hermano, pero era más que eso. *Mi* compañero de piso. *Mi* archienemigo. Era todo lo que no quería pero necesitaba. Necesitaba sentirlo así, tener el control de alguien mucho más grande que yo. Sabiendo que podría aplastarme si quisiera.
No me importaba lo que Tanner pensara. Lo único que importaba en este momento era Jackson. Ah, y la sensación de hormigueo que crecía en mi centro.
Me estaba poniendo cachonda. Más cachonda de lo que nunca me gustaría admitirle a Jackson, ya que se jactaría de ello. Sin embargo, dudaba que fuera un secreto por mucho tiempo, considerando que estaba moviendo mis caderas contra sus sólidos muslos. Sus manos pasaron de mis muslos a mi culo, y apretó mis nalgas mientras guiaba mis movimientos.
Unos pantalones de chándal grises y mis pantalones cortos de seda eran lo único que nos separaba. Nunca, y quiero decir *nunca*, había pensado en Jackson de esta manera, pero en este momento, todo en lo que podía pensar era en cuánto deseaba sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío.
Tira y afloja, las lenguas chocando. Me estaba preparando para un subidón que estaba casi segura de que sería incapaz de igualar.
—Nunca he querido besar a nadie tanto como he querido besarte a ti —jadeó contra mis labios. Típico. Siempre hablando, incluso cuando intentaba concentrarme en la tarea que tenía entre manos.
Se retiró, midiendo mi reacción, y yo me aparté, no queriendo que viera el ardor detrás de mis ojos.
Jadeé cuando besó la columna de mi cuello, sus manos moviéndose por mi cuerpo como si lo hubiera estado estudiando durante mucho

tiempo.
—Jackson —dije arrastrando las palabras, y él capturó mi gemido con su boca, hundiendo su lengua en la mía.
Sus dedos se clavaron en mi culo y, sin previo aviso, me volteó sobre mi espalda y besó mi cuello. Fue como si ese movimiento hiciera que mi cerebro empezara a funcionar de nuevo, y me diera cuenta de lo que estaba pasando.
—Necesito saborearte.
Las manos de Jackson estaban rozando el borde de mis pantalones cortos, listas para bajarlos. ¿Y entonces qué? ¿Me acostaría con Jackson?
Jackson James.
El tipo al que se suponía que debía odiar.
—¿Qué estoy haciendo? —entré en pánico al ver mis caderas meciéndose contra su cuerpo, buscando el placer. El placer de *él*.
¿No podía ver el error que acabábamos de cometer?
Mi respiración se entrecortó y retrocedí, escabulléndome de debajo de él. Jackson no había registrado mi ataque de pánico, su rostro todavía con una sonrisa borracha y delirante. Se inclinó hacia delante, listo para atraerme de nuevo para más, pero yo no podía hacer esto.
Era demasiado.
—Tengo que irme —dije antes de saltar del sofá y correr a mi habitación como un ratoncito asustado. Algo así era yo. Un ratón asustado buscando un lugar donde esconderse porque no quería afrontar las consecuencias de mis propias acciones.
Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta y eché el cerrojo por si acaso. Respirando hondo, intenté centrarme y fingir que no sentía la presencia de Jackson al otro lado. No importaba que estuviera en mi habitación, sentía como si él estuviera en todas partes.
¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!
Las vibraciones de sus puñetazos contra la puerta reverberaron a través de mis huesos, y temblé de preocupación.
—No puedes esconderte de mí, T. —Sus palabras sonaron casi siniestras y un poco sexis a la vez.

El pavor me llenó el estómago, pesándome como una piedra mientras pensaba en lo que había pasado entre Jackson y yo. Lo besé, y estuve a punto de que me saboreara.

Joder. Joder. Joder.

¡¿Qué coño he hecho?!

—Estaré aquí mismo esperándote cuando te despiertes y te des cuenta de que quieres más de eso.

Intenté reprimir el pequeño chillido, pero se me escapó de la garganta. Tenía razón. Vivía conmigo, y no había forma de que pudiera evitarlo.

Congelada en el sitio, esperé otros diez minutos antes de tener el valor de alejarme de la puerta y acercarme a mi móvil. El mismo que había dejado allí cuando salí a por una botella de agua.

Cuando volvieron a llamar a mi puerta, grité, sin saber qué hacer. ¿Había echado el cerrojo? ¿Entraría Jackson en cualquier momento? No tuve tiempo de pensar, cogí mi móvil de la cómoda, corrí a mi armario y lo cerré de un portazo. Por alguna razón, la oscuridad se sentía como otra barrera para enfrentar la realidad.

Besé a Jackson. Besé a Jackson. Besé a Jackson, y me *gustó* besar a Jackson.

Mi móvil iluminó la habitación a oscuras mientras me preparaba para buscar en Google a muerte *Has besado a tu enemigo y te ha gustado, ¿y ahora qué?* Pero cuando mis pulgares tocaron la pantalla, apareció el nombre de mi hermano.

¿Se estaba burlando el mundo de mí? No podía estar llamándome en serio ahora mismo, ¿verdad?

Su cara y su largo pelo rubio llenaron la pantalla, respondiendo a mi pregunta. Sí. Sí, podía estar llamándome en este preciso momento.

¿Sabía lo que habíamos hecho?

¿Le había contado Jackson de alguna manera sus intenciones antes de que esto sucediera?

Mis ojos se abrieron de par en par porque realmente lo pensé. ¿Y si tenía una cámara de vídeo por aquí? ¿Lo *vio*?

Oh, me moriría de vergüenza.

Haciendo una mueca, acepté la llamada, sabiendo que tendría que afrontar las consecuencias tarde o temprano, y no había mejor

momento que el presente.
—¿Hola? —Mi voz se quebró, y mantuve los ojos cerrados porque esperaba que Tanner estallara.
—Thea, hola —. Bueno, eso fue diferente de lo que esperaba. Tanner sonaba feliz. Relajado, incluso, y que estuviera tan tranquilo cuando se suponía que estaba de vacaciones con la familia de su novia era mucho decir—. ¿Vas a aceptar la invitación de FaceTime?
Quise reírme. ¿Cómo diablos podía aceptar la invitación de FaceTime sin delatar mi ubicación? Además, aquí estaba oscuro, así que dudaba que me viera de todos modos.
—No. Estoy a punto de meterme en la ducha —dije, sabiendo que era una respuesta suficiente para evitar que me hiciera demasiadas preguntas más.
—Vale. He estado intentando llamarte durante la última hora. ¿Dónde has estado?
—Eh... —Busqué en el armario, esperando que me ofreciera una coartada, ya que *besando a tu compañero de equipo* no sería una respuesta brillante—. Estaba por ahí con unas amigas.
—¿En serio? —dijo, sorprendido, y ¿podía culparlo? El tío me conocía de toda la vida, y aquí estaba yo, mintiendo como una bellaca porque sabía muy bien que no tenía amigos.
—Sí, conocí a algunas personas mientras tomaba un café.
—¿Ah, sí? —. Y por esto odiaba mentirle a Tanner. Era un cacho de pan. Siempre queriendo lo mejor para mí, pensando que tener amigos podría hacerme menos... combativa.
Quién iba a decir que todo lo que necesitaba era besar hasta la saciedad a Jackson para que eso sucediera. ¿Le importaría a Tanner? Lo dudaba. Jackson no era de nuestro pueblo, pero algo me impidió decírselo. Creo que se reducía al hecho de que realmente no sabía qué estábamos haciendo. ¿Cómo se suponía que se lo explicara a Tanner si no podía explicármelo a mí misma?
—Sí, solo un par de chicas, ya sabes —. Continué con la mentira porque era mejor que la verdad—. ¿Cómo va todo por ahí?
—Bien —dijo arrastrando las palabras, esa suavidad en su voz vacilando.

—No suena bien —afirmé. Mi hermano podía ocultar sus emociones a mucha gente, pero no a su hermana mayor. Lo conocía mejor que nadie, y algo más estaba pasando, solo que no sabía qué.
—Nada de lo que tengas que preocuparte.
—Siempre me preocupo. Soy tu melliza. Es lo que hacemos.
—Sí, supongo que sí.
—Vamos, Tan Tan. Cuéntamelo.
—Por favor, no me llames Tan Tan. Lo odio en mis mejores días, y este es, de lejos, uno de los peores.
—Bueno, no es genial oír eso.
—Aster encontró el anillo en mi bolsa.
Inhalé bruscamente. —¿El anillo? ¿Por qué te lo llevaste?
—¿Crees que me fío de alguno de vosotros lo suficiente como para dejarlo en el piso?
—¡Oye! Me ofende que digas eso.
—A mí no. Literalmente le prendiste fuego a tu hermandad porque dejaste las tenacillas puestas.
—La plancha del pelo.
—¿Qué?
—Fue la plancha del pelo, no las tenacillas.
—¿Crees que eso hace que suene mejor? ¿Y es esa tu forma de admitir finalmente que fuiste tú?
—No, pero no estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti. Así que, encontró el anillo, ¿qué pensó?
—Pensó que iba a pedirle matrimonio y básicamente me dijo que es demasiado joven y que no está lista para ese tipo de compromiso. Ambas cosas con las que estoy de acuerdo.
—¿Le explicaste por qué tenías una valiosa reliquia familiar contigo?
—No tuve la oportunidad. Su padre entró y luego ella se escabulló, cambiando de tema como si nunca hubiera pasado. No dormimos en la misma habitación, así que tampoco puedo preguntarle en privado. Ahora está haciendo todo lo posible para asegurarse de que no nos quedemos solos.
—Lo siento, T, pero, sinceramente, esto parece una cagada evitable. Entiendo por qué se asustó. Tienes que explicárselo.

—Lo intentaré —. Suspiró—. No estoy intentando atarla. La quiero, y siento que esto es solo una reacción exagerada, pero no sé qué hacer.
—Todo irá bien. No es *tan* grave —. Estaba mintiendo. Era un asunto enorme, pero señalárselo no nos haría ningún favor ni a mí ni a nosotros—. Cuando tengas un minuto a solas con Aster, explícaselo. Es una chica inteligente. Lo entenderá, y oye, al menos esto te ha dado una señal sobre su postura con todo el asunto del compromiso.
—No pensaba pedirle que se casara conmigo pronto.
—Ya, pero no ibas a esperar mucho, ¿verdad? —. Cuando me respondió un silencio, supe que había tocado una fibra sensible.
—Mira, estoy seguro de que estaréis bien. Defendiste a Aster durante todas las cosas malas que le pasaron el año pasado. Entrará en razón y te escuchará pronto. Todo lo que necesitas hacer es respirar. Concéntrate en lo que le vas a decir, y por qué.
—Vale, buen punto. Gracias, hermanita.
Con eso, colgamos, y luego me encontré de nuevo con la oscuridad de la habitación. No había nada aquí excepto mis pensamientos intrusivos.
Besé a Jackson.
Vale, el eufemismo del siglo. Me restregué contra la entrepierna de Jackson, y él me persiguió justo después. No tenía ni idea de cómo iba a manejar los próximos días, pero necesitaba prepararme para lo peor porque sin duda estaba jodida.

Capítulo 16

Thea

Despertarme fue como una pesadilla. Me dolía todo. La espalda. El cuello. La cabeza. Desde luego, no había sido una noche de sueño reparador. Me desperté aún a oscuras... Un momento. Di un codazo a la tela que tenía detrás y caí en la cuenta de que era una maleta y que seguía hecha un ovillo en mi armario.

Ni siquiera recordaba haberme quedado dormida. De una patada abrí la puerta y me agarré al marco para salir del armario, cayendo en mi dormitorio con un golpetazo.

Me sentía como si me hubiera atropellado un tren, y aún tenía los labios palpitando por lo de anoche. Me los mordí, intentando sustituir el recuerdo de los besos de Jackson por el dolor de esta mañana, pero nada conseguía borrarlo de mi cabeza. Caliente, embriagador y, me atrevería a decir, sexy. Ni con la claridad del sueño ni con el sol entrando en la habitación tenía ni idea de qué hacer con Jackson. ¿Cómo iba siquiera a salir de esta habitación sin que me viera? Después de anoche, necesitaba ducharme. Sin él.

—¿Qué hora es? —murmuré para mí misma, buscando por la habitación cualquier cosa que me lo dijera. Entonces recordé que había tirado el móvil al abismo de mi armario anoche y volví allí para encontrarlo. Después de apartar toda mi ropa, lo encontré en un rincón con su nombre ocupándolo todo en la pantalla.

5 mensajes sin leer de Baseball Cap

Baseball Cap: Estoy fuera. ¿Quieres hablar?

Baseball Cap: Vale, lo pillo, estás flipando con lo bueno que ha sido. Sinceramente, Pyro, esperaba grandeza de ti, pero no me esperaba eso.

Baseball Cap: ¿Vas a dejarme en visto?

Baseball Cap: ¿Qué haces ahí dentro? Hace rato que no te oigo moverte.

Baseball Cap: Igual tengo que tirar la puerta para averiguarlo.
Pues ese último mensaje se ha enviado a las once de anoche y mi puerta seguía intacta, así que parecía que Jackson había conseguido contenerse y no irrumpir en mi habitación. Fui descalza hasta la puerta y pegué la oreja contra ella, escuchando por si había algún ruido de Jackson. Sinceramente, la cabeza me martilleaba tan fuerte que podría haber atravesado un coche la pared y aun así me habría costado oír el golpe.
Necesitaba beber algo. No alcohol, quizá un zumo de naranja recién exprimido para despejarme, así que me lancé.
Al abrir la puerta, me quedé inmóvil... *¿Eso era bacon?*
Asomé la cabeza por la rendija, intentando ser discreta mientras miraba hacia la cocina. Se me hizo la boca agua; se me puso a latir el clítoris. Jackson estaba ahí fuera con nada más que un pantalón de chándal gris y la gorra del revés. ¿Sabía que todo eso me tocaba todas las teclas?
Estaba de espaldas a los fuegos, dándome tiempo de sobra para ver cómo se le movían los músculos de la espalda mientras cuidaba el bacon. Me hundí los dientes en el labio, esperando que eso saciara mis ganas de él.
No lo hizo. Lo único que consiguió fue recordarme lo bien que sabía anoche. Un deseo martilleante me atravesó porque, por algún motivo estúpido, mi cuerpo creía que Jackson podía darme algo que nadie me había dado jamás. Un orgasmo.
Y yo quería uno.
—Sé que estás ahí. —La voz grave de Jackson me sobresaltó y, cuando miró por encima del hombro, casi me meo encima. Pillada. Me habían pillado echándole un buen vistazo, así que intenté disimular.
—Acabo de levantarme —dije con mi habitual tono gruñón.
Se dio la vuelta y me dedicó una sonrisa relajada mientras se apoyaba en la encimera de la cocina.
—Bueno, entonces ven aquí y coge tu desayuno como una chica buena en lugar de hacer que te persiga, ¿eh?
Se le marcaron los pectorales y me costó horrores no mirar, así que le solté una pulla en su lugar. —Creo que te podrían arrestar por

exhibicionismo si fueras por ahí así.
—Sal, Pyro. —Su voz fue tan autoritaria que no tuve otra opción que obedecer. Salí arrastrando los pies de mi habitación hasta llegar a la encimera. Saqué un poco la cadera, me apoyé y crucé los brazos.
—Sabes, quizá deberías ponerte un delantal, no vaya a salpicarte la grasa por todo eso. —Y con todo eso me refería a esos abdominales de tableta que intentaba no mirar demasiado.
Seis, siete, ocho. ¿Cómo podía tener tantos abdominales a la vista si era tan... corpulento?
—Siéntate. —Señaló la encimera y, como antes, sentí que no tenía más opción que obedecer. Rodeé la barra y me subí a uno de los taburetes para verlo emplatar la comida.
Deslizó un plato hacia mí y solté un jadeo. Bacon, huevos, hash browns caseras; Jackson me había preparado un desayuno digno de una reina.
—¿No decías que no sabías cocinar?
—Eso es algo que le digo a la gente para que no me hagan cocinar. Ahora, come. —Otra orden firme que obedecí casi al instante. Cogí el tenedor, pinché un poco de huevo, me lo metí en la boca y mastiqué. Cerré los ojos y dejé que su deliciosa textura esponjosa se deshiciera en mi lengua.
Tan, tan buenos.
Cuando abrí los ojos, dejé de masticar porque Jackson me estaba mirando fijamente.
—Está riquísimo —dije, esperando que eso desviara la atención de los gemidos. Él siguió mirando, sus ojos rastreando mis facciones de un modo que me resultaba desconcertante—. ¿Todo bien, Baseball Cap?
—Tenemos que hablar.
Bebí un trago del zumo de naranja, que supuse que había dejado para mí, y tragué, tomándome mi tiempo para contestar.
—¿Ah, sí? —Mi vocecita aguda y chillona arruinó cualquier fachada de chica guay.
Jackson se rió por lo bajo, y era la primera vez que lo oía. Quiero decir, que lo escuchaba de verdad. Grave, profundo y tan, tan sexy. Todo en Jackson me estaba poniendo, y no sabía qué pensar de ello.

—Sí, creo que el que te frotaras en seco contra mi entrepierna merece una conversación, ¿no te parece?
Se me cayó la mandíbula. —Eh... creo que te equivocas. Yo no te estuve frotando. —Hice una mueca, sabiendo que era mentira, pero ¿qué se suponía que iba a decir? ¿Que besarlo me había volado la cabeza tanto que no sabía qué hacer conmigo misma?
Se inclinó sobre la barra para acercarse y dijo: —Creo que me gustas, Thea. Me estaba diciendo que solo me había pasado después de hablar con Britt y Matty. Sin embargo, cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que me has gustado desde hace mucho tiempo. Puede que desde que te conocí.
—Eeeestá bien... —Tomé otro bocado de mis huevos, sin querer decir nada, y la comida estaba deliciosa. Dejarla perderse sería un crimen.
Inclinó la cabeza, tomándome como si me desnudara con los ojos.
—No puedo dejar de pensar en ti.
Un escalofrío me recorrió la espalda.
—Incluso ahora mismo, lo único en lo que pienso es en cómo estarías sentada encima de esta encimera con las piernas bien abiertas y mi boca entre ellas.
—Vaya, pues qué pensamiento más poco oportuno —dije, masticando.
—Dime que no sientes lo mismo.
Oh, lo sentía igualito, desde luego, pero por lo visto yo era un poco mejor disimulando.
—Estoy bien —dije con la mayor indiferencia posible antes de darle otro bocado a los huevos.
—¿Por eso me besaste hasta dejarme sin sentido y te me restregaste ayer, entonces? Porque estás simplemente bien.
—¿Vas a seguir mencionando eso?
—Sí, porque cada vez que te veo siento que voy a estallar. ¿Sabías que anoche tuve que acabar yo solo en la ducha? Algo que se está convirtiendo en un hábito alarmantemente malo.
—Lo de anoche no significó nada.
—Entonces, ¿por qué gemías como si fueras a tener un orgasmo?

—¿Orgasmo? —acerté a decir entrecortada—. ¿Tú crees que estaba a punto de tener un orgasmo?
Casi podía sentir el calor ardiéndole en la mirada cuando dijo: —Sé que lo estabas, Pyro. Lo sentí. Se te tensó el cuerpo. Me clavaste los dedos en el cuello; apenas podías hablar.
Y entonces algo me frenó. La constatación de que lo que estábamos haciendo estaba mal. Yo le odiaba... ¿no?
Rodeó la barra y giró mi taburete para que quedara frente a él. Con las manos a ambos lados de la encimera, me cercó, mirándome con ojos impacientes. Intenté por todos los medios ignorar la descarga eléctrica que me corría por los huesos. Lo volvió imposible cuando avanzó, su torso empujando para que abriera las rodillas. Mi cuerpo obedeció, y él se colocó en el hueco, con la piel cálida y tentadora.
—Ahora, ¿vas a ser una chica buena y dejar que cumpla mi fantasía?
Arrugué la nariz, haciéndome la tonta. —¿Cuál era, otra vez?
—Tú sobre esta encimera mientras te como el coño.
Oh.
—¿Puedo desayunar primero? No quería negarme. Joder, nunca me habían lamido el coño y me gustaría saber cómo se siente, pero necesitaba prepararme mentalmente para eso. Aceptarlo mientras me estaba comiendo el mejor desayuno de mi vida sería un error.
Jackson se retiró y devolvió mi taburete a su posición anterior. Mis huevos me miraron como si hubiera perdido la cabeza, pero suspiré aliviada. Al menos me había dado algo de tiempo extra y podía acabar la comida. Un dos por uno.
Mientras me metía otro bocado, el aliento de Jackson me rozó el hombro.
—Termina tu desayuno, Pyro, para que yo pueda empezar el mío.
Mis masticaciones se ralentizaron y así se quedaron mientras intentaba averiguar qué hacer a continuación. ¿Quería que Jackson me hiciera eso? Sus besos eran alucinantes, y solo podía suponer que ahí abajo se sentirían igual de bien, ¿pero en la encimera de la cocina? Eso desbloquearía un nuevo nivel de morbo para mí, y no estaba segura de estar preparada.
Lo de anoche fue solo un beso. Esto era muchísimo más y, si ya estaba intentando evitar hablarlo con él ahora, las cosas solo

empeorarían si le dejaba comerme el coño.
Todo aquello era demasiado ridículo. Miré el móvil. —Oh, ¿sabes qué? Llego tarde a clase. Tengo que prepararme. —Pasé a toda prisa a su lado.
—Claro. ¿Quieres ayuda? —Sonrió de medio lado cuando lo miré—. En la ducha. Puede que tengas zonas de difícil acceso.
Dios. Mío.
Había ido demasiado lejos. Un inocente juego de Yo nunca había convertido a Jackson en un demonio, y no sabía qué me parecía eso.
—Llevo duchándome sola al menos quince años, creo que me apaño.
Se encogió de hombros. —Solo es una oferta.
—Gracias —dije en un hilillo de voz, de pie junto a mi puerta.
—Me voy —dijo. Lo oí moverse a mi espalda, pero me daba demasiado miedo girarme para mirar—. Supongo que podemos retomar donde lo dejamos esta noche.
—¿Retomar donde lo dejamos? —No pude ocultar la evidente vacilación de mi voz. ¡¿Qué le había pasado a Jackson?!
—Sí. No comer esta mañana significa que luego tendré más hambre.
Tragué saliva y aparté la mirada de inmediato.
—Puede que tarde —murmuré, intentando que no se notara que sus palabras me habían recorrido de arriba abajo.
Soltó una risita grave y sentí su imponente presencia detrás. —Está bien. Soy paciente.
—Podría ser toda la noche.
—No pasa nada. Estaré aquí mañana.
—Puede que yo...
—Puedes correr todo lo que quieras, Pyro. ¿Se te olvida que estoy acostumbrado a perseguir gente en el campo y que siempre doy caza a mi objetivo?
Joder.
Me metí corriendo en mi habitación y cerré la puerta.
Las cosas con Jackson estaban a punto de ponerse muy serias, y no estaba segura de cómo sentirme al respecto.

Capítulo 17

Jackson

—¿Está todo bien? —preguntó Matty al verme en el banco. Una vena estaba a punto de estallarme en el cuello mientras empujaba el peso más pesado que había levantado en mi vida. Me temblaban los brazos, tenía la cara encendida, pero me daba igual porque la presión creciente en la cabeza me estaba distrayendo de todo lo demás.

—Estoy bien —gruñí entre dientes. Levantaría ese maldito peso aunque fuera lo último que hiciera.

Matty soltó una risita antes de agarrar la barra con las manos. —Sí, ¿sabes qué? Creo que ya hemos tenido suficiente de eso. —Me quitó el peso a la fuerza y lo colocó en el soporte.

Le lancé una mirada molesta y puse los ojos en blanco.

—Tío, ¿de verdad crees que te voy a dejar matarte? Soy el que te cubre.

—Debería haber llamado a Aiden —murmuré, aunque no había visto a ese idiota desde que nos echó de su casa—. No puedo culparle. Si yo tuviera a Lyss siempre a mano, probablemente haría lo mismo. Pero luego lo pensé en vez de limitarme a soltar gilipolleces en mi cabeza. *¿Lo haría?* Lyss era una chica maja, pero no era para mí. Igual que Britt, no era mi tipo. Thea sí lo era.

Cogí la toalla del suelo y me sequé la cara empapada de sudor, frotando hasta hacerme daño. La presión en la cabeza iba en aumento, y quería pensar en cualquier cosa que no fuera Thea al menos durante un minuto.

—Sabes que Aiden habría dejado que el peso te cayera en la cara.

—Exacto. Ese psicópata necesita ir a la cárcel. Qué forma perfecta de pillarle.

Matty soltó una carcajada. —Sabes de sobra que el papi de Aiden no dejaría que pasara. De algún modo, tu muerte sería culpa tuya y tus

padres estarían pagando una indemnización a los suyos el resto de su vida.
—Buen punto. No quiero volver a oírle quejarse de su padre.
Me puse en pie, solté el aire y sacudí los brazos mientras botaba sobre los pies. ¿Por qué no se iban los pensamientos?
—¿Estás preocupado por el draft?
Me giré y fulminé con la mirada a mi amigo melenudo. —¿Te refieres a ese al que no me voy a presentar porque tengo que repetir tercero? —Las palabras sonaron amargas, pero no lo estaba. No tenía intención de ganarme la vida a base de que me dieran en la cabeza. Mis ambiciones eran otras, y ni siquiera un hacker experto lo entendería. Al menos, eso es lo que diría para sentirme mejor por no tener potencial de draft. Era, como mucho, un jugador mediocre, y estar con Tanner solo subrayaba ese hecho.
—Ah, sí. Se me había olvidado.
—Sí, así que mientras tú sigas a Britt por ahí y ella haga carrera como una de las mejores locutoras deportivas que se hayan visto, yo seguiré aquí. Con Thea.
—No suenes tan contento por ello —dijo Matty, sentándose a mi lado en el banco mientras bebía de su botella de agua.
—¿Cómo voy a estar contento si me está volviendo loco?
—¿Qué está haciendo esta vez? —me escrutó, esperando una respuesta, que me resultaba cada vez más difícil articular.
—Todo. Nada. No lo sé. Simplemente está ahí. —Levanté las manos delante de mí, intentando trasladarle el caos de mi cerebro. No lo pillaba. Esa alianza dorada en su dedo se burlaba de mí y de mi incapacidad para conseguir a la chica que quería.
—Ya, eso tiene sentido.
—Pues no. Me besó anoche.
—Espera, ¿por voluntad propia?
Giré la cabeza hacia él. —Sí, por voluntad propia. ¿Quién te crees que soy?
—Bueno, no sé. La última vez que supe algo, quería freírte los huevos o algo así. No pensé que fuerais a llegar a los besos en breve. —Levantó la vista y se echó a reír—. Supongo que Britt ganó la apuesta.

—Britt no ha ganado nada. Thea y yo no estamos acostándonos. Se equivocó.
—Vale, la besaste, ¿y luego?
—Me besó ella —le corregí—. Y justo cuando pensé que íbamos a pasar a lo bueno, salió corriendo de la habitación y no salió hasta esta mañana. Tenía el pelo hecho un desastre, parecía agotada, así que supongo que no durmió mucho anoche.
—¿La besaste esta mañana?
—Se lo ofrecí. —Lo dejé ahí, porque explicar *dónde* le había ofrecido besarla podría haberme valido un collejón. No estaba acostumbrado a cortejar chicas, y mis actos con Thea solo lo demostraban.
—¿Y no aceptó?
—No exactamente. Me pidió si podía terminar primero el desayuno que le había preparado y luego dijo que llegaba tarde a clase.
—¿Le preparaste el desayuno? ¿Fue algo más que tostadas?
—Para que lo sepas, eran huevos, bacon y hash browns.
—Vaya.
—No pongas esa cara de sorpresa.
—Eh, lo siento, pero tengo derecho a sorprenderme. No pensaba que supieras cocinar.
—Puede que eso fuera algo que le dije a todo el mundo para no tener que hacerlo.
Se rió. —Tío... lo tuyo es grave.
—No, qué va. —Sí lo estaba. Solo que no quería que Matty tuviera razón.
—¿Quieres mi consejo?
—Tengo la sensación de que me lo vas a dar aunque te diga que no.
Me dio una palmada en el hombro, haciéndome inclinar hacia delante. Dolió, pero no se lo dejé ver en la cara.
—Estás yendo demasiado fuerte.
—Qué irónico viniendo del perrito faldero de Britt.
Aunque la sonrisa de Matty se borró, no dejó de continuar. —Y por eso puedo darte este consejo. Estás demasiado ansioso. Demasiado desesperado. Necesitas respirar y de verdad intentar relajarte y pensar desde la perspectiva de Thea. Sí, llevas unos días pensando en ella sin parar. Pero antes de eso, la estabas machacando.

—Nunca la he machacado. Solo tenemos pique.
—Llámalo como quieras. Has sido el nómada del grupo desde que llegaste. Siempre llegas solo a las fiestas y nunca te vas con las manos vacías. No creo que nadie esperara que encontraras a alguien capaz de mantener tu atención más de unos segundos. El hecho de que, de repente, sea la hermana de tu mejor amigo suena un poco sospechoso.
Aunque estaba siendo delicado con su acusación, me ofendí igual. —Thea no es una fase pasajera. Está ahí, en primera fila. No me la saco de la cabeza, y créeme, lo he intentado.
Matty me dedicó una sonrisa incómoda. —¿Ah, sí? ¿Hablaste con ella sobre Grace?
—Sí. Sabe que lo de Grace fue un error. Uno que asumí y por el que he estado intentando disculparme. No la besé ni me acosté con ella. Thea es la única persona que quiero.
—Entendido, pero mi punto sigue en pie. Tienes que dejar que Thea se acostumbre poco a poco a la idea de que quizá salgáis, en vez de montarle la pierna hasta que se rinda.
—Yo no era el que estaba montando la pierna.
—No quiero saber qué quieres decir con eso. Escucha de una vez en tu vida. Deja de perseguirla. Espera a que sea ella quien venga a ti.
Espera a que sea ella... Asentí. —Vale. Puedo hacerlo.
Esta noche, cuando estuviéramos los dos en casa, aguantaría.



Qué polla más idiota. Se me puso dura en cuanto abrí la puerta del piso. Aunque no era del todo culpa suya. Thea estaba sentada en el sofá, en el mismo sitio en el que anoche se me subió encima y luego se restregó en seco contra mí.
Ve despacio con Thea con la idea de salir contigo. No le montes la pierna como un perro.

Las palabras de Matty resonaron en mi cabeza al cerrar la puerta. Podía hacerme el tranquilo. No *tenía* por qué entrar corriendo en la habitación y besarla.
Llevaba el pelo recogido en un moño y yo iba perdiendo rápido la determinación. Claro, para Matty era fácil decir esas cosas. Britt estaba enamorada de él desde el día que lo conoció. Yo lidiaba con una chica que prefería insultarme a besarme.
No levantó la vista de su libro, demasiado absorta como para preocuparse de lo que estaba haciendo. Me puse la gorra al revés, esperando que surtiera el mismo efecto que esta mañana. Se lo vi en los ojos. Por dentro, estaba luchando contra ello, y no iba a ponérselo fácil para que me ignorara. Ya no.
Cuando avancé más dentro del salón, por fin alzó la mirada; su vista me recorrió, y me sentí orgulloso de mí mismo. Con una camiseta blanca ceñida, un pantalón de chándal gris y la gorra hacia atrás, era un cebo andante. Al menos eso era lo que llevaba Liam en todas esas publicaciones a las que Thea se refirió anoche. Seguía cabreado con que lo describiera así.
—Jackson. H-hola. —Susurrante. Esperanzada. Caliente. Sonaba a todo eso, y yo hice lo posible por no parecer engreído al respecto.
—¿Qué tal? —pregunté, pasando junto a ella con seguridad. Sentí su mirada en mí todo el tiempo. Cuando eché una ojeada de reojo, se me escapó una gotita en los calzoncillos porque, joder, estaba jodidamente buena.
Emitió unos cuantos sonidos entrecortados, las palabras atascadas en la garganta. Prefería que se atragantara con mi polla, pero entendía que eso se consideraría ir un poco deprisa, así que no me lancé.
Deja que venga a ti.
Jamás pensé que Matty se convertiría en mi Yoda interior, y sin embargo, ahí estaba.
—Bien. —Menos mal que se decidió por una respuesta—. ¿Y tú qué tal?
Deslicé la mano por la encimera de mármol, recordando lo cerca que estuve de comerle el coño anoche. Esta misma mañana también pensé que había posibilidades. Si simplemente lo hacía, quizá la

aflojaría lo suficiente como para que me hablara. Y además me quitaría el hambre. Un dos por uno.
—Yo también estoy bien. Acabo de terminar de entrenar. —Apoyado en la encimera, me mordí el labio inferior. Sí, vale, sutil no estaba siendo, y cualquiera que me viera me habría dado un collejón. Por suerte, no había nadie.
—Qué bien —chilló, y me dieron ganas de reírme de la de veces que habíamos dicho la palabra «bien» en esta conversación. Nosotros éramos solo bien. Podría garantizarle un rato fantástico si me dejara.
—¿Qué has hecho hoy? —Esta era la conversación más civilizada que había tenido con ella, y por eso, estaba orgulloso. Sobre todo si se consideraba que la única pregunta que tenía para ella era «*¿Puedo comerte el coño ya*?»
—Yo, eh, he comido.
—¿Con Britt?
—No. He comido sola.
—¿Por qué? —Llevaba una sudadera gruesa de Covey U, pero esconder su cuerpo delicioso no iba a disuadirme.
—Podías haberme llamado. Sigo muerto de hambre. —Ignoró mi insinuación escandalosamente obvia.
—Estoy bien.
—¿No podías haberles escrito a algunos de tus amigos?
Gimió. —¿De verdad estás intentando hacer que me sienta mal ahora?
—¿Qué he dicho? —Alcé las manos.
—Sabes que no tengo amigos aquí, y que me lo recuerden me hace sentir patética.
—Tienes amigos.
Me dirigió una mirada lastimera. —Tengo a Aster y a Britt. Dos personas a las que quiero, pero no estoy segura de que se molestarían conmigo si no fuera la hermana de Tanner. —No me dio tiempo a refutarlo—. La hermandad no me habla desde que piensan que soy la principal razón por la que están reconstruyendo su casa, y Grace es su nueva líder.
Joder. La cagué bien con lo de Grace, ¿verdad?
—Los compañeros de Tanner solo me hablan porque tienen que.

—No es verdad. Prefiero hablar contigo que con tu hermano cualquier día.
Hizo un gesto con la mano, hundiéndose más en el sofá y demostrando una gran habilidad para ignorar cada cumplido que le lanzaba.
—Da igual. Ya estoy acostumbrada a ser una solitaria. Lo mejor de no tener amigos es que no puedes decepcionar a nadie y nadie puede decepcionarte.
Qué declaración más triste para una chica que era el único foco de atención de cualquier habitación en la que entrara.
—¿Y amigos de tu ciudad? ¿Tienes de esos?
Negó con la cabeza, dejando el libro sobre el cojín. —Nop. Eh, parece que tengo la costumbre de convertirme en la paria del instituto.
—¿Es el incidente del que tú y Tanner siempre habláis?
—No es exactamente un incidente. Me detuvieron.
—¿Te detuvieron? —Aquello me sorprendió y no a la vez.
—Sí. Nadie quiere ser amiga de la chica a la que están investigando.
Alcé la mano. —Me ofrezco voluntario. Eres la puta ama.
Me regaló una pequeña sonrisa mientras la devoraba con la mirada. Si antes no quería follármela hasta dejarla sin sentido, ahora desde luego que sí.
—No dirías eso si supieras lo que pasó.
—¿Qué hiciste? ¿Cortarle la polla a un tío? —lo sopesé—. Qué va. Si hubieras hecho eso, no hay manera de que Tanner fuera tan sobreprotector.
Hizo un gesto con la mano en mi dirección. —Fue un malentendido con uno de los chicos de mi clase.
—Yo tengo muchos malentendidos con la gente. Ninguno acaba en una detención. Joder, ojalá. ¿Cómo es por dentro una celda?
—Fría, húmeda y solitaria.
Uf. Se me vinieron a la cabeza imágenes de Thea agarrada a los barrotes mientras me la follaba por detrás, y tuve que evitar agarrarme la polla delante de ella. Era tan involuntariamente sexy que frustraba.
—¿Cuánto tiempo estuviste encerrada?

—Solo un día.
Un día. Se me ocurrían una barbaridad de cosas que hacer en esa celda durante un día si me dieran la oportunidad de acompañarla.
—Venga. Cuéntamelo. ¿Qué hiciste?
Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. —De verdad no quiero contártelo.
—¿Por qué no?
—Me mirarás de otra manera.
—¿Eso es tu manera de decirme que quieres que siga mirándote así?
—Me tomé la libertad y la volví a recorrer con la mirada sin pudor—. Lo que daría por ser ese sofá ahora mismo.
Puso los ojos en blanco, la primera vez que reconocía alguna de mis preguntas. Al menos eso confirmaba que no me lo estaba imaginando.
—Igual si me lo cuentas, dejo de pensar en a qué sabrá tu coño.
—¡Jackson!
—¡Thea!
—Eso no puedes decirlo.
Miró alrededor como si hubiera gente en las paredes escuchando nuestra conversación. Por muy aburridas que me parezcan unas vacaciones con Aster y Tanner, no creía que se pasaran el tiempo escondidos entre las paredes para oír las conversaciones de Thea y mías.
—¿Por qué no? Solo tú y yo —dije para enfatizarlo—. Si no me cuentas lo que hiciste, tendré que pensar en distintas maneras de sacártelo.
—¿Sacármelo? —repitió, y luego se estremeció. No pude esconder la sonrisa con eso—. Vale. Le rompí el brazo a un tío, ¿de acuerdo? Querías la verdad, pues ahí la tienes, con todas las letras. Yo seguía mirándola, y lo único que pude hacer fue sonreír porque estaba tan alterada con la respuesta…, pero no sabía que ahora la tenía palpitándome de la excitación.
—He tenido razón todo el tiempo. Eres la puta ama, ¿lo sabías?
—No, no lo soy. Simplemente no tolero una agresión sexual.
Bueno, esa confesión cambió el ambiente. ¿Cambió la forma en que la miraba? Desde luego, pero no por la razón que ella creía. Ahora lo

entendía. El motivo por el que Tanner era tan protector con su hermana. Lo único que quería era saber el nombre del tipo, encontrarlo y romperle cada una de las extremidades por creer que podía tocarla.
—Era un idiota. Les dijo a los polis que iba borracho perdido y que yo lo ataqué de la nada —rió con amargura—. Fue él quien me metió a rastras en un dormitorio y trató de meterme la mano bajo la falda. Yo no estaba por la labor, así que se activó mi entrenamiento en defensa personal y le retorcí el brazo hasta oír un crac.
Se estremeció al recordarlo, y a mí me bombeaba la adrenalina.—Es de las cosas más sexis que he oído en mi vida.
—No lo es. Créeme. Si alguien intenta decirte que pasar la noche en la cárcel del condado es sexi, se equivoca. Huele fatal y los colchones son finos como una oblea.
—Si buscas una cama más cómoda, te sugiero la mía.
—Ese delito menor es parte de la razón por la que al principio no pude entrar en Covey U —alzó la vista y negó con la cabeza de una forma monísima—. Bueno, eso y mis notas. Las notas eran fáciles de mejorar, pero pasé nueve meses intentando que lo borraran de mi historial. La agresión sexual es difícil de probar, sobre todo cuando la puerta está cerrada con llave y todos piensan que yo lo quería. Al final fue su palabra contra la mía.
Estaba enfadado por ella y cabreado porque el sistema le había fallado.
—¿No hizo Tanner algo?
—Claro que sí —se mordió el labio inferior, con las mejillas enrojecidas—. Amenazó con reventarlo a hostias. Su entrenador le dijo que si se vengaba, lo expulsarían.
—¿Estás de broma?
Negó con la cabeza.—Le dije que lo dejara estar, pero aun así amenazó de palabra al tipo. Después los separaron en clases para evitar otro incidente. Y un día, el tío se fue antes de clase y nos dijeron que se cambió de instituto por acoso.
—¿A *él*?
—Oh, sí. Le encantaba. Todo el mundo dándole pena con su escayola de camuflaje.

—¿Así que por eso no tienes amigos en tu ciudad?
—Sí. Es horrible cuando te das cuenta de que tus amigos no te creen.
—¿Cómo pudieron no hacerlo? Me parece de locos.
Juntó los labios y dejó escapar un pequeño murmullo.—¿Sí? No es tan loco pensar que soy la hermana ansiosa por llamar la atención que quería hacerse la víctima.
—Eres cualquier cosa menos una víctima.
—Tienes razón. Que les den a todos. Me dejé la piel y mira dónde estoy ahora.
—Justo donde debes estar.
Conmigo.
—¿Llegaste a conseguir que lo borraran de tu historial?
—No.
—Entonces, ¿cómo entraste en Covey U?
Apretó los labios y soltó el aire.—Hicimos algo de lo que no estábamos orgullosos.
—¿Nosotros?
—Tanner. Dijo que una de las condiciones para aceptar una plaza aquí era que yo me uniera a él. Mientras subiera mis notas, cumpliría el requisito de entrada.
—¿Tanner *chantajeó* a Covey U? No podía creerlo. El chico de oro de la universidad quizá no era tan dorado, después de todo.
Se encogió de hombros.—No exactamente. Nuestros padres lo llamaron negociaciones, y funcionó. No me enorgullece tener que ir a rebufo de mi hermano, que es mucho más talentoso, pero necesitaba salir de ese sitio.
—Normal.
—Así que lo hicimos.
Se le cayó la mirada a las manos y noté una tensión rara en la habitación. Sabía lo que estaba pensando sin que me lo dijera. Vergüenza. Por eso nadie sabía lo del incidente. Una vez más, sentía que no encajaba aquí, y todos estos capullos que no le hablaban se lo estaban confirmando.
Bueno, no podía estar más equivocada. Acababa de abrirse conmigo y contarme algo que nadie más sabía, y yo tenía que mostrarle lo

que eso significaba. La quería más cerca. Necesitaba que supiera que tenía un amigo en mí… si lo quería.
—Ven aquí —la llamé con un gesto del dedo, y tras vacilar un poco, se acercó despacio hacia mí. ¿Por qué me gustaba tanto el poquito de control que tenía sobre ella?
Tenía los ojos pegados a los míos mientras acortaba la distancia entre nosotros. Cuando estuvo junto a la encimera, me giré para encararla.
—Thea —dije, frente a frente, con los pies pegados a los suyos mientras me la comía con los ojos. Era bajita pero con curvas en todos los sitios adecuados; aunque su estúpida sudadera lo tapaba —. Eres increíble.
Negó con la cabeza y me empujó con suavidad.—No, no lo soy.
Volví a mi sitio.—Sí, lo eres. No solo chantajeaste a una institución y saliste impune, sino que además le rompiste el brazo a un tío. Es, de lejos, lo más sexi que he oído salir de la boca de una mujer.
Hablando de bocas, llevaba hoy un pintalabios rojo intenso y parecía poderosa de cojones. Cómo ansiaba que me dominara.
—¿Qué te pasa? Parece que estás intentando endulzarme el oído.
—Y parece que estás dispuesta a contarme todos tus secretos solo para que deje de preguntarte por lo de anoche.
Aspiró con brusquedad.—Estás diciendo tonterías.
Negué con la cabeza, di un paso adelante y medí su reacción al hacerlo.—Solo te digo la verdad. Te deseo, y creo que tú también me deseas.
—¿Qué te hace pensar eso? —se inclinó hacia mí.
—Un montón de cosas. Primero, no estás escondida en tu cuarto con la puerta cerrada. Segundo, me has contado un secreto que llevas guardando desde que llegaste. Tercero, lo probé anoche cuando me besaste.
Se le fue la mirada a mis labios y ojalá pudiera averiguar qué estaba pensando. No lo haría. No la empujaría hasta que me lo pidiera.
—¿De verdad crees que lo sabes todo sobre mí, no?
Se iba acercando tan despacio que, si no hubiera estado concentrado en cada uno de sus movimientos, probablemente no me habría dado cuenta.

—Ahora sí, Pyro. La única pregunta es: ¿vas a tomarte un tiempo para conocerme?
Inspiró en seco, alzando la barbilla. Estábamos lo bastante cerca como para que yo le acariciara la mejilla y la besara como anoche. No iba a hacerlo. Matty tenía razón.
Que venga a mí ...
Sin aviso, me rodeó el cuello con el brazo y me atrajo para besarme.
Bueno, eso ha sido fácil.
Castigador y frenético, su beso me pilló desprevenido. Anoche había sido tan tímida, y solo cuando sus caderas empezaron a mecerse me di cuenta de que estaba metida en ello. Esta noche era diferente. Esta noche estaba dejando claro algo. Me estaba enseñando quién mandaba. Como si no lo supiera ya. Sus manos me recorrieron el pelo, tirando de los mechones. Me encantaba. El fuego entre nosotros, la energía eléctrica. Era demencial. Era frenético. Éramos nosotros.
Agarándola por las caderas, la subí a la encimera y me aparté lo justo para lanzarle una mirada interrogante. Sabía lo que quería hacer, pero tenía que esperar a que ella quisiera.
—¿Por qué te has parado? —tenía los labios rojos e hinchados, los ojos oscuros. Deslicé los dedos por los bóxers de seda que llevaba, jugueteando con el borde.
—Porque me muero de hambre —el cuerpo me ardía de ganas mientras los dedos cosquilleaban los bordes de los bóxers. Lo único que me mantenía apartado de ella.
Thea se quitó la sudadera por la cabeza, dejando a la vista una camiseta de tirantes finita que apenas le cubría los pechos. El pecho le subía y bajaba mientras me veía devorarla con la mirada.
Todo.
Lo quería todo de ella. Poseer y conocer hasta el último pedacito de ella.
Sacó pecho, pero mis manos no se apartaron de sus shorts. Solo había un sitio al que quería ir.
—¿Entonces a qué esperas? —preguntó en voz baja—. Cómemela.
¡Sí! Matty tenía razón. Esperar a que viniera a mí —literalmente— fue la mejor idea que había tenido en su vida, incluida la de casarse

con Britt. Ese cabrón sabía lo que hacía.
Me temblaban las manos mientras le quitaba los shorts, y ella contoneó las caderas para ayudar a sacárselos. Tras lanzarlos al otro lado de la habitación, le abrí las piernas y apoyé el cuerpo entre sus muslos perfectos y calientes.
—¿Esto está bien? —pregunté, queriendo ir con cuidado, no solo porque Matty me lo dijo, sino porque antes alguien le había quitado su derecho a elegir. Yo no iba a hacerlo. Cuando asintió, apoyé la mano en su muslo—. ¿Y esto? ¿También está bien?
—Mi consentimiento para comerme el coño lo tenías desde que me has subido a esta encimera, Jackson —su voz era tan sosa para las palabras incendiarias que decía.
No perdí el tiempo en aplanar las palmas contra sus muslos y abrirla un poco más. Para mi desazón, aún llevaba unas bragas rosas. Pensé que había eliminado todas las barreras cuando le quité esos shorts. Me humedecí los labios antes de mirarla: Thea tenía esa mirada enloquecida, como de borracha, en los ojos.
Oh, me encantaba esto. Me deseaba.
—¿Estás mojada por mí, Pyro?
—¿Por qué no dejas de parlotear y lo compruebas? —sus órdenes me ponían más duro que el mármol en el que estaba sentada. Puede que me encantara que me controlara.
Deslicé las manos por sus muslos hasta que el pulgar rozó el borde de sus bragas. Tan cerca de su clítoris y aún sin tocarla. Dio un respingo cuando moví el pulgar; sus caderas se menearon hacia mi mano, rogando que la tocara.
Apartando a un lado la tela húmeda, recorrí con el pulgar la hendidura de su coñito apretado, embobado por lo bonita que estaba ofreciéndose para mí.—Joder. Eres perfecta. ¿Te lo he dicho ya?
Se le cortó la respiración cuando se impulsó hacia delante, hundiéndose mi pulgar dentro de ella. Tan apretada. Pensamientos de estar yo dentro me cruzaron la mente, haciéndome palpitar. Quería apretarla y hacerme una paja mientras se la comía, pero esta era la única oportunidad que ella me iba a ofrecer y tenía que aprovecharla.

Empujándole el pulgar hasta el fondo, caí de rodillas y posé un beso suave en su clítoris hinchado. Las piernas le temblaron al cerrar los ojos, y fruncí el ceño. Quería que me mirara, que supiera que era yo quien la estaba dando placer.
Sin avisar, me aparté, dejándola abierta y lista.
Abrió los ojos, la sorpresa iluminándole la cara preciosa.—Mira, o paro —ordené. A ella le podía gustar dar órdenes, pero a mí también.
Se mordió el labio inferior y asintió. Avancé, y arrastré la lengua desde el culo hasta el clítoris, rodeando aquel botoncito de nervios mientras metía un dedo dentro.—No has perdido el tiempo —gruñó, mirando cada latigazo de mi lengua, y joder si esa visión me puso.
—Solo atiendo a las sugerencias —repliqué, con el aliento abanicándole el coño mientras movía el dedo en su interior. Me enredó las manos en el pelo, guiándome de nuevo a su sitio. Sus caderas se mecieron contra mi boca mientras yo le azotaba el clítoris con la lengua, lamiendo en una dirección y luego cambiando.
Se fue acercando poco a poco al borde de la encimera. Para que una caída no pusiera fin al mejor banquete de mi vida, le coloqué las piernas sobre mis hombros y la arrastré hacia mí. Coño. Tenía la cara enterrada en el coño de Thea, y no creía que hubiera otro lugar en la vida en el que quisiera estar.
Alcé la mirada y la encajé con la suya.
Buena chica. Me alegró ver que seguía obedeciendo. No me contuve y devoré su coño. Le lamí el clítoris tan rápido que se le cortó el aliento, y su centro se volvió tan resbaladizo que pude añadir otro dedo con facilidad.
—Joder —soltó con un gemido torturado, áspero, y sonreí contra su carne ardiente. Tenía las mejillas encendidas, las pestañas pesadas.
—¿Te gusta ver cómo mis dedos te follan, Pyro? —no perdí el tiempo en sacar la lengua y volver a saborearla. Ella jadeó, y sus manos me arañaron los hombros, desesperada por controlar esto.
Pero yo no la dejé.
Le círculé el clítoris con la lengua, probando su esencia y dándome un festín. Qué rico. Sabía mejor que cualquier cosa que hubiera probado antes.

Su respiración se volvió errática, y no la dejé recuperar el aire antes de añadir otro dedo.
Con movimientos rápidos y precisos, seguí dejando que la lengua trabajara su clítoris. Lo único que quería volver a ver era cómo se deshacía. Lo de ayer fue mágico, y el hecho de que no hubiera venido corriendo a pedir más me hizo darme cuenta de que tenía que mostrarle que no podía vivir sin mí, sin esto, nunca más.
Sus caderas cabalgaron mi mano, y los dedos se me hincaron en los hombros. Fue un dolor agudo, pero lo aceptaría si significaba que volvería a besarme.
Los gritos de Thea se hicieron un poco más altos, y, por la vibración en sus piernas, estaba conteniéndose. No era lo que quería que hiciera. Al fin y al cabo, estábamos solos en el piso.
—Podría comerte todo el día —le dije contra el coño, y mi aliento caliente sobre su carne sensible bastó para hacerla correrse.
Sus caderas se movieron más rápido y su coño se apretó alrededor de mis dedos. Poco a poco, fui lamiéndole el clítoris, dejándola bajar del subidón.
Con las manos abiertas sobre la encimera, me miró como si yo fuera un lobo a punto de abalanzarse. ¿No veía que acababa de darme el festín? Estaba saciado… por ahora.
—Gracias por eso, Pyro. Tú avísame si quieres más.
Me costó todo alejarme de ella y meterme en mi cuarto, pero las palabras de Matty me recordaron que estaba haciendo lo correcto.
Deja que venga a ti.
Me encontraría, y yo estaría aquí esperándolo.

Capítulo 18

Thea

—Qué co… —Salió de la habitación con una sonrisa de suficiencia en la cara. ¿Adónde demonios se creía que iba? Cuando la puerta se cerró, me la quedé mirando, confusa. Mi respiración agitada llenaba el aire mientras la ira recorría mis venas, llevándose el placer de antes.

No iba a salir, ¿verdad? Iba a dejarme aquí fuera, consumiéndome en una mezcla de excitación y confusión. Típico de Jackson. Presumir, provocarme y luego dejarme.

Bueno, esta vez no se iba a salir con la suya.

Gruñendo, cerré las piernas de golpe, me dirigí directamente a su puerta y casi me dejo sin sentido al chocar contra la madera. Me había dejado fuera.

—Hijo de… —murmuré—. ¿Qué coño ha sido eso, Jackson? —grité a través de la puerta, ya que se estaba tomando su tiempo para responder.

Mis ojos bajaron al pomo cuando oí que giraba. Lenta, muy lentamente, abrió la puerta, dedicándome esa sonrisa perezosa.

Enarqué una ceja, fulminándolo con la mirada.

—Ah, hola, Pyro. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Hice una pausa, esperando a que dijera algo inteligente, pero como de costumbre en Jackson, no pudo decir ni una maldita cosa—. ¿En serio?

—Pareces estresada, P. —Su mano se deslizó hasta la parte superior de la puerta y se alzó sobre mí, provocando todo tipo de cosas en mi interior. Estaba intentando dejar clara mi postura, pero parecía que eso se estaba yendo al traste.

—Ah, me pregunto por qué —dije, fulminándolo con la mirada.

—Yo también. Debería haber sabido que un orgasmo nunca sería suficiente para saciarte. El fuego necesita leña constante para seguir

ardiendo.
Me encogí e hice una arcada. —¿Puedes parar, por favor? —¿Cómo podía un solo hombre excitarme *y* deprimirme al mismo tiempo?
—Eres tú la que ha venido a mi puerta, P. Yo solo estoy aquí jugando. ¿Hay algo que quieras?
¿Que si hay algo que quiero? Quería retorcerle el cuello y ver cómo se le ponía la cara morada. Luego quería soltarlo, darle un momento para respirar antes de robarle el oxígeno con un beso.
¿En qué demonios estoy pensando?
Di un paso atrás, sorprendida cuando Jackson me siguió. —¿Pyro? ¿Está todo bien? —Tenía el ceño fruncido, así que al menos no tenía que ver esa estúpida sonrisita suya, aunque en mi estómago había un anhelo por volver a verla. Preferiblemente mientras sus dedos estuvieran dentro de mí.
—Todo está bien.
—Entonces, ¿por qué tienes la cara verde?
—¿La tengo? —Miré por encima de él hacia su dormitorio, viendo un montón de ropa desordenada en el suelo y la luz azul de las pantallas de su ordenador—. Creo que necesito tumbarme —dije mientras el estómago empezaba a revolvérseme.
Él asintió. —De acuerdo. —Abrió más la puerta, una invitación que no estaba segura de si aceptaría o debería aceptar. Sentía los pies como si estuvieran pegados al suelo con cemento mientras Jackson se giraba y caminaba directamente hacia su cama.
Espera, ¿por qué estoy andando?
Al observar su habitación, casi me choco con él. Desordenada, oscura, pero sorprendentemente olía bien.
—¿Sábanas azul marino? —dije, inspeccionándolas con el labio curvado como si me ofendieran. En cierto modo lo hacían.
—¿Sí? —Se sentó en su cama, rebotando en el colchón como si eso fuera a incitarme a hacer lo mismo.
Contuve una carcajada y se me escapó un gruñido.
—¿Pasa algo? —preguntó, acariciando el sitio a su lado.
—Eh, nada. —Sacudí la cabeza, esperando que me ayudara a aclarar mis ideas—. No sé, el azul marino me parece demasiado sofisticado para alguien como tú.

—¿Qué color esperabas?
Levanté la mano, sintiendo que la conversación era inútil. ¿Qué diablos estábamos haciendo? Hablando del color de sus sábanas justo después de que me comiera el coño. Sí, eso era normal.
—No sé. Amarillo plátano.
Su sonrisa se ensanchó mientras se inclinaba, sus manos encontrando mis caderas con un agarre firme. Bajé la mirada a esa conexión, sobresaltada pero sin querer detenerlo. El calor de su contacto se filtró a través de mí, un eco persistente de todo lo que esas manos habían hecho. Sus dedos eran tan gruesos, y nunca me había sentido más llena que cuando estaba llena de él.
Lo quería de nuevo, y en cierto modo me odiaba por ello.
—Qué curioso que digas eso. —Me acercó hasta que quedé acurrucada entre sus piernas y me miró. ¿Qué tenía el tener a Jackson debajo de mí que me hacía sentir tan poderosa? ¿Con tanto control?
Se estiró hacia atrás, quitó el edredón y dejó al descubierto unas sábanas de color amarillo brillante. —¿Tienes que estar de broma?
—Sinceramente, normalmente son todas amarillas. Tuve que cambiarlo todo y esto era lo único que tenía.
Me rodeó el cuello con sus brazos y me indicó que pasara mis manos por su espeso pelo ondulado, acercándome a él hasta que nuestros labios quedaron a pocos centímetros.
—Las ensucié un poco pensando en ti corriéndote en mi entrepierna anoche.
—No me corrí en tu entrepierna.
—No, pero tengo una gran imaginación.
—No la necesitarías si no dejaras a las chicas colgadas en las encimeras de la cocina. —Lo besé y luego lo empujé sobre su cama.
Se incorporó, su mirada clavada en la mía con una intensidad aguda.
—Si entras en mi habitación, es porque has entrado tú. No estoy forzando nada. Quiero que consigas exactamente lo que quieres.
—¿Siempre hablas tanto?
Lo monté a horcajadas, besándolo de nuevo. Me ahuecó la mejilla, sujetándome en mi sitio mientras me balanceaba contra su erección.

Me estaba dejando coger, coger y coger, y me estaba poniendo cachonda.
Clavó sus caderas para encontrarse con las mías y lamió la comisura de mis labios, profundizando el beso. Mis caderas se movieron más rápido, y entonces me detuve. Jackson abrió los ojos, la confusión marcando su rostro. Lo observé todo. La agonizante anticipación en sus ojos, la sensación de sus dedos presionando mi piel. Me encantaba que me dejara controlarlo.
—Vas a ser mi muerte, Pyro —susurró contra mi boca.
Sonreí, mirándolo a los ojos mientras frotaba suavemente mi nariz contra la suya. —¿Te gusta esto?
—¿El qué? —Sus manos se aferraron a mis caderas.
—Que te diga lo que tienes que hacer. Que coja lo que quiero.
Sus dedos se clavaron en mi culo, haciéndome chillar. —Me encanta. Me encanta cuando tienes la confianza de decirme cómo lo quieres.
—Entonces, si te dijera que ladraras como un perro, ¿lo harías?
—Guau, guau, Pyro.
Me reí y lo besé. Este hombre era al menos el doble de ancho que yo y me sacaba una cabeza. Nunca le había dado nada y, sin embargo, me comió el coño en la encimera como si fuera su trabajo y quisiera hacer horas extras.
—Supongo que eso significa que si te dijera que te quitaras la camiseta, ¿lo harías?
Sus ojos estaban pegados a los míos mientras se quitaba la camiseta con facilidad, tirando la tela a un lado antes de reclinarse y dejarme contemplarlo en todo su esplendor.
Me incliné, pasando mi mano por su pecho, y sus músculos se contrajeron. Esto encendió algo dentro de mí. El poder. El juego. Todo lo que quería estaba justo bajo la palma de mi mano, e iba a cogerlo.
Acaricié con la palma su piel de un profundo tono oliva, contando los lunares mientras mis dedos danzaban perezosamente por su cuerpo hasta que llegué a la cinturilla de sus pantalones de chándal. Aspiró bruscamente, sus abdominales contraídos. Tan definidos que era fácil observar su reacción a mi tacto. —Ten cuidado ahí, Pyro —advirtió.

—Tú eres el que decidió jugar con fuego.
Metí un dedo bajo sus pantalones y la cinturilla de sus calzoncillos, curiosa por ver lo que pasaba debajo de la tela. Lo había montado, lo había sentido contra mi cuerpo, pero no tenía ni idea de cómo era en realidad la polla de Jackson, y estaba ansiosa por descubrirlo.
Levantó las caderas, facilitándome que le quitara los pantalones y los calzoncillos para revelar lo que solo podía describir como la polla más magnífica que había visto en mi vida. No es que hubiera visto muchas.
Sabía que estaba bien dotado, y que estuviera duro por mí me llenó de confianza.
—Quizá quieras cerrar la boca porque me estás dando ideas.
Apreté los labios, mientras el calor subía por mis mejillas. Pero no debería avergonzarme más. Jackson había estado metido de lleno en mis intimidades hacía apenas diez minutos. Ahora tenía la oportunidad de devolverle el favor.
Y eso era justo lo que iba a hacer. Merecía ser apreciado, después de todo.
Gimió cuando me puse de rodillas frente a él y le rodeé la polla con la mano.
Me incliné hacia delante y le besé la punta, lo que le hizo sonreír. —No tienes ni idea de cuántas veces he pensado en este momento.
—Cállate —ordené antes de meterme su miembro en la boca y succionarlo, y su polla se crispó mientras echaba la cabeza hacia atrás.
¿Por qué me sentía tan poderosa en este momento?
El tipo más grande y agresivo que había conocido me estaba dejando que se la chupara.
Su pecho se movía más rápido mientras succionaba un poco más fuerte y usaba mi lengua para hacerle cosquillas en la punta.
Sus ojos oscuros y nublados me observaban atentamente, y ahora entendía por qué quería que lo mirara. Había algo en saber que tenías el placer de alguien en tus manos… o en tu boca. Me metí su polla hasta el fondo de la garganta y, aunque no podía respirar, disfruté del hecho de que pareciera impotente en ese momento.

—Thea —dijo mi nombre como una plegaria anhelante, y mientras levantaba una mano para taparme la boca, se la aparté de un manotazo, sacándole la polla de mi boca.
Con el ceño fruncido, me miró con decepción.
—Si quieres correrte, serás un buen chico y seguirás mis instrucciones.
Asintió, aunque dudaba que hubiera entendido mi mensaje.
Así que se lo repetí.
—No me toques.
Sus ojos se abrieron de par en par. —¿En absoluto?
Negué con la cabeza y moví mi mano arriba y abajo por su polla para aliviar un poco la tensión que sabía que se arremolinaba por sus venas.
—Nop. Quiero tener el control total de tu orgasmo. Eso significa no tocar, no hablar.
Usando mi mano libre, empujé su pecho para que cayera sobre la cama. —Y no moverse.
—Guau, guau —fue todo lo que dijo, pero fue suficiente para hacerme reír.
—Siéntate y disfruta del viaje.
Asintió, probablemente demasiado asustado para hablar, luego cogió una almohada, se la puso bajo la cabeza y me observó con interés.
Me eché el pelo a un lado y volví al trabajo con la polla de Jackson.
Era larga, pero no tanto como para intimidar. Lo suficientemente ancha como para saber que la sentiría dentro, y reactiva. Muy reactiva. A cada lamida y succión, se crispaba, y a mí me encantaba.
—Mierda, Pyro, me co... —Me aparté en cuanto las palabras salieron de su boca, retirando mi mano y mi boca, y esperando no haber llegado demasiado tarde.
Sus caderas persiguieron mi contacto, sus ojos ardiendo de furia mientras evaluaba lo que acababa de pasar.
—¿Por qué has parado?
—Porque te dije que no hablaras.
Sus hombros se desplomaron y sonreí. No pude evitarlo. Me *encantaba* que su placer estuviera dictado por mí.
—Lo siento, ha sido un reflejo.

—No pasa nada —dije antes de levantarme de mis rodillas y ponerme de pie.
Jackson disimuló su ceño fruncido. No tenía nada de qué preocuparse. Volvería a él en un segundo. Solo quería que durara más.
Caminando por su habitación, aparté con el pie la ropa del suelo.
—Habría limpiado si hubiera sabido que venías.
—¿No me estabas esperando después de comerme el coño en la encimera?
—Síííí, pero ¿pensaba que de verdad ibas a seguirme e intentar devolverme el favor? No.
Cuando se rodeó la polla con la mano, chasqueé la lengua, cruzando los brazos. —¿No acabo de decir que no tocaras?
—¿Pensé que te referías a ti? —Continuó masturbándose, observándome mientras lo hacía—. No hay nada de malo en tocarme si es por ti, ¿verdad?
—Quita la mano y yo me quito la camiseta.
Se movió rápido.
—Buen chico —dije, y su expresión facial cambió con el elogio.
Me quité la camiseta por la cabeza, lanzando la tela al otro lado de la habitación. Normalmente, encorvaría los hombros y me escondería, pero Jackson me hacía sentir hermosa.
Se lamió los labios mientras echaba los hombros hacia atrás, mostrando mi sujetador amarillo brillante.
—¿Amarillo, Pyro? ¿Por eso insistías tanto con mis sábanas?
Miré el encaje y me mordí el labio inferior. —Qué te puedo decir, es uno de mis colores favoritos.
—El mío también.
Me reí un poco. —¿Por qué?
Se encogió de hombros, intentando por todos los medios no parecer afectado mientras me quitaba el sujetador. Mis pezones se endurecieron y, aunque sus ojos estaban fijos en eso, todavía fue capaz de responder a mi pregunta.
—¿Y por qué no? Todo lo que es hermoso vive bajo un sol amarillo. Es un color vibrante, lleno de vida y energía optimista.
—Qué profundo —me burlé.

—¿Por qué te gusta el amarillo?
—Porque es un color bonito.
—Así que tenemos algo en común.
—Supongo que sí.
Se reclinó sobre las manos, mirándome casi borracho mientras volvía hacia él solo con la ropa interior que él había apartado antes.
—Estás jodidamente preciosa ahora mismo.
Fue un pequeño comentario casual, pero de repente me hizo darme cuenta de lo hambrienta de cumplidos que estaba en realidad. Nadie me había llamado guapa nunca. Ni siquiera los chicos con los que salí al principio del instituto. O si lo hicieron, no lo oí. Estaba demasiado ocupada odiándome a mí misma.
Aquí, con Jackson y sus ojos recorriendo mi cuerpo, sentí el cumplido en lo más profundo de mi ser. No importaba que no fuera delgada como un palo como Aster o que no tuviera una cara tan bonita como la de Britt; tenía a un hombre al que me encantaba mirar, mirándome como si él también me quisiera.
Contuve el aliento, esos pensamientos me sorprendieron, así que me los guardaría para mí por ahora.
La respiración de Jackson era agitada, su polla tensa y roja mientras me anhelaba. Quería que lo tocara, que él pudiera tocarse, eso era seguro. Sin embargo, no iba a dejar que lo hiciera. Estaba disfrutando demasiado del poder.
—Eh, ¿vas a quitarte eso? —Señaló con la barbilla mis bragas negras, y pensé que sería amable y le haría caso. Moví las caderas, quitándome el tanga, y luego se lo lancé a la cara.
Sus ojos se iluminaron mientras agarraba la tela en el aire. —Ahora son míos.
—Apoya la espalda en el cabecero —dije.
Cuando estuvo cómodamente colocado, me acerqué al borde de la cama y gateé hacia él. Cerniéndome sobre su cuerpo, lo besé larga y lentamente antes de sentarme justo encima de su erección.
Gimió en el beso, y sentí el susurro de sus manos sobre mi piel, que aparté rápidamente.
—Voy a tener que atarte si sigues portándote mal.

Fue entonces cuando sus ojos brillaron con algo más que el ardiente calor por mí… un desafío.
Sin decir otra palabra, apoyó su mano directamente en la nalga de mi culo, haciendo todo lo posible por contener una sonrisa.
—He sido un chico malo. ¿Qué vas a hacer ahora?
Lo empujé y salté de la cama, dirigiéndome al armario para encontrar algo que me ayudara con su castigo.
—¿Qué buscas, P?
—Una corbata —respondí, apartando ropa mal colgada. Había tantas cosas aquí que me preocupaba de verdad encontrar una rata debajo de todo.
Afortunadamente, no lo hice, pero cuando llegué al fondo, me decepcionó no ver ni una sola corbata.
—¿En serio no tienes ni una corbata? —pregunté por encima del hombro—. ¿No tienes cenas elegantes a las que ir con el equipo de fútbol?
—Ah, sí. La cena del decano se acerca. Mira en mi cajón de la ropa interior. Deberías encontrar lo que buscas.
Lo fulminé con la mirada. —¿Entonces por qué me has dejado revolver en ese montón desastroso que llamas armario?
Se encogió de hombros, sonriendo tímidamente. —Estabas agachada y me dabas una vista excelente de tu culo en forma de corazón. ¿Por qué iba a detenerlo?
Puse los ojos en blanco antes de caminar al otro lado de la habitación y abrir el cajón superior de su cómoda, y luego jadeé cuando vi que su ropa interior estaba doblada pulcramente como pañuelos de bolsillo y coordinada por colores.
—¿Has encontrado algo que te guste? —preguntó con diversión.
—¿Has hecho tú esto? —Pasé mis dedos por la tela, observándolo todo.
—¿Tienes algún problema con mi cajón de la ropa interior?
—Es que está tan limpio.
—Mi ropa está limpia; solo es un montón desordenado porque normalmente he estado jugando a videojuegos durante horas y me la quito y la meto en el armario. Cuido mejor mis calzoncillos porque necesito asegurarme de tener un par limpio cada día.

No tenía sentido, pero francamente, no quería pasar el resto del día discutiendo sobre los extraños hábitos de Jackson. Así que busqué en el siguiente cajón, feliz de que sus corbatas estuvieran dobladas junto a sus calcetines, luego saqué dos y volví hacia él.
Jackson sonrió, observándome con su erección dolorosamente grande. Cuando volví a la cama, lo monté a horcajadas y le até las muñecas al cabecero de metal.
Mientras me inclinaba sobre él, se llevó uno de mis pechos a la boca.
—Jackson —gemí, intentando no animarlo, pero joder, su lengua me hacía cosas.
Le até la otra muñeca y luego me bajé de la cama.
—¿Por qué me gusta esto? —preguntó, aparentemente más para sí mismo que para mí.
—Porque ya hemos establecido que te gusta ser un buen chico —declaré, y paseé por su habitación, observándola.
Gimió, mirándome con esos profundos ojos de cachorrito. —¿Qué? ¿Te preocupa que haya terminado? No te preocupes. Tendrás lo tuyo; solo me estoy tomando mi tiempo.
Todo en su habitación estaba relacionado con el fútbol o los ordenadores. Toqué su gran silla de escritorio de cuero, sorprendida cuando se iluminó con todos los colores del arcoíris.
—Sabía que te gustaban los juegos, pero no me di cuenta de que estabas al nivel de obsesión de Matty con los ordenadores —dije, observando los tres grandes monitores del escritorio.
Jackson me siguió con la mirada mientras cogía sus auriculares y me los ponía. Lo miré, esperando que respondiera, y luego recordé que le había dicho que no podía hablar. Después de dejar sus auriculares en el escritorio, pasé mis dedos por el teclado negro. Con cada toque, la retroiluminación se iluminaba con un color diferente.
—Esto tiene que ser una de las cosas más molestas posibles. —Pulsé otra tecla, sonriendo para mis adentros mientras creaba un arcoíris —. ¿Cómo consigues hacer algo de trabajo?
Seguía sin responder.
—Puedes responder a mis preguntas —dije.
Sacudió la cabeza, abriendo mucho los ojos. —Lo siento, me he distraído un poco con tu cuerpo desnudo. ¿Qué has dicho?

Apoyé el culo en su escritorio negro y enarqué una ceja. —Te he preguntado cómo trabajas con el teclado y la silla iluminándose así todo el tiempo.
—Ah, eso es fácil. No lo hago. —Se movió en sus ataduras, y si fuera cualquiera menos Jackson, podría sentir un poco de pena por él. Pero no. Jackson se lo merecía. Me había molestado durante más de un año. Francamente, se estaba librando por poco—. Es un ordenador para jugar. Solo lo uso para jugar. Se iluminan cuando los uso o se sincronizan con mi juego.
—¿Es por eso que suspendiste tus asignaturas el año pasado? ¿Porque no tenías nada en lo que trabajar?
—No. Suspendí las asignaturas porque estaba ganando miles de seguidores en línea. Mi ordenador para el trabajo de la universidad está debajo de mi cama.
—¿Miles de seguidores? —Giré la cabeza en su dirección.
—Sí. —Sonrió, un hoyuelo marcando su mejilla—. La gente me ve jugar a videojuegos.
¿De qué demonios estaba hablando?
—Gano un poco de dinero. Ni de lejos al nivel del dinero de Aiden. Soy un microinfluencer, después de todo, pero me ayuda a conseguir equipos de juego gratis ya que las empresas quieren que los reseñe.
—Me has perdido en lo de microinfluencer.
—En resumen, a la gente le gusta verme jugar. Por alguna razón, les gusta especialmente verme cuando llevo mi camiseta del equipo o estoy sin camiseta.
Puse los ojos en blanco. —Oh, Dios mío. ¿Es aquí donde vas a decirme que te has estado masturbando en línea y vendiéndolo?
—No. No lo necesito.
Mi labio se curvó. Estaba en completo y absoluto shock por todo lo que había dicho. ¿Influencer? ¿Jackson? Creando porno de videojuegos para las masas. Su cara era dolorosamente simétrica, y podría ser modelo si quisiera, pero vaya. No me di cuenta de que tendría tanto público.
—¿Cómo es que no sabía nada de esto antes?
—Porque tú y yo nunca hemos hablado, Pyro.

Tenía razón. Cuando estábamos juntos, gritábamos. No sabía nada de él, excepto que me sacaba de quicio y tenía la polla más grande que había visto en mi vida.

—Bueno, entonces, conozcámonos.

Volví hacia la cama y lo monté a horcajadas. Siseó cuando me senté sobre su polla, cubriéndolo con mi excitación. Sin tela entre nosotros, era carnal y crudo, y sentí cada gramo de ese control en mi cuerpo.

Un escalofrío de placer me recorrió mientras montaba su polla. Sus ojos estaban fijos en nuestra conexión, su cara sonrojada y sus labios apretados. Podía decir que estaba haciendo todo lo posible por no hablar ni cometer un error.

—¿Te sienta bien? —pregunté, sabiendo que estaba cerca de correrme.

—Se siente increíble —dijo entre dientes, sus caderas tratando desesperadamente de moverse más rápido, pero yo tenía el control —. Me encanta verte montarme, Pyro. Si no estuviera atado ahora mismo, volvería a meterte las tetas en la boca. Sabían tan dulces.

Eché la cabeza hacia atrás, agarrándome a los abdominales de Jackson mientras lo montaba. Ahí. Estaba tan, tan cerca.

—Luego, te llenaría con mi polla y miraría tu cara mientras tu coñito apretado la toma hasta el fondo.

Mierda. ¿Por qué sus palabras tenían tanto efecto en mí?

Mi cuerpo se agarrotó, y no pude detener la oleada de placer que me invadió. Grité, cabalgando mi orgasmo sobre su polla y soltando un gemido de satisfacción al final.

—Eso ha sido lo mejor que he visto en mi vida —dijo Jackson cuando abrí los ojos. Su rostro estaba lleno de asombro, sus ojos vidriosos, y aún no se había corrido. Al menos, no creía que lo hubiera hecho.

Miré hacia abajo, mi respiración se entrecortó al ver su estómago manchado con su corrida. Un puchero tiró de mi labio inferior; yo quería eso.

—Lo siento —murmuró, con la voz ronca por el placer persistente, pero yo tenía una idea mejor.

—No lo sientas. —Una sonrisa maliciosa curvó mis labios mientras me deslizaba por su cuerpo, mi lengua saliendo para limpiar cada gota, saboreando su gusto salado. Sus músculos se tensaron bajo mi cuerpo, una inhalación brusca delatando cuánto le gustaba.
Cuando terminé, me estiré y lo desaté. En el segundo en que sus muñecas quedaron libres, Jackson me atrajo hacia él. Su calor me envolvió mientras me acurrucaba a su lado, una mano fuerte descansando posesivamente sobre mi hombro.
Por primera vez en mi vida, fuera de mi familia, me sentí… deseada. Necesitada.
Apoyé la palma de mi mano en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón mientras yacíamos en la neblina de la satisfacción.
Entonces su voz llegó, baja y casi vulnerable. —Cuando era niño, nadie quería ser mi amigo.
Incliné la cabeza hacia arriba, buscando en su rostro, esperando más.
Me dedicó una sonrisa tímida antes de presionar sus dedos en mi hombro. —No teníamos mucho cuando éramos pequeños. También era raro.
—Vaya sorpresa —bromeé, arrastrando mis uñas ligeramente por su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo mis yemas.
Sus labios se curvaron y sus ojos permanecieron fijos en mí. —Me gustaba jugar a videojuegos y era reservado. La única razón por la que la gente me hablaba era porque era anormalmente alto para mi edad. Querían que les comprara cerveza, y lo hacía… hasta que me pillaron. Entonces todos fingieron que no me conocían, dijeron que actuaba por mi cuenta.
Tracé círculos lentos y perezosos en su piel. —Lo siento.
Se encogió de hombros. —Yo no. Dejé de andar con esos idiotas y me centré en el fútbol. Cuando no estaba en el campo, jugaba a videojuegos para relajarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que intentar encajar es agotador y no vale la pena.
Me acerqué más, dejando que mi pierna se deslizara sobre la suya, nuestros cuerpos aún enredados en el resplandor posterior. —¿Por qué me has contado eso?

Jackson me miró, su mirada más oscura, más profunda de lo que la había visto nunca. Sus dedos rozaron mi espalda, dejando un rastro de calor a su paso. —Porque he aprendido que la gente te decepcionará. Son una mierda por naturaleza.
—Ah —susurré.
Su pulgar recorrió mi mandíbula e inclinó mi cara hacia la suya. —Pero tú no. Eres increíble, y cualquiera que alguna vez te haya hecho sentir menos que eso… solo estaba celoso de tu grandeza.
El calor inundó mi pecho, una oleada desconocida y vertiginosa de algo más fuerte que la lujuria. Mi corazón se aceleró como si quisiera escapar de mi cuerpo y zambullirse directamente en el suyo.
—Gracias —mascullé. Era lo único que sentía que podía decir.

Capítulo 19

Thea

A la mañana siguiente, me desperté enredada en las sábanas de Jackson, completamente desnuda, con la piel todavía hormigueando por lo de anoche. Mi mente no dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado y me hundí más en el colchón, reprimiendo una sonrisa.

Entonces, la puerta se abrió.

—Eh. Espero no haberte despertado.

La voz de Jackson se deslizó sobre mí como la seda, pero nada podría haberme preparado para la visión que vino después. Recién salido de la ducha, su cuerpo duro como una roca estaba totalmente a la vista, salvo por la mullida toalla blanca que llevaba colgada a la cadera. Unas gotas de agua se adherían a su piel, trazando caminos perezosos por su pecho esculpido, y cuando se apartó el pelo húmedo de los ojos con un gesto, juro que sentí cómo esa onda expansiva recorría mi cuerpo.

Siempre había sabido que Jackson era atractivo. ¿Pero así? Sin gorra —ni ropa—, era demoledor. Tenía el pelo del largo perfecto, lo bastante largo como para que pudiera pasar los dedos entre él, tirar, tomar el control. Un pensamiento perverso cruzó mi mente y el calor se acumuló en mi bajo vientre.

—No lo has hecho —gemí, con la voz un poco ronca y entrecortada.

Sus labios se curvaron en esa sonrisita confiada y cómplice, pero no dijo nada.

Me invadió la culpa al recordar la llamada que había ignorado anoche. Tanner. Mi hermano. Su mejor amigo. No había podido cogerla, no mientras estaba desnuda, pegada a Jackson, con sus manos y su boca marcándome a fuego de formas que nunca olvidaría.

Pero entonces, las palabras de Jackson resonaron en mi mente.

—La gente te decepciona y, por naturaleza, apesta. Pero tú no. Eres genial.

Debía de estar falta de cumplidos para repetirme ese comentario en la cabeza sin parar. Viniendo de él, parecía sincero. Parecía que no quería nada más de mí. Solo me quería a mí. No la amistad de mi hermano; eso ya lo tenía. En todo caso, se arriesgaba a perderla si Tanner se enteraba de la forma equivocada.

Cuando Jackson dejó caer la toalla, revelando su erección, dura hasta doler, se me cortó la respiración. *¿Me restregué contra eso anoche?*

Un sofoco me recorrió al pensarlo. Prácticamente nos habíamos quedado fritos después, pero ahora, en la suave luz de la mañana, me di cuenta de cuántas ganas tenía de más. Jackson era adictivo. Su tacto, su sabor, la forma en que me miraba como si fuera lo único que importaba.

—¿Te gusta lo que ves, Pyro? —Su voz estaba cargada de diversión y deseo. Se envolvió el miembro con la mano, acariciándolo lenta y deliberadamente.

Se me contrajeron los muslos al verlo.

Cuando se subió a la cama, solté un chillido y me arrastré hacia atrás hasta que mi espalda chocó con el cabecero.

—Sí —admití, con la voz delatando cuánto—. Pero no podemos hacer nada ahora.

—¿Por qué no? —Se cernió sobre mí, con el ceño fruncido.

El olor de su gel de ducha —limpio, masculino, devastadoramente *suyo*— me envolvió, haciendo que me costara pensar con claridad. Se inclinó, con los labios entreabiertos para un beso, y apenas conseguí ponerle la mano en la cara para apartarlo.

—Tenemos que hablar.

Odiaba decirlo, y odiaba la sensación de que las palabras eran un jarro de agua fría sobre el calor que todavía se acumulaba entre mis piernas. Quería ser el tipo de persona que podía dejarse llevar, ceder, pero no lo era. Al menos, no con Jackson.

—¿De qué quieres hablar? —bromeó, pero había un toque de curiosidad bajo la broma.

Ladeé la cabeza y le lancé una mirada de exasperación. —Creo que los dos lo sabemos.
Su sonrisa se suavizó. —¿De nosotros?
—Sí.
Los dedos de Jackson trazaron un camino lento y provocador por la sábana, cada movimiento deliberado, como si estuviera saboreando la expectación. Cuando llegó al borde que cubría mis pechos, vaciló, lo justo para que se me cortara la respiración, antes de retirar la tela.
Su mirada se posó en mi piel desnuda, oscureciéndose con algo que me revolvió el estómago e hizo que me replanteara mi postura.
—Bueno, no quiero que esto se acabe entre nosotros —dijo.
Tragué saliva. —¿Te refieres al sexo?
Sus labios se torcieron. —No. A todo. El sexo es bueno… genial, de hecho. El mejor que he tenido nunca. Pero hay más en ti, y me encanta ir desentrañando cada pedacito de ti.
Mi corazón martilleaba contra mis costillas. —¿De verdad?
En lugar de responder, se inclinó y sus labios rozaron los míos. El beso fue suave, dulce y casto de una manera que parecía casi cruel, teniendo en cuenta que ambos estábamos desnudos.
Apoyó la frente en la mía y dijo: —¿Te he mentido alguna vez?
—Sí.
Enarcó una ceja. —Dime una.
Abrí la boca, totalmente preparada para enumerar algo, pero… me quedé en blanco.
Jackson sonrió, señalándome. —¡Lo ves! Vas por ahí diciendo que soy un capullo, pero no lo soy.
—No. No lo eres.
Su expresión se suavizó. —Lo que intento preguntarte, Thea... ¿quieres ser mi novia?
Parpadeé. —Hala, solo quería saber si ibas en serio conmigo. No me había dado cuenta de que ya estábamos en territorio de noviazgo.
—Serías la primera a la que consideraría digna de ese título.
¿En serio? Algo en aquello me dolió en el pecho.
Su mirada escrutó la mía, un destello de algo indescifrable la atravesó. —¿Por qué te sorprende tanto?

Me encogí de hombros, tragándome el nudo que se me había formado de repente en la garganta. —No sé. Supongo que nadie me ha pedido nunca que sea su novia.
—¿Por qué sigues actuando como si no fueras lo mejor que he visto en mi vida, Pyro?
Bufé. —Porque la forma en que me mirabas hasta hace un par de días me habría dicho lo contrario.
Inspiró hondo y bajó la cabeza. —Bueno, joder. Sí que sabes cómo darle a un tío donde más le duele.
Cuando volvió a levantar la vista, su habitual sonrisita había desaparecido. Sus ojos, oscuros e indescifrables, se clavaron en los míos con algo más sombrío.
—¿Quieres saber por qué nunca te miré así?
Asentí.
—Porque el primer día que te conocí, te declaré territorio prohibido. Intenté fingir que eras uno más de los chicos y que, si te regañaba lo suficiente, harías algo que me quitara las ganas por completo. Entonces, quizá, solo quizá, podría ignorar lo que sentía.
Puse los ojos en blanco y lo empujé hacia atrás. —Estás reescribiendo la historia.
Sus labios se torcieron, pero no había humor en el gesto. —No, no lo estoy haciendo. Pregúntale a Matty. Recuerdo perfectamente la primera vez que te vi.
—¿Ah, sí?
Jackson se inclinó y su voz bajó de tono. —Entraste en casa de Aiden con una ridícula maleta de dinosaurio morado y llaveros de peluche colgando del asa. Llevabas el pelo suelto y un jersey azul con pedrería y un gato.
Resoplé. —Menuda cosa. Te acuerdas de lo que llevaba puesto.
Apretó la mandíbula. —No. *Tú* no lo entiendes. Ni siquiera me acuerdo de lo que llevaba puesto ayer. —Su mirada se desvió hacia abajo, recorriendo la sábana que cubría mi cuerpo—. Y, sin embargo, recuerdo *eso*. De hecho, lo recuerdo todo. Cada insulto. Cada pulla sarcástica. Cada ceño fruncido que me has dedicado. —Soltó una risita—. ¿Sabes que tu hermano habló conmigo sobre ti?
—¿Lo hizo?

—Sí. Creo que fue más o menos la segunda semana que estuviste aquí. Dijo que habías pasado por mucho y que solo quería verte asentada.
Fruncí el ceño. —¿Así que te advirtió que te alejaras de mí?
Jackson exhaló, negando con la cabeza. —No exactamente. Estaba preocupado por ti, y después de oír todo lo que pasó, puedo entender por qué.
Apreté los dientes, y la molestia se apoderó de mí. —Eso suena mucho a que te advirtió que te alejaras de mí.
—Probablemente sea algo que tendrás que hablar con él, pero no fue con mala intención. Intentaba protegerte.
—Y haciendo lo incorrecto.
—Quizá. A ver, seamos realistas, soy un capullo. Entiendo por qué no querría que estuviera cerca de ti. No es que tenga un buen historial. —Su voz se suavizó y sus dedos rozaron mis nudillos—. O un historial, a secas. Por eso quiero empezar y terminar contigo.
Enarqué las cejas. —Terminar. Eso es un poco prematuro, ¿no?
—No cuando juegas para quedártelo todo. —Cogió mi mano y se la llevó al pecho—. Te estoy ofreciendo la parte más grande de mí.
—¿Tu polla?
—Intentaba ser romántico.
—Y yo solo intento ser realista. Mira, no necesito todas estas grandes y aleatorias declaraciones de amor. Me gustas, mucho, y creo que tienes razón. Deberíamos salir.
El silencio se extendió entre nosotros mientras su pulgar trazaba círculos perezosos sobre mi palma.
—¿Me has oído? —pregunté.
Sacudió la cabeza, riendo. —Perdona, he dejado de escuchar después de que dijeras que te gusto. No me había dado cuenta de que estar colado por alguien hasta las trancas podía hacerte actuar como un maldito idiota. —Su sonrisa se ensanchó—. Así que… ¿has dicho que sí? ¿A ser mi novia?
Me mordí el labio inferior, sintiendo un atisbo de duda. Aunque no debería.
—Vamos —susurró, como si no fuéramos las dos únicas personas en la habitación—. Sabes que quieres.

No dudé. Sellé mis labios sobre los suyos, besándolo más fuerte de lo que creo que esperaba. Soltó un gemido de sorpresa, sus dedos se apretaron en mi cintura mientras se inclinaba hacia mí, profundizando el beso.
Cuando finalmente me aparté, sus pupilas estaban dilatadas, los labios entreabiertos con algo cercano al asombro.
—¿Eso es un sí? —preguntó con voz ronca.
—Sí —susurré, mis dedos recorriendo su hombro desnudo—. ¿Qué haces esta noche? Había pensado que podríamos salir a cenar… para hacerlo oficial.
Su sonrisa fue inmediata, pero luego gimió, inclinando la cabeza hacia el techo. —Maldita sea. Se supone que tengo que hacer un directo con Liam esta noche.
Enarqué una ceja. —¿Y no puedes cambiarlo?
—No. Tenemos que adaptarnos a su horario durante su temporada. —Su pulgar acarició mi cadera distraídamente—. También conseguí que Aiden aceptara venir al canal. Estamos intentando conseguir más suscriptores y, aunque odie admitirlo, Aiden tiene unos ojos azules penetrantes que vuelven loca a la gente.
Sonreí de medio lado. —Me sorprende que aceptara.
—Te contaré un secreto: no sabe a qué ha accedido.
Me reí. —¿Crees que conseguiréis más seguidores?
—Al menos tres mil esta noche. —Su confianza era contagiosa.
—Estás muy metido en esto, ¿verdad?
—¿Qué puedo decir? Me encantan los videojuegos y, si de alguna manera puedo ganarme la vida con ello, quiero hacerlo.
—Eso es un sueño. —Me quité la ropa de cama y me giré para salir de la cama, pero Jackson me bloqueaba el paso.
Me dio una palmada en el culo y sentí sus ojos sobre mí mientras mi cuerpo se meneaba. —Joder. Estás buenísima. ¿Te lo había dicho antes, Pyro?
—Parece que es una de tus costumbres, igual que tu fascinación por los videojuegos —bromeé, y por la sonrisa que me dedicó, supe que él lo sabía.
—Probablemente tenga más posibilidades con eso que con llegar a la NFL. Es cierto que tu visión de las cosas puede estar un poco

sesgada por tu hermano, pero la mayoría de nosotros necesitamos otros planes.
—Mm.
—¿Qué planes tienes para después de la universidad?
—Eh… no lo sé. —Agité la mano con desdén, como si eso pudiera hacer que mi incertidumbre fuera menos embarazosa—. No he pensado mucho en lo que voy a hacer.
Se me revolvió el estómago y me encogí. —Estudio teología, pero estoy empezando a pensar que quizá necesite cambiar de carrera. No hay muchos trabajos prácticos que pueda hacer con eso, y supongo que convertirme en esposa de un jugador de la NFL está descartado ahora.
Jackson sonrió de medio lado. —Siento decirte que eso se fue al traste en el momento en que te corriste en mi regazo.
—¡Deja ya de mentir! No me corrí en tu regazo.
Se llevó una mano al pecho dramáticamente. —Ahí estás, destrozando mis sueños orgasmo a orgasmo.
Puse los ojos en blanco. —Voy a darme una ducha. Tengo clase y he quedado para comer con Britt hoy.
Jackson se apoyó en los codos, observándome con evidente diversión. —¿Vas a contárselo todo sobre mí?
—Estaba pensando en ello.
Su sonrisa se volvió perversa. —Hazlo, y dile que me apunto al cuarteto si a ti y a ellos también os apetece.
—¿Cuarteto? —Con el ceño fruncido, observé la sonrisa avergonzada de mi novio.
—Ah, sí —dijo, frotándose la nuca—. Supongo que se me olvidó contarte ese pequeño sueño que tuve. —Levantó las manos—. No hay problema si no te apetece. Lo entiendo.
Puse los ojos en blanco, cogí una de las camisetas de Jackson y volví a mi habitación. Cuando miré el móvil, me di cuenta de que tenía aún más llamadas perdidas de Tanner.
—Mierda —murmuré, llamándolo de vuelta inmediatamente.
Sin respuesta.
Estaba segura de que estaba bien. Si algo fuera mal, Aster me habría llamado. Solo que había algo en el hecho de que no

respondiera que me preocupaba, así que decidí enviarle un mensaje.
Thea: ¡Tan Tan! Siento haberme perdido tus llamadas. Espero que las cosas vayan tan increíblemente bien como te dije que irían. Estoy disponible hoy si quieres llamar. ¡Te quiero!
Antes de que pudiera darle más vueltas, la voz de Jackson resonó por el pasillo. —¿Estás casi lista?
—¿Para qué? —grité.
—Te acompaño a clase.
—Oh, qué emocionante. Nunca un chico me ha acompañado a clase. Supongo que eso significa que vamos a presumir de nuestra relación ante el resto del campus.
—Acostúmbrate, Pyro. Vas a estar a mi lado de ahora en adelante.
—Oh, posesivo.
—Y tanto, y después de tu clase, espérame fuera.
—Por favor, no me digas que vas a ser uno de esos novios posesivos. ¿De los que no me permiten andar por ahí sin ti?
—No. Quiero que tengas tu propia independencia. Sin embargo, también quiero llevarte a nuestra primera cita. ¿Me dejarás hacerlo?
—Sí.
—Genial. Pues ponte algo de ropa y vamos.



—Sabes, de verdad pensaba que habría más gente mirándonos.
Jackson levantó la vista de su sándwich club y examinó el bar. El lugar estaba tranquilo para ser un martes por la tarde. Solo un puñado de personas jugaba al billar, y algunas otras picoteaban perezosamente sus comidas.
Terminando su bocado, enarcó una ceja, sonriendo de medio lado. —Pareces disgustada por eso. —Se inclinó sobre la mesa, lamiéndose los labios—. ¿Montamos un espectáculo? ¿Nos aseguramos de que todo el mundo nos mire?

Puse los ojos en blanco, coloqué la palma de mi mano en sus labios y lo empujé de nuevo hacia el reservado de enfrente. —No. Solo pensaba que a la gente le parecería raro vernos juntos así.
—¿Comiendo?
—No… Sin pelear.
Soltó una risa silenciosa y me cogió la mano, sus dedos se enroscaron alrededor de los míos. Su pulgar trazó suaves caricias sobre mi piel.
—No pueden oírnos, Thea, y creo que olvidas que siempre nos ven juntos, así que esto no es diferente.
Tenía razón. Estábamos en el mismo grupo de amigos. Incluso si discutíamos, siempre acabábamos sentados el uno junto al otro.
Qué curioso. Mirándolo ahora en retrospectiva, sentarme junto a Jackson siempre me proporcionaba una sensación de consuelo. Sabía a qué atenerme con él, lo que significaba que podía ser sincera con él.
Simplemente no había visto lo que tenía justo delante de mí.
—Es agradable no estar peleando —admití.
—A mí me lo vas a decir. —Abrió los ojos como platos mientras soltaba el aire—. No me esperaba esto, Pyro, pero estoy tan feliz de haberme dado cuenta.
—Yo también.
Sus dedos se apretaron alrededor de los míos, una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios. Pero antes de que pudiera disfrutar del momento, una voz interrumpió la calidez.
—Jackson.
Grace.
Se me erizó el vello de los brazos, un escalofrío me recorrió la espalda en el instante en que oí su voz. Antes de que pudiera apartarme, los dedos de Jackson se apretaron, su agarre firme. Cuando me encontré con sus ojos, su expresión cambió al instante. Con los hombros tensos y la mandíbula apretada, se giró lentamente hacia ella.
—¿Qué quieres? —Bueno, si aquel gruñido no indicaba que estaba harto de esa chica, nada lo haría.

Ella nos miró alternativamente, con una sonrisa tensa y forzada. —Vaya, hace tiempo que no te veía, y me sorprende encontrarte aquí. Dijiste que estabas harto de este sitio.
—Creo que te darás cuenta de que de quien estaba harto era de *ti*.
Tomé una bocanada de aire. *Joder.* Esa pulla fue tan hiriente que podría haber jurado que le chamuscó el pelo. Cuando se giró hacia mí con una mirada tensa y furiosa, cerré la boca, tratando de preservar cualquier inocencia que pudiera tener.
—Qué borde, ¿no?
Jackson no parpadeó. —No querrás ver mi lado borde, Grace —advirtió.
Ella chasqueó la lengua, negando con la cabeza. —Oh, ¿herí tus sentimientos la última vez, Jacks? ¿Te da pena que no te rogara que me mantuvieras a tu lado?
Jackson no respondió. Se limitó a enarcar una ceja antes de dirigirme una mirada, enfatizando el punto.
La eché. Te lo dije.
Como si no le creyera ya.
Grace nos miró a los dos y señaló. —Espera. ¿Estáis *saliendo*?
Jackson sonrió de medio lado. En lugar de responder, levantó mi mano y depositó un beso lento y prolongado en mis nudillos.
Saliendo.
Me *encantaba* cómo sonaba eso.
Grace bufó. —Buena suerte con eso, Thea.
Sonreí dulcemente. —Gracias. —Mi tono era alegre, como si no acabara de provocarme. Conocía este juego. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Quería que picara el anzuelo. Que le preguntara a qué demonios se refería. Igual que había hecho cuando yo intentaba entrar en la hermandad. Le gustaba buscarme las cosquillas para ver hasta dónde podía llegar.
Ya no más.
—¿Querías algo más, Grace? —Su voz era ligera—. Mi novia y yo estamos un poco ocupados disfrutando de nuestra comida y agradeceríamos un poco de intimidad.
La palabra «novia» resonó entre nosotros, alta y clara.
Una reivindicación. Una declaración. Un que te jodan.

Luego, solo para rematar, Jackson se inclinó sobre la mesa y me besó. No un beso suave y casto. No, este fue intencionado. Posesivo, incluso. Sus dedos se enredaron en mi pelo, anclándome a él mientras profundizaba el beso, mientras su otra mano nos mantenía firmes, evitando que tiráramos las patatas fritas y el kétchup que había entre nosotros.
Se me nubló la vista.
Corrijo lo de sentirme bien. Me sentía genial.
Estaba en una nube porque no solo me estaba besando. Estaba haciéndose dueño de la situación. Haciéndome suya. Y me gustaba.
Cuando se apartó, estaba aturdida, sin aliento y plenamente consciente de que todos los ojos estaban puestos en nosotros.
Grace puso los ojos en blanco y agitó la mano con desdén en mi dirección. —Disfruta aprovechándote de la desesperación de su hermano.
Con eso, se dio la vuelta sobre sus talones, murmurando algo por lo bajo, pero yo aún no había terminado de jugar.
—Oye, Grace —la llamé, mi voz ligera, burlona—. Tienes razón en una cosa.
Se detuvo, mirando por encima del hombro, con los ojos aburridos y desinteresados. —¿En qué?
—Jackson me eligió a mí —dije, dejando que las palabras calaran—. Así que supongo que eso me convierte en una «chica elegida».
Ella bufó, sus labios se torcieron con asco. —Puaj, como sea. Disfrutad de vuestra patética relación juntos.
—Con mucho gusto —dijo Jackson, apretándome la mano.
Cuando me volví hacia él, su sonrisa se suavizó, su expresión cambió mientras me observaba. Mi pecho se oprimió, se me hizo un nudo en la garganta y me ardieron los ojos.
—¿Qué pasa? —Sus cejas se fruncieron ligeramente—. Estoy de acuerdo en que la réplica ha sido un poco cursi, pero no creo que sea para llorar. Lo trabajaremos.
Negué con la cabeza. —No es eso. —Tragué saliva, exhalando temblorosamente—. Es que… —Dudé, mordiéndome el labio—. Nunca me he sentido así con alguien antes.
Su agarre en mi mano se intensificó. —¿Así cómo?

—Deseable. —Me sentí un poco avergonzada al admitirlo.
Jackson bajó la barbilla, su mirada se oscureció. Sin decir una palabra, se deslizó fuera de su asiento y se colocó a mi lado, cerrando el espacio entre nosotros. Lentamente, inclinó mi barbilla hacia arriba, sus dedos rozando mi mandíbula, sus ojos clavados en los míos como si fuera algo sagrado. Algo para ser adorado.
—Estás de broma, ¿verdad?
Sus labios se posaron en el punto sensible de mi cuello, lento y reverente, su aliento cálido contra mi piel, y me estremecí.
—Odio la forma en que hablas de la persona que más me gusta en este mundo.
Se me encogió el corazón. —Jackson…
Sus brazos me rodearon, atrayéndome hacia él, pegándome por completo a su cuerpo. —Thea. Eres lo mejor de este lugar.
—Esa es una afirmación atrevida.
Sentí su sonrisa contra mi cuello. —No tan atrevida como tú. Eres un petardo, y eso es lo mejor de ti.
Un calor se enroscó en la parte baja de mi estómago, pero antes de que pudiera responder, el teléfono de Jackson vibró en la mesa. Sus labios se demoraron en mi piel mientras lo cogía, vacilando un poco antes de ponérselo en la oreja.
—¿Sí?
Todo su cuerpo se tensó y su rostro palideció mientras sus ojos se clavaban en los míos. —Oh, hola, T. ¿Cómo va todo?
Tanner.
No había hablado con él desde mi noche en el armario, cuando mencionó todo lo que había pasado con Aster. Supuse que estaba bien.
—No. No. No estoy ocupado. —Me acerqué un poco más a Jackson en un vano intento de oír su conversación. Era inútil en este bar con el último éxito de Bailey Hill ahogándolo todo.
—Vamos. ¿Qué pasa? —Las cejas de Jackson se juntaron en un profundo ceño, su agarre se intensificó—. Vale. Llámame si me necesitas. Adiós.
En el momento en que dejó el teléfono, salté. —¿A qué ha venido eso?

—No lo sé. Ha dicho que quería hablar, pero se ha dado cuenta de que estaba ocupado.
—Ah.
Pegué un brinco cuando sonó mi teléfono y el rostro sonriente de Tanner apareció en la pantalla. Necesitando saber qué pasaba, contesté, y Jackson se apartó de mi camino mientras yo me dirigía a la salida.
—Hola, Tan Tan. ¿Cómo estás? —pregunté, forzando un tono animado para disimular que acababa de tener las manos de su mejor amigo por todo mi cuerpo.
—Thea —dijo, y algo en su tono hizo que me enderezara—. Ah, ¿tú también estás en el bar?
Me quedé helada.
La canción.
Me giré hacia Jackson, con los ojos como platos.
—Siento molestarte —continuó Tanner—. Llámame más tarde cuando llegues a casa.
—¿Pasa algo?
—No. Nada. Solo quería comentarte una cosa, pero creo que acabo de resolverla.
Un nudo nervioso se me formó en el estómago. —¿Resolver *qué*?
Silencio. Luego la línea se cortó.
—¿Tanner? —Aparté el teléfono de mi oreja, mirándolo fijamente—. ¿Acabas de colgarme?
—¿Otra vez hablando sola, Pyro?
Los brazos de Jackson me rodearon, girándome en su abrazo, pero yo seguía distraída, intentando procesar toda la rareza de esa llamada. —Tanner acaba de colgarme después de decirme que ha resuelto algo.
—Interesante. —El tono de la voz de Jackson dejó claro que no le parecía nada interesante.
Rodeé su cuello con mis brazos, atrayéndolo hacia mí. —Sabía que estábamos en el mismo bar. ¿Y si se ha dado cuenta de que estábamos juntos?
Jackson se echó hacia atrás, presionando sus dedos en mis caderas. —¿Eso es lo que te preocupa? —Sus labios se torcieron—. Thea,

siempre estamos juntos. No pensaría nada raro. Y si *nos* ha descubierto, ¿y qué? —Su voz se suavizó, sus ojos nunca se apartaron de los míos—. Quiero que todo el mundo sepa que estoy saliendo con la increíble Thea Joyce.
Me besó en la mejilla y sonreí. No, esa no era la palabra correcta. Resplandecí. —¿Puedo tenerte a mi lado como mi animador personal a partir de ahora?
—¿Te has olvidado? Guau. Guau. Haré lo que quieras.
Me reí, mi mente todavía a mil por hora. —Deberíamos decírselo. Si no lo ha descubierto por su cuenta, cuando vuelva, deberíamos hacerle saber que estamos saliendo.
Jackson me estudió. —¿Seguro que te parece bien?
Asentí. —Sí. Él quiere que sea feliz. Solo dudo que alguna vez esperara que fuera feliz contigo.
Se rió, dándome un beso en la coronilla mientras me guiaba de vuelta a la mesa. —¿Cuándo vuelve?
—En unos días.
El agarre de Jackson en mi cintura se intensificó, su aliento rozando mi oreja. —Supongo que tendré que aprovechar al máximo nuestro tiempo a solas en el piso.
Antes de que pudiera responder, su mano se deslizó hacia abajo y me apretó el culo, haciéndome chillar. Lo aparté de un manotazo cuando llegamos a la mesa, pero él se limitó a sonreír, con un aspecto demasiado satisfecho.
Me metí en el reservado, sorprendida cuando Jackson se unió a mí. —Pensaba que habías dicho que estabas ocupado con los videojuegos esta noche.
—Lo estoy —dijo—, pero no va a llevarme toda la noche, y vas a dormir en mi cama, así que quién sabe lo que va a pasar.
—¿Dormir en tu cama? Eso es muy presuntuoso por su parte, señor James.
Se encogió de hombros, su boca descendiendo al mismo punto de mi cuello que antes. —Sí, bueno, he pensado que ya que estamos juntos, podríamos ahorrar en calefacción y darnos calor mutuamente.
—Es abril, Jackson. No necesitamos la calefacción.

—No me agües la fiesta, Pyro.
Cerré los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por la forma en que me tocaba y me hacía sentir.
Era esto.
Podía sentirlo.
Y esperaba que él también pudiera.

Capítulo 20

Jackson

—Eres el peor con el que he jugado nunca. Empiezo a arrepentirme de haberte invitado —se quejó Aiden por los auriculares. No me molesté en responder. Estaba demasiado ocupado intentando robarle un Porsche a un narcotraficante antes de que me pillara—. Ahora mismo podría estar comiéndole el coño a Alyssa, pero en lugar de eso estoy viendo a mi excompañero de piso sudar mientras fracasa en un robo de coches virtual.

—¿Quién es Alyssa? —preguntó Liam divertido. Se suponía que ambos debían cubrirme, pero ninguno estaba haciendo su trabajo. Un par de secuaces renegados se habían colado varias veces. Este era el problema de jugar con gente que no estaba a tu nivel. Te quedabas con sus vulnerabilidades.

—No necesitas saber quién es Alyssa. Nunca va a oír ese acento británico tuyo tan odiosamente encantador.

—¿Eso es...? ¿Ha sido un cumplido?

—No ayudáis —mascullé, todavía incapaz de conectar aquellos cables. El número de espectadores no paraba de crecer. Más de cincuenta mil cuentas nos estaban viendo; una de las cifras más altas que habíamos tenido nunca. No podía fallar y esperar que siguieran mirando.

—¿Te sale eso en la pantalla? —preguntó Aiden—. ¿Las luces azules? Como nos pillen, seré yo quien te entregue.

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida —replicó Liam—. Si haces eso, también se te llevarán a ti.

—No, no lo harán. ¿Me has visto? La gente no se cansa de un tipo sin camiseta y con máscara.

—¿Queréis callaros de una vez? —grité, haciendo todo lo posible por conectar los dos cables para poder robar el puto coche, pero no importaba lo delicado que fuera con el mando, no conseguía que

funcionara—. Estoy intentando ganar esto para nosotros y vuestras constantes quejas lo están haciendo muy difícil.
—Hala, el chat está que arde. Por lo visto, suenas sexi cuando te cabreas, J —dijo Aiden.
—¿Es en eso en lo que se fija la gente? ¿No en mis abdominales? —añadió Liam.
Ya había tenido suficiente de ellos, así que usé el hombro para empujar los auriculares hacia delante. No me los quité del todo, pero sus voces sonaban más apagadas, lo que me facilitaba la concentración.
—Ya casi está —dije por el micro, pulsando los botones para intentar conectar los dos cables.
—Más te vale que te des prisa. ¿Oyes esas sirenas por tu lado? Porque yo sí.
—Cállate, Aiden —dijo Liam, y yo vitoreé cuando por fin lo conseguí. Luego, rápidamente, hice que mi avatar saltara al coche.
Mientras lo ponía en marcha, Thea me apartó una mano del mando, dejando espacio para meterse entre mis piernas y sentarse en mi muslo.
—Hola. —En el momento en que aparté la vista de la pantalla, casi pierdo la partida por completo. Thea llevaba una faldita que apenas le cubría los muslos y un jersey rojo ceñido sobre sus curvas que hacía un pésimo trabajo para contener sus pechos. El pulso se me disparó al instante.
Qué no daría por deslizar la mano bajo esa tela, por tocarla. Por sentirla.
Antes de que pudiera procesar las ganas que le tenía, se inclinó y me dio un beso suave y juguetón en los labios. Pero no fue el beso lo que me remató..., fue lo que vino después.
Se movió, frotando su culo contra mi entrepierna mientras se acomodaba en mi regazo, como si se estuviera poniendo cómoda o intentando ponerme duro.
Joder. Quizá ambas cosas.
Fuera como fuese, estaba funcionando.
El calor me recorrió, mi agarre en el mando se tensó, pero ¿Thea? Apenas parecía darse cuenta del efecto que tenía en mí; su atención

volvió a mi pantalla principal como si no acabara de aniquilar por completo mi capacidad de concentración.
Tragué saliva, apretando la mandíbula.
—Anda, ¿es esta la famosa Pyro? —preguntó Liam.
Fin de la partida.
Mi mirada pasó por encima de Thea y se posó en la pantalla de al lado, de la que ella aún no se había dado cuenta. Mi cámara estaba encendida y Aiden y Liam nos estaban viendo.
—Ahora entiendo por qué no querías compartir —añadió Liam, con una sonrisa de suficiencia evidente en su tono—. Jackson, colega. Has triunfado.
—Es Thea —intervino Aiden—. ¿Y Tanner sabe que te besa así?
Se me crisparon los dedos. *Joder.* Si Thea llegaba a oír algo de eso, saldría disparada de mi regazo y no volvería a interrumpirme mientras jugaba. Y yo quería que me interrumpiera. A todas horas, si era posible.
Manteniendo mis movimientos casuales, la rodeé con el brazo, pulsé unos cuantos botones y apagué la cámara sin dejar de jugar.
Yo podía verlos, pero ellos no podían vernos a nosotros.
—Espero que hayas apagado esa cámara por accidente —amenazó Liam, pero era una amenaza vacía. No necesitaba mi cara para conseguir visitas esa noche. Para eso teníamos a Aiden.
—No —dije, tajante.
Thea se movió contra mí, su aliento cálido contra mi oreja.
—¿Pueden oírme o verme?
En lugar de responder, giré la cabeza, capturando sus labios en un beso lento y profundo antes de succionarle suavemente el labio inferior.
—Deberías largarte de ahí antes de que alguien te encuentre —dijo Liam con voz monótona, arruinando el momento por completo.
Con un ojo abierto, dirigí el coche para que atravesara la puerta del garaje y salí a toda velocidad a la calle, haciendo que la silla y el mando vibraran.
Thea soltó una risita cuando la silla se iluminó y se movió sobre mi regazo. El movimiento me envió otra oleada de calor.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó, moviendo las caderas.

Sostuve en alto el mando negro.
—Esto y la silla vibran cuando conduzco.
Sus labios se entreabrieron, algo oscuro brilló en sus ojos mientras me cogía la mano y la guiaba hacia abajo hasta que la presionó contra la suave tela de su falda.
No hizo falta que dijera nada. El tácito *¿quieres?* se leía con claridad en su forma de moverse.
Un sonido necesitado crepitó en mis auriculares. *Liam.*
—¿Que si quiero *qué*? ¿Qué coño nos estamos perdiendo? Vuelve a encender la cámara.
No quería seguir oyendo su voz, así que, con un movimiento rápido, me quité los auriculares, silencié el micro y lo tiré a un lado con el mando.
Los ojos de Thea se desviaron hacia él.
—¿No lo necesitas para jugar?
Deslicé la mano por su muslo, el mando rozando su piel desnuda.
—En realidad, no.
Le di un beso en el cuello, echando un vistazo rápido a la partida. Mi coche volaba por la calle, esquivando por poco las luces azules intermitentes en la esquina de la pantalla.
—Jugar contigo es más importante.
Inhaló bruscamente, su agarre en mi hombro se apretó mientras yo subía el mando, dejándolo vibrar contra la sensible piel de su muslo.
Entonces... mis dedos se detuvieron.
—Thea, ¿no llevas nada debajo?
Negó con la cabeza, con la mirada fija en la mía mientras se levantaba la falda, revelando su coño desnudo y reluciente.
Se me hizo la boca agua. *Joder.*
Quería echarla sobre mi silla, abrirla de piernas y enterrar la cara entre ellas hasta que fuera un desastre tembloroso bajo mi cuerpo.
Pero Thea tenía otras ideas.
—Sigue jugando —susurró, moviéndose contra el mando, con la mirada oscura y desafiante.
Maldita sea. Me estaba poniendo duro como el acero, pero me gustaba el juego. El fuego lento. La forma en que estaba poniendo a

prueba mi paciencia, sabiendo perfectamente que estaba a un segundo de tirarla sobre mi escritorio y tomar lo que era mío.
Así que hice lo que me dijo, más o menos.
Manteniendo la concentración en la pantalla, conduje, dirigiéndome deliberadamente hacia la parte más bacheada de la calle. Una mano permaneció en el mando mientras la otra presionaba el lado vibrante contra su clítoris.
Thea gimió, un sonido entrecortado y necesitado que me envió un rayo de calor directo al cuerpo.
El sistema de sonido palpitó al retumbar el motor, y yo sabía exactamente lo que eso significaba. Mi silla de *gaming*, en la que estábamos sentados, empezó a retumbar con el mando.
Perfecto.
¿Por qué coño no se me había ocurrido hacer esto antes?
Probablemente porque nunca había querido a nadie lo suficientemente cerca de mi equipo antes.
¿Pero Thea?
Podía tenerlo todo.
Arrastré el mando arriba y abajo por su hendidura, mirando de vez en cuando para ver su excitación manchando el plástico liso. Apreté la mandíbula.
—Eso es —mascullé con voz grave y áspera—. Cúbrelo con tu olor, Pyro. Quiero que te quedes impregnada en él.
Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza mientras se mecía contra las vibraciones, completamente perdida.
Sonreí. *Esto se va a poner mejor.*
Pulsé un interruptor en el teclado y la iluminación RGB de la silla cambió a un rojo intenso que parpadeaba al ritmo de las vibraciones. El cuerpo de Thea brillaba, literalmente.
—Oh, Dios mío —jadeó, agarrándose a los reposabrazos mientras el impulso añadido enviaba otra ola de placer a través de ella.
Mantuve mi atención dividida entre ella y la pantalla, ya que ganar la misión era la única manera de asegurarme de que esta pequeña sesión no terminara antes de tiempo.
Los coches de Aiden y Liam aparecieron a la vista. Estábamos cerca. Solo tenía que cruzar la ciudad, lo que me llevaría cinco minutos

como mucho.
Los dedos de Thea se clavaron en mi hombro, su otra mano se aferró al escritorio mientras cabalgaba sobre el pulso constante del mando y la silla.
Mierda.
No iba a aguantar cinco minutos.
Su humedad cubría mis dedos, mi mando, mis vaqueros... todo... y estaba tan jodidamente duro por ella que me rendí.
Por primera vez en mi vida, abandoné una partida antes de tiempo.
Pero era por un bien mayor.
Sin que Thea lo supiera, cerré la sesión y puse el mando en vibración constante. La silla zumbó en sincronía, moviéndose bajo nosotros como si estuviera destinada a formar parte de este momento.
Su respiración se entrecortó cuando lo apreté más contra ella, arrastrándolo por su hinchado clítoris antes de hundirlo entre sus pliegues.
—Mejor —mascullé, con los ojos fijos en la forma en que temblaba en mi regazo.
Ahora toda mi atención estaba en la chica que se retorcía contra mí.
Le miré el coño y me mordí el labio inferior en pura agonía por no tener la polla enterrada dentro de ella. Todavía no, al menos.
—Estás tan guapa así, Pyro.
Empujé el borde del mando dentro de ella, lo justo para provocarla, y ella jadeó, todo su cuerpo se sacudió.
Agarrando un puñado de su pelo, le incliné la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta ante mí. Luego, lentamente, arrastré mis labios por la columna de su cuello, sintiendo el frenético latido de su pulso bajo mi lengua.
Su cuerpo se apretó alrededor del mando vibrador, sus muslos temblaban contra los míos. Sonreí contra su piel.
La silla vibró con más fuerza a medida que el ruido de fondo del juego se intensificaba, el bajo profundo recorría su cuerpo al ritmo del brillo pulsante del RGB.
—¿Podrías correrme así? —murmuré, arrastrando el mando con un ritmo lento y tortuoso—. ¿Por todo mi mando? ¿Por toda mi silla?

—Probablemente —dijo con esfuerzo, con la voz entrecortada y desesperada—. Pero preferiría correrme en tu polla.
Joder, sí.
Mi agarre se apretó en sus muslos, mi autocontrol pendiendo de un hilo.
Me bajé el chándal lo suficiente para liberar mi polla, y maldita sea, tuve suerte: la forma en que estábamos colocados significaba que ya estaba justo ahí, con la punta flotando a centímetros de su coño empapado.
Agarrándola por las caderas, la giré en mi regazo, colocándola a horcajadas sobre mí con la espalda apoyada en mi escritorio.
Y fue entonces cuando lo vi.
Mis dos cosas favoritas en un solo lugar.
Thea —sonrojada, deshecha y chorreando por mí— y mi equipo de *gaming*. Las luces de neón proyectaban un brillo sensual sobre su piel. Era el mismo lugar en el que había pasado años entregándome a mis vicios y ahora, con Thea incluida, se había convertido en una obra maestra obscena.
Grabé esa imagen en mi memoria, sabiendo que nada volvería a estar a la altura.
—Jackson —se quejó, meneando las caderas—. La necesito.
Fue entonces cuando me di cuenta de que ya ni siquiera sostenía el mando.
Sin distracciones. Sin juegos. Solo ella.
Con un agarre firme, la guié hacia abajo, centímetro a centímetro, hundiéndome en su estrecho y húmedo calor.
Cada. Jodido. Centímetro.
Eché la cabeza hacia atrás, un gemido grave vibró a través de mí mientras ella me recibía por completo, sus brazos se cerraban alrededor de mis hombros, su cuerpo se contraía, se retorcía, intentando coger más a pesar de que ya estaba jodidamente llena.
—Será mejor que tengas cuidado, Pyro. —Mis dedos se clavaron en sus muslos, apenas aferrándome a la cordura—. Soy capaz de explotar en cualquier segundo.
—Bien —dijo frunciendo los labios—. Quiero que me pintes por dentro.

Jooooder.

¿Cómo había olvidado que le gustaba hablar sucio? Habíamos sido igual de obscenos la noche anterior y, sin embargo, ahí estaba yo, ansiando más.

Alcancé el mando, eché la silla hacia atrás para darnos espacio y luego lo apreté entre nosotros, sujetándolo contra su clítoris.

Thea jadeó, todo su cuerpo se sacudió cuando las vibraciones pulsaron contra ella.

—¿Cabalgarás sobre mí, Pyro? —Mi voz era pastosa, casi arrastrada por la necesidad—. ¿Porfi?

Sus labios se separaron, una lenta y maliciosa sonrisa se extendió por ellos.

—Solo porque lo has pedido con tanta amabilidad.

Ese fue el momento en que morí.

No, es broma. Pero, sinceramente, algo dentro de mí sí murió.

¿La necesidad de volver a ver a otra mujer así? Desapareció.

La única pasión que ardía ahora en mi interior era descubrir de cuántas maneras podía follarme a Thea Joyce. La silla rebotaba bajo nosotros mientras ella se movía, girando las caderas y usándome exactamente como quería.

Sus pestañas se agitaron contra sus mejillas, su rostro un retrato de pura felicidad mientras se concentraba en lo único que importaba. Correrse.

Y yo quería mirar.

Con el mando vibrando contra su clítoris, su coño apretado a mi alrededor, apretado y chorreante, sus tetas rebotando en mi cara con cada movimiento, estaba asombrado.

Era mi fantasía adolescente hecha realidad.

No tenía ni idea de cómo demonios había tenido tanta suerte.

Thea se agarró a la silla, sus dedos se curvaron en los reposabrazos mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás, casi golpeando mi monitor al correrse.

Ruidosa, deshecha, *mía*.

La forma en que su cuerpo tuvo espasmos, la forma en que me *ordeñó*, me llevó directamente al límite.

Solté el mando y *perdí el control*, mi orgasmo me golpeó como un tren de mercancías.
Jadeó mientras la llenaba, mis brazos se cerraron alrededor de su cintura y la mantuvieron contra mí mientras le daba *todo*.
Muchísimo.
Había *tanto* líquido entre nosotros que tuve que agarrarla del culo para que no se me resbalara.
Se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los míos en el beso más suave y *dulce* que jamás me habían dado.
—Eso ha sido increíble —grazné, todavía demasiado jodidamente delirante para moverme.
Thea soltó un suspiro de satisfacción y me dio una palmadita en el pecho.
—Lo ha sido. —Su voz era cálida, rota—. Ahora... ¿te importa preparar esa cena que prometiste mientras me ducho?
Me reí de su indiferencia. Acababa de tener la mejor experiencia de mi vida y ella ya estaba pensando en lo siguiente.
—Lo que sea por ti, Pyro.
Intentó moverse, pero en cuanto se levantó, mi corrida se le escapó, goteando entre nosotros.
Gruñí, apretando mi agarre.
—No.
Tiré de ella hacia abajo, obligándola a rodearme el cuello con los brazos.
—Creo que a los dos nos vendría bien una ducha —murmuré, mi voz se volvió más grave y oscura.
Thea resopló, divertida.
—Pero Jackson, no puedes llevarme en brazos hasta allí.
—Mira cómo lo hago.
Gritó cuando la levanté, sus piernas se aferraron a mi cintura y mi polla seguía enterrada profundamente en ella mientras la llevaba fuera de la habitación y directamente al baño.
Porque la cena podía esperar.
¿El segundo asalto?
Eso no.

Pedirle a Thea Joyce que fuera mi novia fue la mejor puta decisión que había tomado en mi vida.

Capítulo 21

Jackson

—Ahí mismo. —Thea abrió más las piernas y cerró los ojos. Mi lengua se deslizó ágil por su piel, mis dedos todavía dentro de ella. Su cuerpo vibraba bajo el mío, así que le provoqué el clítoris, observándola mientras se abandonaba.

Sus caderas se arquearon contra mi cara, cubriéndome con más líquido del que estaba acostumbrado. Tan húmeda, y yo mantuve la boca bien abierta, absorbiendo tanto de ella como me era posible.

Cuando se desplomó en la cama, le miré el sexo con asombro. Nunca había visto eso antes, y quería volver a hacerlo.

—Eso ha sido… —suspiró ella.

—Lo mejor que he visto en mi vida —repliqué, con la cara cubierta de ella.

—Sube aquí —ordenó Thea haciéndome una seña con el dedo. Arqueé una ceja, sin querer apartarme de su coño. No solo se había corrido en mi cara, sino que me había empapado con un chorro, y era como un nivel extra que había desbloqueado por accidente. Me pregunté si sabía que podía hacer eso, y joder, quería volver a provocarlo.

Me clavó las uñas en los hombros, tirando de mí para que subiera por su cuerpo, y fruncí el ceño, entristecido por no poder volver a bajar a comérselo. Llevábamos follando como conejos desde la primera noche y esperaba que el vuelo de Tanner se retrasara mañana para que Thea y yo pudiéramos divertirnos un poco más.

—¿Qué haces, Thea?

Se lamió los labios, sus ojos recorriendo mi cuerpo mientras yo ascendía por el suyo. —Quiero tu polla en mi boca ahora mismo.

No digas más. Me senté a horcajadas sobre sus costillas en un santiamén y le agarré las tetas con las manos, juntándoselas, y justo cuando mi polla rozó la parte inferior, me detuve.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la preocupación tiñendo su voz.

Le solté los pechos y negué con la cabeza. —Nada. —Entonces puse el brazo a mi espalda, cubriendo el coño chorreante de Thea con la mano. Me la impregné con toda la humedad que pude, incluso metiendo un par de dedos dentro de ella para darle un pequeño masaje. Sus caderas se arquearon y gimió cuando retiré la mano para cubrirme la polla con su humedad.
Su pecho subía y bajaba con fuerza mientras me miraba confundida. —No quería que hubiera rozamiento teta-polla —le expliqué, dándole a mi verga un par de tirones más antes de colocarla entre sus preciosas tetas. Solo una cosa podía mejorarlo. Le junté los pechos para que ahogaran mi polla hasta que sus manos tomaron el relevo mientras yo me agarraba al cabecero y empezaba a moverme.
Una embestida.
Dos embestidas.
Tres.
Tuve que aflojar el ritmo porque aquello era mucho más excitante de lo que había esperado. Thea limpió el líquido preseminal de la punta de mi polla, gritando de placer antes de girar la lengua a mi alrededor como si yo fuera el mejor helado que hubiera probado nunca. Luego me la metió en la boca, volviéndome loco.
Justo cuando estaba a punto de suplicarle que fuera más rápido, oí algo.
Aunque su lengua me hacía cosquillas en la punta de la polla, no podía concentrarme porque el ruido de fuera no cesaba. —¿Le has dado la llave a alguien más?
—No, eh, la única otra persona que la tiene es Ta…
—¿Thea? ¿Jackson? ¿Hay alguien en casa?
Si alguna vez hubo una forma de hacer que un hombre se replanteara al instante las decisiones de su vida, era oír la voz de su mejor amigo mientras tenía la polla acunada entre las tetas perfectas de su hermana. Si el día del juicio final llegara ahora mismo, estaría sentenciado. Sin redención. Sin segundas oportunidades. Solo la condenación eterna por este pecado.
—¡Mierda! —susurró ella antes de quitármela de encima de un empujón y corretear por su habitación como un pollo sin cabeza—.

¡Métete en mi armario! —chilló, señalando las dos pequeñas puertas de lamas. ¿Acaso cabía ahí?
—¿Thea? —La voz de Tanner estaba más cerca, así que no tuve tiempo de probar la teoría y tuve que hacerlo sin más.
Totalmente desnudo, corrí hacia el armario, y Thea lo cerró de un portazo detrás de mí.
Toc. Toc.
—Thea, ¿estás ahí?
Las lamas eran demasiado pequeñas para ver nada, así que apoyé la oreja en ellas, escuchando todo lo que podía.
—Tanner… ¡Hola! ¿Qué haces en casa? ¿No volvías mañana? —La voz de Thea temblaba y, aunque se esforzaba por sonar natural, supe que nos habían pillado.
—¿Dónde está Jackson? Necesito hablar con él.
Lo sabía. Sabía de sobra que estaba aquí, y pondría la casa patas arriba para encontrarme. Si fuera mejor hombre, podría haber abierto la puerta y aceptado la paliza que mi mariscal de campo sin duda me daría, pero ya habíamos establecido que yo era un beta. Sobre todo cuando se trataba de Thea y, francamente, su ira daba más miedo que la de él.
—¿Jackson? —dijo Thea dos octavas por encima de su voz normal. Menuda forma de mantener la calma, Thea…—. Mmm, creo que está en el baño. Deja que vaya a mirar. —Su voz se fue alejando, lo que me llevó a pensar que se lo estaba llevando de la habitación—. Ya lo conoces, se pasa una cantidad de tiempo exagerada ahí dentro.
—La verdad es que sí.
Arrugué el ceño. No le había molestado hacía un segundo cuando estaba a punto de meterse mis pelotas recién afeitadas en la boca.
La puerta se cerró con fuerza, lo que supuse que era mi señal para irme. Intenté abrir el armario, pero no pasó nada. ¿Me había encerrado Thea al cerrar la puerta de golpe? Si era así, íbamos a tener un problema serio.
Apoyé el hombro relajadamente en la madera y volví a empujar, solo para encontrar la misma resistencia.
—¿Ah, que no está ahí? —dijo Thea en voz alta para que pudiera oírla. Me estaba quedando sin tiempo, y supuse que salir corriendo

desnudo de su habitación no era la forma en que ella quería que Tanner se enterara de lo nuestro, así que puse algo más de músculo en el movimiento, rompiendo la puerta en el proceso.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tanner. Cogí rápidamente mis pantalones de chándal y mi camiseta, que estaban desperdigados por todas partes, y me los puse.
—Nada.
—No ha sonado a nada. Venía de tu habitación.
—¿Sabes qué? Probablemente sea mi estantería. Estaba leyendo algo cuando has entrado y debo haberla colocado en un ángulo raro.
—Libros pesados —afirmó.
—No. ¿Sabes qué? Creo que Jackson está en tu habitación —dijo ella con seguridad.
—¿Por qué iba a estar ahí?
—No sé. Me dijo algo de que tu habitación tenía el mejor ángulo para tomar el sol desnudo.
Maldije en voz baja, molesto por que hubiera revelado mi secreto. Se lo había contado en confianza.
—Más le vale no estar ahí.
—Vamos a mirar. —De nuevo, Thea era tan sutil como un mazo. Tan alto, tan claro que estaba seguro de que Henry y Brandon podían oírla en el piso de arriba.
Cuando lo único que pude oír fueron las voces ahogadas de los gemelos, fui de puntillas hasta la puerta, encogiéndome cuando la tabla del suelo crujió un poco. Por suerte, Thea hablaba tanto que supe que Tanner no podía oírlo.
Al salir al pasillo, me acerqué a la cocina y me apoyé en la encimera antes de bajar la cabeza y sacudirla.
Actúa con naturalidad.
Me animé y esbocé una amplia sonrisa cuando los oí bajar por el pasillo.
—¡Oh, mira! Aquí está. —Thea entró en la habitación con una gran sonrisa y los brazos abiertos. Sus ojos parecían urgentes cuando se encontraron con los míos. Lo primero que pensé fue que mi cara todavía brillaba con sus jugos, así que me lamí los labios, sin querer

desperdiciar ni una onza, y luego me limpié la cara, justo para que Tanner entrara detrás de ella.
Fruncí el ceño. Tenía los ojos enrojecidos, el pelo revuelto y parecía… bueno, sinceramente, tenía una pinta de mierda. No como un tipo por el que los equipos de la NFL se dejaban perder a propósito para conseguir un mejor puesto en el *draft* y poder ficharlo.
—Tanner… ¿qué pasa? —Di un paso hacia mi amigo.
Él bajó la cabeza antes de decir dócilmente: —Es Aster.
Miré a Thea, que estaba detrás de su hermano, en busca de pistas sobre lo que había pasado, y ella se limitó a negar con la cabeza, encogiéndose de hombros.
—¿Qué pasa con ella? —pregunté con cautela.
Ella me lanzó una mirada amplia y enfadada. ¿Creía que yo sabía lo que intentaba decir con eso? Cuando negó con la cabeza, me quedó un poco más claro.
Tanner se aclaró la garganta, pero ni siquiera eso impidió que su voz sonara quebrada al decir: —Nosotros, eh, creo que hemos roto.
¿Roto?
—¿Qué?
Mi mente daba vueltas, tratando de averiguar qué podría haber pasado en la última semana para que ella quisiera dejarlo. Aster y Tanner llevaban más de un año saliendo, y decir que eran como uña y carne sería quedarse corto. Funcionaban bien juntos y, sinceramente, pensaba que estaban destinados a acabar juntos.
—No habéis roto —dijo Thea.
—Sí que lo hemos hecho.
Thea se movió para poder ver a su hermano, le dio una palmadita en la espalda y lo abrazó. Luego me miró por encima de su hombro, con los ojos urgentes. —No habéis roto —dijo.
—Creo que yo tengo más claro cuál es la situación, ya que estaba allí.
—Sí, y yo soy la que solía vivir con Aster.
—Vivisteis en la misma planta durante unos meses.
—Y en esos meses aprendí mucho sobre ella. —La voz de Thea era cortante, inquebrantable. Fulminó a Tanner con la mirada—. ¿Sabes

lo que aprendí?
Él permaneció en silencio.
—Que no hace nada a menos que crea que vale la pena a largo plazo. Y eso te incluye a ti.
Tanner apretó la mandíbula. —Eso era antes de que lo jodiera todo.
—¿Cómo? —pregunté, cortando la tensión.
Sus ojos se movieron entre Thea y yo, sus hombros se hundieron antes de que finalmente admitiera: —Encontró el anillo.
—¿Y no pudiste hablar con ella sobre ello? —Los dedos de Thea se curvaron alrededor de su brazo, su expresión se suavizó mientras lo abrazaba.
Mientras tanto, yo estaba allí, completamente perdido. —¿Anillo? ¿Qué anillo?
Ninguno de los dos respondió. Estaban encerrados en su pequeña burbuja de gemelos, de la que yo claramente no formaba parte.
Levanté una mano, agitándola entre ellos. —¿Hola? ¿Alguien quiere ponerme al día?
Tanner exhaló pesadamente. —Tenía un anillo para pedirle a Aster que se casara conmigo.
¡¿Qué?!
Giré la cabeza hacia Thea, pero no parecía ni remotamente sorprendida.
—¿Desde cuándo sabes tú esto? —pregunté, entrecerrando los ojos.
—No es lo que piensas —dijo ella.
Tanner se apartó de su hermana, pasándose una mano por el pelo, con aspecto destrozado. —No sé, tío. Todo el mundo a mi alrededor estaba comprometiéndose o hablando de casarse, excepto vosotros dos, y supongo que me puse a pensar en lo mucho que quería estar con Aster.
Thea se atragantó, tapándose la cara con la mano tan rápido que casi no me di cuenta de lo mucho que la había abierto. Joder, ¿acababa de desencajarse la mandíbula?
Sí, mi amigo estaba hablando de la posible ruptura de su relación, y yo solo podía pensar en lo profundo que podía meterle la polla por la garganta a su hermana.
Iba a ir al infierno. Eso ya lo había establecido.

Negué con la cabeza, pellizcándome el puente de la nariz, obligando a ese pensamiento a salir de mi cerebro. —Espera. ¿Ibas a pedirle a Aster que se casara contigo?
—¿No es eso lo que acaba de decir, o es que la gorra de béisbol te ha cortado la circulación a la cabeza demasiadas veces?
Qué borde.
Le había dado *tres* orgasmos hoy, y ¿así es como me lo agradecía?
Entonces caí en la cuenta: quería que le siguiera el juego. Eso era algo que habría dicho antes. Estaba manteniendo la farsa.
—Béisbol… —Los ojos de Tanner se entrecerraron, clavándose en la línea de mi pelo—. ¿Dónde está tu gorra de béisbol?
La puta Thea.
Tirando piedras contra su propio tejado y atrayendo la atención de su hermano directamente hacia el pelo que ella había despeinado mientras se sentaba en mi cara.
Señalé con el pulgar por encima de mi hombro, asintiendo hacia la puerta. —Acabo de volver del gimnasio. Iba a ducharme.
—Eso explica por qué apesta este sitio. —Thea arrugó la nariz, mirándome de arriba abajo—. La próxima vez, quizás deberías ducharte en el gimnasio para que no tengamos que aguantar tu olor corporal durante las próximas dos semanas. En serio, si se supone que tu cuerpo es un templo, el tuyo apesta a basura.
Jo, Thea. Relaja la raja.
—Thea —murmuró Tanner, con la voz baja, bajando la cabeza a modo de advertencia.
Ella se limitó a negar con la cabeza y se volvió hacia él.
—¿Cómo encontró el anillo si no se lo pediste? —pregunté.
—Estaba en mi bolsa y ella la rebuscó para ayudarme a encontrar mi reloj. Fue entonces cuando lo encontró. —Exhaló, frotándose la cara con una mano—. Es tan estúpido. Pensó que era parte de la pedida. —Su risa fue amarga—. Patético, ¿eh? De verdad pensó que *así* era como se lo pediría.
Tanner era uno de los mejores bajo presión. No importaba lo bueno que fuera el otro equipo, él mantenía la calma y normalmente ganaba. ¿Pero ahora?
Parecía derrotado.

—Vale —dijo Thea con cuidado—. Así que se asustó, pero no te echó después.
—No, no lo hizo.
—Y me dijiste que ibas a hablar con ella.
—Iba a hacerlo, pero no lo hice.
—¿Por qué no?
Su mandíbula se tensó. —Porque lo vi en sus ojos. Estaba avergonzada, y no quise quedarme allí y que me compadeciera.
Thea frunció el ceño. —No te compadece.
—Oh, me compadeció —murmuró Tanner, con tono cortante—. Pude verlo en sus ojos todo el tiempo que estuvimos hablando con el dueño de los Crossbills. Ni siquiera podía sonreír.
Thea vaciló. —¿Te ha llamado desde que te fuiste?
—No he encendido el móvil.
—¡¿Qué?!
Él se encogió de hombros. —No quería que rompiera conmigo por teléfono y que me echara a llorar en el aeropuerto.
Thea atrajo a su hermano para darle otro abrazo. —T, no creo que este sea el final. Creo que ambos necesitáis hablar. Explícale lo que pasó. Todo irá bien. Aster te quiere. Tú quieres a Aster.
—Sí, el hecho de que aguante a tu hermana demuestra que es un partidazo.
Thea se quedó quieta y me fulminó con lo que solo podría describirse como una mirada asesina.
Oh, eso no le gustó. Curioso, ¿estaba bien que ella lo hiciera, pero no yo?
—No puedo quedarme aquí sentado. —Tanner se apartó de su hermana.
Thea asintió. —Estoy de acuerdo.
—Jackson, ¿podemos salir?
—¿Qué? Espera, cuando dijiste que no podías quedarte sentado, ¿pensé que te referías a que ibas a hablar con Aster? —dijo Thea.
—No puedo hablar con ella. No cuando estoy así. Solo necesito salir y estar en algún sitio donde no pueda pensar.
Miré sutilmente a Thea, lanzándole una mirada inquisitiva. Se encogió de hombros, sin ofrecer ayuda una vez más.

—Eh, vale. ¿Adónde quieres ir?
—A cualquier parte. Pero no aquí, donde todo me recuerda a ella. ¿Dónde hay un sitio al que Aster nunca iría?
Solté una risa ahogada. —Dudo que *Behind Closed Doors* sea apropiado. —Había estado allí una o dos veces con Aiden, y digamos que no es adecuado para un tío con novia. Dije eso porque no creía que Tanner y Aster hubieran roto, pero también porque estaba casi seguro de que yo tenía novia.
Miré a mi novia.
Mierda.
Por primera vez en mi vida, tenía novia. Thea Joyce, nada menos. La mujer sexy e inalcanzable, con temperamento de pitbull, a la que podía hacer derretirse con un movimiento de mi lengua. Para ser justos, ella podía hacerme caer de rodillas con el ceño fruncido.
Estaba perdido, y me alegraba de ello. Tenía que ser por esto que todos mis amigos tenían relaciones estables. Había algo en saber que cuando me miraba estaba pensando en cuánto me deseaba.
—De todos modos, no quiero ir allí. —Tanner me hizo un gesto displicente con la mano—. Solo quiero ir a un sitio que tenga la música tan alta que no pueda oír mis pensamientos a través de ella.
—Mmm, el Covey's Cantina tiene la música a tope después de las diez.
—Y hay pista de baile —intervino Thea.
—No voy a pasarme la noche bailando con Tanner —dije.
—No, pero yo sí. —Tanner y yo dirigimos nuestras miradas hacia ella —. ¿Qué? ¿De verdad creéis que voy a dejar tirado a mi hermanito?
—¿Me prometéis una cosa? —dijo Tanner—. Por favor, no discutáis. No puedo con ello.
—No te preocupes, hermano. —Le di una palmada a Tanner en el hombro—. La música estará tan alta que hará que estar cerca de tu hermana sea tolerable. —Me lamí los labios, mirando a Thea con picardía. Por suerte, Tanner estaba tan metido en sus propios problemas que estaba casi seguro de que no se había dado cuenta.
Thea contuvo el aliento y negó con la cabeza. —Oh, qué gracioso eres, Jackson —se burló, con un ligero rictus en los labios—. Quizá debería pintarte la cara, para que parezcas el payaso que eres.

—Chicos —murmuró Tanner.
Cierto. Ahora esto no iba de Thea y de mí.
—Vamos —dije.
—Espera, tengo que cambiarme. —Thea levantó las manos frenéticamente.
—¿En serio?
—Pues sí. —Señaló su albornoz, sirviendo como recordatorio de que estaba desnuda debajo. Después de todo, había estado sentada en mi cara hacía unos minutos.
Incliné la barbilla hacia su habitación. —Date prisa —dije, fingiendo estar molesto. Mientras ella iba saltando hacia su puerta, observé su culo respingón botar durante todo el trayecto. Sí, quería morderlo como una manzana. Quizá incluso tatuarme mi nombre en él para que todo el mundo supiera que era mía. No es que nadie más fuera a verlo nunca.
Estaba en una nube y solo volví a la realidad cuando vi la cara de mi mejor amigo. Tanner estaba de pie en medio de la cocina, con los ojos llenos de dolor y desesperación frenética.
—Todo irá bien. Te lo prometo. —No había forma de ocultarlo. Estaba a punto de echarse a llorar, así que tenía que hacer todo lo posible para ayudarle a salir de este bache.
Era el código de colegas.

Capítulo 22

Jackson

Vale, puede que dijera que el código entre colegas era importante. Pero, de pie en la barra viendo a Thea bailar con un vestido que tendría que ser ilegal, me preguntaba si había algún código trampa que pudiera usar.

Entró en el bar sin preocuparse de nada, completamente ajena al hecho de que parecía una tentación andante con ese vestido globo morado ajustado. Apenas le cubría los muslos, abrazaba cada curva y yo no podía dejar de pensar: ¿quién demonios la había dejado salir de casa así?

Sus pasos de baile eran posiblemente los peores que había visto nunca, pero no podía dejar de mirarla. Por algún motivo, creía que mover los labios con la letra de cada canción mientras inventaba su propio lenguaje de signos que la representaba era sexy. Esto, damas y caballeros, era la razón por la que Thea no había salido con nadie.

Y yo estaba tan. Jodidamente. Agradecido por sus movimientos horribles, porque significaba que me estaba esperando. Todo este tiempo, estaba destinada a ser mía.

Con cada vaivén exagerado de sus caderas, me iba enamorando más y más de esta mujer. Si las cosas fueran distintas, me colocaría detrás de Thea, le pasaría las manos por las caderas y calmaría sus movimientos erráticos. Se fundiría en mis brazos. Probablemente me rodearía el cuello con la mano, dándome acceso a su clavícula, y yo besaría su garganta hacia arriba.

Cuando chocó con su hermano, me recordó que eso no pasaría hasta que se lo contáramos, y ahora desde luego no era el momento. Él apenas se dio cuenta del golpe de Thea, demasiado ocupado mirando el móvil. Aquel al que le convencí de volver a encender y escribirle a Aster para disculparse por haberla dejado sola sin explicación.

El tío estaba de los nervios y no sabía qué hacer. Al menos ese mensaje abrió la puerta a que hablaran, y solo podíamos esperar que Aster fuera comprensiva y no lo hubiera dejado de verdad.
Thea bailaba a su alrededor, completamente impasible ante su falta de entusiasmo o que ningún tío se le acercara. Bien. Ninguno estaba a la altura de una diosa como ella. Ni siquiera yo, pero no se lo diría. Planeaba adorar cada centímetro de su cuerpo en cuanto sacáramos a su hermano de este pequeño bache.
Con otra cerveza para Tanner en la mano, me acerqué paseando y fruncí el labio en una mueca al mirar a Thea. Era lo correcto si seguíamos manteniendo la vibra de te-odio. Sinceramente, era sexy. ¿Se sentiría a sexo de odio la próxima vez? Después de vivir con Aiden y sufrir noches oyéndolo con Alyssa, quería probar.
—¿Todo bien?— le pregunté a Tanner al alargarle una cerveza. Alzó la barbilla a modo de reconocimiento antes de dar un trago. No era muy de beber, así que el hecho de que estuviera ya con la segunda de la noche sorprendía.
—Gracias.— Thea me birló la cerveza de la mano y se bebió el líquido. Vale, eso fue más sexy de lo esperado. Me pasé la palma por la cara para ocultar la sonrisa. Estaba tan jodidamente sexy cuando intentaba cabrearme. Definitivamente tendríamos sexo de odio más tarde.
—Eh, chicos —dijo Tanner, con la mirada pegada al móvil, pero sonriendo, así que eso era bueno—. Creo que tengo que irme. Creo que Aster quiere hablar.
Thea soltó un gritito, aplaudiendo mientras hacía un pequeño baile de puntillas. Fue su mejor movimiento de la noche.
—No significa nada —dijo Tanner, más para sí mismo que para nosotros.
Thea apretó los labios, conteniéndose.
—¿Qué os parece si nos vamos todos a casa?— sugerí.
—No —dijo Thea—. Démosle a Tanner un poco de privacidad.
—Vale, pero ¿eso significa que tengo que quedarme contigo?— Oh, me encantaba este desprecio impostado.
—Por favor, no os matéis —dijo Tanner, repitiendo el momento en que nos dejó solos a principios de semana.

—Eh, me he tragado una semana con ella y sigue respirando, ¿no?
—Yo diría que la que ha sufrido he sido yo, Baseball Cap.
Oh, habíamos vuelto a ese viejo apodo.
No sonrías. No dejes claro que te estás tirando a su hermana.
Thea bailó hasta Tanner y le dio un abrazo. Le dijo algo al oído, pero la música estaba demasiado alta para que yo lo oyera.
—Nos vemos luego —dijo. Tenía los labios apretados, pero su mano aferraba el móvil y había un brillo inconfundible en sus ojos. Estaba esperanzado, como debía estar, de que lo arreglaran.
Mientras el hermano de Thea se alejaba, ella se plantó delante de mí con los brazos cruzados y los labios en puchero. Seguí con la vista el moño de Tanner hasta la puerta, esperando a que saliera por ella y unos segundos más antes de atreverme a mirar a Thea con otra cosa que no fuera descontento.
Cuando me aseguré de que se había ido, tomé su cara ceñuda y se me encogió el pecho. Jodidamente preciosa.
—¿Alguna vez te han dicho que eres una pésima bailarina?— pregunté mientras le rodeaba la cintura con los brazos y la atraía hacia mí.
Echó la cabeza atrás y se echó a reír.— No bailo para la mirada masculina, ni para la de nadie, ya que estamos.
—Claramente.— Besé el hueco detrás de su oreja mientras mis manos se deslizaban por sus costillas.
—Estás jodidamente espectacular, Pyro. ¿Quieres prender fuego a mi cama?
—Contigo dentro... Sí. Lo pienso todo el tiempo.— Tenía un tonito monísimo mientras me amenazaba la vida, pero estaba puta y absolutamente enganchado.
—Vente a casa conmigo.
—Vivo contigo.
—Entonces subamos el nivel. Quédate en mi cuarto esta noche.
—No.
Eché el cuerpo atrás y ladeé la cabeza. Su expresión no cambió. Iba en serio.
—Guau. Genial manera de destrozarle el ego a un tío.

—Tanner ha vuelto. ¿Y si se despierta y te oye empalarme con ese poste de fútbol americano al que llamas polla?
—¿Poste de fútbol americano? ¿Crees que mi polla tiene dos cabezas?
—Apuesto a que hace más daño. Es enorme.
—Qué considerada.
—Solo digo la verdad, Baseball Cap.
—Tenemos que contarle a tu hermano lo nuestro.— Le di un beso en los labios antes de hincarle los dientes en el inferior, carnoso, y tirar de él para verlo volver a su sitio.
—Sí, pero quizá no mientras está con una crisis de confianza. Asegurémonos de que él y Aster están hablando antes de decirle nada.
—De acuerdo —dije a regañadientes, besándole el hueco del cuello y oliendo su perfume floral. El mismo aroma con el que me había puesto duro en la ducha. No estaba mucho mejor ahora. Al menos esta vez estaba frotando mi erección contra la cadera de Thea en vez de contra mi mano. Había subido de nivel.
—De acuerdo. Eso significa que no podré tocarte así durante un tiempo.— Le bajé las manos al culo, apretando, y solté un gruñido ante mi propio comportamiento frívolo. Resistirme sería difícil ahora que la había sentido así.
Soltó un chillido, sus dedos se clavaron en mis hombros antes de llevar sus labios a mi cuello.— ¿Es eso en lo único en lo que piensas? ¿Sexo?— susurró ronca, como si ella no estuviera pensando lo mismo.
—Más bien sexo contigo. Eso es prácticamente todo para mí. No necesito nada más dando vueltas en mi diminuto cerebro de guisante.
Entrelacé mis dedos con los suyos, los llevé a mi corazón y apoyé nuestras frentes. Nos mecimos con la música aunque era hard rock y todos a nuestro alrededor estaban meneando la cabeza. No nos importaba; éramos felices en los brazos del otro.
—Me gusta esto —dijo, mordiéndose el labio inferior, casi avergonzada de admitirlo.

—A mí también.— Me gustaba quizá demasiado, de hecho. Era la hermana de mi mejor amigo y, mientras él tenía un colapso por su estado sentimental, yo planeaba cómo decirle que estaba enamorado de su hermana.
Thea alzó la mirada, sus ojos profundos y escrutadores, tirando de mí sin esfuerzo. Le guiñé un ojo antes de fruncir el ceño.
—¿Qué pasa?— preguntó, apretándome la mano, luego besándome la punta de la nariz. Fue adorable, y nunca pensé que me gustaría toda esa mierda empalagosa de pareja, pero al parecer Thea sacaba eso de mí.
Me encogí de hombros, firme con ella en mis brazos mientras la gente se movía a nuestro alrededor, chocando conmigo.— Solo estoy triste porque no voy a poder dormir contigo esta noche.
Negó con la cabeza, un ceño fruncido estropeando esa cara preciosa suya.— Lo siento.— No parecía demasiado apenada.
—Pues vaya mierda para mí, supongo.
Soltó una carcajada y apoyó la cabeza en mi hombro.— Por favor. Estás actuando como si fuera el mayor sacrificio que has tenido que hacer jamás.
Alcé las cejas pensando en mi cama vacía y fría.— Lo es. No sabes lo difícil que es. No solo mi polla, sino la idea de que habrá una pared separándonos y no tendré forma de llegar hasta ti.
—Es una noche. Solo he dormido en tu cama dos veces antes.
—Y esas dos noches dormí mejor que en mi vida. Acéptalo, Pyro: estás destinada a estar en mi cama.
Puso los ojos en blanco.— Se lo diremos mañana. Cuando él y Aster hayan aclarado las cosas.
—¿Cómo puedes estar tan segura de que va a pasar? Le pidió que se casara con él, lo cual incluso a mí me parece una locura.
Alzó la cabeza de mi pecho con los ojos muy abiertos.— No irás en serio, ¿no? No le pidió que se casara con él. Ella encontró el anillo.
—Que iba a usar para pedirle matrimonio. Es lo mismo.
—No, no lo es. Tener el anillo muestra intención. Pedirlo es otra cosa completamente distinta, y cuando ella se dé cuenta de eso, podrán hablarlo todo.
—Si tú lo dices.

—Vamos.— Thea ladeó la cabeza antes de sacarme de la pista.
—¿Adónde me llevas, Pyro? ¿Conoces algún armario de abrigos vacío en el que podamos follar?
Se paró en seco y me miró por encima del hombro con desdén. Oh, hola, casi como en los viejos tiempos.— ¿Otra vez? ¿Vas a volver a sacar lo de follarme, otra vez?
Me encogí de hombros, dedicándole una sonrisa que solía sacarme de problemas.— No puedo evitarlo. He sentido tu coñito apretado cerrándose alrededor de mi polla y no me basta.
Suspiró y siguió arrastrándome fuera del local. Fuera se estaba mucho más tranquilo, así que tomé el control. Soltó un gritito cuando cambié de dirección, tirando de ella hacia el lateral del edificio. Por suerte, los contenedores estaban más abajo del callejón, así que apenas se notaba un ligero olor a basura en el aire.
—¿Qué hacemos aquí?— preguntó mientras yo me apoyaba en la pared de ladrillo y la atraía hacia mí. Quedó encajada entre mis muslos, y respondí con un beso. Sin palabras. Solo un beso duro cargado de intención. Mi lengua jugó con la suya, y cuando gimió en mi boca, se me abultaron los pantalones. Joder. La deseaba tanto. Casi más desde que no podría tenerla esta noche.
Nos giré para que fuera ella quien se apoyara en la pared, y empujé mi erección contra su centro, sabiendo que la tela fina del vestido no bastaría para que no me sintiera.— Jackson —gimió, echando la cabeza hacia atrás.
Con lo silenciosa que estaba la zona, jugué con el dobladillo de su falda y me planteé follármela ahí mismo. Tiritó cuando mis dedos se deslizaron por sus muslos, y jadeó cuando metí las manos por debajo.
Bragas empapadas.
Todo para mí. Joder, Pyro.
—Estás tan mojada por mí, P.— Bailé con los dedos por encima de sus bragas para medir lo mojada que estaba sin meterlos aún. Todavía no. Quería provocarla un poco más antes de eso.
Los dedos de Thea se clavaron en mi chaqueta, recordándome que no había sido un caballero y no le había ofrecido la mía al salir. Lo

haría cuando termináramos aquí, porque tenía en mente una forma mucho mejor de calentarla.
Mi nombre volvió a escapársele de los labios, y nunca me cansaría de lo sexy que sonaba. Sus caderas empujaron contra mi mano, sus piernas se abrieron más. Bien, si eso no era una señal de que quería más, no sé qué lo era.
Le aparté las bragas a un lado y le hundí los dedos dentro antes de que pudiera tomar otro aliento.
—Oh, Dios—
Thea entreabrió los labios, pero no salió nada mientras la follaba con los dedos a un ritmo implacable. No había tiempo para recrearse. No cuando cualquiera podía pasar. Su coño estaba tan mojado que me chorreaba por la muñeca. Joder. Ojalá pudiera ver y probar la excitación que le había provocado, pero hasta yo sabía que eso era demasiado arriesgado aquí.
Me incliné y pegué los labios a su cuello antes de morder y mordisquear su piel, sabiendo perfectamente que le dejaría marca. Bien. Esta chica era mía, y me aseguraría de tatuarlo en su culo en cuanto pudiéramos.
Propiedad de Jackson James.
Solo con ese pensamiento estaba a punto de correrme en los pantalones. Imagina tomarla por detrás y acariciar ese tatuaje en su culo. Sí, por favor.
Se puso de puntillas, la barbilla se alzó justo cuando sus uñas se hundieron en mi hombro. Estaba a punto de correrse, así que presioné el pulgar contra su clítoris, haciéndolo rodar como pude con su cadera embistiéndome.
—Me voy a corr—
No llegó a decir la palabra entera antes de que se contrajera y luego soltara. Una y otra vez, su coño apretó mis dedos mientras la liberación le recorría el cuerpo. Observé cada momento en su cara. El fruncimiento de su ceño justo antes de que sucediera. La forma en que se le entreabrieron los labios cuando aspiró ese pequeño aliento antes de no poder más.
Respiraba con pesadez mientras miraba hacia abajo, entre nosotros. Mis dedos seguían dentro, y no tenía ninguna prisa por sacarlos.

Francamente, quería dejarlos hasta que se me arrugaran para saber que me la había empapado entera.
—No puedo creer que hayamos hecho eso —dijo. Tenía la cara arrebolada y se acurrucó en mi pecho.
—Yo no puedo creer que vaya a tener que dormir sin ti esta noche.— Jadeó cuando moví los dedos, asegurándome de empaparlos bien.
—No puedo otra vez. Es demasiado pronto.
—Lo sé —dije, sacando los dedos antes de cubrir su centro con la palma.
—Entonces, ¿qué estás haciendo?
—Asegurarme de que, cuando use la mano esta noche, se parezca lo más posible a ti.
Tardó unos minutos en captar la implicación. Quería oler a ella. Tener eso prendido en mi polla cuando por fin pudiera correrme.
—Eres un cerdo.
—Y tú eres la persona más sexy de Covey U —dije antes de sacar la mano y bajarle el vestido por los muslos. Luego la llevé entre nosotros y lamí uno de mis dedos, saboreándola en mí. También podía olerla, así que sabía que tendría una buena sesión más tarde. Especialmente sabiendo que estaría justo al otro lado de la pared.
—No puedes hacer esas cosas y esperar que no me ponga cachonda.
—Tú no puedes ni respirar y esperar que yo no me ponga cachondo.
— Me quité la chaqueta y se la puse sobre los hombros.— Ahora, venga. Vámonos a casa antes de que te congeles.
Le pasé el brazo por encima y se acurrucó a mi lado mientras cruzábamos y salíamos del campus hacia el piso, a un par de minutos.
—¿Crees que Tanner estará en el sofá?— preguntó Thea.
Le dejé un beso en la frente.— No.
—¿Cómo lo sabes?
—Me ha mandado un mensaje mientras aún estábamos en el local.
—¿Por qué te mandaría eso a ti y no me lo diría a mí?
Sonreí y esperé a que me mirara. Cuando lo hizo, dije:— Porque cree que voy a traerme a una tía buena a casa y que la voy a follar tan fuerte que podrá oírlo desde su cuarto.

Soltó una carcajada.— Guau. Tiene una fe ciega en tus habilidades, ¿eh?
Le apreté el costado, pegándola unos centímetros más. Ya íbamos muy pegados, así que era bastante.— ¿No me estoy llevando ahora mismo a una tía buena a casa?— Frunció los labios, sin querer contestar.— También creo que acabo de hacer que te corras y solo te toqué el clítoris los tres últimos segundos.
Gimió, restregando la cabeza en mi pecho.— ¿Tenías que decirlo así?
—Si vas a poner en duda mis habilidades, sí.
Atravesamos en silencio el bloque de pisos, subiendo por las escaleras, y de vez en cuando me detenía para besarla, sabiendo que no podía ir demasiado lejos porque todo el mundo nos conocía allí.
Cuando llegamos a la puerta del piso, se me cayó el estómago. Hasta aquí. Tocaba volver a Baseball Cap y Pyro. A odiarnos por el simple hecho de respirar.
Me apoyé en nuestra puerta, besándole cada nudillo.— ¿Supongo que esta es la parte de la noche en la que te digo buenas noches?
Se le sonrojaron las mejillas mientras me miraba.— Supongo que sí. — Hizo una pausa.— Tienes razón. Es un poco raro que no vayamos a dormir juntos esta noche. Supongo que no me di cuenta de lo rápido que me acostumbraría a estar en tu cuarto apestoso.
Arqueé una ceja.— ¿Apestoso? Lo único a lo que huele mi cuarto es a sexo porque he estado follando contigo las últimas cuarenta y ocho horas.
Gimió, dándome un suave manotazo en el pecho. Le agarré la mano, la atraje y la besé otra vez. Esta vez con más significado del que jamás podría transmitir. Ahora era parte de mí. Una pieza cuya ausencia no sabía hasta que me besó.
Cuando se apartó, la decepción se me coló por dentro como una combustión lenta.
—Te quiero en mi cama con unas ganas que parece irreal.— Las palabras se me escaparon antes de poder frenarlas, pero eran la verdad.
Thea se mordió el labio inferior, la vacilación brillándole en esos ojos profundos.— Sabes que no es posible. No es la forma en que quiero

que Tanner se entere.
Exhalé, pasándome una mano por el pelo.— Lo sé. Lo sé. Es solo que...— Me asaltó una idea y se me curvó la boca en una sonrisa.— Espera. Creo que tengo un plan.
Alzó una ceja.— ¿Sí?
—Sí. Ven.
Me llevé un dedo a los labios, diciéndole que estuviera en silencio, luego entreabrí la puerta y solté su mano.
—¿Tanner?— llamé, lo bastante alto para que me oyera si estaba en el salón, pero no si ya estaba en su cuarto.
Silencio.
Di unos pasos cautos por el pasillo, los justos para ver el sofá. Vacío. Los hombros se me relajaron.
Debía de estar en su cuarto. No sé ni por qué lo dudaba; Tanner era el tío más honesto que conocía.
Volviéndome hacia Thea, susurré:— Espera aquí.
Luego eché a correr hacia mi habitación, rebusqué en el cajón del escritorio hasta que los dedos rodearon un estuche blanco pequeño.
Cuando regresé, Thea lo miró con suspicacia mientras yo se lo ponía en la mano.
—¿Auriculares?— preguntó, frunciendo el ceño.
—Llévatelos.— La guié por el salón hacia su dormitorio.— Tengo un plan.
—Vale...— La curiosidad le centelleó en los ojos, pero antes de que pudiera pedirme explicaciones, se puso de puntillas y me estampó un beso rápido en los labios.
El momento tierno se hizo añicos cuando oímos movimiento en el cuarto de Tanner.
Thea se apartó al instante, articulando algo que no pude descifrar; yo estaba demasiado ocupado pensando en todo lo que íbamos a hacer.
—Buenas noches —dije cuando se deslizó en su cuarto, cerrando la puerta tras de sí.
Me fui al mío, todavía preguntándome cómo demonios había tenido tanta suerte de que ella me mirase así.

Capítulo 23

Thea

Thea: Entonces, ¿cuál era el plan?
Jackson: Conecta esos auriculares a tu Bluetooth. Cuando termines, avísame.
Jackson: ¿Has terminado? Han pasado cinco minutos.
Thea: Lo siento, no se me da muy bien esto. Creo que ya funciona.
Llamada entrante de Jackson...

—Oye —respondí a la llamada, y se me cortó la respiración en el momento en que el rostro de Jackson apareció en mi pantalla.
Solo habían pasado siete minutos desde la última vez que lo había visto, pero el corazón me latía un poco más rápido porque lo había echado de menos en ese breve lapso de tiempo.
Me reí para mis adentros. Hacía tres días no lo soportaba. ¿Y ahora? Prácticamente me moría por tener su atención.
—Oye —susurró él. Estaba en su habitación, con los auriculares puestos, y el suave resplandor de la lámpara de su escritorio proyectaba marcadas sombras sobre su mandíbula—. Mmm. ¿Qué llevas puesto? —preguntó con una sonrisa pícara.
Puse los ojos en blanco. Siempre pensando en el sexo. A todas horas.
Su mirada recorrió la pantalla, tratando de absorber todo lo que podía ver de mí, que no era mucho. La tenue luz apenas dejaba ver mi cara, e incluso si no estuviera enterrada bajo las sábanas, no vería mucho más que eso. Aun así, sentía cómo su atención me quemaba.
Sin pensarlo, encendí la linterna del móvil y lo incliné hacia abajo para enseñarle mi pijama de seda morado; el mismo que llevaba puesto cuando Jackson me había despertado en mitad de la noche.
Un gruñido bajo y gutural vibró a través del teléfono.

El sonido me provocó una sacudida que me llegó hasta la médula, y el calor se acumuló entre mis muslos tan rápido que resultaba vergonzoso. Odiaba lo fácil que le resultaba provocar esa reacción en mí.
—Eres jodidamente sexi. —Su voz era densa, áspera y cruda.
¿Era esto porno auditivo? Desde luego, lo parecía.
—¿Cómo te sientes ahí sin mí?
Volví a enfocarme la cara con el móvil, forzando una sonrisita. —Bastante bien. Puedo ponerme en estrella de mar, y no hay un cuerpo gigante ocupando todo el espacio.
Jackson soltó un bufido y tensó la mandíbula. —En estrella de mar es exactamente como te quiero, Pyro.
Solté una risita y froté los muslos en un intento de aliviar la tensión que me recorría el cuerpo. Si acaso, lo empeoró.
—Pon el móvil en la mesilla de noche. —Hice lo que me dijo, pero su gemido me obligó a reprimir una sonrisa—. Así no. Le estoy viendo el ventilador del techo.
Miré hacia arriba, sorprendida de que pudiera verlo con tan poca luz.
—Apóyalo de forma que te enfoque a ti.
—Ah.
Apoyé el móvil contra la lámpara y comprobé la pantalla para asegurarme de que tenía una vista completa de mí.
Los ojos de Jackson se oscurecieron mientras me observaba, su respiración pesada y controlada.
—Estás divina, Pyro. —Su voz era lo bastante áspera como para sentirla por toda la columna vertebral.
El calor se arremolinó en mi estómago y se extendió más abajo mientras intentaba mantener la respiración constante.
—¿Y tú qué? ¿Vas a dejarme con las ganas, Gorrita?
—Claro que no. —Hizo lo mismo, apoyando su móvil hasta que pude verlo. Dejó caer las manos sobre la cama, y no pude evitar fijarme en la forma en que sus dedos se flexionaban contra las sábanas, como si ya estuviera imaginando cómo me agarraba.
—Siéntate en la cama y mírame, Pyro.
Tragué saliva. —Va-vale.

Mientras me movía, me di cuenta de que la pantalla se movía ligeramente, lo que confirmaba que ahora podía verme entera. Jackson inclinó la cabeza, estudiándome como si se preparara para devorarme.
—Sé que te gusta tener el control, pero esta noche quiero que seas una niña buena y me dejes hablar a mí.
Se me secó la garganta, y mi cabeza se hundió en las almohadas. *Dejaré hablar a mí*. ¿Cuándo se había vuelto Jackson tan directo? ¿Tan posesivo? ¿Por qué me encantaba tanto?
—Vale —susurré.
Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa. —Eso es lo último que quiero oír de ti que no sea un gemido. O mi nombre. Mientras te corres.
Contuve bruscamente el aliento.
—Sabes… —Su voz bajó de tono—. Todavía puedo olerte en mis dedos.
Tragué saliva, ofreciendo un suave «Mmm» como respuesta.
—Joder, Pyro. —Exhaló lentamente, como si se aferrara al último resquicio de autocontrol—. Quiero bañarme en ti.
Apreté los muslos, pero no sirvió de nada. Si acaso, la presión solo intensificó el calor insoportable que palpitaba entre mis piernas.
—Quiero comerte el coño tan a fondo que te huela en mi cara durante días.
Volví a gimotear, moviéndome inquieta en la cama.
—En el segundo en que deje de olerte —continuó, su voz no era más que puro deseo—, volveré a por más.
Me temblaban los muslos, y los cerré con fuerza. Ni siquiera me había tocado todavía, pero me sentía como una mecha corta, a punto de explotar en cualquier momento. Respiré hondo, intentando calmarme.
—¿Estás entrando en calor, Pyro? —La voz de Jackson era baja y burlona—. Puedo verte retorcerte. —Al parecer, no me movía con suficiente disimulo. Asentí, gimoteando ligeramente—. Seguro que estás pensando en lo de antes, cuando tenía la lengua dentro de ti. O tal vez cuando te chupaba el clítoris. Sé que eso te vuelve loca, ¿a que sí?

Sí. Normalmente era yo la que tenía el control, diciéndole a Jackson exactamente lo que quería, guiándolo, dirigiéndolo. Esta vez, yo no tenía nada. Esta vez, él era el dueño de todo.
Me eché hacia atrás sobre las manos, con el cuerpo ardiendo de necesidad, y clavé la mirada en la cámara, obligándome a concentrarme. A diferencia de cómo podía verme él a mí, yo solo podía verle la cara: envuelta en la oscuridad, apenas iluminada por el tenue resplandor de su habitación.
No quería que yo lo viese.
Al menos, todavía no.
—Quítate la camiseta —ordenó con voz áspera, autoritaria—. Enséñame las tetas.
Como si alguna vez fuera a ignorar una petición así.
Tiré la parte de arriba y de abajo del pijama al suelo, y mi piel se erizó al instante con el aire fresco. Eché los hombros hacia atrás, asegurándome de que Jackson tuviera la mejor vista posible de mi pecho desnudo en la pantalla.
Su respiración se entrecortó.
—Juega con tus pezones, Thea —dijo con voz ronca—. Hazte gemir con tu propio tacto.
Un lento escalofrío me recorrió mientras rozaba mis dedos por mis pechos y fingía que era Jackson quien me tocaba. —Qué bien te sientes, nena —dijo en un tono profundo que envió placer directamente a mi centro—. Tócate los pezones. Finge que es mi lengua.
Obedecí sin dudar, pasando los dedos sobre los picos endurecidos, imaginando el deslizamiento de su boca, el roce áspero de sus dientes.
—Ahora pellízcate.
Jadeé, mi espalda se arqueó, y el placer chispeó por mis venas.
Apreté los muslos con frustración e instintivamente bajé la mano, buscando alivio.
—Todavía no —advirtió Jackson, su voz aguda, llena de promesas—. Si me desobedeces, estaré ahí en un santiamén, y no podrás correrte.
Mi respiración se aceleró. —Pero estoy cachonda —siseé.

—Soy consciente. Tu coño reluce contra la luz. Estás tan mojada con solo pensar en mi polla, ¿verdad?
¿Lo estaba?
—Enséñamelo.
Eso me hizo detenerme. —¿Que te lo enseñe?
—Sí. —La orden fue firme—. Siéntate, abre las piernas y enséñame lo mojada que estás.
Mi cuerpo tembló ante sus palabras.
¿Podría hacer esto?
Sí.
Mi piel se erizó mientras me incorporaba, pero aun así, mis muslos permanecieron juntos, la intensa mirada de Jackson me retaba a ceder y hacer lo que me ordenaba.
—Ábrelas.
No estaba segura de si era un recordatorio o una prueba, pero de cualquier manera, iba a hacerlo. Tomando aire, separé lentamente las piernas, con todo el cuerpo ardiendo de anticipación.
El aire fresco me golpeó la piel expuesta, provocándome una oleada de escalofríos.
Jackson gimió, un sonido tan primario que me provocó otra oleada de expectación.
—Preciosa —murmuró, su voz casi reverente—. Estás jodidamente espectacular.
Me mordí el labio, mi pecho subía y bajaba rápidamente. No importaba cuántas veces me elogiara, siempre me hacía estremecer.
—No puedo esperar a hundirme dentro de ti de nuevo —gimió—. A sentir cómo me aprietas, aceptando cada centímetro.
Gimoteé, mis caderas se movieron hacia adelante.
—Fóllate con los dedos —ordenó.
Sin dudarlo, bajé los dedos, los deslicé hacia mi centro y mi espalda se arqueó ante el alivio instantáneo.
—No te toques el clítoris.
Me estremecí, frotándome contra mis dedos, el placer era tan intenso que casi me dejó sin aliento.
—Eso es. Cabalga sobre tu mano.

Mis caderas se movieron por sí solas, encontrando un ritmo que hizo vibrar mi cuerpo.
—Mmm. Estoy deseando volver a comerte ese coñito tan bonito que tienes —dijo con voz ronca, haciendo que mi coño se contrajera, mi cuerpo reaccionando a cada promesa sucia que hacía.
—Pasar tu clítoris por mi lengua… saborearte.
No hablé, no podía. Estaba demasiado concentrada, demasiado perdida en el placer y trabajando furiosamente mi mano con más fuerza, persiguiendo ese éxtasis.
Me dolía la muñeca, mi cuerpo estaba tenso; estaba a punto de correrme, pero no quería que terminara. Necesitaba que Jackson me dijera cuándo.
—Saca los dedos de tu coño.
Gimoteé, mi cuerpo se desplomó contra el colchón mientras hacía lo que me decían. Tan cerca. Estaba tan cerca. Mis dedos juguetearon contra mi centro, golpeando ligeramente para mantener viva la chispa.
—Méte-los en la boca.
Me quedé helada.
—¿Mis dedos? —Abrí los ojos de golpe, y no podía dejar de mirar la imagen en mi pantalla. Jackson se masturbaba furiosamente, la mandíbula apretada, los músculos tensos. Cada parte de mí gritaba que me levantara, corriera a su habitación y cogiera lo que ambos queríamos tan claramente.
Pero no lo hice.
—Sí. Tus dedos. Saboréate a ti misma, y chúpate-los como si fuera mi polla.
Una nueva ola de excitación me inundó al pensarlo. Lentamente, levanté la mano, mis dedos brillaban a la tenue luz, y los deslicé entre mis labios. Un sabor agrio y terroso se extendió por mi lengua. No era desagradable, más bien íntimo. Esto era lo que él saboreaba cuando me comía el coño.
Jackson soltó un gruñido gutural. —Sabes jodidamente bien, ¿verdad, nena?
Canturreé con los dedos en la boca, sacándolos para luego volver a meterlos, succionando ligeramente.

La respiración de Jackson se entrecortó. —Buena chica —murmuró, su voz oscura por la aprobación—. Ahora vuelve a metértelos dentro.
Nunca había hecho algo así antes. Se sentía primario, salvaje y un poco incorrecto.
Y, sin embargo, era tan jodidamente excitante saber que me estaba mirando así.
Mis dedos se deslizaron de nuevo dentro, mi cuerpo palpitaba, se contraía y mis muslos temblaban mientras la tensión aumentaba.
—Juega con tu clítoris.
Llevé mi otra mano a mi clítoris y pasé los dedos sobre él, mi cabeza inclinándose hacia atrás por lo bien que se sentía.
Estaba cerca.
Tan cerca.
Pero estaba esperando a que Jackson me lo permitiera.
—Estás ahí mismo, ¿verdad? —Su voz era baja, goteando calor—. Lo sé. —Apenas prestaba atención a sus palabras, demasiado perdida en el éxtasis que perseguía como para importarme—. Yo también. Aunque ojalá me estuviera corriendo por todas tus tetas.
Todo mi cuerpo se contrajo, tambaleándose al borde del abismo por sus palabras. El placer me recorrió como un rayo, mis músculos tensos, mi mente en blanco.
No había forma de que pudiera contenerme más.
—Joder, Pyro. Córrete.
En el segundo en que las palabras salieron de su boca, me dejé llevar. El éxtasis se apoderó de mí, ondulando a través de cada nervio mientras me follaba a mí misma a través de él, mi cuerpo retorciéndose, mi respiración agitada.
Se sentía tan bien.
Demasiado bien.
Me desplomé hacia atrás, incapaz de sostenerme, mis miembros pesados, mi piel ardiendo.
Jackson gimió, su respiración rápida y entrecortada. —Joder, eso ha sido increíble.
Levanté la cabeza lo suficiente como para mirar la pantalla de mi móvil. Parecía tan destrozado como me sentía yo. No podía hablar, y

mucho menos articular una frase coherente. Había sido demasiado bueno.
—Duerme un poco, Pyro —dijo, todavía recuperando el aliento—. Se lo diremos por la mañana.
Por la mañana.
No faltaba mucho.
Solté un suave suspiro, hundiéndome más en el colchón. —Buenas noches, Gorrita.
—Buenas noches, Pyro.
Cogí el móvil, apagué la llamada, me quité los auriculares y los dejé a un lado.
Estaba demasiado agotada para buscar mi pijama, así que me giré de lado, me tapé con las sábanas y dejé que el sueño me reclamara antes de caer en uno de los mejores sueños de mi vida.

Capítulo 24

Jackson

A través de las paredes se filtraban unas voces ahogadas, tan familiares que no tardé en reconocerlas como las de Thea y Tanner. Aun así, no tenía ganas de levantarme. No quería abrir los ojos por miedo a que el recuerdo de anoche no fuera más que un sueño. La imagen de Thea, su cuerpo perfecto retorciéndose mientras se tocaba y yo la guiaba con mi voz, había sido lo más excitante que había presenciado en mi vida. Estaba pensando seriamente en proponerle que lo hiciéramos todas las semanas. Ya sabes, como un pequeño juego entre nosotros.

Sin embargo, si quería volver a verlo, tenía que arrastrarme fuera de la cama y enfrentarme a su hermano. Una tarea que no me apetecía especialmente acometer, sobre todo porque no tenía ni idea de en qué punto estaba su relación con Aster.

Aparté las sábanas de una patada y me incorporé, notando la protesta de cada músculo de mi cuerpo. Me pesaba el agotamiento y el brazo me palpitaba, consecuencia de la intensidad de la noche anterior. Quizá debería haberme contenido un poco, pero cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

A medida que cruzaba la habitación, las voces se volvieron más nítidas y pude oír a Thea haciéndole preguntas a su hermano, que, a cambio, le respondía con monosílabos. Sus gruñidos eran una clara señal de que no quería hablar del tema. Típico de Thea, no lo dejaría en paz hasta sacarle toda la información que quería.

Al abrir la puerta, dije «Buenos días» con un bostezo, estirando los brazos para después rascarme la barriga. Cuando mi mirada se cruzó con la de Thea, sus ojos se llenaron de desprecio y recordé que, por la mañana, volvíamos a odiarnos. Una lástima. Ver su coño en todo su esplendor anoche era algo que me costaría olvidar.

Lo de mi amigo era otra historia. El chico que normalmente tenía la cara fresca y estaba listo para todo parecía aún más cansado que anoche. ¿Habría dormido algo?
—¿Noche larga? —preguntó Tanner mientras yo me pasaba una mano por la cara, solo para percibir el olor de su hermana en mis dedos. Aún no me había duchado y no tenía prisa por quitármelo de encima. Iba a ir al infierno, eso ya lo sabía, pero a este paso me esperaba una visita de bienvenida personalizada con mi propio asiento especial.
—¿A qué te refieres? —pregunté.
Tanner miró a Thea, que se encogió de hombros. —¿Vamos, que no puedo ser el único que no ha pegado ojo con todo ese ruido? Tú también has tenido que oírlo. —Thea puso los ojos en blanco y soltó un bufido de fastidio.
—Sí lo he oído. No puedo creer que Jackson siga con las mismas payasadas —dijo Thea.
—¿De qué estáis hablando? —Miré a los mellizos, esperando una respuesta.
—¿A cuántas tías te trajiste a casa anoche? —preguntó Tanner.
—¿Tías? —Casi me atraganté con las palabras, y pude sentir la ansiedad que emanaba de Thea—. No me traje a ninguna tía.
—Sí que lo hiciste —afirmó Thea, y por una fracción de segundo pensé que estaba lista para confesárselo todo a Tanner. Que por fin íbamos a salir del armario. Después de todo, Tanner parecía estar de mejor humor—. Ni siquiera puedo mirarte ahora mismo sin preguntarme qué clase de desastre profano ocurrió en esa habitación anoche. Si esto va a ser algo habitual, puede que tengamos que hablar de un cambio de habitación, porque, tío, yo no firmé para tener un asiento en primera fila para eso.
—¿Cambiar de habitación? —sonreí—. ¿Con tu hermano? —Asintió—. Tengo que decir, Thea, que sabía que te iba el rollo pervertido, ¿pero tu hermano? —Abrí mucho los ojos mientras levantaba las cejas y solté un silbido bajo—. Eso es… bueno, eso sí que es sorprendente.
—No porque quiera oír eso, idiota. Es porque él… —Señaló a su hermano con el pulgar, y el pulso se me disparó porque toda la

intensidad furiosa que tenía contra mí estaba en primer plano. ¿Por qué me encantaba tanto sacarla de quicio?
Tenía las mejillas sonrojadas, el pecho le subía y bajaba con agitación, y casi parecía que estaba a punto de… Ah, por eso me gustaba tanto, porque me recordaba a su cara cuando se corría. Joder, cómo me gustaría correrme en su cara ahora mismo.
¡Los pensamientos! Mantén los pensamientos puros cuando estés en presencia de otros.
—Se muda pronto —continuó Thea, un poco más despacio mientras miraba a su hermano con tristeza—. Deja la universidad y lo más probable es que juegue con los Charlotte Crossbills.
—Todavía no lo sabemos —intervino Tanner.
Thea se acercó a su hermano. —Si no son los Crossbills, será otro equipo. Es innegable que te van a seleccionar en el *draft* en una semana; la única pregunta es qué equipo te va a fichar.
Algo silencioso pasó entre los mellizos y, por primera vez, creí que la telepatía entre gemelos era real. Se abrazaron durante mucho tiempo. Tanto que empecé a sentirme incómodo. Así que resoplé y carraspeé para recordarles que estaba allí.
—¿Cómo fue con Aster anoche? —pregunté tan bajo que era posible que no me oyera, y en cierto modo me parecía bien.
Tanner soltó una risa amarga, mirando fijamente el zumo de naranja que había dejado en la encimera. —Ha dicho que quiere hablar esta noche.
—Eso es bueno, ¿no?
Tanner me fulminó con la mirada con una ceja arqueada y yo respondí haciendo lo mismo. —Supongo que entonces has olvidado lo que hay esta noche.
Miré alternativamente a Thea y a Tanner, ninguno de los dos decía nada, así que levanté las manos con exasperación. —Bueno, ¿cómo se supone que voy a saber si he olvidado algo si nadie está dispuesto a decirme qué he olvidado?
—Cena con el decano —zanjó Thea. Tenía los labios apretados en un gesto de desaprobación, nada impresionada conmigo, así que le dediqué mi sonrisa habitual, esperando que eso me devolviera su favor.

—Ah, no me había olvidado de eso, simplemente lo archivé en el fondo de mi mente ya que tenía cosas más importantes en las que pensar. —Preguntarme si Thea estaba húmeda en ese momento era una de ellas.
—¿Tienes tu traje? —preguntó Thea. Asentí. Tenía un traje en el fondo del armario, así que eso no servía de mucho para saber si mentía—. Y no me refiero a tu traje de Adán. —Arrugó la nariz con asco de nuevo, haciéndome sonreír—. Nadie quiere ver eso.
Nadie excepto tú.
Se me estaba poniendo dura, lo cual era inapropiado en ese contexto, así que rodeé la isla de la cocina, cogí un vaso del armario y me serví un poco de zumo de naranja.
—¿Aster te dio alguna pista por teléfono sobre cómo se sentía?
Tanner negó con la cabeza. —No. Nada. Estaba susurrando porque estaba con sus padres, que estaban completamente confundidos sobre por qué me fui antes de tiempo.
—¿No se lo ha dicho? —preguntó Thea.
—Parece que no.
La sonrisa de Thea se ensanchó. —Hermano, ¿por qué no has empezado por ahí? Son las mejores noticias del mundo.
—¿Por qué? —pregunté, ya que parecía que Tanner era reacio a hablar, y puede que me estuviera tirando a su hermana a escondidas, pero en el fondo seguía siendo mi colega. Él no quería hablar, así que le quitaría un poco de presión y haría las preguntas yo mismo.
—Bueno, si hubiera terminado, les habría dicho a sus padres al cien por cien que era porque Tanner le había pedido matrimonio. No tiene sentido de otra manera. Estáis locamente enamorados el uno del otro y se supone que te mudarás a su ciudad natal. Es un romance de cuento de hadas, y no hay ninguna razón para que rompáis.
—¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor? Pues no. De hecho, estás consiguiendo que me sienta peor.
Ella negó con la cabeza. —Mira, confía en mí, esto es algo muy bueno. Te lo prometo.

—No estoy seguro de que me fiaría de ella, T. Sé que es tu hermana y todo eso, pero, ¿en cuántas citas, por no hablar de relaciones, ha estado desde que llegó aquí?
A Thea se le desencajó la mandíbula y tuve que contenerme para no reír. El puro fastidio en su cara era digno de admiración.
—Jackson —masculló Tanner. Ya habíamos vuelto a nuestra rutina habitual. Yo molestando a Thea, Thea ofendiéndose por todos los habitantes de la tierra, y Tanner a un lado, esperando que nos calláramos en algún momento.
Me miró de arriba abajo con el labio curvado. —Ah, de verdad que te crees la hostia, ¿no? Mejor ser selectiva que una arrastrada.
—¿Arrastrada? ¿Me estás llamando a *mí* arrastrada? —Asintió, con la ceja arqueada en señal de desafío—. ¿No eras tú esa?
Vale, puede que eso me haya dolido un poco más de la cuenta, pero yo soy partidario del realismo. Thea se llevó la mano al pecho. —Yo… ¿una arrastrada? No recuerdo haber traído a casa a cualquier mujer que encontrara solo para fastidiar a mis compañeros de piso.
—No, no lo has hecho. Si trajeras a una mujer a casa, no me enfadaría. Estaría encantado y te preguntaría si puedo mirar.
—¡Jackson! —gritó Tanner, pero lo ignoré; tenía asuntos más importantes que atender. Principalmente mi novia.
—Seguro que sí. Apuesto a que ni siquiera has *visto* un coño desde que llegaste aquí, y que solo estabas viendo porno con tu amigo en línea. ¿Cómo se llama? ¿Liam? No te juzgo. Por lo que sé, el tío está bueno. Seguro que te encanta hablar con él mientras ves a chicas correrse por gente que no eres tú.
Guau. Menudo veneno. Ya se la devolvería más tarde.
Chasqueé la lengua, dejando que mi mirada la recorriera. Joder, ¿estaba tentadora? Ese ridículo mono morado no debería haber sido atractivo, pero de alguna manera, lo conseguía… demasiado bien. Lo bastante como para comérsela… otra vez. Demonios, la deseaba de vuelta en mi cama tanto que dolía.
—Ten cuidado, Pyro. Casi suenas un poco celosa.
Volvió a arrugar la nariz. —¿De verdad crees que estoy celosa de tu mano? —Sus ojos se posaron en mis manos, que rodeaban mi vaso

de zumo de naranja—. Tienes tantas ampollas en esas cosas que creo que sería más agradable acariciarme con papel de lija.
—¿Acariciarte? Oh, háblame sucio, Pyro.
—Basta —dijo Tanner, dando un golpe en la encimera que nos hizo saltar a los dos. Guau, eso era más emoción de la que solíamos obtener de él—. No estoy de humor para escuchar más de vuestras discusiones. Ya lo entendemos todos. Os odiáis, pero ¿podéis hacerlo un poco más en silencio, por favor?
Se me cayeron los hombros mientras estudiaba a mi amigo sin la distracción de Thea por un segundo. Anoche pensé que parecía cansado, pero hoy, el peso del mundo estaba sobre sus hombros. Había sido la cara de los Covey U Wildcats desde que se unió. Incluso cuando estaba suspendiendo sus clases, se salvó convenciendo a Aster para que le diera clases particulares. Era el tipo más decidido con el que había tenido el privilegio de jugar, y finalmente vi la tensión en toda su cara. Todo el trabajo duro le estaba pasando factura y era más de lo que podía soportar.
—Lo siento —espetó Thea, apretando los labios.
—Sí, lo siento. Tu hermana no es tan mala. Puede que hable mucho, pero en general, es una chica bastante simpática. —Dirigí mi mirada a la de Thea. Sus hombros se relajaron y esbozó una leve sonrisa.
—Supongo que Jackson tampoco es tan malo. No es culpa suya que le falte encanto; una vez intentó ligar con alguien elogiando su señal de wifi.
—Oh, ¿me estás diciendo que eso no funcionó? Quizá puedas ayudarme a aprender más para la próxima vez.
—Creo que te hace falta.
—Espera, ¿os estáis llevando bien?
Miré a Thea, preguntándome si tenía las mismas habilidades telepáticas que ella y Tanner, y empecé a enviarle mensajes.
Ha preguntado. Deberíamos decírselo. Es la oportunidad perfecta.
—No. Sigue siendo un gilipollas, pero lo aguantaré por él esta noche. —Sus dedos se enroscaron alrededor de sus brazos cruzados y levantó la nariz con falso fastidio. Thea estaba haciendo todo lo posible por delatarse. Lo único que impedía a Tanner darse cuenta era lo distraído que estaba con Aster.

—¿Esta noche? —pregunté confundido—. ¿Por qué tengo que aguantarte esta noche?
—Porque soy tu pareja para la cena. ¿No te acuerdas?
—Nunca acordamos eso. —Entonces miré a Tanner, y pude verlo en sus ojos sin que dijera una palabra. No era reacio a suplicar, y sabía que me pediría que la llevara otra vez, como hacía cada vez que teníamos un evento de fútbol en grupo al que ella no estaba invitada.
—Son solo unas pocas horas —dijo Tanner.
Levanté una mano. —Tienes suerte de que estés pasando por esto con tu chica, si no, ahora mismo estaríamos teniendo una conversación seria sobre los límites.
En realidad no. Por primera vez en mi carrera universitaria, estaba contento de que Thea fuera mi pareja, lo que me hizo empezar a preguntarme cuánto mejor habríamos pasado el tiempo en todos estos eventos si hubiera cedido a mis sentimientos por ella antes.
—Lo sé, y tengo suerte de tenerte como amigo —dijo Tanner, y yo asentí de acuerdo—. No tengo ninguna duda de que serás la cara de los Covey Wildcats cuando yo me vaya.
Fruncí el ceño y lo miré con intriga. —¿Tú crees? No soy un *quarterback* mono con moño. No creo que tenga el mismo atractivo.
—Pero eres decidido y centrado —añadió Thea, y su máscara se deslizó un poco. ¿Me estaba mirando con un brillo en los ojos? ¿Podría verlo su hermano? Guardar un secreto con Thea era casi imposible.
Tanner estaba igual de confundido por su arrebato, y ella levantó las manos. —¿Qué? Puede que no me guste el tipo, pero digo las cosas como las veo.
—Ya, bueno, quizá he encontrado algo por lo que vale la pena luchar.
Tanner me dio una palmada en la espalda, sacándome del momento que estaba teniendo con Thea. —Ese es el espíritu. Vas a conseguir un gran puesto en el *draft* el año que viene, lo presiento.
El *draft*… Claro, en eso estaba centrado yo.

Capítulo 25

Thea

—¿Te he dicho ya lo bueno que estás esta noche? —pregunté, porque, sinceramente, ninguna otra palabra le hacía justicia. Ver a Jackson con traje no debería haber sido nada nuevo —ya lo había visto elegante antes—, pero esta noche era diferente. Esta noche sentía que era mío, y por fin podía prestarle la atención y los halagos que se merecía. Quizá fuera cosa mía, pero su mandíbula parecía más marcada que nunca y tuve que contenerme físicamente para no recorrérsela con la lengua.

La sonrisa de Jackson era amplia mientras se abría la chaqueta y daba una vueltecita para mí, añadiendo un meneo de cadera. Fue adorable y un poco sexi. Aunque no pensaba hacérselo saber.

Se abrochó la chaqueta y me guiñó un ojo. Si esto hubiera sido hace un par de semanas, habría querido borrarle esa sonrisa de la cara de un guantazo. Ahora, solo quería comerle la boca. ¡¿Qué me pasaba?!

—¿No lo dirás por decir? He engordado un poco fuera de temporada y me queda bastante apretado.

—Apretado en los sitios adecuados —bromeé, con la mirada fija en su paquete.

—Y yo que pensaba que el salido era yo —dijo con un suspiro.

—Estás genial —repetí, observándolo una vez más. Era quedarme corta; estaba guapísimo, pero, sinceramente, podría llevar una camiseta y un chándal y a mí me seguiría gustando. Últimamente, hasta esa gorra de béisbol demasiado ajustada parecía ponerme.

Jackson se asomó al salón de banquetes y la sorpresa se apoderó de su rostro. Ya estaba lleno de invitados, lo que significaba que no estaríamos solos una vez saliéramos de este pasillo. Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo contra su cuerpo antes de alejarme de la puerta y de cualquier mirada indiscreta.

Cuando estuvimos solos, depositó un delicado beso en mis labios. —No sé cuánto tiempo tenemos antes de ver a todo el mundo, así que

solo quería decir que creo que estás absolutamente deslumbrante. —Su mirada bajó hasta mi vestido mientras se humedecía los labios —. El rojo te sienta bien, y no voy a poder pensar en otra cosa que en cuánto desearía que estuvieras en la cama conmigo esta noche.
Le di un manotazo en el pecho, riéndome mientras me apartaba. No quería que viera lo mucho que me había gustado lo que había dicho. Me atrajo de nuevo hacia él y me besó la frente.
—Puede que odies oír lo guapa que me pareces, pero eso no significa que vaya a dejar de decírtelo.
—Gracias —mascullé, mirando a cualquier parte menos a Jackson. Todavía se me hacía raro oírselo decir a él—. ¿Dónde está Tanner? —pregunté—. Pensaba que ibais a hablar con el decano y luego a volver aquí.
Jackson sonrió. —Sí, se suponía que iba a venir conmigo, pero… eh… ha encontrado a Aster ahí dentro.
Me quedé con la boca abierta y lo fulminé con la mirada. —¿Por qué no ha sido eso lo primero que me has dicho? —Le di un manotazo en el pecho y él se rio antes de cogerme las manos y colocarlas con suavidad a mis costados.
—Porque has entrado a saco con los cumplidos. ¿De verdad crees que voy a negarme a oír a mi novia hablar de mi pollón?
Puse los ojos en blanco. —¿Has visto a Aster también? ¿O solo te ha dicho que la ha visto?
—La he visto. Llevaba un vestido verde precioso que hacía que su pelo resaltara mucho.
—¿Eso es todo?
Se encogió de hombros. —¿Qué más quieres?
Gruñí. —¿Qué cara tenía? ¿Estaba cabreada? ¿Molesta?
—Indiferente —dijo, encogiéndose de hombros.
—¿Indiferente? ¿Qué significa eso?
—No lo sé. No le estaba mirando la cara para analizar sus emociones. Solo quería que mi amigo fuera feliz.
—¿Lo era?
—¿Por qué no lo averiguas por ti misma? Están ahí dentro.
Asentí, alejándome de él y volviendo al salón del banquete, ralentizando el paso mientras contemplaba los techos de estilo

catedralicio y los cuadros de las paredes. Había leído los nombres de cada profesor cuando entré antes, y las paredes rezumaban historia.
—¿Te gusta? —preguntó Jackson mientras su mano me rozaba la espalda y luego bajaba a mi costado. Fruncí el ceño, anhelando saber qué se sentiría al tener su mano ahí, dándome calor, reclamándome. Pero esta noche no. Esta noche teníamos que interpretar nuestro papel: fingir que apenas nos soportábamos. Quizá intercambiaríamos unas cuantas palabras afiladas, actuaríamos como si quisiéramos hacernos pedazos el uno al otro, cuando, en realidad, lo único que queríamos era arrancarnos la ropa mutuamente.
—Es precioso, aunque un poco espeluznante.
—¿Espeluznante por qué?
_—No sé. Hay muchos ojos sobre mí, y no estoy segura de cómo me siento al respecto.
—Son cuadros, Pyro. Además, no te importaban los ojos sobre ti cuando tenías mis dedos en tu coño fuera de la discoteca anoche.
Gimoteé. —¿Tenías que sacar eso a relucir?
—Siempre. ¿Qué quieres que te diga? Soy de los que lo cuentan todo, y creo que son cosas que deberías saber.
Lo cogí de la mano, arrastrándolo entre la gente para encontrar nuestra mesa. —Vamos, tenemos que sentarnos antes de que alguien empiece a preguntarse qué hacemos.
***
—Bueno, ninguno de los dos estáis muertos, lo cual es una gran noticia —dijo Britt, con la voz cargada de humor mientras nos miraba a ambos—. ¿Supongo que ya has superado ese sueñecito que tuviste? —le preguntó a Jackson, cuyas mejillas se sonrojaron.
—Nunca superaré eso, B. Tú avísame cuando Matty y tú estéis listos. Yo me apunto.
Los ojos de Britt se abrieron de par en par y se agarró las perlas del cuello. Qué curioso, no esperaba que actuara de forma tan púdica, teniendo en cuenta que sabía algunas de las cosas que ella y Matty hacían. Su anillo brilló con el movimiento y todavía no podía creer que estuviera casada, o que mi hermano estuviera en crisis por una pedida de mano potencialmente fallida.

¿Por qué de repente me sentía tan vieja? El matrimonio ni siquiera estaba en mi órbita, y sin embargo, aquí estaban las personas más importantes de mi vida hablando de ello.

—¿De qué iba el sueño? —preguntó Aster, con la voz baja y apagada. Tanner estaba sentado a su lado, pero había un marcado contraste en su lenguaje corporal en comparación con el de Matty y Britt. Con un espacio visible entre ellos, se centraban en su comida y miraban a todos en la mesa excepto el uno al otro. Era incómodo. Estaban nerviosos y se disculpaban constantemente cada vez que uno de ellos chocaba accidentalmente con el otro.

Me rompía el corazón de una forma que no había esperado. Para mí, esos dos eran la definición misma de almas gemelas; simplemente encajaban. Se entendían de una manera que la mayoría de la gente solo podía soñar, y la idea de que un pequeño malentendido pudiera deshacer todo entre ellos era casi demasiado para soportar.

Curioso. Un malentendido nos había mantenido separados a Jackson y a mí. Si tan solo nos hubiéramos dado cuenta antes, no estaríamos en este lío en el que no podíamos celebrar nuestra felicidad por miedo a que destrozara a mi hermano.

Disimuladamente, dejé caer la mano sobre mi vientre, mientras las náuseas me invadían porque esto no estaba bien. Nada en esta situación lo estaba. Estaba ocultando lo mejor que me había pasado en la vida mientras esperaba a que lo mejor que le había pasado a *Tanner* se estrellara. Era horrible.

La palma de Jackson se posó en mi rodilla, sus dedos se extendieron sobre mi piel, reconfortándome al instante. Luego, lentamente, deslizó su mano hacia arriba, encontró la mía y la apretó, sujetándola como si no tuviera intención de soltarla.

Se me encendieron las mejillas. El gesto casi pareció como si me estuviera reclamando delante de todo el mundo, aunque nadie pudiera verlo.

Su pulgar frotó el dorso de mi mano y envió un calor abrasador a través de mi estómago. No era calentura, aunque eso siempre parecía ser un factor cuando él estaba cerca. Era amor.

Lo sabía. Se me había pasado por la cabeza por primera vez en los minutos previos a que Tanner casi nos pillara, y estaba lidiando con

cómo se lo diría a Jackson. *Si* es que se lo decía. Jackson no parecía el tipo de chico demasiado sensible. Especialmente porque solo llevábamos dos días acostándonos. Sin embargo, lo sentía. Una fuerza diferente ardía entre nosotros. Estaba ahí, y estaba muy presente en mi mente.

—Necesito un minuto —dijo Aster mientras echaba su silla hacia atrás, excusándose de la mesa. Miré a Tanner, notando la exasperación en su rostro mientras se pasaba una mano por el pelo. Estaba cansado y frustrado. No quería verlo así, así que sabía que tenía que hablar con ella.

Apreté la mano de Jackson antes de soltarla y eché mi silla hacia atrás. —Yo también necesito un minuto. —Ni siquiera me molesté en buscar una buena excusa, todos en la mesa sabían exactamente lo que estaba haciendo, y aunque Tanner abrió la boca para protestar, no dijo nada. Por mucho que odiara admitirlo, quería que fuera tras ella—. No tardaré.

Alisándome el vestido, me dirigí a la misma salida por la que había visto salir a Aster y la seguí hasta el baño. Me retoqué el maquillaje mientras esperaba a que terminara. Una vez que se abrió la puerta, me giré y me apoyé en el lavabo.

—¡Thea! —Se llevó la mano al pecho, sorprendida de verme—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba retocándome el maquillaje y quería ver cómo estabas.

La voz de Aster flaqueó ligeramente mientras desviaba la mirada, arrastrando los pies hasta el lavabo junto a mí. Abrió el grifo y se frotó las manos con demasiada fuerza, como si intentara lavar algo más que gérmenes.

—Aster, ¿qué está pasando?

Arrancó unas cuantas toallas de papel del dispensador, presionándolas contra sus manos húmedas. —Es complicado.

Solté un suspiro brusco. —No me vengas con esas. No actúes como si no hubiera estado aquí durante toda vuestra relación, como si no os conociera a ti y a Tanner. —Me crucé de brazos, sin intención de ceder—. ¿Qué pasa entre tú y mi hermano?

Sus dedos se detuvieron sobre las toallas de papel, la vacilación cruzó su rostro como una nube de tormenta. Finalmente, exhaló. —

¿Así que sabes que me pidió matrimonio?
Fruncí el ceño. —No, no lo hizo. Encontraste un anillo en su bolsa.
Sus labios se separaron con sorpresa. —Sí. Uno que él quería que encontrara.
Oh, Aster. La quería, pero a veces, era demasiado lista para su propio bien.
—No lo hizo —dije con firmeza—. Confía en mí. Lo sé. La única razón por la que se llevó ese anillo fue porque no quería dejarlo en el piso conmigo y con Jackson. Tenía miedo de que hiciéramos alguna estupidez, como quemar la casa.
—Oh. —Sus hombros se desplomaron, su expresión se transformó en algo incierto. Se quedó mirando el suelo, con el ceño fruncido.
—¿Todo bien? —pregunté tras un momento de silencio.
—Sí… —Asintió, pero a su voz le faltaba convicción—. Es que no esperaba oír eso. Pensaba… —Soltó una risa sin humor, negando con la cabeza—. Pensaba que quería casarse conmigo.
—¿Creía que no querías eso?
—No quiero. —Cerró los ojos con fuerza, arrugando la nariz—. No es eso lo que quiero decir. Quiero estar con tu hermano. Pero cuando tenía el anillo… —Retorció la toalla de papel húmeda en sus manos.
—¿Te quedaste helada? —adiviné.
—No —murmuró, sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos —. Fue algo que de repente empecé a contemplar.
Parpadeé. —¿Espera, qué?
—Es una locura, ¿verdad? —Sus ojos estaban vidriosos, y parecía tan confundida como Tanner—. No puedo casarme ahora mismo. Estoy haciendo mi máster, él está a punto de irse a vivir a otro estado y, sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en cómo sería tenerlo a mi lado. Llevar su anillo en mi dedo. Saber que cuando viera esos partidos, él volvería a casa conmigo.
—Eh… —Bueno, esto había dado un giro que no esperaba.
—Amo a tu hermano. No creo que haya nadie en este mundo al que ame más, y no quería hacerle daño. Simplemente, no sabía cómo lidiar con mis sentimientos sobre estar con él. Luego me dejó con mis padres, haciendo todo aún más incómodo. ¿Sabes que pensaban que Tanner había roto conmigo?

—¿Es eso lo que les dijiste?
—No.
—¿Has hablado ya con él?
—No con esas palabras. Me siento fatal. Cada vez que lo intento, empieza a disculparse y luego algo nos interrumpe. —Cerró los ojos, la tristeza era evidente en su voz.
—Hola, chicas —dijo Britt mientras entraba en el baño—. Eh, ¿acabo de interrumpir algo?
—No pasa nada. Solo estábamos hablando de nuestras cosas. —Fui vaga, ya que dudaba que Aster quisiera que divulgara los detalles.
—¿Cosas? —Los ojos de Britt se movieron entre Aster y yo, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Espera, ¿le estás contando a Aster todo lo que pasó entre tú y Jackson? —preguntó emocionada.
Mierda.
Debería haber pensado en eso como un posible tema antes de meterme en este berenjenal. Britt no tenía ni idea de que Tanner y Aster estaban teniendo problemas. Por lo que ella sabía, estaban actuando raro esta noche porque estaban nerviosos.
—¿Tú y Jackson? —Las cejas de Aster se fruncieron, sus ojos buscando respuestas en los míos—. ¿Hay un «tú y Jackson»?
—Eh… —Bueno, esta noche me iba a sacrificar por el equipo. Revelar mi nueva relación para salvar a Aster de hablar de la suya. Mis labios se curvaron en una sonrisa sarcástica—. ¿Puede ser? —Lo dije como una pregunta porque sentía que disminuía mi responsabilidad.
—¿Pasó algo mientras Tanner y yo estábamos fuera?
—Eh, es una historia divertida —empecé, y Aster gimió justo cuando Britt se ponía de puntillas, escuchándome con entusiasmo. Me aclaré la garganta, ganando tiempo para pensar en cómo lo explicaría—. Puede que Jackson y yo estemos saliendo.
Ahí estaba. Corto. Simple. Directo al grano. Nada que cuestionar.
—Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Creía que os odiabais? —preguntó Aster.
—Resulta que nos inclinamos un poco más hacia el lado del amor en la balanza.

—¿Amor? ¿Estás *enamorada* de él? —A Aster le estaba estallando la cabeza, y no me sorprendió. En un minuto, estábamos hablando de que ella y mi hermano podrían querer casarse, y al siguiente estamos hablando de Jackson y de mí.
Levanté un dedo. —No. No. No es eso lo que he dicho. He dicho que en la escala del amor y el odio, estamos más en el lado del amor. Solo parcialmente.
—¿Lo sabe Tanner? —preguntó Aster.
—Todavía no… Eh, queríamos mantenerlo entre nosotros. —Agité las manos frente a mi cara, tratando de decir todo lo que podía sin decir lo importante. Era consciente de que Aster no era Tanner, así que no tenía las mismas habilidades telepáticas.
—Estás esperando a ver qué pasa conmigo y con Tanner, ¿verdad?
—¿Tú y Tanner? —susurró Britt, atando cabos—. Espera, ¿está pasando algo entre vosotros dos? —Nuestro silencio respondió a su pregunta—. ¿Qué? No. No es posible. Está obsesionado contigo.
Aster soltó una risa amarga mientras su mirada bajaba a la mano de Britt, donde brillaba el hermoso anillo de diamantes.
—Puede. Creía que me había pedido matrimonio —dijo solemnemente—. Encontré un anillo en su bolsa y se asustó.
—¿Un anillo? —jadeó Britt, su enorme anillo brillando—. ¿Qué dijiste?
—No dije nada. —Levantó una mano en señal de exasperación—. Tanner no me dio tiempo. Se fue y cogió un vuelo de vuelta aquí antes de que pudiera decir nada. —Aster jugueteaba con sus manos, su cuerpo lleno de nervios; algo que nunca había visto en ella.
—Pero ahora estás aquí como su acompañante. ¿Has podido hablar con él al respecto? —preguntó Britt.
Los ojos de Aster se abrieron de par en par mientras negaba con la cabeza. —Estoy esperando el momento adecuado. Estoy bastante segura de que Tanner solo piensa que he venido esta noche para que no pase vergüenza delante del decano.
—¿Es así? —Britt enarcó una ceja. Me alegraba de que estuviera aquí haciendo las preguntas que yo no tenía cojones a hacer.
—N-no. Amo a Tanner. Quiero estar con él. Es solo que el momento de una boda sería completamente inoportuno ahora mismo. —Típico

de Aster. Preocupada por la logística en lugar de centrarse en sus sentimientos.
—Él está a punto de empezar su carrera en la NFL. Yo necesito terminar mi máster. Simplemente no es el momento adecuado, pero eso no significa que sea un no.
—Todo tiene mucho sentido —dije, haciendo que Aster se detuviera y me mirara con confusión—. No puedo hablar por mi hermano, pero lo conozco desde el momento en que nuestros corazones empezaron a latir. Te quiere, de eso no hay duda. Y sé que lo último que quiere es perderte. La única razón por la que se está volviendo loco ahora mismo es porque, en su mente, la pregunta no es si lo dejarás, sino cuándo.
—No me ha perdido.
—Eso ya lo sé. Creo que es a mi hermano a quien tienes que decírselo.
—Tienes razón. —Aster sonrió antes de que la atrajera a un abrazo y le diera un apretón extrafuerte cuando sentí lo mucho que temblaba.
—Todo irá bien. Te lo prometo —dije, mirando a Britt por encima del hombro de Aster con los ojos muy abiertos por la sorpresa.
Tanner y Aster estaban hechos el uno para el otro. Superarían esto. Lo sabía.

Capítulo 26

Jackson

Abrí la puerta del coche y le dediqué una sonrisa a Thea mientras se metía en mi asiento de cuero y se abrochaba el cinturón, con una expresión de suficiencia al acomodarse.
—Se está bien aquí delante —musitó, pasando los dedos por el salpicadero.
Me metí en el asiento del conductor, arranqué el motor y le cogí la mano, arrastrándola por encima de la consola central hasta que reposó sobre mi muslo.
—No te acostumbres —bromeé—. En cuanto Tanner se entere de lo nuestro, dudo que me deje llevarte a ningún sitio a solas. Lo que significa que serás la princesa del asiento trasero.
Ella enarcó una ceja, con los labios curvados en una sonrisa divertida. —¿Princesa del asiento trasero? ¿Es como una *pillow princess*? Porque estoy bastante segura de que quiero ser una de esas.
Una lenta sonrisa burlona asomó a mis labios. Le levanté la mano y le di un beso en cada nudillo antes de mirarla a los ojos.
—Eso tampoco es algo que podamos hacer con tu hermano delante.
Se le entrecortó la respiración, pero no me permití recrearme demasiado. En lugar de eso, cambié de marcha. —¿Cómo crees que ha ido la noche?
Entre el discurso aburrido y el filete demasiado hecho, la única parte redentora de la velada había sido ella: la chica a mi lado, la que me había dejado cogerle la mano bajo la mesa mientras estábamos sentados entre nuestros amigos, un silencioso secreto entre nosotros.
Thea ladeó la cabeza, pensativa. —Creo que ha ido lo mejor posible, teniendo en cuenta que aún no se lo hemos dicho a Tanner. —Miró

el asiento trasero vacío antes de que sus ojos se encontraran de nuevo con los míos—. Se hace raro volver a casa sin él, ¿verdad?
No le faltaba razón.
Aster y Tanner habían querido volver solos en el coche, y no habíamos dudado en dejarlos. Toda la noche había estado llena de miradas furtivas y prolongadas entre ellos, como adolescentes nerviosos a punto de admitir por fin que se gustaban.
Necesitaban hablar.
Y cuanto antes aclararan las cosas, antes podría yo contarle a mi mejor amigo lo mejor que me había pasado en la vida.
Su hermana.
—Sí —admití—. Pero me alegro de que no esté aquí.
Thea enarcó una ceja, con la curiosidad brillando en sus ojos. —¿Ah, sí?
Sonreí con suficiencia. —Porque significa que puedo hacer esto.
Inclinándome sobre la consola central, le ahuequé la cara y la atraje hacia mí para besarla.
Ella suspiró contra mis labios, derritiéndose en mí, y así, sin más, toda la tensión de no poder tocarla, besarla, tenerla, por fin se desvaneció.
Y nada me había sentado nunca mejor.
Al separarme, Thea se lamió los labios, una sonrisa lenta y satisfecha se dibujó en su rostro.
—Eso ha estado bien —murmuró, con los ojos aún cerrados, en completa paz.
Si el coche no fuera tan pequeño, si no estuviera ya embutido en mi asiento, la habría arrastrado por encima de la consola y habría hecho con ella lo que me viniera en gana.
¿Pero sexo en público en un aparcamiento?
Demasiado arriesgado para mí.
Por muy tentadora que sonara la idea de estar encerrado en una celda con Thea.
—Te quiero, Thea.
Joder.
¿Acababa de decir eso? La única otra mujer a la que le había dicho esas palabras era mi madre.

Sus ojos se abrieron de golpe, fijos en los míos, escudriñando mi cara como si intentara averiguar si me había oído bien.
Y así era.
Puede que lo hubiera dicho sin querer, pero no por ello era menos cierto. No me inmuté. No me retracté. Simplemente dejé que se asentara entre nosotros porque era innegable: nunca había querido a una chica como quería a Thea Joyce.
Y dudaba que volviera a hacerlo.
—¿Q… qué?
Oh, mierda.
¿Lo había interpretado mal? ¿Acababa de hacer un Tanner, forzando las cosas más de lo que estábamos preparados?
Negué con la cabeza, apartando la mirada de ella, con los dedos apretando el volante. —Nada. No importa —mascullé.
Solo porque estuviera colado por esta chica no significaba que ella estuviera lista para oírlo.
Un suave roce en la palma de mi mano hizo que mi respiración se calmara. Me volví hacia ella y…
Estaba sonriendo. No era su habitual sonrisa burlona, ni una cargada de sarcasmo o broma. Parecía feliz. Extasiada, incluso. Un momento... ¿Estaba feliz por esto?
—¿Acabas de decirme que me quieres, Gorra de Béisbol?
Tragué saliva. —Sí…
Sus dedos se enroscaron alrededor de los míos, su voz bajó a un tono casi tímido. —Bueno, eso está bien —susurró—, porque yo también te quiero. Cuanto más lo pienso —continuó, con sus ojos fijos en los míos—, más creo que me gustaste en el momento en que te conocí. Solo que era demasiado tonta para darme cuenta.
¿Estaba sufriendo un infarto o así era como se suponía que debías sentirte cuando la mujer que amas admite que siente lo mismo? Se me oprimió el pecho, y agradecí tener ya puesto el cinturón de seguridad, ya que existía la seria posibilidad de que saliera volando de este asiento.
¿Había estado enamorada de mí desde el momento en que me conoció? Ni mi madre podía decir eso, ya que le provoqué desgarros de tercer grado. La puta Thea Joyce. La bromista. La princesa. Mi

grano en el culo. Podía pelearme con ella, tomarle el pelo, y aun así me desearía. Perfecta. Era jodidamente perfecta, y yo era jodidamente afortunado de que Britt me hubiera metido esa idea en la cabeza.
—No fuiste tú, Thea. Fui yo. Fui yo el que estaba demasiado metido en mi propio culo como para admitir que solo me peleaba contigo porque no podía tenerte.
Tomó aire y me sorprendió abalanzándose sobre la consola, apretando sus labios contra los míos. Me quitó la pajarita y me rasgó la camisa.
Poniendo mis manos en sus brazos, intenté calmar sus besos frenéticos, ya que estábamos muy apretados. —Thea —dije contra sus labios. Me ignoró, forzando su entrada en mi asiento y aplastándonos. —Tenemos que parar. Estamos en un aparcamiento, y si me detienen, no podré volver a tocarte nunca más.
La sola mención de la cárcel calmó el estado de ánimo de Thea, y aunque sus labios estaban contra los míos, se habían relajado. Besos cortos y dulces. —Que estuvieras en la cárcel podría no ser tan malo, y quién sabe, podría ser divertido. Imagínate que te visito, que te escribo cartas subidas de tono. Me encantaría, saber que toda tu atención estaría centrada en mí…
—Créeme, Pirómana. No necesitas meterme entre rejas para llamar mi atención. Ya la tienes. —Solté una risita, la cogí por las caderas y la coloqué suavemente de nuevo en su asiento. Luego me incliné, tiré de su cinturón de seguridad y se lo abroché. Ahí. Seguro que ahora no podría armar ningún lío.
—Ahora, vamos a casa a contarle a Tanner lo nuestro. Seguro que él y Aster han hecho las paces, y quiero que nuestra relación salga a la luz.
—Yo también.
Guié su mano de vuelta a mi muslo, presionando suavemente para hacerle saber que ese era su sitio, y salí del aparcamiento. El coche se sumió en un silencio cómodo, algo que nunca había experimentado con nadie más. Con la mayoría de la gente, siempre sentía la inquieta necesidad de llenar el silencio, de mantener la conversación. Pero con Thea, no tenía por qué. Ahora que todo

estaba claro entre nosotros, el silencio no se sentía vacío. Se sentía bien.
Las uñas de Thea danzaban sobre mi muslo mientras conducía, y solo cuando empezaron a subir sigilosamente me di cuenta de su sonrisa traviesa.
—Thea, ¿qué estás haciendo? —pregunté. Ya la tenía medio erecta por nuestros besos, así que esto no ayudaba. Solo cuando sus dedos desmetieron mi camisa y su mano me hizo cosquillas en la cintura de los pantalones, bajé la vista.
—Concéntrate en conducir —dijo Thea mientras yo volvía a girar la cabeza hacia la carretera.
—Thea —advertí sin verdadera convicción en mis palabras. Sus manos eran tan suaves que, por alguna estúpida razón, no pude evitar obedecer.
Tiró un poco más fuerte de mis pantalones, forzando la cremallera a abrirse y liberando mi polla cubierta por el bóxer. Eso no la detuvo. Bajó la tela, dejando mi miembro expuesto a los elementos. Mis abdominales se contrajeron mientras me inclinaba hacia delante, intentando cubrirme un poco.
—Thea. Estamos a solo quince minutos del apartamento. ¿No puede esperar? —dije con los dientes apretados, concentrando toda mi atención en la carretera.
—No pasará nada. Siempre está tranquilo por aquí.
Antes de que pudiera responder, su cabeza estaba en mi regazo, su mano envuelta alrededor de mi polla y su lengua lamiendo la punta.
—Oh, mierda —dije, pisando el freno para reducir la velocidad. El sudor me perlaba la nuca, y no estaba seguro de si era porque estaba nervioso por chocar o porque los labios de Thea alrededor de mi polla nunca me habían sentado tan bien. Necesitaba detenerla, pero no estaba pensando con la cabeza.
—Sé un buen chico y ve despacio. A partir de aquí todo son carreteras secundarias —dijo, y cuando su lengua recorrió la punta de mi polla, no tuve más opción que obedecer. Soltando el aire, intenté concentrarme en la carretera que tenía delante. Sin embargo, era demasiado difícil. La mano de Thea se movía al unísono con su boca, y yo quería disfrutarlo.

—Thea, si vas a seguir chupándomela, voy a tener que parar. —Su respuesta fue hundir mi polla más profundamente en su boca, hasta el fondo de su garganta.
—Oh, Dios. —Mis dedos se aferraron al volante. Me mordía el labio con tanta fuerza que podría jurar que sangraba. Esto estaba mal, pero sentaba tan bien.
—Voy a parar.
Puse el intermitente y giré el volante en el mismo instante en que Thea me chupó la polla con tanta fuerza que no pude controlar mis movimientos. Mi pie pisó a fondo y mi mano se desvió demasiado a la izquierda.
—¡Thea! —Fue todo lo que pude decir antes de estamparme contra un árbol, mi cuerpo se abalanzó hacia delante mientras me golpeaba la cabeza contra el volante.
El sonido del metal aplastándose contra la madera llenó el aire, pero mi única preocupación era mi novia debajo de mí.
—¿Thea? —la llamé frenéticamente y me eché hacia atrás, ignorando el dolor punzante en mi espalda mientras sacaba a Thea de mi regazo.
Tenía los ojos cerrados, el rostro pálido.
—¿Thea? ¿Estás bien? —La sacudí suavemente por los hombros, esperando que reaccionara.
Nada.
Las lágrimas nublaron mi visión mientras la observaba. Tenía un moratón que se extendía por un lado de la cara, pero nada más parecía ir mal. Nada, excepto que no se despertaba. Se desplomó sobre mi pecho, y llevé mis dedos a su cuello, agradecido al sentir el pulso.
Mi mano temblorosa le acarició el pelo mientras intentaba reunir la compostura suficiente para sacar el móvil del bolsillo.
—Todo va a salir bien, Pirómana. Te lo prometo. —Le besé la sien, sabiendo que solo había una persona a la que podía llamar, y que iba a matarme.

Capítulo 27

Thea

Tanner suspiró profundamente. —Lo sé. Lo siento —dijo con voz distante, como si estuviera en otra habitación—. No. No vengas. Yo me ocuparé de ella.

¿Ocuparte de quién? ¿De Aster?

Quise pronunciar el nombre de Tanner, pero tenía la garganta demasiado en carne viva para emitir un sonido. La cabeza me martilleaba; me dolía todo el cuerpo. Cuando por fin reuní las fuerzas para abrir los ojos, solo vi una luz blanca y cegadora que resultó demasiado para mi vista sensible.

¿Dónde estoy?

Sentía que la cabeza se me partía en dos aunque no me movía, y el mareo me daba ganas de vomitar. Solté un gemido débil, pero apenas fue perceptible por encima del incesante latido de mi cabeza. Seguro que nadie más pudo oírlo.

—Sí, te avisaré cuando se despierte.

¿Cuando se despierte quién? ¿Yo?

—¿C-cómo estaban? —Jackson. Su voz profunda me reconfortó de inmediato.

—Como si te importara.

—¡Tanner! —Era Aster, reprendiendo a mi hermano, lo que significaba que no era ella la que estaba en apuros.

¿Era yo? Pero si yo estaba bien, aquí mismo.

Tenía que estar soñando. Las voces sonaban demasiado irreales como para no estar solo en mi cabeza.

—¿En serio te vas a enfadar conmigo ahora mismo? —Aunque la voz de Tanner sonaba más clara, no conseguía animarme a abrir los ojos —. ¿Por ser borde con ese gilipollas?

No me gustó el tono seco de la voz de mi hermano. No cuando iba dirigido a mi novio.

—Lo sien… —La voz de Jackson sonaba forzada. Incluso presa del pánico. ¿Qué demonios estaba pasando y por qué nadie me lo decía?
—Tanner —volvió a decir Aster, y yo intenté desesperadamente concentrarme en todo lo que decían para averiguar dónde estábamos.
—No. No quiero oírlo. *Has sido* un capullo esta noche. No solo has puesto en peligro tu propia vida, sino también la de mi hermana, y no creo que pueda perdonártelo nunca.
Se oyó un portazo, y luego un instante de silencio.
¿Que ha puesto en peligro mi vida? ¿De qué demonios estaba hablando?
—Ya se le pasará. Estoy segura. —Aster habló de nuevo, y yo no pude soportarlo más. Necesitaba saber qué estaba pasando.
Gimiendo de dolor, me obligué a abrir los ojos, entrecerrándolos ante la abrasadora luz blanca. —¿Tanner? —Me dolía al hablar y la voz se me quebró al final del nombre de mi gemelo. No tenía ni idea de si aquello era real o un sueño febril, pero sabía que él me diría qué estaba pasando. Siempre lo hacía.
Una palma cálida cubrió la mía, anclándome a la realidad. —¿Pyro? —La voz de Jackson era cortante y estaba cargada de urgencia—. ¡Tanner, vuelve! Thea se ha despertado.
—Voy a buscarlo. —Vi un destello del pelo rojo de Aster mientras se movía por la habitación.
Respiré hondo y cerré los ojos; el dolor punzante en la cabeza se estaba volviendo insoportable. —Quédate conmigo, Pyro. Tu hermano volverá en un segundo. —Su pulgar frotó mi palma, y yo deseé con todas mis fuerzas apretar su mano para hacerle saber que estaba bien. Pero no pude.
—Jackson. —Su nombre salió de mis labios como una súplica. El último intento de hacerle saber que seguía allí.
—Estoy aquí mismo, y no tienes ni idea de lo feliz que me hace oír tu voz.
Antes de que pudiera abrir los ojos, sentí un cambio: una mano diferente se deslizó en la mía.
—Thea.

La voz de Tanner me sacó de la confusión y, al abrir los ojos, lo encontré observándome con una expresión tensa de preocupación. Me apartó con delicadeza un mechón de pelo de la cara, su tacto cuidadoso, casi vacilante.
—¿Cómo te encuentras? ¿Recuerdas quién soy?
Se le quebró la voz, frunció el ceño, y la forma en que me estudiaba me provocó un dolor familiar en el pecho. Era la misma mirada que me había dirigido aquella noche en el instituto, la noche en que me encontró en el baño después de que todo se viniera abajo.
Por una fracción de segundo, quise tomarle el pelo, quizá fingir que no sabía quién era, porque era mi hermano y mi trabajo era fastidiarle. Sin embargo, la ansiedad grabada en el rostro de Tanner me contuvo. Estaba claro que no era momento para bromas.
—¿Cómo podría olvidarte, Tan Tan? Ocupaste todo el espacio en el útero, dejándome a mí pudriéndome en un rincón y sobreviviendo con las sobras. —Me removí en la cama, notando el dolor punzante en el hombro al hacerlo.
—Me alegro de ver que no has perdido tu chispa —dijo Tanner, esta vez más suavemente.
—¿Qué ha pasado? —Para entonces, ya podía abrir los ojos lo suficiente como para ver el cabestrillo que me sujetaba el brazo y el vendaje que me rodeaba la frente. Una sacudida de comprensión me golpeó, y mis ojos se abrieron de par en par mientras la realidad de todo ello me invadía—. ¿Me he roto el brazo? ¿Qué me ha pasado en la cabeza?
Todo el suceso empezó a aclararse. Tanner, Aster y Jackson estaban todos aquí, mirándome con la misma expresión de preocupación. ¿Tan mal aspecto tenía?
—¿Nadie me lo va a decir?
Aster dio un paso al frente. —Creen que tienes un esguince en el hombro. El cabestrillo te lo sujeta hasta que tengamos los resultados de la radiografía —respondió, alejándose del sofá y dedicándome una sonrisa tímida. ¿Por qué todos en la habitación me miraban como si pudiera romperme?
—¿Un esguince de hombro? Eso suena a una lesión que se haría Tanner.

—Lo es. Ya eres oficialmente una atleta, Pyro. —Ignorando el dolor, me volví para mirar a Jackson, que estaba de pie al fondo de la habitación, dedicándome una sonrisa vacilante—. Normalmente solo te haces ese tipo de lesiones en el campo.
—¿De verdad crees que es momento para bromas, Jackson? —Tanner fulminó con la mirada a mi novio—. ¿Después de dejar inconsciente a mi hermana y lesionarle el hombro?
—Espera, ¿qué ha pasado?
Tanner suspiró. Tenía las bolsas bajo los ojos casi negras y el pelo revuelto. Era obvio que no había dormido en días. —Jackson estrelló su coche contigo dentro.
—¿Lo hizo?
Tanner me detuvo cuando intenté cambiar de postura, lo cual fue de gran ayuda, ya que cada movimiento me provocaba un dolor punzante en la columna. —¿Recuerdas algo de anoche?
Intenté pensar, pero dolía. Mucho. Como si me aplicaran un hierro candente en la piel. Tanto que inspiré bruscamente. El pulgar de Tanner frotó mi palma, ofreciéndome poco consuelo.
—Fuimos a la cena de gala con el decano… —empezó Tanner.
—De eso me acuerdo. Pero no de mucho más.
Mi hermano rio con amargura, volviendo a fulminar a Jackson con la mirada. —Bueno, pues Jackson se pilló una tajada de la hostia antes de llevarte a casa y estrelló el coche.
¿Que estrelló el coche?
—No estaba borracho —respondí—. Estuvo conmigo todo el tiempo. Lo habría visto.
—¿Estás segura? —preguntó Tanner con un matiz sarcástico en la voz—. Se estrelló de lleno contra un árbol. Si eso no grita «borracho al volante», entonces no sé qué lo hace.
Como un destello de reconocimiento, todo volvió a mi mente. Jackson sujetando mi mano, nosotros en el coche. Yo en su regazo. Mi cabeza entre sus… Joder. ¿El accidente fue por mi culpa?
—¿Le hicieron la prueba de alcoholemia? No estaba borracho. —Seguí hablando para intentar procesar todo lo que estaba pasando. Jackson miraba ahora al suelo, con las manos metidas en los

bolsillos, negándose a cruzar la mirada con nadie—. No me hizo daño. Estoy bien. No hay por qué preocuparse.
—Salvo por el esguince de hombro y la conmoción cerebral —dijo Jackson en voz baja. Podía sentir su impulso de tocarme, y yo sentía la misma necesidad. Necesitaba que él me consolara. La única persona capaz de quitarme el dolor. Pero no lo haría. Estaba respetando a mi hermano, y la tensión en la habitación me indicaba que no le había contado a Tanner por qué ocurrió el accidente.
Todo fue por mi culpa, y no estaba segura de si no había dicho nada para salvar mi dignidad o la suya. Quizá un poco de ambas cosas.
—No le hables —espetó Tanner, fulminando a su amigo con más ira de la que le había visto nunca. La única otra vez que se puso así fue cuando… bueno, cuando uno de sus compañeros de equipo intentó agredirme sexualmente.
Apreté la mano de Tanner, desviando su atención de Jackson. —Cálmate, T. No pasa nada. Estoy bien.
—No, no lo estás, y no intentes hacerme sentir mejor por la situación cuando estás tumbada en una cama de hospital, vendada hasta las cejas. Ese idiota casi te mata con su conducción temeraria, y tendrá suerte si no presentamos cargos penales contra él.
—¿Cargos penales? —susurré, mirando a Jackson con sorpresa. Tenía los labios apretados, pero pude ver el tic en su mandíbula. Esto era grave—. Pero si no ha chocado con nadie. ¿Cómo podrían presentar cargos penales contra él?
—Te hizo daño, Thea. Te prometí que nunca dejaría que volviera a pasar algo como lo del último año de instituto, y aquí estamos. —Tragó saliva, mirando al suelo pero no a mí. Se me revolvió el estómago al volverse el recuerdo demasiado real. Las situaciones no eran las mismas, y necesitaba que Tanner se diera cuenta.
—Jackson no me hizo daño. Fui yo. —Negué con la cabeza, empeorando el dolor, lo cual no podía demostrar por miedo a que Tanner volviera a estallar contra Jackson.
—Vamos a calmarnos todos —dijo Aster, acercándose un poco más a nosotros. Su voz era como una marea tranquilizadora entre mi hermano y yo—. Creo que es importante que nos centremos en que

Thea ya está despierta. Seguro que a vuestros padres les gustaría saberlo.
La habitación se quedó en silencio durante unos segundos. Yo estaba a punto de estallar, queriendo decir algo y defender a Jackson. Él empezó a hablar antes de que yo pudiera.
—Lo siento, Tanner. —La voz de Jackson era baja, pero todos en la sala la oyeron—. Estaba distraído. He asumido toda la responsabilidad y ya se lo dije a los policías cuando hablé con ellos.
—¿Policías? ¿Ya has hablado con la policía? —pregunté conmocionada. ¿Cuánto tiempo había estado dormida?
—Lo hizo, y le hicieron una prueba de alcoholemia que confirmó que no estaba borracho —añadió Aster, fulminando con la mirada a Tanner, que refunfuñó en respuesta—. Ahora están investigando si había problemas con el coche. Centrémonos en que tanto Thea como Jackson están bien.
—¿Bien? —Tanner rio con amargura—. ¿Crees que esto es estar bien? Mi hermana tiene una conmoción cerebral y un hombro hecho polvo, todo porque mi compañero de piso idiota no es capaz de poner su vida en orden.
¿Compañero de piso idiota?
—Eh, un momento —interrumpí, apartando mi mano de la de mi hermano—. Eso no es justo. Jackson no es un idiota. Puede que haga estupideces de vez en cuando, pero esto ha sido culpa mía.
—¿Cómo? —Tanner frunció el ceño y sus ojos escrutaron los míos, esperando una respuesta.
—Esto… —Miré a Jackson, no queriendo mentir, pero sin saber cómo decirle a Tanner la verdad sin decirle la verdad. Ningún hermano quiere saber que le estabas comiendo la polla a su amigo. Tanner negó con la cabeza, la ira rebotando en su cuerpo hasta que la mano de Aster se posó en su antebrazo.
—Tanner —la voz de Aster era baja e hizo que Tanner se detuviera en seco—, escúchalos.
—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —Nos miró a los dos. Había atado cabos, pero no estaba segura de qué—. Estabais gritándoos como siempre, ¿verdad? Gritando hasta el punto de que Jackson no podía concentrarse.

Miré a Jackson. ¿Estaba eso lo suficientemente cerca de la verdad como para que pudiéramos mantenerlo pensando así? —Debería haber sabido que no podía confiar en que aguantarais un viaje en coche sin intentar mataros.

No. No podía mentirle a mi hermano. No después de todo lo que habíamos pasado. Después de todo en lo que me había ayudado a lo largo de los años.

Con los ojos cerrados, dije: —No estábamos gritando. —El corazón me latía de forma errática. Sabía lo que tenía que hacer, aunque no quisiera—. Ha sido todo culpa mía. *Yo* estaba distrayendo a Jackson. El accidente ha sido culpa mía.

Tragando saliva, casi podía saborear la tensión en la habitación mientras Aster y Tanner escuchaban atentamente. Me dolía la cabeza de nuevo, y deseaba poder culpar a la lesión, pero sabía que era porque lo que estaba a punto de soltar sería peor que cualquier cosa que hubiera tenido que admitir antes.

—¿Qué estabas haciendo para distraerlo, Thea? —preguntó Tanner.

—Mmm… —Decir toda la verdad no ayudaría a nadie—. Estoy saliendo con Jackson. —Vale, eso sonaba mejor que «Le estaba haciendo una mamada».

—¿Qu…? —Los ojos de Tanner se movieron entre mi novio y yo mientras procesaba la información—. ¿Estáis saliendo? —La confusión teñía su voz, y cuando me miró, no necesité decir ni una palabra. Nuestra telepatía de gemelos lo confirmó. Lo sabía—. ¿Me estás jodiendo? —Rio con amargura, negando con la cabeza—. ¿Te lo estabas tirando mientras conducía?

Nunca en mi vida me había sentido tan avergonzada como al oír a Tanner decir esas palabras. —No exactamente —susurré.

Le llevó un momento entenderlo, y supe el instante en que lo hizo. —No, Thea. Por favor, no me digas que estabas haciendo *eso*.

Me encogí. No había forma de evitarlo. Había dejado suficientes migas de pan para que lo dedujera sin que yo lo dijera explícitamente.

—Mira, lo importante es entender que todo es culpa mía. Esto no es en absoluto culpa de Jackson.

—Thea… —Jackson intentó interrumpir, pero levanté la mano para detenerlo. Ya lo habían insultado bastante esta noche. Era mi turno de protegerlo.
—Deja de intentar defenderme. Es hora de que asuma mi propio comportamiento imprudente. Yo soy la razón por la que el coche se salió de la carretera. No culpes a Jackson.
Tanner sacó su teléfono del bolsillo, que sonaba, y me enseñó la pantalla.
Mamá llamando.
—Están muertos de preocupación por ti. Están intentando cambiar sus vuelos para poder venir a verte en lugar de venir para el *draft*.
—No necesitan hacer eso —dije rápidamente, dándome cuenta de lo mucho que la había vuelto a cagar. Este era uno de los momentos más importantes en la vida de Tanner, y aquí estaba yo, haciendo que todo girara en torno a mí. Él nunca lo diría, pero yo lo sabía. *Yo* era el problema en esto. Siempre lo era.
—Entonces, ¿qué se supone que tengo que decir? —preguntó Tanner, revolviéndome el estómago. Mis padres se enterarían de mis correrías sexuales, y así sería como les presentarían a Jackson como mi novio. Ya no había forma de evitarlo ahora que se lo había admitido a Tanner.
—Diles que estoy bien y que los llamaré cuando esté de vuelta en el apartamento. Voy a casa esta noche, ¿verdad?
—Thea, dónde vas a dormir esta noche es lo último de lo que deberías preocuparte. Te das cuenta de que distraer al conductor es un delito en California, ¿verdad?
—No voy a presentar cargos —respondió Jackson rápidamente. Se acercaba a mí, deteniéndose cuando Tanner clavó su mirada en él.
—¿Cómo podéis ser tan lerdos los dos? Da igual si no presentas cargos. Si la policía lo descubre, te los pondrán igualmente. ¿Habéis oído hablar de conducir bajo los efectos del alcohol? Te pueden multar aunque no atropelles a nadie.
El teléfono de Tanner parpadeaba incesantemente en su mano. Podía ver toda la preocupación y el estrés acumulándose en él. Siempre intentaba protegerme, incluso cuando tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Esto es una puta pesadilla. Necesito hablar con mamá, y luego iré a buscar a un médico para decirles que estás despierta. —Negó con la cabeza, saliendo rápidamente de la habitación antes de llevarse el teléfono a la oreja—. Hola, mamá. Sí, ya se ha despertado. —Eso fue todo lo que oí mientras doblaba la esquina y se alejaba de la habitación.
—Me alegro de que estés bien, Thea —dijo Aster, rompiendo el silencio—. También me alegro de oír que por fin habéis admitido vuestros sentimientos el uno por el otro. —Como si eso fuera lo más importante ahora mismo. Tanner estaba cabreado, yo no podía mover el hombro, y Jackson no tenía coche. La había cagado a lo grande esta vez. No se podía negar—. Dale algo de tiempo a Tanner. Se siente muy culpable por aquel incidente del instituto. Lo que le ha hecho reaccionar de forma exagerada. —El hecho de que ella lo supiera significaba que él le había hablado de ello. Sin duda con todo lujo de detalles, lo que significaba que él le había dedicado más tiempo a reconocerlo que yo desde que pasó. Ahora no podía pensar en otra cosa—. No está enfadado contigo. Hay muchas otras cosas pasando, y esto no ha ayudado a sus niveles de estrés.
El *draft*, los problemas de Aster, el cambio de su vida. No necesitaba añadir más, pero lo hice.
—Ya se le pasará. —Su voz era suave, y había un claro afecto por mi hermano en ella. Bueno, al menos parecían haberse reconciliado.
—No. Esto no es culpa suya. Tiene todo el derecho a estar molesto. —No podía dejar de pensar en todas las veces que me había sacado de apuros a lo largo de los años. Eran demasiadas. Le había cargado con demasiado, y este arrebato era la prueba de ello. Se merecía a alguien mejor—. Soy un desastre. Soy una egoísta, y no pienso en el efecto de mis actos en los demás, especialmente en Tanner.
—Thea. —La mano de Jackson se posó sobre la mía, y le dediqué una sonrisa de compasión. La realidad me golpeó en ese momento. Así se anunciaría nuestra relación a todo el mundo. Qué patéticamente sombrío, pero también apropiado para mí. No podía hacer nada con normalidad. Cuando anunciaba algo, tenía que ser con un accidente… sin segundas intenciones.

Aster señaló con el pulgar por encima de su hombro. —Voy a ver si Tanner está bien y a dejaros un rato a solas.
Cuando salió de la habitación, la sensación fue extraña. Jackson estaba de pie junto a la cama, mirándome. Ninguno de los dos sabía qué hacer. Levanté el brazo, lo que pareció ser una señal suficiente para que él se sentara en la silla a mi lado. Me picaban los dedos por tocarlo, aunque no estaba segura de que se atreviera. No mientras mi hermano estuviera tan enfadado. Era una locura pensar lo mucho que echaba de menos su tacto cuando solo llevábamos unos días saliendo.
Finalmente, cedió al impulso, y su mano se entrelazó con la mía. —Me has dado un susto de muerte, Pyro —murmuró. Jackson se inclinó, me besó la coronilla y, cuando nuestras miradas se encontraron, noté el brillo en sus ojos. Me dejó sin aliento. Nunca antes había visto a Jackson emocionarse, y saber que era por mí me hizo sentir fatal.
—Lo siento. —¿Qué más se podía decir? Él no quería que lo hiciera, y aun así lo hice.
Asintió, apretando más fuerte mi mano, y apoyó la cabeza en mi hombro bueno. —Todo saldrá bien. Te lo prometo, Pyro.
Mordisqueándome el labio, me quedé mirando la pared mientras contenía las lágrimas. Ojalá pudiera creerlo. No saldría bien. Lo había arruinado para todos. Tanner. Jackson. Mis padres. Mis decisiones no solo me afectaban a mí. Afectaban a todos los que me rodeaban, y no tenía ni idea de cómo arreglarlo.

Capítulo 28

Jackson

Mi meñique rozó el de Thea mientras Tanner nos llevaba a casa. El coche estaba en silencio, y yo iba encajonado, sentado atrás con la cabeza apoyada en la ventanilla. No me atrevía a mirar a la chica a mi lado por miedo a desatar la ira de Tanner. Por suerte, Thea solo oyó el final de nuestra discusión—si es que se podía llamar así, porque yo no respondí—, si no, estaría aún más disgustada de lo que ya estaba. No necesitaba ver a su hermano así. Bastante culpa cargaba ya.

Cuando giré la cabeza con disimulo para mirar a Thea, no supe leer su expresión. Miraba por la ventanilla con el ceño fruncido, sin duda intentando olvidar todo lo que había pasado. La música sonaba bajita y nadie había dicho nada desde que salimos del hospital. ¿Qué se suponía que íbamos a decir?

—Oh, esta canción es buena. Aster rompió el silencio mientras se inclinaba para subir el volumen de la radio. Por mucho que odiara el pop azucarado de Bailey Hill, era mejor que sentarse en un silencio que lo devoraba todo. Cada minuto se hacía horas, sumándose a la culpa que ya sentía.

Aster me miró de reojo por encima del hombro desde delante, me guiñó un ojo y se dejó caer de nuevo en su asiento. Estaba peleando por nosotros, lo que solo podía significar que pensaba que Tanner estaba siendo poco razonable. No lo estaba. Coincidía con él. Había sido un capullo, pensando con la polla en vez de con la cabeza. Deberíamos haberle contado lo nuestro en cuanto volvió. Joder, *yo* debería habérselo dicho en cuanto me di cuenta de que lo que sentía por su hermana no era solo amistad. Se lo merecía. Tendría que haber dejado de conducir cuando su mano se posó en mi entrepierna, y desde luego tendría que haber parado antes de que su boca se acercara a mi polla.

Esto era culpa mía. La había cagado y me tocaba a mí arreglarlo. Demostrarle a Tanner y a todos los demás que lo de Thea y yo no era un juego. Éramos más que eso. Ella no era un rollo. Era jodidamente mía, y Tanner no tenía que preocuparse por ella a partir de ahora. Yo la protegería.
Cacé los ojos de Tanner cuando miró por el retrovisor y, joder, si ya no me diera miedo ese tío, con esa mirada se me habrían encogido las pelotas. Hostia, había oído hablar de su mirada amenazadora en el campo, pero nunca la había probado en carne propia. El tío daba miedo cuando quería.
Inspiré de golpe y volví a mirar al objeto de mis afectos, lo que me dio ganas de reír. Si alguien me hubiera dicho que estaría coladito por el torbellino que llevaba un pijama enterizo de peluche, habría dicho que estaba delirando.
Como si hubiera sentido mi mirada, Thea ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa perezosa. El corazón me dio un brinco. Literalmente. Mierda. Eso no me había pasado nunca. Estaba perdido por esta chica. Lo único que quería era estirar el brazo, atraerla a mis brazos y besarle el dolor hasta borrarlo. Sin embargo, era consciente de que un gesto así podía provocarnos otro accidente si Tanner nos veía. Así que estiré la mano hacia la suya, en el asiento del medio, y entrelacé mis dedos con los suyos.
Sus hombros se relajaron y una sonrisa suave, satisfecha, le tiró de los labios. La imagen me calentó el pecho. Era por mí. Al menos estaba haciendo algo bien. Claro que también podían ser las drogas fuertes que le habían dado.
Aun así, cuando le acaricié la mano con el pulgar, su sonrisa se ensanchó. En ese instante silencioso dijimos más que nunca con palabras. Ahora estaba a salvo, y haría todo cuanto estuviera en mi mano para mantenerla así.
Al entrar en el aparcamiento del edificio, me sorprendió lo rápido que había pasado el trayecto. Cuando el motor se apagó y la radio enmudeció, volvimos al mismo silencio del principio. Solo que ahora era distinto. Más denso. Porque esta vez aún sentía el calor de la mano de Thea en la mía. Mía para protegerla, y prefería morir antes que dejar que le pasara algo.

Tanner carraspeó. —Aster, ¿puedes por favor llevar a mi hermana a su habitación y asegurarte de que esté cómoda?
Thea suspiró y me apretó la mano mientras se inclinaba hacia la consola central. —Estoy bien, Tan Tan. Ha sido un golpecito en la cabeza. Nada más.
Tanner ignoró a Thea y mantuvo los ojos en Aster. Aster dejó escapar un gruñido de duda antes de salir del coche. Luego Tanner miró al frente, negándose a mirar a Thea. Vaya. Nunca lo había visto tan cabreado, y me pregunté si tenía que ver con lo que había tenido que decirles a sus padres para que no cambiasen todos sus planes y vinieran.
Thea me apretó la mano, devolviéndome el foco. Vocalizó *Te quiero* justo cuando Aster abrió la puerta para ofrecerse a ayudarla a bajar. Me dedicó una última mirada sostenida antes de deslizarse fuera del coche, y cada parte de mí se moría por seguirla. Por cogerla en brazos y llevarla dentro yo mismo.
Lo único que me mantenía en mi asiento era la mirada abrasadora que sentía que Tanner me clavaba a través del retrovisor.
Los dos miramos cómo las dos mujeres se plantaban junto al ascensor, esperando. Solo cuando las puertas se cerraron con ellas a salvo dentro, Tanner por fin se movió. Salió del coche, rodeó el capó y abrió la puerta trasera antes de deslizarse a mi lado.
Instintivamente, me pegué a la ventanilla, con el bíceps izquierdo aplastado incómodamente contra la puerta. El coche de Tanner era amplio, sí, pero no estaba hecho para acomodar a dos tíos de nuestro tamaño apretujados en el asiento de atrás.
No dijo nada, y odiaba el silencio.
—¿Asiento de atrás, eh? Y yo que pensaba que Aster era la única con la suerte de un morreo así. Yo no digo nada si tú tampoco.
Nada.
Ni la más mínima amago de sonrisa. Tanner ladeó la cabeza y me escaneó. —¿Alguna vez vas en serio?
—Perdona —solté—. Supuse que tenía que romper la tensión.
Negó con la cabeza, murmurando —Idiota— entre dientes. Por primera vez en mi etapa universitaria me sentí pequeño. —Esto no es algo con lo que bromear, en mi opinión.

—Tienes razón. Me pasé la mano por el pelo, con los nervios devorándome. Ya me habían interrogado padres en el instituto cuando intentaba salir con sus hijas más de una noche, y ninguno me había hecho sentir tan mierda como cuando mi mejor amigo me miró así.
Traición.
Ira.
Esas eran solo algunas de las emociones que vi arremolinándose detrás de los ojos de mi amigo. —Lo siento. No debería haber hecho ese comentario. Me conoces. A veces la boca me va sola y no puedo pararla.
—Somos amigos, ¿no? —preguntó Tanner, mirando el asiento de delante en lugar de mirarme.
Asentí. —De los mejores. No vives con un tío dos años y no piensas que es la hostia. ¿Era demasiado? Probablemente. Me estaba esforzando, pero quería recuperar su confianza.
—Exacto. Nos conocemos.
—Y tanto —solté el aire—. Más de lo que jamás necesitaríamos. Apreté los dientes para no explayarme. En serio. De todas las cosas que sabía de él, no podía imaginar lo que sería saber que tu hermana le había hecho una mamada a tu mejor amigo y que por eso os habíais dado una hostia con el coche.
—Entonces tengo que ser sincero contigo. Se giró, su rodilla chocando con la mía.
—Claro. Mantuve el contacto visual, queriendo que supiera que lo de su hermana iba en serio.
—Me preocupa que para ti todo esto sea una gran broma.
Fruncí el ceño y me paré a pensarlo un segundo. —¿Una broma? ¿Thea?
—Sí. Es mi hermana. Mi *hermana gemela*, que ya ha pasado por suficiente mierda para toda una vida. No necesita más.
—Estoy de acuerdo, pero quiero dejarlo claro. Nunca he estado más serio con nadie ni con nada en mi vida.
Sus ojos recorrieron mi cara. No sabía cómo dejarlo más claro sin decirle que estaba enamorado de ella, cosa que no quería hacer, al

menos no todavía. Moví los hombros, sintiendo el juicio reflejado en su rostro.
—Quiero creerte. De verdad. Solo que no sé si puedo.
Cerró los ojos. El tío tenía un aspecto ojeroso y estresado, y bastante mayor de veintiún años. No parecía alguien que estuviera a punto de ser elección de primera ronda del draft. Supuse que todo lo de Aster y ahora Thea le había pasado factura. Yo formaba parte de eso, y solo me hacía preguntarme cuánto podía aguantar antes de romperse.
—Lo entiendo. Sobre todo enterándote como te has enterado. No fue mi mejor momento, y me voy a dejar la piel para demostrarte que Thea no es un chiste. Es lo mejor que me ha pasado jamás, y haré todo lo posible por que sea feliz.
No me contestó, y sabía por qué. Pensaba que yo era un desastre, y, siendo sincero, no había hecho nada para desmentirlo desde que nos conocimos. Estaba repitiendo mi tercer año de carrera y jugaba obsesivamente a videojuegos para poder reseñarlos cuando tenía tiempo libre. No era estudioso como Matty o Adam. Tampoco tenía el respaldo económico de Aiden.
Yo solo era yo, y eso no parecía suficiente cuando se trataba de Thea. ¿Cómo iba a serlo? Thea se merecía el mundo. Y, sin embargo, todo lo que podía ofrecerle era una silla gaming y un mando con vibración.
—Es tu hermana, Tanner. No la habría besado si no fuera en serio con ella.
Gimió. Mi bocaza otra vez. ¿Por qué coño mencionaba que había besado a su hermana? Eso solo le recordaba qué parte de mí estaba besando su hermana antes del golpe. Hasta a mí me parecía asqueroso en este contexto.
—¿Cuánto tiempo lleva esto?
—¿Saliendo con ella o gustándome?
—Ambas. Coqueteaste con ella cuando llegó, pero desde entonces no habéis hecho más que pelearos. De hecho, estabais discutiendo durante la cena con el decano. Y ahora, de repente, estáis juntos y tan metidos el uno en el otro que habéis provocado un accidente de

coche porque, por lo visto, no podéis tener las manos quietas más de unos segundos.
La bilis me subió por la garganta y me sentí fatal por haber hecho nada con Thea a sus espaldas.
—Supongo que entenderás mi escepticismo.
Me mordí la lengua y me tomé mi tiempo para responder. Era importante contestar bien y no soltar lo primero que se me pasara por la cabeza.
—Empezamos a salir la noche que volviste de casa de Aster. Era la verdad, y algo en admitir por fin que era mi novia me encajó. Tanner se acostumbraría; tenía años para demostrarlo.
—Pero te ha gustado desde hace más, ¿verdad?
Asentí y me crují el cuello. —¿Sabes eso de que hay una delgada línea entre el amor y el odio?
—Ajá.
—Ya, pues... supongo que siempre he estado a horcajadas en esa línea. Puede que siempre me haya gustado tu hermana. Aparté esos sentimientos por ti. Por ella, y, sinceramente, creo que nunca pensé que pudiera interesarse por mí. No me lo creí ni cuando me enteré de lo que le pasó.
—¿Te lo contó? —preguntó, sorprendido.
Asentí. —Sí.
—Creo que eres la primera persona a la que se lo ha contado. La mayoría de los días finge que no pasó.
—Lo hace. Va por la vida como si fuera invencible, encantada de valerse por sí misma, pero yo veo lo mismo que tú. A la chica suave que hay debajo. Aquello la cambió, y no volveré a permitir que le pase algo así. Ese tío no estaba a su altura.
—¿Y qué te hace pensar que tú sí lo estás?
Solté una risa sarcástica. Tenía razón. No había hecho nada para ganarme el respeto de llamarme su novio. Aún no, al menos.
—Tienes razón. No estoy a su altura. No la merezco. Aún no, pero lo estaré. Thea me ha dado algo por lo que luchar. Quiero ser mejor porque quiero verla triunfar y hacerla feliz. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para demostrarte a ti y a Thea que estamos hechos el uno para el otro.

Tanner se recostó, como si estuviera asimilando mis palabras. Me giré para mirar al frente en un intento cutre de darle algo de privacidad. No había mucha aquí atrás, considerando que hombros y rodillas se nos rozaban.
—Ni siquiera puedo usar la coletilla de «si le haces daño», porque ya lo hiciste, y aun así aquí estoy, escuchándote y hasta medio convencido de que deberíais estar juntos.
Vale. Vale. Lo decía con rabia, pero era un comienzo. Pensaba que debíamos estar juntos. Era buena señal, ya que yo pensaba lo mismo. Thea y yo éramos perfectamente imperfectos. Encajábamos. Yo lo sabía. Él lo sabía.
Le di un golpecito con el hombro. —Hermano. Él me miró despacio, con la cara impasible.
—No soy tu hermano —gruñó, molesto.
Todavía no.
Joder. ¿Acababa de pensar eso? Técnicamente solo había sacado a Thea en una cita, y ya estaba pensando en cómo sería tener a Tanner de cuñado. Imágenes de Thea vestida de blanco caminando hacia mí con esa sonrisilla sarcástica inundaron mi mente, y tuve que contenerme para no sonreír. Confirmado. Britt era una bruja y me *había* echado un hechizo. No solo quería una novia. Quería una esposa.
Estaba perdido.
Me acomodé un poco, asegurándome de poder mirar bien a mi amigo cuando dije: —Lo único que puedo hacer a estas alturas es prometer que no volveré a permitir que la hieran. La atesoraré como atesoro la consola Nintendo de 1986 que me regalaron mis padres por Navidad cuando tenía ocho años.
Tanner entornó los ojos y yo me removí en el asiento. Igual no era la comparación adecuada. —La tengo bajo llave en mi habitación en casa de mis padres. Hice una mueca—. No es que vaya a tener a tu hermana bajo llave, pero lo que intento decir es que, cuando me importa de verdad algo, hago todo lo posible por cuidarlo.
—¿Jackson?
—¿Sí?
—Por favor, deja de hablar. Lo estás empeorando.

—Vale.
Nos quedamos en silencio durante casi cinco minutos antes de que yo lo rompiera. Sí, me había dicho que me callara por mi bien, pero no tengo esa habilidad, y admiro a la gente que la tiene.
—Entonces, ¿eso significa que, de momento, puedo conservar mis pelotas?
Otra vez, Tanner no sonrió. Era inquietante lo serio que podía ponerse cuando quería.
—Si tuviera tiempo o ganas de sacarte ahí fuera y amenazarte hasta hacerte ver las estrellas, ya habría pasado. Eres un buen tío, Jackson. Puede que nunca lo admita, pero Thea es más que mi hermana. Es mi mejor amiga, y quiero verla feliz. Tiene una chispa cuando está contigo y, francamente, si eso significa que no voy a tener que escucharos discutir, al menos mis oídos descansarán.
Se me cayeron los hombros y sonreí como un bobo. No había sido tan terrible decírselo, ¿no?
—Además, no hace falta que te haga demasiado daño: ya tienes bastante con salir con mi hermana. Es un torbellino.
—Ya lo sé.
—No ganarás jamás una discusión.
—Sí.
—Te hará sentir como una mierda cuando la cagues.
—Ya lo he sentido.
—Pero harás cualquier cosa por verla sonreír.
Alcé la mano. —Culpable.
No se rió. Solo negó con la cabeza y abrió la puerta. Lo tomé como mi señal para salir del coche y seguirle. No veía el momento de ver a su hermana, y, mientras subíamos en el ascensor, estaba seguro de que Tanner lo sabía.

Capítulo 29

Thea

—Por si sirve de algo —dijo Aster mientras apartaba el mando de Jackson de la mesa de centro y ponía una bebida para mí en su lugar. Sentí una punzada en el corazón ante ese gesto. No quería que apartaran a Jackson. Era mío y merecía un sitio en la mesa—. No creo que haya sido para tanto.

—¿Te refieres a la conmoción cerebral o al esguince? —Levanté el hombro e hice una mueca, esperando que me doliera, pero recordé que no sentía nada de nada. Estaba colocada con unos analgésicos, pero incluso en ese estado, sabía que tenía un aspecto bastante maltrecho. Vamos, ¿cómo demonios iba a explicarles a mis padres que me había lesionado por hacerle una mamada a mi compañero de piso mientras conducía? Me estremecí al pensarlo y, por mucho que no quisiera, sabía que tendría que hablar con Tanner sobre la pinta que tenía todo esto.

Aster puso los ojos en blanco. —No. Las lesiones son graves, y la forma en que nos enteramos de cómo te las *hiciste* fue terrible, pero no es tan catastrófico como Tanner lo pintaba. —La miré, confusa—. Solo creo que está muy estresado por todo. No está pensando con claridad.

—No tienes que defender a mi hermano. Tiene todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo.

Cuando se abrió la puerta del apartamento, se me paró el corazón. ¿Andaría Jackson derecho? ¿Siquiera entraría por la puerta? La primera persona que vi fue a Tanner. Tenía la mandíbula apretada y la mirada pétrea. Tragué saliva, sin saber cómo enfrentarme a él después de todo esto. Cuando la puerta se abrió un poco más, dejando ver el cuerpo ancho de mi novio, suspiré aliviada. Calma. Esta vez no eran las drogas, desde luego. Esa tranquilidad solo podía

deberse al hombre que me dedicaba una sonrisa juvenil desde el otro lado de la habitación.
—Bueno, me alegro de ver que estáis vivos los dos —dije, intentando hacer una broma. Nadie le hizo caso, lo que no era ninguna novedad.
Tanner se acercó a Aster, la atrajo hacia sí en un largo abrazo antes de besarla en la frente y mantenerla a su lado.
—Tan Tan —susurré. Seguía pareciendo agotado y yo tenía tantas cosas que quería decirle. Nada parecía adecuado. Nada parecía suficiente para la que había liado.
No me miró a los ojos cuando dijo: —Solo necesito un poco de tiempo, Thea. ¿Puedes dármelo? —Asentí, sabiendo que si decía algo más, podría empeorar las cosas. Lo importante era que me estaba haciendo caso y no había matado a mi novio.
Le frotó el costado a Aster, reclamando su atención. —Vamos, necesito dormir un poco. —Aster lo siguió por el pasillo hasta su dormitorio sin decir una palabra más.
¿En serio? ¿Eso era todo?
¿Ni enfado? ¿Ni gritos? Lo había visto más apasionado porque el *soltero del béisbol* eligiera a la concursante equivocada. ¿No se suponía que tenía que vigilarme durante cuarenta y ocho horas? Pensaba que disfrutaría del papel de protector.
Se me agolparon las lágrimas en los ojos al saber que su indiferencia solo podía significar una cosa. La había cagado más que nunca. Tanner no me había tratado así jamás, y me dolía en el alma de una forma que no podía describir. Mi gemelo. Mi mejor amigo. La única persona que me defendía cuando las cosas se ponían realmente feas. Y ahora ni siquiera quería mirarme.
—Thea. —Fue como si la voz de Jackson rompiera una presa, y las lágrimas se me derramaron por las mejillas. Se me acercó, me rodeó con sus manos y me atrajo hacia él. Apoyé la cabeza en su hombro, absorbiendo la cálida sensación de estar conectada a él.
—¿Por qué no puedo hacer nada bien? —Me temblaba la voz al pronunciar las palabras. Era la primera vez que lo reconocía en voz alta. En mi cabeza, podía arrinconarlo en los oscuros recovecos de mi mente y no dejar que me afectara. Pero ahora no podía huir.

—Ya se le pasará. —Se suponía que las palabras de Jackson debían ser reconfortantes. Lo entendía. Pero yo no lo sentía así. ¿Acaso merecía que me consolaran? ¿Después de lo que había hecho?
—Es fácil para ti decirlo. Ha hablado contigo. A mí ni siquiera me mira. Por fin se ha dado cuenta de que soy un desastre; siempre metiendo la pata en el peor momento. No sé qué se supone que tengo que hacer para arreglarlo. Soy una persona horrible.
Jackson me apartó de su pecho y me miró a los ojos. —No digas eso, Pyro.
Negué con la cabeza, ignorando el mareo que me provocó, y me sequé las mejillas. —No. No puedes consolarme cuando he sido yo la que ha causado todo esto. Cada vez que a Tanner le pasa algo bueno, ahí estoy yo, arrastrándolo conmigo y jodiéndoselo todo. Nunca tiene la oportunidad de ser feliz o de disfrutar de sus propios logros, porque siempre me las apaño para que todo gire en torno a mí.
Se me hundió el estómago como si llevara piedras, se me hizo un nudo en la garganta y se me nubló la vista. Era la verdad. Los oscuros e insidiosos pensamientos que siempre tenía; solo que nunca había tenido las agallas de decirlos en voz alta hasta que tuve a alguien de confianza para escucharlos.
Intenté bajar la cabeza, pero las grandes palmas de Jackson me sujetaron las mejillas antes de que pudiera. Sus ojos profundos me absorbieron. —Eh. No digas esas cosas.
—¿Por qué no? Son verdad.
—No lo son, y odio oírte hablar así de la persona a la que más quiero en este mundo.
Me besó suavemente en los labios, dejando que las palabras calaran mientras mi visión empezaba a aclararse.
Arrugué el ceño y negué con la cabeza. —No. No puedes quererme. Soy… soy…
Horrible. Patética. Busco llamar la atención. Una pesada...
Todo eso me pasó por la cabeza, pero nada salió de mi boca, ya que Jackson terminó la frase por mí.
—La mujer más increíble que he conocido. Eres testaruda y sabes lo que quieres. No vas a dejar que nadie te diga lo que tienes que

hacer, y no te importa lo que piensen. No es que lo necesites. Eres mejor que nadie que haya conocido jamás. Tienes una fuerza que nunca antes había visto. La única persona que se interpone en tu éxito eres tú misma, ya que no puedes ver lo que yo veo.
Se me cayeron los hombros. Me resultaba imposible rebatirle, aunque de verdad quería hacerlo.
—Puede que no lo tengas todo planeado como Tanner, pero me encanta el camino que te estás labrando. Y mientras me aceptes, estaré a tu lado en cada paso del camino. Te quiero, Thea. Con tus manías y todo.
¿Por qué me miraba con tanta seriedad? ¿Como si yo pudiera cambiar el mundo de eje?
—Verte inconsciente me hizo darme cuenta de lo mucho que significas para mí. Si te hubiera perdido… no sé qué habría hecho.
—Sabes que yo también te quiero, Jackson. No hay nadie con quien prefiera discutir más que contigo.
Su ceño fruncido se relajó mientras las palabras salían de mi boca y, sujetándome las mejillas para que no me mareara, me besó. Un beso lento y suave que confirmó el amor que sentíamos el uno por el otro.
Antes de que me diera cuenta, había deslizado las manos por debajo de mis rodillas y me había levantado como si no pesara nada. —¿Qué haces? —pregunté, pasando mi brazo sano por encima de su hombro para sujetarme.
—Te llevo a mi habitación.
—Pero ¿y Tanner? —Miré hacia la puerta de mi hermano. El pasillo estaba oscuro y dudaba que Tanner saliera, pero aun así, alardear así de mi relación me resultaba extraño.
—¿Y qué pasa con él? Te ha dejado aquí fuera conmigo. Si quisiera ser él quien te vigilara durante las próximas cuarenta y ocho horas, me habría dicho que me largara. No lo ha hecho, así que te quedas conmigo.
Le clavé las uñas en el cuello, ignorando el dolor que me provocaba el movimiento en favor de estar más cerca de Jackson para poder susurrarle al oído. —No se me ocurre un sitio mejor en el que quedarme atrapada.

Tras entrar en su habitación, cerró la puerta y me depositó con cuidado en su cama. —¿Amarillo? ¿Cuándo te ha dado tiempo a cambiar las sábanas?
—Llevas un par de días sin dormir en mi cama, Pyro.
Me acurruqué entre sus almohadas, disfrutando de su olor por toda mi piel. Hice una mueca al girarme sobre el hombro y fruncí el ceño. Ese dolor debía de significar que la medicación estaba perdiendo su efecto.
—¿Qué pasa? —preguntó, y me quitó los zapatos, dándome un pequeño masaje en los pies mientras lo hacía.
—Me duele el cuerpo —gemí, y él me masajeó los tobillos y los pies, lo que solo me hizo sentir un poco mejor.
—Golpearte el cuerpo contra un volante con una polla en la boca es lo que tiene.
Me reí a carcajadas. Jackson ya me conocía lo suficiente como para saber que me gustaría ese tipo de broma.
—Ahora en serio, ¿cómo está tu polla después de semejante lesión?
Sus dedos dejaron de moverse. —¿En serio? ¿Vas a preguntarme eso? —Asentí—. Está bien. Un poco dolorida, pero nada comparado con lo que has pasado tú. ¿Te dieron alguna instrucción sobre tu actividad física para los próximos días?
—Emm. —Aunque las manos de Jackson parecían mágicas, mi cerebro seguía palpitando a pesar de los analgésicos. Mi hombro también tenía un dolor sordo que irradiaba a través de él—. Dijeron que mucho descanso y que no hiciera nada demasiado vigoroso.
Asintió, subiendo la mano hasta mi pantorrilla, donde le ofreció el mismo tratamiento. Amasando y masajeando. Era agradable, y odiaba admitirlo, pero me ponía un poco cachonda. Sin embargo, dudaba que eso le estuviera pasando por la cabeza.
—Bueno es saberlo —dijo mientras subía las manos por mi muslo. Hice un puchero cuando no se quedaron allí para un masaje, pero solté un chillido de sorpresa cuando deslizó los dedos por debajo de mis pantalones de chándal y mi ropa interior.
—¿Qué haces? —pregunté, riéndome mientras levantaba las caderas para ayudar a quitarme la ropa más rápido. El cuerpo de Jackson se

movió sobre mi piel expuesta y me subió la camiseta para besarme el ombligo, subiendo hasta besarme en los labios.
Pasé las manos por su pelo para profundizar el beso, pero él tenía otros planes. Cogió una de las almohadas a su lado y me guiñó un ojo mientras se apartaba de mí. —¿Jackson? —insistí, ya que no me había respondido la primera vez.
—Solo túmbate, Pyro. Voy a cuidarte muy bien.
Había un brillo de picardía en su voz, y no me importó en absoluto.
Colocó la almohada junto a mis costillas antes de que sus labios descendieran a mi estómago, besando y mordisqueando la piel allí mientras sus manos subían por mis costados bajo mi camiseta, hasta mi pecho sin sujetador, deteniéndose solo para pellizcar mis sensibles pezones.
—Ay. —Hice una mueca cuando movió mi cabestrillo demasiado lejos. Levantó la vista con preocupación, y traté de reírme del dolor —. Mi… uh… hombro. Todavía no puedo moverlo sin molestias.
Él asintió, con los labios apretados, y bajó las manos hasta mis costillas. Me eché hacia atrás, cerré los ojos e intenté ignorar el dolor punzante en mi cabeza.
—No estoy segura de que debamos estar haciendo esto —dije, a pesar de que mi mano libre se aferraba a su pelo, empujándolo hacia abajo. Sin embargo, él era demasiado fuerte para mis esfuerzos y actuó como si nada.
—¿Cómo va tu dolor de cabeza? —preguntó, depositando besos de mariposa sobre mi ombligo. Mi mitad inferior estaba desnuda para él, su torso era el peso que impedía que mis caderas se balancearan.
—Sigue ahí, palpitando como un pájaro carpintero incesante. Supongo que la medicación me está quitando algo de dolor, sin embargo.
Su lengua lamió mi estómago justo cuando sus manos apretaron mis costillas, y me estremecí.
—Después de que nos dijeran que estabas bien y mientras esperábamos a que despertaras, estuve leyendo un poco.
—¿Ah, sí? —Le moví la mano, animándolo a continuar su descenso para poder concentrarme en algo que no fuera el dolor.

—Sí. Estuve buscando todas estas formas diferentes de ayudarte a sentirte mejor, que podrían no implicar medicación.
—¿Como cosas de homeopatía?
—Mmm. Algo así.
Su cuerpo se movió sobre el mío, y gemí cuando su pecho rozó mi parte más sensible.
—¿Sabías que hay pruebas de que un orgasmo puede ayudar a aliviar un dolor de cabeza?
Mi cuerpo hormigueó ante la palabra orgasmo. No debería haber estado tan dispuesta a hacer algo así con Jackson después de todo lo que había pasado, pero lo estaba. Ansiaba la intimidad.
Cuando nuestras miradas se encontraron, me dedicó una sonrisa juvenil antes de volver a besarme el ombligo. —¿Y dónde has leído eso?
—Encontré algunos estudios al respecto, pero la mayoría de los resultados no eran concluyentes. Necesita ser probado más rigurosamente.
—Ah.
—Estaba pensando que tal vez podríamos ayudar a la ciencia y ver qué pasa.
Vale, ese cosquilleo de placer se estaba convirtiendo en algo más. Un dolor que solo Jackson podía aliviar.
—Por la ciencia, obviamente. —Me mordí el labio inferior, asintiendo mientras mi mirada recorría las líneas de los brazos de Jackson: fuertes, musculosos. Me encantaba que toda esa fuerza se concentrara en mí.
—Claramente. Por la ciencia.
Apartó las manos de mi pecho, cogió la almohada y me dio un golpecito en la cadera. —Entonces, levántate.
Seguí su orden y metió la almohada mullida bajo mi pelvis. Apoyándome para que mis pies quedaran plantados en el colchón y yo estuviera bien abierta.
Gimió mientras me contemplaba.
—Preciosa —dijo, y me dio el beso más rápido en el clítoris.
Tomé una bocanada de aire, mi cuerpo convulsionó con el contacto. Incluso con la medicación, podía sentirlo. La pequeña emoción del

placer. La desesperada necesidad de más.
Me retorcí, haciendo cualquier cosa para calmar mi necesidad de él.
—Thea —advirtió Jackson, su palma descansando contra mi pelvis mientras guiaba suavemente mi cuerpo de vuelta a la almohada—. Tienes que quedarte ahí, o tendré que parar.
—¿Parar? —Abrí los ojos, mirándolo con incredulidad—. Pero mover las caderas no es vigoroso.
—Lo es si empiezas a frotarte contra mi cara. Relájate, Pyro. Deja que yo haga todo el trabajo.
Enarcó una ceja, mirándome con severidad. Sin embargo, era difícil tomarlo en serio, ya que podía sentir su aliento en mi centro. Sus dedos se movieron nerviosamente sobre mi estómago, así que cerré los ojos y me obligué a relajarme. Me concentré solo en los puntos de contacto entre nosotros. Sus yemas de los dedos rozando mi estómago. Sus brazos descansando sobre mis muslos y manteniéndome abierta. Su aliento abanicando mi sensible centro.
Solo después de varios minutos de respiración tranquila, Jackson posó sus labios contra mi clítoris, besándome con timidez. No me habría dado cuenta si no me lo esperara. Suavemente, sus labios de pluma aliviaron cualquier tensión que quedara en mi cuerpo. Me hundí en el colchón, mis muslos se abrieron más, esperando más.
Su lengua puntiaguda trazó círculos perezosos alrededor de mi clítoris antes de succionarlo en su boca y morderlo suavemente.
Vi las estrellas. Quería gritar. Quería perder la cabeza. Lo único que me frenaba era el hecho de que mi hermano también estaba en el apartamento. Me tragué el gemido y levanté las caderas hacia la cara de Jackson, animándolo a tomar más.
Una y otra vez, lamió suavemente mi centro como si fuera a pasar los próximos dos días allí. No me importaría que lo hiciera. Era placer y tortura al mismo tiempo. Iba demasiado lento como para hacerme correr, pero jugaba conmigo lo suficiente como para mantenerme en este estado relajado, casi eufórico.
—Te gusta esto, ¿verdad? —preguntó antes de frotar su nariz contra mi clítoris y meter su lengua en mi entrada.
Mi espalda se arqueó fuera de la cama, haciendo que Jackson retrocediera. Cuando dejé caer mi cuerpo, él colocó su mano en mi

estómago, anclándome a las almohadas mientras su lengua volvía al trabajo.
Me retorcí, entrelazando mis manos en su pelo, gimiendo cada vez que daba en el punto justo.
—¿Esto es relajante? —preguntó, lamiéndose los labios, mirándome con seriedad.
—Mmm.
Mi cuerpo se estremeció y Jackson me metió un dedo. Ansiaba moverme, pero con su mano en su sitio, era imposible.
—Empapada —dijo, curvando el dedo. ¿Y yo que lo sabía? Había pasado tanto tiempo ahí abajo que podía sentir la mezcla de la saliva de Jackson y mi excitación goteando por mí y sobre la almohada de debajo.
Apreté los labios, tratando desesperadamente de concentrarme en la sensación en lugar de mover mi cuerpo. No quería que parara, la fuerza del placer que recorría cada nervio de mi cuerpo era más intensa de lo que nunca había sentido.
Cuando añadió otro dedo y rodeó mi clítoris con la lengua de nuevo, eso fue todo. Era todo lo que podía soportar.
Él también lo sabía.
Mantuvo su mano en su sitio y, aplanando la lengua, sentí que me observaba mientras oleadas de euforia recorrían mi cuerpo. Un calor blanco y candente cruzó mi visión mientras Jackson me hacía cosquillas en el clítoris con la lengua. Me apreté alrededor de sus dedos, queriendo más.
Sin aliento y exhausta para cuando bajé de mi nube, Jackson besó la parte superior de mi sexo, deleitándose en el desastre que había hecho. Estaba demasiado cansada para decepcionarme cuando arrastró su cuerpo sobre el mío, sosteniéndose para no presionar mi cuerpo. Luego se inclinó y me besó en los labios.
Podía saborear mi excitación y, mientras se apartaba para tumbarse a mi lado, noté un brillo de humedad en su cara. Mi humedad. Parecía que no tenía intención de quitársela. Algo primordial y posesivo ardió en mis huesos mientras él llevaba su mano a descansar bajo su cabeza.
Era mío. Todo mío.

—¿Cómo está tu dolor de cabeza ahora? —preguntó.
Mi mirada recorrió su cuerpo y, aunque estaba completamente vestido, pude ver su erección a través de sus pantalones de vestir.
Curiosamente, era la primera vez que pensaba en el dolor punzante desde que sus labios se conectaron con mi clítoris. Todo lo que quedaba ahora era esta sensación de hormigueo y relajación. Quizás había algo de verdad en esas afirmaciones.
Mordí mi labio inferior y negué con la cabeza. —No. Todavía duele —mentí, queriendo que lo hiciera todo de nuevo.
Las comisuras de sus labios se curvaron. —Bueno, supongo que tendré que seguir intentándolo hasta que obtengamos una respuesta más definitiva. Ya sabes, por la ciencia.
Giré mi cuerpo hacia él, pero su mano se aferró a mi cadera, deteniéndome. —Sin movimientos bruscos.
Haciendo un puchero, dije: —Quiero sentirte dentro de mí. ¿Podrías hacerme el amor, por favor?
—No creo que sea una buena idea, Pyro.
—¿Por qué no?
—¿En serio? ¿Necesito explicarlo?
Apoyé mi mano sobre la que él había colocado en mi cadera. —Por favor. Seré la perfecta princesa de las almohadas y te dejaré hacer todo el trabajo. Es solo que, después de todo lo que ha pasado, quiero sentirte dentro de mí.
Era la conexión lo que anhelaba más que otro orgasmo.
—No puedo. No esta noche.
Era la primera vez que Jackson me decía que no, lo que solo dejaba claro lo serio que era. En lugar de ceder, deslizó con cuidado la almohada de debajo de mis caderas, recostándome de nuevo en el colchón, antes de taparme con su edredón con una ternura que me dolió en el pecho.
Con su brazo rodeándome, me besó la sien y susurró: —Duerme un poco. Estaré aquí si necesitas algo.
No podía discutir ni negar que estaba agotada y que quizás él tenía razón. Quizás todo esto era demasiado para mí.
Cuando mis ojos se cerraron, dijo: —Todo saldrá bien. Te quiero, Pyro.

Fue lo último que oí antes de caer en uno de los mejores sueños de mi vida.
Yo también te quiero, Gorra de Béisbol.

Capítulo 30

Jackson

Miraba el móvil, con el pulgar suspendido sobre la pantalla mientras la cara de Thea me devolvía la mirada. Llamar o no llamar, esa era la cuestión.

—Sabes, si te quedas mirando esa pantalla mucho más tiempo, tu móvil podría pedir una orden de alejamiento —dijo Matty desde su sillón reclinable, observándome con el aire de suficiencia que solo puede tener un hombre que se ha casado con la chica de sus sueños.

—No seas malo. —Britt le dio una palmadita a Matty en el hombro antes de sentarse en su regazo y acurrucarse. Torcí el gesto ante su felicidad. ¿Es que no podían quitarse las manos de encima ni una sola noche?

Supongo que se podría haber preguntado lo mismo sobre Thea y yo. No. La respuesta era no. No podía quitarle las manos de encima. Incluso ahora, me picaban los dedos por tocarla, y ni siquiera estaba en la habitación.

Tiré el móvil al cojín del sofá a mi lado y eché la cabeza hacia atrás, dejando escapar un suspiro de frustración. Estaban echando un partido de los Catfish y, por si eso no fuera suficiente distracción, las grandes puertas de cristal estaban abiertas de par en par, ofreciéndome una vista perfecta del océano.

—Tienes razón. Es mejor que esté tirado en el sofá mirando el móvil que dando vueltas por la habitación. Me preocupaba tener que cambiar el parqué. —Matty se metió una patata en la boca, sin apartar los ojos del partido.

—Para ti es fácil decirlo. —Levanté una mano, gesticulando alocadamente hacia mi amigo de pelo alborotado—. Tú ya tienes la vida solucionada. Estás casado, tienes una casa enorme e increíble y

te gradúas este año. Yo apenas estoy aprendiendo lo que es tener novia y empiezo con el pie izquierdo porque su hermano me odia.
—Eso no es verdad. —La voz de Britt apenas me sirvió de consuelo. No había visto la forma en que Tanner me había fulminado con la mirada esa mañana al salir de su habitación. Vale que yo estaba intentando darle de comer un plátano a su hermana a la fuerza —y no, no era un eufemismo— y ella me estaba apartando, pero pensé que eso le haría ver mi lado más tierno y atento.
Pues no. Aster le sujetaba la mano, impidiendo que estallara. Para ser un tipo que decía que no le molestaba que saliéramos juntos, parecía bastante molesto.
Matty se metió otra patata en la boca y se encogió de hombros. —Tanner acabará entrando en razón. Decidiste salir con su hermana en secreto durante uno de los momentos más estresantes de su vida. Esa es, como, la primera norma que se rompe del código de colegas.
Me quedé con la boca abierta y fulminé con la mirada a la feliz pareja. —¿En serio? ¿Ahora me echáis toda la culpa a mí, como si hubiera actuado solo? Britt fue la que me lanzó el hechizo en primer lugar.
Britt apartó la vista del partido, con una expresión entre la compasión y la diversión. —Oye, no me metas en esto.
—Oh, nena, no he necesitado meterte en ningún sitio. Entraste por voluntad propia. Igual que me gustaría que tú y Matty os vinierais conmigo y con Thea a…
—Tienes suerte de que Tanner no sea de los que buscan pelea —me interrumpió Britt, mientras Matty me fulminaba con la mirada de la misma forma que Tanner lo había hecho antes—. Entrará en razón. Solo está… procesándolo.
—¿Procesándolo? —resoplé—. Creo que la palabra que buscas es «echando humo».
Matty me tiró una patata. —Por eso estás aquí, don Exilio Autoimpuesto. Sano y salvo hasta que se despeje el panorama. Y, por cierto, ¿podrías al menos fingir que disfrutas del partido con vistas a la playa en lugar de suspirar cada pocos minutos? Distrae, y Britt odia que la distraigan cuando su hermano está jugando.

Dirigí mi atención a la pantalla. —¿Qué tal le va, por cierto? —Ellos volvieron al partido, y Max, el hermano de Britt, subió al montículo con determinación. Tenía una cara impasible mientras lanzaba una bola rápida que alcanzó los ciento cincuenta y un kilómetros por hora contra su oponente. Silbé—. Ese sí que es un tipo con el que no me gustaría buscarme las cosquillas. Tanner es un gatito en comparación.
—Menos mal que soy su hermana favorita y que a él le cae bien Matty —dijo Britt, con los ojos pegados a la tele.
—Qué suerte la tuya —dije entre dientes—. Espero poder volver a tener esa relación con Tanner algún día.
—¿Han hablado ya Thea y Tanner? —preguntó Britt, su voz suavizándose al dirigir por fin su atención hacia mí.
Me encogí de hombros antes de coger el móvil y volver a mirarlo. Ningún mensaje. —No lo sé. Thea no me ha escrito desde que me fui. Necesita hablar con sus padres y con su hermano antes de que yo me meta más, aunque sea lo único que quiero hacer. ¿Quién va a estar ahí para ella si no estoy yo?
—¿Y para qué te necesita? —preguntó Matty, con la voz teñida de curiosidad.
—No sé. Necesita a alguien que se asegure de que come o descansa o…
—¿O respira? —añadió Matty con sorna.
Le lancé una mirada asesina. —No ayudas.
Matty sonrió, disfrutando de mi desgracia mucho más de lo que debería. —Te estoy ayudando al recordarte que rondarla como un padre sobreprotector no va a arreglar nada. Thea necesita este espacio y tiempo con su hermano, y tú tienes que dejar de mirar el móvil. Te escribirá cuando esté lista.
Britt lanzó un puño al aire cuando Max salió del montículo después de eliminar a tres bateadores, y luego me miró. —Dale algo de tiempo. Tanner solo está superando el *shock* inicial. Al final verá lo que vemos los demás.
—¿Que es…? —pregunté.
—Que tú y Thea estáis hechos el uno para el otro.

—Gracias —mascullé, echando un vistazo disimulado a mi móvil de nuevo. Seguía sin haber mensajes. Joder, sabía cómo tenerme en vilo.
—Mientras tanto, siempre puedes dar un paseo o pasar el rato en nuestra sauna de arriba.
Una sonrisa se dibujó en mis labios. —¿Y pensar en las cosas que hacéis ahí cuando no hay nadie más? Mm, sí. Suena a una buena idea. ¿Sois de los que van desnudos a la sauna?
—No respondas a eso, Britt —dijo Matty con severidad.
—No pensaba hacerlo. ¿Por quién me tomas?
—Se te prohíbe usar nuestra sauna después de eso.
—Qué malo —bromeé.
—Da igual. De todas formas, no vas a estar aquí mucho tiempo. Es imposible que Thea y Tanner pasen un día entero sin hacer las paces. Son mejores amigos —explicó Britt.
—Espero que tengas razón. —Exhalé, lanzando otra mirada asesina a mi móvil como si eso fuera a cambiar el resultado de alguna manera. Pero no, seguía sin haber nada. Solo la misma foto de pantalla de bloqueo de mi preciosa novia sacándome la lengua, burlándose de mí junto al silencio.
Joder, qué ganas tenía de volver a verla en carne y hueso. Solo habían pasado unas horas, pero la necesitaba. La *deseaba*, y estaba impaciente por que su hermano lo aceptara.

Capítulo 31

Thea

—La última rosa de la noche es para alguien que ha demostrado resiliencia y tenacidad durante estas citas. He agradecido todo el apoyo, así que...

—¿Podemos hablar, Thea?

Cerré los ojos e hice una mueca porque, aunque me alegraba de que mi hermano por fin hubiera venido a hablar conmigo, joder, qué bien se le daba chafar el momento. Estaba superenganchada a *The Baseball Bachelor.*

Lentamente, me incorporé en el sofá y le ofrecí una pequeña sonrisa a mi hermano, que estaba de pie en la cocina. Por un instante, todo pareció normal. Pero entonces, esa sensación insidiosa volvió a invadirme, esa que Jackson tenía la insólita capacidad de hacerme olvidar.

No soy lo bastante buena. La cago en todo.

—Hola, Tan Tan —dije con solemnidad—. Claro. —Tenía el mismo aspecto demacrado y angustiado que la noche anterior, y odié ser la causa. Mi hermano y yo no nos peleábamos. Nunca me había hecho sentir pequeña o insignificante, ni nada que no fuera la hermana perfecta. Hoy era diferente. Hoy me sentía como un fracaso, y no importaba cuántas veces me dijera Jackson que no lo era, tenía grabado a fuego en la cabeza que había hecho algo mal y que, una vez más, había arruinado la felicidad de mi hermano.

¿Por qué pasaba siempre? ¿Sería porque estaba celosa y buscaba inconscientemente la forma de que todo girara en torno a mí? Quizá, en algún lugar de lo más profundo de mi mente, sabía que nunca sería tan buena como Tanner, así que lo compensaba haciendo cosas para que la gente se olvidara de él. Me dolía pensarlo. Quería a mi hermano, pero no estaba segura de quererme a mí misma. Al menos, todavía no. Jackson me estaba ayudando a sentir cosas sobre mí que no creía posibles.

Tanner atravesó la cocina y se sentó en el extremo del sofá, cerca de mis pies. Apoyó los codos en las rodillas, fingiendo ver un programa que sabía que odiaba.
—¿Has hablado con mamá y papá? —preguntó con las manos entrelazadas.
—Sí —dije con un hilo de voz, sin disfrutar aquel recuerdo—. Obviamente, estaban cabreados.
—No me extraña.
—Estaban más preocupados por mi salud y me han preguntado si podían venir a visitarme. Les he dicho que me quedaría con ellos una temporada después del *draft*. Te mereces todo el apoyo en los días previos.
Tragué saliva para calmar los nervios que me subían por la garganta, sin saber cómo se lo tomaría.
Tanner ni se inmutó, solo soltó un leve —Mmm— como respuesta.
Tan humilde. Tan centrado en proteger mis sentimientos que ni siquiera reconocía los suyos.
Le cogí la mano y se la apreté con suavidad. —De verdad que te lo mereces, Tanner.
Su mirada se desvió hacia mí, indescifrable.
—Te has pasado gran parte de tu vida cuidando de mí, intentando protegerme de lo inevitable. Y te quiero por eso. —Se me hizo un nudo en la garganta, pero seguí adelante—. Pero también quiero que celebres tus propios logros increíbles. Pasaste de ser una estrella del instituto a casi abandonar la universidad y a estar a punto de vivir el momento más importante de tu vida.
Le apreté la mano de nuevo, obligándolo a escucharme.
—Eres increíble, Tanner. Y estoy tremendamente orgullosa de ti.
—Gracias —masculló.
Sabía que no le sacaría mucho más, pero eso no impidió que lo intentara.
—Lo siento —solté de sopetón—. No pretendo ser una patosa, ni llamar la atención, ni… bueno, existir de las formas más inoportunas posibles. Es que es algo mío, como un rasgo involuntario que tengo. Podría estar en una habitación vacía, tropezar con la nada y, de

algún modo, conseguir tirar una lámpara que ni siquiera estuviera en el mismo código postal.
Suspiré, frotándome las sienes. —Te juro que a veces pienso que al universo le gusta joderme.
Tanner no acusó recibo de mi divagación, ni siquiera esbozó una sonrisa. En lugar de eso, exhaló, y su voz sonó más suave cuando por fin habló.
—Solo quiero que seas feliz, hermanita. —Mantenía la vista al frente, como si tuviera miedo de mirarme—. A veces, no creo que lo seas. Y me preocupa.
Aquello me hizo detenerme.
—No debería —dije, dándole un suave codazo en el brazo—. Mi felicidad es mi responsabilidad, Tan Tan, igual que la tuya es tuya. Nunca me dejarías preguntar por la tuya. Pero claro, nunca me dejas preocuparme por ti, ¿verdad?
Le escruté el rostro, observando la tensión en su mandíbula y la forma en que sus dedos tamborileaban contra su pierna, como si estuviera conteniendo algo.
—¿Eres feliz?
Esa pregunta finalmente hizo que me mirara. Frunció el ceño y entreabrió los labios, como si no estuviera seguro de cómo responder.
—Creo que sí —dijo tras una pausa.
Ladeé la cabeza, sin creérmelo. —¿Seguro? Porque a veces, cuando te miro, no me lo parece.
Vaciló y luego suspiró. —Quiero a Aster, si es lo que preguntas.
—Eso ya lo sé —dije, sosteniéndole la mirada—. Solo me pregunto si no estarás un poco estresado porque todos esos sueños que has tenido desde los cinco años están a una semana de hacerse realidad.
Se mordió el labio inferior, una señal inequívoca de que iba por buen camino.
—Puede que sea parte de ello. Llevo toda mi vida trabajando para conseguir este objetivo y, ahora que está aquí, me siento poco preparado. Casi como si me hubiera abierto paso a base de engaños.

—Soltó una risa ahogada—. Un poco como me abrí paso a base de engaños en una relación de verdad con Aster.
—Y mira qué bien te ha salido.
—Sí, ha salido genial. Una pedida de mano accidental y precipitada, y una larga e incómoda conversación sobre cuándo estaríamos realmente preparados para casarnos.
Le di un toque a mi hermano en las costillas con el pie, moviendo los dedos justo donde sabía que tenía cosquillas. Él sonrió y me apartó la pierna de un suave manotazo.
—Venga ya, Tan Tan. Se te olvida que tu novia también es una de mis mejores amigas. No fue así como pasó, y esta fiesta de la autocompasión no te pega nada.
—Qué gracia —reflexionó, negando con la cabeza—. Nunca pensé que diría que tu novio es también uno de mis mejores amigos.
Oírle referirse a Jackson como su amigo después de todo lo que había pasado el día anterior hizo que algo cálido se instalara en mi pecho.
—La verdad, yo tampoco lo pensaba. Sobre todo con ese gilipollas —bromeé.
Tanner sonrió, pero su expresión se suavizó. —¿Así que te gusta de verdad?
Inspiré bruscamente y asentí. —Sí. Me gusta.
—¿Siempre te ha gustado? —Su voz era abierta, curiosa; sin rastro de juicio. Lo conocía mejor que nadie. Solo quería entender.
—Creo que sí. —Exhalé lentamente—. Supongo que por eso siempre fui tan dura con él. Era más fácil apartarlo que admitir lo que sentía de verdad. Odiarlo era más sencillo que afrontar el hecho de que en realidad podría gustarme.
—Lo sabía —murmuró, sacudiendo la cabeza.
Entrecerré los ojos. —¿Sabías el qué?
—Que te gustaba. Lo vi en el momento en que entré y te encontré hablando con él en casa de Aiden.
—Ah, y, sin embargo, ayer te hiciste el sorprendido.
—No, no estaba sorprendido —admitió—. Estaba cabreado porque todo esto había pasado y yo no lo sabía. ¿Que si tenía mis reservas sobre ti y Jackson? Claro. Lleváis el último año discutiendo como el

perro y el gato. Pero ahora lo entiendo. Solo que ojalá no hubiera pasado después de un puto accidente de coche.
—Ya —dije arrastrando las palabras, sin saber qué decir—. Lo siento.
Tanner soltó un suspiro y me miró con expresión sincera. —Me alegro por ti, hermanita. Aunque no me haya gustado cómo me he enterado. Me alegro de que seas feliz.
Parpadeé, frunciendo el ceño. —¿Un momento, te alegras por mí? Pero si anoche apenas podías mirarme. Y llamaste a Jackson de todo.
Esbozó una sonrisa incómoda mientras se frotaba la nuca. —Sí, no fue mi mejor momento. Reaccioné de forma exagerada porque no sabía qué había pasado. Cuando vi a mi hermana en una cama de hospital y a mi mejor amigo asumiendo la responsabilidad, me trajo malos recuerdos. Solo podía pensar en que la había vuelto a cagar. Te había pasado algo grave y yo estaba demasiado metido en mis propios problemas para protegerte.
—No es tu trabajo protegerme.
—No, pero sí es mi trabajo protegerte de mis amigos idiotas.
—Jackson no es un… —No terminé la frase porque ambos sabíamos que Jackson tenía tendencia a *comportarse* como un idiota aunque no lo fuera.
—Es mi mejor amigo, y si eres feliz con él, bueno, entonces yo puedo alegrarme por vosotros dos. Jackson es un tío genial cuando quiere serlo, y quiere serlo contigo.
—Entonces, ¿das tu aprobación?
Se encogió de hombros. —No me corresponde a mí aprobarlo o no. Puedes tomar tus propias decisiones, y me alegro de que vaya a haber alguien aquí que se preocupe por ti tanto como yo cuando me vaya.
—Gracias. —Asimilé sus palabras, sorprendida de que estuviera siendo tan razonable.
—Jackson es un buen tío. Trabaja duro y se esfuerza al máximo en las cosas que le apasionan. Espero que tú seas una de ellas, y espero que consigas lo que quieres de esta relación.
—Lo conseguiré.

Tardé un rato en incorporarme lo suficiente para acercarme a Tanner y decirle: —Siento haberte hecho pensar siempre que necesito que me salven o que no lo aprecio. Has hecho más por mí que nadie en este mundo, y nunca quise hacerte daño ni que sintieras que estaba actuando a tus espaldas. Es solo que cuando llegaste y estabas enfadado por lo de Aster, no quise restregarte mi nueva relación por la cara.

Él asintió, entrelazó las manos y estiró los dedos antes de mirarme a los ojos. —Lo entiendo, Thea, pero necesito que sepas algo. Nunca he pensado que seas una metepatas. Te quiero, y la única razón por la que me preocupo es porque no quiero que te hagan daño.

Bajé la mirada y di una patadita al suelo, evitando el peso de una conversación que Tanner y yo habíamos evitado cuidadosamente durante años.

La noche que me encontró.

La noche que me quedé allí sentada, sollozando con tanta fuerza que apenas podía respirar, convencida de que iba a ir a la cárcel por todo lo que había hecho.

Fue la primera vez que no me sentí intocable.

Por primera vez, no era invencible, estaba destrozada. Una muñeca rota, perdida, sin idea de adónde ir ni qué hacer.

Me había encerrado en el baño, llorando entre mis manos, pensando que nadie me oiría.

Lástima que olvidé que nuestros baños estaban conectados.

Tanner sí que me oyó.

Y cuando abrió la puerta, me encontró temblando, con los ojos muy abiertos y aterrorizada, con el miedo escrito en mi cara.

Fue él quien me cogió en brazos, me abrazó y me dijo que todo iría bien. Muy parecido a lo que Jackson hizo por mí anoche.

—Tanner. —Su nombre me pesaba en la lengua—. Agradezco toda tu ayuda, de verdad. No estaría aquí estudiando en Covey si no fuera por ti. Me has cambiado la vida de muchas maneras. Sé que yo he cambiado la tuya. Pero ambos tenemos que admitir que a veces no la he cambiado para mejor. He complicado las cosas, y por una vez en mi vida, quiero facilitarlas. Quiero ayudar a que tu transición al *draft* y a tu nuevo equipo…

—Potencial nuevo equipo. Podría pasar cualquier cosa.
—Te van a seleccionar, Tan Tan. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que quería que la transición fuera menos estresante.
—Saber que estás a salvo es más que suficiente. El hecho de que estés saliendo con Jackson, por mucho que me cueste admitirlo, me hace sentir bien.
El corazón se me hinchó con algo que nunca antes había sentido. Una sensación de calma me invadió, y quise sonreír, pero quería asegurarme de que Tanner supiera la seriedad con la que me lo estaba tomando.
Levantó una mano y me miró con severidad. —Sin embargo, eso no significa que quiera estar aquí viéndolo. Después de todo lo que me habéis hecho pasar, me molestará.
Me quedé con la boca abierta, mirando a mi hermano en estado de *shock*. —¿De qué estás hablando? ¿Todo lo que *te hemos* hecho pasar?
—Por favor, Thea. No finjas que no has disfrutado de todas tus peleas con Jackson en los últimos dos años. Me ha dolido la cabeza y necesito un descanso.
—¿Qué significa eso?
—Significa que me voy a quedar con Aster las próximas semanas hasta que, con suerte, me mude a Carolina del Norte.
—¿Qué?
—Ya me has oído. Me alegro por ti, pero eso no significa que vaya a quedarme aquí sentado viendo cómo os lleváis bien. Sinceramente, no sé qué es peor, que os odiéis o que os gustéis.
Asentí. —Lo entiendo. No quiero ser la persona que te deprima más, T.
—Ya te he dicho que no lo eres.
—Entonces, ¿estamos bien? —miré a mi hermano con sinceridad, esperando y rezando para que sintiera lo mismo que yo.
Giró el cuello para mirarme y me dedicó una pequeña sonrisa. —¿Alguna vez has pensado que podría seguir enfadado contigo?
—Bueno, nunca lo has estado, pero nunca se sabe —repuse, encogiéndome de hombros—. Y todavía me debes haberme echado del útero primero.

Puso los ojos en blanco y me atrajo hacia sí para darme un abrazo. Hice una mueca por el movimiento. —Oye, Tanner, todavía tengo una conmoción cerebral y me está matando el hombro.
—Ah, ¿en serio? Seguro que sobrevives.
—T.
—¿Sí?
—Gracias.
—¿Por? —Tanner se apartó, mirándome con curiosidad.
—Por ser el mejor hermano del mundo que podría haber pedido.
—Gracias por ser mi mejor amiga.
Extendió la mano y sonrió, y me alegré de que las cosas empezaran a encajar de nuevo en el mundo.

Capítulo 32

Jackson

Por primera vez en mi vida, dudé antes de entrar en mi propio piso. Yo. Un *lineman* ofensivo de más de ciento veinte kilos, temblando en mis pantalones cortos de baloncesto por la reacción de mi *quarterback*. Ridículo.

El pulso me martilleaba mientras cruzaba el umbral y echaba un vistazo rápido a la habitación antes de cerrar la puerta. Los nervios se me calmaron un poco al ver a Thea acurrucada en el sofá, absorta en algún *reality* insulso.

Entonces nuestras miradas se cruzaron. Me sonrió con dulzura y la opresión del pecho se me aflojó. Todos mis instintos me decían que fuera hacia ella, que la cogiera en brazos, pero me contuve. Todavía no sabía cómo había ido la conversación con su hermano; solo que me había permitido volver.

—Jackson —su voz era queda, pero me envolvió como un abrazo.

—Hola, Thea —dejé la bolsa junto a la puerta, agradecido por no tener que usarla y pasar la noche con Matty y Britt. Estaba en casa con Thea, justo donde quería estar.

—Lo sabía —dijo Tanner, saliendo del pasillo hacia la cocina—. Sabía que esto iba a ser raro —hizo un gesto con la mano en mi dirección —. Venga, ve a ver a tu novia ya. Acabemos con esto de una vez.

—Hola, T —le dije, saludando a Tanner con un gesto de la barbilla antes de acercarme a Thea. Tanner puso los ojos en blanco y salió de la habitación para darnos algo de intimidad. Me dejé caer a su lado y le cogí la mano con delicadeza mientras le inspeccionaba el hombro. Se había quitado el cabestrillo y llevaba una sencilla camiseta blanca que ocultaba los moratones que había visto antes—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy mejor —dijo en voz baja. No parecía enfadada, así que eso debía de ser una buena señal.

—Me alegro mucho. ¿Y Tanner? —dirigí la mirada hacia el pasillo por el que se había ido y luego de vuelta a mi novia.
Soltó una risa vacilante. —Ha ido mejor de lo que esperaba —la tensión de mi pecho se relajó con alivio—. A ver, no me malinterpretes, sigue molesto, pero se alegra por nosotros. No me ha gritado ni nada. Solo que… necesita espacio.
Solté el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. —¿Espacio? ¿De nosotros?
Ella asintió. —Ha decidido mudarse con Aster y su familia después del *draft*.
—¿Se va?
Se encogió de hombros. —En cierto modo, tiene que hacerlo. Puede que no le guste admitirlo, pero mudarse ahora a Carolina del Norte es una jugada inteligente, ya que tiene un puesto prácticamente garantizado en su equipo. Significa que podrá organizar toda la logística de vivir allí antes de tener que empezar a entrenar con ellos.
—Supongo que sí —tenía todo el sentido para él, pero dejaba una pregunta muy evidente flotando entre nosotros—. ¿Qué significa eso para ti y para mí?
Thea ladeó la cabeza. —Bueno, a ti y a mí todavía nos queda un año para graduarnos, ¿no? —asentí—. Supongo que eso significa que seremos compañeros de piso un poco más de tiempo.
—¿Compañeros de piso?
Asintió.
Reprimí una sonrisa pícara. —Entonces… ¿eso significa que voy a ser tu novio viviendo en casa?
Arrugó la nariz. —¿Por qué tienes que hacer que suene tan siniestro?
Sonreí, inclinándome para rozar sus labios con un beso. —¿Eso es un sí o un no?
Puso los ojos en blanco, pero la sonrisa la delató. —¿De verdad crees que voy a decir que no después de *todo* lo que hemos pasado para estar juntos? Por el amor de Dios, si somos básicamente la versión de Romeo y Julieta de la Universidad de Covey.
—Qué dramática, Pyro.

Los labios de Thea se crisparon y el corazón se me aceleró, pero no pude resistirme a tomarle el pelo. Es que era tan mona.
—Bueno, ya me conoces. Siempre he tenido vena de dramática.
El alivio y la felicidad me inundaron, así que la atraje hacia mí, le di un beso en la sien y apoyé mi frente en la suya.
—Bien. Me encanta —mi voz se redujo a un murmullo—. Y no pienso irme a ninguna parte.

Epílogo

Thea

Un año después

Entré más despacio en la habitación, parpadeando ante el montaje que tenía delante. Jackson se movía de un lado para otro, ajustando unos focos de fotografía gigantes como si estuviera a punto de grabar una superproducción en toda regla en nuestro dormitorio.
—Jackson, ¿qué está pasando? —recorrí la habitación con la mirada; la confusión se transformó en una revelación que me golpeó de lleno —. Sabes que cuando dije que éramos tan buenos en la cama que deberíamos abrir una cuenta de pareja en *OnlyStans* y forrarnos, estaba de broma, ¿verdad?
Se giró hacia mí y sus ojos recorrieron mi atuendo antes de que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro.
Sí, llevaba puesto mi pijama enterizo morado y mullido. *Otra vez.* Pero tenía frío y, después de meses viviendo juntos, a Jackson le había acabado gustando. Tanto que me pedía que me lo pusiera durante los preliminares... y una vez mientras se la chupaba.
No podría ni contar las veces y los sitios donde habíamos follado en este piso. Un año viviendo juntos nos dio tiempo de sobra para encontrar nuevas posturas y formas de hacer las cosas. Pero eso no era todo. Desde que me abrí a Jackson, había aprendido mucho más sobre él, y ahora que estábamos terminando nuestro último semestre de universidad, me entusiasmaba lo que nos depararía el futuro.
—Tranquila, Pyro. Ya lo sé. Créeme, no voy a compartir tus movimientos con nadie más. —Jackson se dio un golpecito en la sien con un dedo y me dedicó una sonrisa coqueta—. Esas imágenes son para mí y solo para mí.
Señalé los dos focos, enarcando las cejas. —¿Entonces por qué has montado los aros de luz? —inspiré bruscamente—. Oh, no. Por favor,

no me digas que *tú* vas a empezar tu propio canal.
Su sonrisa se ensanchó mientras se acercaba a mí y yo levanté las manos. —Mira, estás bueno y sé que ganarías un montón de dinero, pero no sé. Se me haría raro compartirte.
Cuando estuvo lo bastante cerca, me cogió las manos y me besó los nudillos. —Sabes que estás monísima cuando te pones celosa. No te preocupes, no voy a venderme por visitas. Le dejo los posados para seducir a Liam.
Emití un zumbido, recordando el último que había hecho. —Mmm. Tienes razón. Ese bañador con la bandera británica dejaba poco a la imaginación.
Los ojos de Jackson brillaron con celos mientras me agarraba por las caderas y me hacía cosquillas en los costados. —¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de babear por nuestro copresentador?
—Alguien tiene que asegurarse de que el contenido es apropiado —dije entre risitas—. Si no lo revisara, no habríamos podido permitirnos este piso nosotros solos ni de coña.
Sus dedos se movieron más despacio. —Supongo que tienes razón. No debería ser demasiado duro con ese trozo de carne británico. A veces ni yo puedo dejar de mirarlos.
Me aparté del alcance de Jackson y volví a examinar la habitación. —¿Todavía no me has explicado lo de las cámaras? —dije mientras daba un golpecito al aro de luz.
—He tenido una idea. —Mi sonrisa se desvaneció—. No me pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—Esa cara que dice que ya has descartado mi idea sin haberla escuchado.
Me crucé de brazos y me eché a reír. —Vamos, Jackson. La última vez que tuviste una idea, acabé presentada como la nueva miembro de tu canal de videojuegos y hundiendo las visitas con todas mis quejas sobre el realismo de *Correr o morir*.
Abrió los brazos de par en par. —Pero lo arreglé, ¿a que sí?
Fruncí los labios, porque tenía razón. No podía quejarme de los doscientos mil suscriptores que Jackson me había ayudado a

conseguir haciendo críticas de *realities* y cotilleos, pero eso no significaba que quisiera formar parte de ninguno más de sus juegos.
—Bueno, volviendo a mi idea. ¿Sabes que Tanner está en boca de todos en la NFL ahora mismo? *¿Cuándo jugará? ¿Será por fin el primer quarterback esta temporada?* No paran de hablar de ello, y creo que deberíamos aprovecharlo.
El ascenso de Tanner en la NFL había sido a fuego lento, pero, por lo que tenía entendido, había sido intencionado. Tras seleccionarlo, los Crossbills trajeron a un *quarterback* veterano, Jacob Miller, para que fuera su mentor y lo ayudara en su desarrollo. Había pasado un año desde que Tanner firmó su contrato de novato y, aparte de un puñado de apariciones en el último cuarto, apenas había pisado el campo. Ahora, la gente empezaba a hacer preguntas.
—Pues a Liam y a mí se nos ocurrió que podría ser una idea genial hacer un directo con su hermana, también conocida como *Thea Opina*, jugando contra él en el nuevo juego de la NFL, *Roughing the Passer*.
—¿En serio? ¿Yo jugando contra Tanner? ¿Has visto lo guapo que lo han hecho? No creo que pueda competir.
—Créeme, Pyro. Tu hermano tiene todo ese rollo de Thor, pero tú eres una diosa, y todavía no entiendo por qué has perdido el tiempo con un idiota con gorra de béisbol como yo.
Puse los ojos en blanco, ignorando sus cumplidos. No estábamos en la cama. Era entonces cuando me gustaba oír cuánto le ponía mi mundo patas arriba. —¿Así que eso es lo que quieres hacer nuestro sábado por la noche? ¿Grabarme jugando a un videojuego?
Me miró como si fuera idiota. —Mmm, creo que subestimas lo increíblemente bueno que es verte jugar.
Negué con la cabeza y miré alrededor de la habitación, riéndome al ver la camiseta deportiva sobre nuestra cama. —Ah, déjame adivinar. ¿Quieres que me ponga esto también?
—Sí.
Cogí la camiseta y le di la vuelta, fijándome en el nombre de la espalda.
Caminé hacia la cama, y aunque seguíamos teniendo habitaciones separadas, yo dormía en la suya, usando la mía solo como armario y

cuando quería un respiro de sus videojuegos. —Oye, esta no es la camiseta de mi hermano, Gorrita. Es la tuya.
—¿No has pensado que lo he hecho a propósito? —preguntó, posando sus manos en mis costados mientras me besaba en la mejilla por detrás—. Los espectadores solo van a ver la parte de delante. Soy yo el que va a disfrutar de la de atrás.
Frotó su nariz contra mi mejilla, haciéndome reír. —Vale, pero seguimos estando de acuerdo en que no vamos a montar ningún tipo de canal porno, ¿verdad? Me gusta jugar y analizar juegos contigo, pero de ninguna manera estoy dispuesta a follarte donde la gente pueda mirar.
—Qué pena. Creo que sería bastante excitante. —Jackson me besó en la mejilla y me giró entre sus brazos para que lo mirara—. Pero no te preocupes. Mientras las cámaras estén grabando, mantendré las manos quietas. Aunque no puedo prometer lo que pasará después. —Bajó las manos y me apretó el culo para dar énfasis.
—De acuerdo, bueno, déjame que vaya a ponerme esto y luego juego.
***
—¿Se te da bien algún juego, Liam? —pregunté, sonriendo con suficiencia mientras tomaba las riendas del juego y corría con el personaje de Tanner por el campo, anotando el tercer *touchdown* para nuestro equipo. Y no era gracias a Liam. Había estado haciendo un trabajo tan malo gestionando la línea defensiva que me sorprendía que todavía tuviéramos opciones de ganar.
—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Yo juego al rugby, no a estas gilipolleces. —Su cara apareció en la esquina cuando habló, y me clavó la mirada a través de la cámara—. Además, no suelo ser un jugador defensivo. Todo esto es nuevo. No sé cuáles son estas jugadas, y mucho menos los botones que tengo que pulsar para activarlas.
—Se me olvidaba que solo estás aquí por tu cara bonita. —Era guapo. No mi tipo. Era demasiado guapo y no tenía suficiente carácter para mí, si quieres mi opinión. No. Jackson era el único hombre en el mundo que podía igualar mi energía, y a mí eso me parecía más que bien.

—Estoy bastante seguro de que esa es la única razón por la que Jackson te ha liado hoy, guapa. Por *tu* cara bonita.
—Liam. —La voz de Jackson vibró grave en mi oído, cargada de advertencia, y, joder, qué escalofrío me recorrió.
¿Qué tenía tener un novio sobreprotector gruñéndote al oído?
Ah, sí, que era la hostia de excitante.
La pantalla se iluminó con un *touchdown* y los chicos estallaron en vítores. Pulsé unos cuantos botones, obligando a Tanner a hacer una celebración rara imitando un aspersor, sorprendida por la cantidad de movimiento que le habían programado al pelo.
Mis ojos se desviaron hacia Jackson, captando cómo su mirada no estaba en la televisión, sino en *mí*.
Más concretamente, en mis piernas.
Una lenta sonrisa se dibujó en mis labios. Se había dado cuenta. Puede que hubiera decidido no ponerme nada debajo de su camiseta, ya que era tan grande que podía pasar por un vestido. Y cuando digo nada, quiero decir nada.
Viéndome a mí misma en la pantalla, me enderecé y tiré de los bordes de la camiseta, asegurándome de que el movimiento que estaba a punto de hacer solo fuera visible para el hombre de la habitación. Un movimiento arriesgado, pero que sabía que merecería la pena.
Jackson gruñó suavemente por el micrófono mientras yo abría las piernas, dándole una vista completa.
—¿He oído algo? —preguntó Liam, fracasando estrepitosamente en detener la línea ofensiva.
—No. Solo eran tus jugadores quejándose de tu lamentable intento de jugar a un deporte de verdad —dije. Si Liam seguía jugando así de mal, estábamos fritos.
—Ouch, Pyro. Eres casi tan hiriente como tu novio.
—Cuidado. Nadie la llama Pyro excepto yo.
—Oh, y mira eso, nuestros suscriptores acaban de aumentar. Parece que a la gente le gusta oírte ponerte posesivo, J.
Tenía razón. El contador de seguidores de nuestro directo no dejaba de subir. Con suerte, eso se convertiría en seguidores de verdad.

Golpeé el suelo con el pie, viendo a Liam cagarla monumentalmente otra vez. —¿En serio acabas de dejar que avancen cincuenta yardas?
—Vale. No se me da bien este juego. ¿Podemos volver a jugar a *Correr o morir*? Se me da mejor.
—Por los pelos —masculló Jackson, atrayendo mi atención de nuevo hacia él. Su mirada oscilaba entre los golpecitos de mis pies y mis piernas abiertas. Me pregunté cuánto podía ver realmente desde ese ángulo.
Para ser una mocosa, separé las piernas un poco más para que la tela se subiera por mis muslos. Un rápido vistazo a la pantalla solo me trajo decepción. Otro *touchdown*. Era imposible que ganáramos. Estábamos en los últimos minutos del último cuarto y treinta y ocho puntos por debajo, gracias a Liam.
Otro gruñido de Jackson me hizo sonreír. Supuse que ahora estaba viendo mejor.
—¿Pasa algo por ahí? —preguntó Liam, sin prestar ya atención al juego, ya que el otro equipo todavía estaba celebrando su *touchdown*.
—No. —Lancé una mirada desafiante a la cámara y Liam puso los ojos en blanco, relajándose en su silla.
—Tu turno, Thea —dijo Liam, entrelazando las manos sobre el estómago. Ya no miraba el juego. Me miraba a mí, y no había duda de que sabía lo que Jackson y yo nos traíamos entre manos. Lo habíamos hecho ya demasiadas veces.
El juego cambió al punto de vista de Tanner, y me tocaba a mí. Jugar los dos últimos minutos parecía inútil. La gente se estaba yendo del directo, pero teníamos que hacerlo por completitud. —Allá vamos. —Suspiré, mirando a Jackson con desdén. Qué manera más aburrida de terminar este partido.
A menos que...
Quizás pudiéramos jugar a uno mejor.
Con un ligero arqueo de cejas y la sutil inclinación de mis caderas, Jackson entendió exactamente lo que quería. Una sonrisa lenta y cómplice se extendió por su rostro mientras se quitaba los auriculares, apartaba su silla del escritorio y se arrodillaba; su mirada fija en la mía en todo momento.

Sonó el silbato y se suponía que debía jugar, pero ¿cómo podía concentrarse alguien cuando su novio se ponía a cuatro patas por ella? ¿Lo había mencionado ya? Había plantado firmemente las manos en el suelo y se había arrastrado hasta mí. Este hombre gigante y musculoso tenía una sola cosa en mente, y era yo. Oh, la emoción que eso me provocó directamente en las entrañas debería haber sido un delito.

—Thea, ¿estás concentrada? —El acento de Liam solo me excitó aún más porque sabía lo que estaba a punto de pasar. Aparté la mirada de Jackson y volví a centrarme en el juego. Tanner tenía el balón y, en cuanto vi a uno de los otros jugadores libre, lo lancé. No me importaba dónde cayera. Mi atención estaba de nuevo en Jackson.

Tenía la boca en mi rodilla, borrando a besos cualquier tensión que este estúpido juego me hubiera provocado. En el juego aparecieron las palabras «pase incompleto», lo que significaba que tendría que hacer otro.

Al menos esta vez, Jackson tenía las manos en mis muslos, separándolos más para hacer sitio a su ancha complexión. Miré la pantalla, aliviada de que la cámara estuviera lo suficientemente cerca como para mostrar solo mi cara; Jackson permanecía fuera de plano. Exhalando de forma temblorosa, me hundí más en la silla, instándolo en silencio a que dejara de provocarme.

Habíamos hecho esto antes, pero nunca durante un directo.

Nunca mientras la respiración irritada de Liam crepitaba en mi oído.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Liam, pero esta vez decidí ignorarlo.

El juego se reanudó y volví a prestarle toda mi atención. Esta vez me moví más rápido, pasando el balón y eligiendo una jugada que no requería tanta concentración.

Jackson me levantó la camiseta, revelándole mi centro empapado. —¿Sin bragas? Es una decisión que apruebo —masculló.

Grité cuando la lengua de Jackson se encontró con mi sexo.

—Vale, eso sí que lo he oído. ¿Qué está pasando ahí?

Miré directamente al objetivo de la cámara, manteniendo mi expresión lo más neutra posible mientras decía despreocupadamente: —Nada.

En ese preciso instante, la lengua de Jackson se deslizó dentro de mí.
Una oleada de placer me recorrió, pero luché por mantener mi rostro inexpresivo, negándome a delatarme.
Típico de Jackson: nunca era de los que se toman las cosas con calma.
En cuanto se decidía, actuaba.
—Eso no suena a nada. —Habría respondido si hubiera tenido la cabeza en su sitio para hablar, pero Jackson me la robó con la primera pasada por mi clítoris. Suave al principio. Cuando se dio cuenta de que aún podía seguir jugando, aceleró y yo inspiré bruscamente.
—Oh, no. —El rostro de Liam estaba lleno de pavor—. No estaréis... —suspiró—. No otra vez.
—Sí, otra vez. —Puede que estuviera respondiendo a la pregunta de Liam, pero le estaba hablando a Jackson. Eché las caderas hacia delante, empujando mi coño contra su cara.
—Tan mojada por mí, Pyro —dijo Jackson contra mis pliegues. Me estaba besando, mordiendo y pellizcando cada parte de mi ser.
—¿Cuántas veces tengo que deciros que, si vais a hacer eso, al menos podríais apuntar la cámara hacia abajo?
El mando casi se me resbaló de las manos cuando Jackson introdujo lentamente dos dedos dentro de mí. Me mordí el labio, agarrando el mando con más fuerza, mis pulgares intentando desesperadamente mantenerse firmes.
—¿Sabéis que seguimos en directo? —La voz de Liam chisporroteó a través de mis auriculares con pura exasperación.
Jackson se rio entre dientes y la vibración me provocó una sacudida. Agarró mis muslos y me estremecí cuando succionó justo en el lugar adecuado.
Había perdido mi oportunidad en el juego y Tanner cayó hacia delante, dejándolo expuesto a la línea defensiva. Dos placajes y habíamos perdido la posesión del balón.
—Eso ha sido una basura. Estás jugando peor que yo.
—Te he dicho que estoy distraída.

Apreté las rodillas contra los hombros de Jackson, intentando reprimir los sonidos obscenos de mi excitación.
Pero como si supiera exactamente lo que estaba haciendo, redobló sus esfuerzos, moviéndose más rápido, arrastrándome aún más profundo en el placer.
—No me digas. Ojalá pudiera distraerme yo también.
La lengua de Jackson se deslizó por mi centro con una caricia lenta y pecaminosa, y me estremecí.
—Tu turno, Liam —musité, agradecida por el respiro en mi propio juego para poder concentrarme en Jackson. Él se sacudió con una risa silenciosa, así que le di una palmada en el hombro con el mando en un intento de callarlo.
Liam masculló algo ininteligible, pero siguió jugando a regañadientes.
La boca de Jackson era implacable, provocando y succionando con un ritmo perfecto; mi cuerpo se tensaba con cada caricia. Centré toda mi atención en la pantalla, tratando de domar la tensión cada vez mayor en mi cuerpo. Liam lo estaba haciendo sorprendentemente bien y de alguna manera había logrado recuperar el balón.
—Tu turno —dijo Liam.
—Yo... —Quería responder con una réplica ingeniosa, pero perdí todo el sentido común cuando Jackson succionó con fuerza—. Necesito un segundo.
—Más te vale que sea rápido, Pyro. No querrás perder este partido, ¿verdad? —bromeó Jackson.
Le lancé una mirada fulminante, pero él sonrió, alzando la vista mientras su lengua cosquilleaba mis partes más sensibles.
—Thea. Te toca.
Eché la cabeza hacia atrás, inspirando bruscamente antes de volver a centrar mi atención en la pantalla. Bien. Podía hacerlo. Ganar el partido y conseguir el orgasmo.
¿Qué tan difícil podía ser?
Pero entonces Jackson curvó la lengua de la manera correcta.
—Thea. Estás temblando —resopló Liam.

Apenas lo oí. El calor se arremolinó en mi bajo vientre, apretándose. Demasiado. Jackson se adelantó, sus dedos trabajaban más rápido. Lo sabía. Sabía exactamente lo cerca que estaba y cómo apenas me contenía. Musitó contra mi piel.
Y eso fue todo.
Jadeé, mi cabeza se inclinó hacia delante y las piernas me temblaron a su alrededor mientras el orgasmo me arrasaba, ola tras ola devastadora. El mando se me resbaló de la mano y oí abucheos del juego a través de los auriculares. No pude hacer nada al respecto. Las estrellas cubrieron mi visión y, por un momento, me costó respirar. Jackson me sostuvo durante todo el proceso, lamiéndome con cada pulsación, cada temblor, hasta que me retorcí por la hipersensibilidad.
—Thea. —La voz de Liam me sacó de ese estado eufórico y me incorporé de un salto, volviendo a mirar la pantalla con sorpresa.
—Lo siento. Se me ha caído el mando.
Una amplia sonrisa se extendió por su rostro. —Ya lo veo. Por suerte, nadie más se ha dado cuenta.
—Bueno es saberlo.
Aparté a Jackson de una patada y él me apretó los muslos, riendo mientras volvía a su posición detrás de la cámara.
—Quedan tres minutos. ¿Crees que podemos ganar esto? —dijo Jackson.
—Oh, mira quién ha vuelto. ¿Dónde has estado estos cinco minutos, J?
—Es que me entró un poco de sed. —Jackson se lamió los labios, mirándome.
—Sabéis... estoy empezando a sentirme excluido. Es terriblemente solitario al otro lado del charco con vosotros dos presumiendo de vuestra felicidad. Quizá necesite encontrarme una novia *gamer*.
—No será tan buena como la mía —dijo Jackson con un guiño—. Venga, Pyro. ¿Puedes ganar esto por nosotros?
—Por supuesto.
FIN

Espero que les haya gustado Thea y Jackson. Si quieres saber qué estaban haciendo años después, lee su Epílogo Ampliado AQUÍ